José Miguel

Varas



Milico

José Miguel
Varas



Milico

José Miguel Varas

Milico



LOM PALABRA DE LA LENGUA YÁMANA QUE SIGNIFICA
SOL

Primera edición, 2007
ISBN: 978-956-282-919-9

Motivo de cubierta: Txomin Arrieta

Diseño, Composición y Diagramación
LOM Ediciones. Concha y Toro 23, Santiago
Fono: (56-2) 2 860 68 00

www.lom.cl
lom@lom.cl

Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos, era la edad de la sabiduría, era la edad de la tontería, era la época de la credulidad, era la época de la incredulidad, era la estación de la luz, era la estación de la oscuridad, era la primavera de la esperanza, era el invierno de la desesperación, teníamos todo por delante, no teníamos nada por delante, íbamos directamente al cielo, íbamos directamente al otro extremo…

Charles Dickens,

Historia de dos ciudades

I

PARTE

I
La víspera

> En general, el carácter militar es simple, bueno, paciente; y se encuentra en él algo de infantil, porque la vida de los regimientos tiene algo de la vida de los colegios.
>
> ALFRED DE VIGNY,
> *Servidumbre y grandeza militar*

En el primer momento le pareció que el cabo Atán estaba aterrorizado. O tal vez, furioso. O las dos cosas. Lo vio primero de perfil, la amenaza de su ojo izquierdo, enorme, negro y protuberante. Cuando lo nombró, el cabo miraba en dirección a la capilla del Hospital Militar, luego giró la cabeza lentamente hacia él. Pero al encararlo y ver, además del ojo izquierdo, el derecho, su expresión mansa y su sonrisa de niño, comprendió que no estaba asustado ni rabioso. Era sólo la impresión que causaban sus ojos, muy móviles y abiertos, casi salidos de las órbitas, vigilantes como los de un animal silvestre.

–Me dijeron que –dijo Jaime (esa costumbre de dejar las frases truncas)–. Ésta es la ropa para. O sea, del coronel Román.

El otro lo miraba sin dejar de sonreír vagamente, como si no comprendiera.

–La ropa del coronel –insistió–. Es mi padre. O sea, era. ¿Entiende? Para vestirlo. Está aquí, en el pensionado del. Me dijeron que se la entregara, que usted es el que se encarga? –terminó con una pregunta a medias.

–De los muertos, sí –susurró, recibiendo el paquete–, el coronel de la 417 que se murió hoy día temprano. Me espera aquí, ¿ya? Yo subo y después vamos a bajar el cajón por el montacargas.

Asintió. El cabo funerario se puso en marcha. Caminaba de una manera poco militar, desmadejada, como con pereza o con sueño. Arrastraba un poco los pies. No tenía puesta la gorra. El uniforme le quedaba suelto, colgaba de sus hombros huesudos formando pliegues. Sostenía el paquete con dos dedos y éste casi rozaba el suelo.

El hombre sacó un manojo de llaves del bolsillo y abrió la puerta de la pequeña capilla de madera que, con su techo puntiagudo y su cruz, parecía un dibujo de niño. Metió la cabeza hacia adentro, luego la sacó y dijo:

–Espéreme aquí afuera.

Cerró la puerta y cruzó el patio hacia una ancha puerta de dos

hojas delante de la cual había un declive de cemento, ¿para las camillas? Entró y desapareció con el paquete.

Jaime se quedó sin saber qué hacer. ¿Debía haber entrado con él para ayudarle o por lo menos estar presente mientras vestía el cadáver de su padre? Decidió esperar. Se apartó unos pasos y se detuvo ante una pileta circular en la que nadaban de mala gana unos peces rojos y debajo de ellos, palpitaban casi inmóviles dos grandes carpas grises. La pileta estaba circundada por un macizo de flores de color morado, cada una con un punto amarillo al centro. La tía María las llamaba "caras de suegra". Ella también estaba muerta. Al sol hacía calor. A la sombra hacía frío. Los escalofríos de septiembre. A ratos se nublaba el cielo, a ratos se despejaba. Las nubes grisáceas se desplazaban con cierta velocidad, pero en el patio casi no soplaba viento.

Se apartó de la pileta y dio unos pasos hacia la puerta de la capilla. Se detuvo y bostezó. La noche anterior había dormido dos o tres horas a lo sumo. En el aire había olor a pólvora, olor a golpe. Había llegado a la casa después de las 11 de la noche (Alicia: "Tú por aquí a estas horas, ¿qué se te ofrece?", ese maldito tono burlón) con la idea de sumergirse en la cama para dormir siete horas de un tirón. ¡Qué esperanza! El teléfono comenzó una hora después. Los llamados no cesaron hasta las tres de la madrugada y eran todos alarmantes: Cisternas muy excitado: jefe, van camiones con tropas hacia Santiago, han pasado nueve, diez... siguen pasando. ¿Y qué dicen en Interior? Nada, no me pude comunicar. Bueno, llamo yo por el teléfono rojo. Aló, sí, déme con Daniel por favor, aquí Román, de la radio. Hola, Daniel, parece que vienen muchos camiones con tropas. La voz tan sosegada, sedante, casi pedante en su exagerada corrección gramatical: Sí, compañero, es el personal de la Escuela de Artillería de Linares. En el ministerio de Defensa se nos ha informado que estos efectivos vienen a participar en la Parada Preparatoria. ¿Será? Es lo que puedo informarle por ahora, compañero, es lo que tenemos en Interior. Bueno, Daniel, muchas gracias. Buenas noches. Buenas noches. Ramos: jefe, en Providencia la cosa arde. ¿Ah, sí? ¿Qué es lo que arde? Neumáticos, están quemando neumáticos en la esquina de Carlos Antúnez. ¿Quiénes? Los de la araña negra, muchos jóvenes. ¿Cuántos son muchos? No sé, unos cincuenta, sesenta. ¿Y nadie los enfrenta? Pasó un auto de Investigaciones, los tiras hicieron dos o tres disparos al aire, ellos apedrearon el auto. Se están oyendo balazos más arriba. ¿Y Carabineros? Bien, gracias. A ver, por allá parece que viene un furgón. Bueno, no te muevas, haz un despacho al estudio, que lo saquen al aire. Aló, Román, aquí Arriagada, de Valparaíso: otra vez andan rumores de alzamiento de la Marina, ahora más fuerte que nunca. En la Intendencia el abogado Vega dijo que no, hasta ahora todo normal, la Escuadra acaba de zarpar para las maniobras de la

Operación Unitas. Hay mucha inquietud, la mitad del puerto duerme con un solo ojo. ¿Y la otra mitad? Está completamente despierta. OK, buenas noches. Otro bombazo. ¿Ahora qué? Jaime, Jaime, se echaron otra torre de alta tensión en La Florida. Aló, aló, los camioneros de Vilarín balearon a uno del Mopare en Padre Hurtado.

Así hasta la madrugada. ¿Vendrá el famoso golpe de una vez? Miró el reloj, tres de la tarde. Bostezó, sintió una punzada de hambre, no había almorzado. Pensó llamar a Alicia, ¿para escuchar recriminaciones? En vez de eso, decidió llamar a su madre. Capaz que todavía no supiera. En la oficina de Estadística del hospital le prestaron el teléfono. Se oyó una especie de mugido. La Emita, recordó, con su paladar perforado.

–Por favor, dígale a Elena que yo la llamo. Soy Jaime.

Otro mugido.

Luego, la voz tan conocida con su aló categórico.

–Aló, Elena, soy yo. Estoy llamando del Hospital Militar.

–Sí. ¿Qué pasa?

–Bueno, llegué hace como una hora. Me avisaron que el papá murió hoy.

Pausa. Silencio.

–Hoy, por la mañana temprano. Yo me demoré en llegar. Tenía una reunión y además tuve que dejar las cosas andando en prensa.

Silencio.

–Bueno –carraspeó Jaime–, también fui a buscar ropa donde la. Porque había que vestirlo, ¿me entiende, mamá? El cuerpo va a quedar aquí, en la. Mañana va a ser el funeral. Voy a avisarle a mi tío Marcos, a la parentela. Usted podría avisarle a otros.

–Está bien –dijo ella–. Supongo que esa mujer no va a ir al hospital.

–No. Me llamó por teléfono después que supo. Le dije que mejor no viniera. Se lo repetí cuando pasé a buscar la ropa.

–Mmh. ¿Y usted piensa quedarse ahí para... acompañarlo?

–Bueno, sí.

–¿Solo?

–No sé. Si alguien me acompaña, bien. Si no, no. Igual me quedo a velarlo.

–Su hermana me dijo que iba a ir al hospital.

–Qué bueno. Tiempo que no la veo.

–¡Mire qué raro!, ¿no? Como si viera alguna vez a alguien de la familia...

–Pucha, mamá, me está hablando con el mismo tonito de la Alicia. Usted sabe cómo está la cosa, usted me entiende. ¿O no?

–Sí, la mamá entiende todo, para eso está. Sí, las cosas tan revueltas –comentó en tono vago.

–Y usted, ¿va a venir al hospital?

Después de una pausa, dijo:

–No. ¿Para qué?

–Bueno, mamá, chao entonces.

–Chao. Cuídese, mijito lindo.

Colgó. El "mijito lindo" le produjo una sacudida. Tanto tiempo que ninguna frase cariñosa.

Regresó al patio. En la pileta las carpas y los peces de colores, no hay que reírse de ellos, se morían de aburrimiento bajo una mancha de sol, en el agua oscurecida por el fondo musgoso de la pileta. Desde el interior de la capilla reapareció el cabo Atán.

–Ya está listo –dijo–. ¿Quiere verlo?

Entró. Olor a madera, a incienso, a polvo, tal vez a caca de ratones. El ataúd estaba destapado sobre caballetes de madera. A un lado había unas cuantas coronas amontonadas, al otro lado un enorme velón metálico, con una ampolleta en forma de llama. Se inclinó para ver el rostro de su padre. La misma cara de siempre, sólo algo amarilla. Estaba muy serio. Se supone que la muerte es cosa seria. Los labios en línea recta, bien cerrados, no mostraban esa leve desviación irónica al lado izquierdo de la boca, signo de diversión ante el espectáculo inconsecuente del mundo, que en el último tiempo iba acompañada de una mirada no sólo triste, sino desolada. El gesto permanente de los últimos años. Pero ahora, nada de eso. El pelo corto como siempre, mucho más blanco de como lo recordaba y en la cabeza una zona calva, la tonsura militar, decía él, ma' qué tonsura, una calvicie franca, rodeada de una orla de pelos ralos tiesos, algo erizados. Corona de espinas.

El cabo lo había vestido con esmero: chaqueta a cuadros, camisa, corbata. Desde la cintura hacia abajo, el cuerpo estaba metido en una funda de hule abierta en V en la parte superior. La levantó un poco por un lado para ver el resto del cuerpo, pero el cabo le dijo con alarma:

–Eso no. No haga eso.

Sintió cierta sospecha, pero obedeció. Se quedó de pie inmóvil, sin saber muy bien qué hacer. Se rascó la cabeza. El otro se mantenía igualmente de pie a unos dos pasos de distancia. Imperaba el silencio. En la capilla había media docena de bancas de madera alineadas,

largas bancas de iglesia con travesaños para poner los pies, o para hincarse a rezar.

–Voy a llamar por teléfono otra vez –dijo Jaime–. Para avisar. La familia.

Salieron juntos. El cabo cerró la puerta de la capilla con llave.

–¿Y después, cómo hago para entrar?

–Yo le paso la llave. Tome, aquí la tiene.

–¿Y si usted se va?

–No. Yo me voy tarde.

Sintió una violenta punzada de hambre:

–Perdón, mi cabo... ¿Usted sería tan amable de conseguirme algo de comer? Un sánguche, algo así, una bebida.

–Afirmativo.

Recibió el dinero que le pasó Jaime. Saludó cuadrándose y dio media vuelta.

Fue de nuevo a Estadística, atravesando el patio. Había una mujer maternal, amable, detrás de un mesón alto.

–Quisiera pedirle el teléfono. Se murió mi papá. El coronel Román. Tengo que avisarle a algunos parientes.

–Sí, claro, cómo no. Llame no más. Tranquilo.

¿Acaso parezco intranquilo? Hizo la ronda de las llamadas: la tía Carolina, que estaba como esperando para estallar en lágrimas; el tío Marcos; al tío Lautaro no lo encontró; llamó además a unos amigotes de su padre, milicos en retiro, gente de la compañía de seguros. También avisó a la radio. La voz aguardentosa del gerente, "El Roto" Reilly: Sí, pues hombre, ya me dijeron que se murió su papá, bueno, lo siento mucho, pus. Qué huevada. La muerte quiero decir, ¿nocierto? Claro que uno lo sabe, pa' eso estamos y si a usted le cae la teja, bueno, tiene que hacerse cargo, bla-bla-bla, etcétera. Luego, en otro tono: Mire, Jaime, en cuanto esto pase venga a hablar conmigo, mire que las cosas están hediondas, usted sabe mejor que yo. Sí, señor, gracias, el funeral es mañana, voy para allá en cuanto. Y la voz melosa de Sotito, el de los avisos: Lo siento mucho, don Jaime. Bueno, Soto, gracias, siéntalo, pero avísele a los de prensa que por hoy se las arreglen sin mí. Allende va mañana a la Universidad Técnica, discurso importante, hay que pedir una línea con tiempo; bueno, eso Fuenzalida ya lo sabe, él está a cargo. Mañana... no sé a qué hora podré llegar.

Colgó. ¿Qué más, qué más? Llamar a la susodicha. Aló, ¿Alicia?

–¡Vaya! Qué sorpresa. ¿Qué pasa ahora?

–Manerita de contestar. Buenas tardes.

–Disculpa. Con los nervios la buena educación se va al hoyo. Buenas tardes. ¿A qué debo el honor?

–Si no te cuesta mucho, deja ese tonito. Estoy en el Hospital Militar. Mi papá murió hoy día. En la madrugada. Yo estoy preocupado de los detalles del funeral.

–Ya. Así que se murió. Bueno, no sabía. Me da pena. Yo encontraba simpático a don Manuel, milico y todo. ¿Y qué? ¿Hasta qué hora vas a estar ahí? Después te irás a la radio hasta las tantas, supongo. Como de costumbre.

–Supones mal. No iré a la radio. Voy a quedarme aquí hasta no sé qué hora. Para velarlo. No puedo dejarlo solo.

–O sea que esta noche tampoco se cuenta contigo.

–No. Creo que no. ¿No te parece que es un caso de fuerza mayor? En todo caso, espero llegar mañana temprano.

–Alabado. Pero no estás seguro.

–Ciento por ciento, no. Sabes que las cosas están muy revueltas. Entonces, a lo mejor, si los acontecimientos se precipitan...

–"Los acontecimientos". ¿Estás leyendo uno de tus brillantes análisis políticos?

–Sabes muy bien a qué me refiero. Puede haber una emergencia, una asonada, qué sé yo. En tal caso, hemos hablado de lo que vamos a hacer.

Por primera vez, la voz de Alicia se quebró un poco, más bien se trizó:

–¡Pucha! ¿Hasta cuándo vamos a estar con esta incertidumbre? Por lo menos llama. No me dejes en el aire. Tu hija te echa de menos. Ni siquiera te has acordado de ella.

–Sí, me he acordado, mucho. Y también de ti.

–No tecleo.

–Dale un beso de mi parte a Alicita, ¿ya? Hasta luego, Alicia.

–Hasta luego, Jaime.

Colgó. Se quedó pensativo. De pronto vio a su lado a un cura gordito, de sotana y con parches militares en el cuello.

–Buenas tardes –le dijo con dulzura–, soy el capellán del hospital. Capitán Urzúa. Mi más sentido pésame. Yo conocí mucho a su papá.

Jaime lo miró con cara de duda.

–Me tocó estar a su lado en el momento de su muerte. Debo decirle que mostró una gran conformidad. Muy sereno. Se fue con la

paz del Señor.

–Bueno, muchas gracias.

Al parecer, el cura iba a decir algo más, pero Jaime dio media vuelta y se alejó. Regresó a la capilla y encontró sobre una banca un envoltorio y una botella de gaseosa. La abrió y tomó un largo trago. Abrió el paquete desgarrando torpemente el papel y empezó a comer con ansiedad la marraqueta y la carne que encerraba, con fuerte sabor a ajo. Sin dejar de masticar, se acercó al ataúd para mirar de nuevo a su padre. Se veía su cara a través de la ventanilla abierta. Pensó que debería sentirse triste, pero no sentía nada. Tal vez una "vaga melancolía": pensamiento cursi. Era una cara desprovista de toda expresión. Un objeto. "Indiferente", pensó, y de pronto se acordó de aquel flaquito boliviano que estuvo sólo un año en el curso. ¿Cómo se llamaba? ¡Antequera! Qué bueno recordarlo. Qué raro también. Había faltado dos días y había vuelto a clases sin traer justificativo. El Chato Latorre le preguntó por qué. Antequera se paró muy tieso, como acostumbraba, y le dijo: "Es que mi padre se quedó indiferente". El Chato lo miró intrigado, mientras todo el curso aguantaba la respiración. El Cara de Yegua dejó escapar un breve relincho premonitorio. "¿Indiferente? ¿Qué quiere decir? ¿Tuvo un problema de salud?" "Sí, señor, un problema muy grave y se murió." La total seriedad de Antequera y el estallido de la batahola feroz de los salvajes, que aullaban, mugían, relinchaban de risa, se agarraban la guata, daban golpes sobre los pupitres, pataleaban. "Ya basta, tengan un poco de respeto", el Chato.

Terminó de devorar el sánguche, apuró el resto de la bebida dulzona, todavía fresca por suerte, y se sentó.

Cierto, la muerte produce indiferencia. Indiferencia total. Se acordó del libro de De Vigny, que tanto citaba su padre. Sacó del bolsillo de la chaqueta el ejemplar medio desarmado que había traído de la casa de doña Palmira la última vez que. Vaciló unos instantes, luego se acercó al ataúd. Pensó meter el libro por un costado de la ventanilla pero descubrió que el vidrio estaba fijo. En cambio, la tapa del ataúd estaba suelta. Con esfuerzo, porque pesaba, la levantó unos centímetros e introdujo por debajo el libro, que en el proceso se desarmó aún más. Se aplastó dolorosamente un dedo. Mientras se lo chupaba se sintió ridículo y a la vez tuvo ganas de llorar. Se apartó y se sentó en una de las bancas. Bostezó, sintió que los ojos se le cerraban y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Despertó asustado. La sombra oscura del padre estaba a los pies de su cama. La voz tan conocida:

–¡Arriba Jaimito! Más de las seis.

Se le quitó el sueño de golpe. ¡Domingo! ¡A las carreras con mi papá!

Cuando salimos a la calle, avanzaba en el cielo un amanecer sanguinolento, una especie de turrón morado y rojizo de niebla batida que se enroscaba, había olor a humo de hojas mojadas. En la esquina de Arturo Prat tomamos una góndola que entraba por Ahumada. Entre los pasajeros, casi todos hombres, menos un par de vendedoras de sánguches de ave, que estaban sentadas al fondo junto a sus grandes canastos, había una complicidad hípica alegre. Casi todos estudiaban el programa de las carreras, algunos desplegaban y doblaban diarios para buscar los pronósticos, hacían comentarios.

Bajamos, como siempre, en la Plaza Chacabuco y corrimos todos como cabros chicos, hacia el paradero del carro que iba al Hipódromo. Me encantaba. Era un tranvía gratis, sin cobrador. Por eso le dicen el comunista, dijo mi padre, el comentario que repetía todos los domingos de carreras. El carro avanzó dos o tres cuadras bailando sobre los rieles, dando barquinazos a izquierda y derecha, también hacia adelante y hacia atrás. Después vino una curva en redondo y el maquinista, mientras hacía girar con ostentosos esfuerzos el volante del freno, gritó: ¡Final!

Pero ya bajaban todos atropellándose, corrían en tropel, nosotros íbamos un poco más atrás caminando rápido pero sin correr, por dignidad dijo mi papá, hacia las altas puertas de reja del Hipódromo con cabezas de caballo de ajedrez en la parte superior, ya había filas delante de las boleterías para comprar las entradas. Vamos a la popular, para qué gastar de más, dijo mi papá. Otras veces íbamos al paddock.

La cosa anduvo mal. Yo era su asesor hípico oficial aunque no siempre me hacía caso. Cierto que no eran infalibles mis consejos, basados en factores como el color del caballo y su manera de mirar o de enarcar el cuello; los colores de la casaca y la gorra del jockey también podían traer suerte, eso según, además había cábalas numéricas, en las que el número siete tenía el papel principal. Mi padre prefería empaparse de estudios trigonométricos de metros por segundo partidos por kilos y calibrados por árboles genealógicos y la lista de las llegadas.

–Nos ha ido pésimo –dijo después de la sexta carrera–, si no hacemos algo ahora nos vamos. A veces no sirve para nada empecinarse, además me queda muy poca plata.

Yo pensé: Para qué tenía que jugarle tanto a Descartes sabiendo que los datos fijos nunca son tan fijos, pero no dije nada. Miramos el paseo de los caballos. Mira esa yegua tordilla, lindo animal, es la Gioconda. A ver. Se puso a revisar los números chicos en el programa

de las carreras, sí, tiene buenos aprontes. Meneó la cabeza: pero no en pista mojada. El niño que era yo, no despegaba los ojos de un alazán tostado, tuza, cola, patas negras, que caminaba de lado con una especie de trote suspendido en el aire.

–¡Ése! Ése es el que va a ganar –lo dije con seguridad total. Era maravilloso y además tenía el número siete ¡en la séptima carrera!

Mi papá miró sus tablas, escéptico:

–¿Tú crees? Tiene las peores llegadas. Meses que no gana. Eso sí, hoy lo monta Araya, buen jinete... –se quedó callado, indeciso–. Bueno, le jugaremos algo. Total, peor no nos puede ir. Dime, ¿quieres apostar? ¿Te queda algo de plata?

Siempre me quedaba, porque me dolía jugar la plata que me daba. Cuando perdía, sufría pensando que pude haberla gastado en ir al cine, al Estadio o en comprar Hombres Audaces. Pero ahora no vacilé:

–Sí, me quedan diez pesos. Toma, juégaselos por mí.

Mi padre se perdió hacia el lado de las boleterías, porque antes de jugar le gustaba mirar la boleteada y escuchar lo que decían los hípicos, a veces un comentario lo llevaba a cambiar de caballo a última hora, con resultado casi siempre desastroso. En un árbol, un letrero advertía: CUIDADO CON LOS DATEROS. Yo creía que era un error, una advertencia mal escrita contra los rateros. Pero no: después supe que era contra unos individuos mal trajeados, mal afeitados y de mirada huidiza, que siempre daban datos fijos, por eso "dateros", datos provenientes del preparador o del jinete o del dueño del animal, según decían. O del propio animal, según mi padre. Como recomendaban diversos caballos a diversos conocidos ocasionales, casi siempre acertaban con alguno y después aparecían, con sonrisa de ratón, a la salida de las cajas de pago, para pedir comisión o "barato".

–¿Y cómo saben quién ganó? –le pregunté una vez a mi papá–, tienen que tener muy buena memoria.

–Es fácil: el hípico que ha ganado tiene una luz en la frente. Es como la aureola de los santos. Se le reconoce al tiro.

Nunca pude ver aquella luz, aunque miraba a los triunfadores con gran atención. A veces costaba saber si mi papá hablaba en serio o en broma. Me quedé por ahí vagando, mirando los caballos, los jinetes de la próxima carrera, que se pesaban sujetando sus monturas entre las manos, y el público, que había aumentado enormemente en las horas transcurridas.

Reapareció y me pasó los boletos que me correspondían.

–¿Dónde prefieres? ¿Arriba o al lado de la pista?

No tuve dudas. Desde arriba se aprecia mejor la carrera, aunque al comienzo lo que se ve son una especie de escarabajos que se mueven por la pista sin dar sensación de velocidad. En cambio abajo, claro, algo se pierde, no se puede apreciar todo el grupo, pero la emoción es tremenda cuando aparece encima, tan cerca, el pelotón de los enormes caballos a toda carrera, los jinetes encaramados en sus estribos cortos, las caras contraídas, huasqueando a lado y lado. Los cascos baten la tierra color café oscuro y resuenan como los tambores lejanos en las películas de Tarzán y hacen saltar terrones y corazones. El chivateo de la gente, creciendo y acercándose, lo envuelve todo y se alcanzan a distinguir maldiciones, insultos, ruegos y hasta plegarias unidas a los nombres de los caballos. Algunos dan saltos mientras gritan, parecen locos. Mi papá repetía con voz ronca: Nocarodes solo ¡mierda! Nocarodes solo ¡mierda! Nocarodes solo ¡mierda! Era raro que dijera esa palabra, nunca decía garabatos.

Seguí la carrera como en sueños, sin extrañarme de que Nocarodes jinete pantalón blanco blusa roja mangas blancas lunares rojos gorra blanca, avanzara sin esfuerzo a grandes saltos por fuera del grupo hasta ganar un cuerpo de ventaja sobre el favorito Goody-Goody, al que los populares llamaban Godoy-Godoy. Amainó el vocerío, terminó la carrera y mi papá dijo:

–Ganó Nocarodes, ¡mierda!

Al lado de la caseta de los jueces subieron una bandera. Hubo silbidos, pero casi todo el público estaba callado, apabullado por la sorpresa. Hubo más silbidos y algunos gritos de protesta cuando en la pizarra negra aparecieron en letras y números blancos los dividendos: 7 Nocarodes 505. Vi que mi papá abría mucho los ojos. Lo miré con cara de pregunta. Él hizo algo raro: me tomó en brazos y me dio un beso rasposo muy apretado, en la cara. Hacía años que no me tomaba en brazos.

–¡Ése sí que fue batatazo! ¿Te das cuenta? Quinientos cinco pesos por cada cinco. Bueno, bueno, vamos a cobrar –el tono apremiante, siempre apurón.

Partieron caminando muy rápido hacia las cajas, donde se estaban formando colas delante de las ventanillas.

–Ven, pongámonos aquí –y se colocó detrás de la fila más corta, compuesta sólo de tres hombres. Detrás de la ventanilla de la caja de pago, el cajero le pareció a Jaime un gigante en una jaula. Era muy moreno y tan grande que, desde su estatura de siete años, sólo le veía la corbata. Para verle la cara, tuvo que dar un paso atrás y mirar para arriba. Le pasó sus boletos.

–Vaya –dijo el hombrón–, le achuntaste a Nocarodes. ¿Sabes cuánto te ganaste?

–¿Mil diez pesos?

–Exacto. ¿Cómo los quieres? ¿En billetes de a diez?

–Sí.

Le pasó los billetes. Casi no lo creía: nunca había tenido tanta plata.

–Ten cuidado con eso. ¿Andas solo?

–No, ando con mi papá –se lo indicó con un movimiento de cabeza hacia atrás.

–Ah, vaya –dijo el gigante–, gusto de verlo, capitán.

–Le presento a mi hijo Jaime.

Por la ventanilla salió una mano morena muy grande en la cual su mano extendida parecía de enano. El hombrón se la estrechó. Luego el padre le pasó sus boletos. Eran un buen montón, o sea que para jugar no le quedaba tan poca plata como decía. El cajero dio un pequeño silbido. Después se puso a contar billetes, muchos billetes, les colocó un elástico y le entregó el fajo.

–Ahí está. Que aproveche.

–Gracias. Bueno pues, gusto de verlo. ¿Cómo van las letras?

–Ahí. Poco a poco. ¿Y las suyas?

El padre sacudió la cabeza como diciendo así así.

–Que le siga yendo bien, capitán.

Mientras guardaba la billetera, muy gorda, en el bolsillo de adentro de la chaqueta, me dijo:

–Éste es un gran escritor chileno. Manuel Rojas. Mi tocayo.

Miró fijamente al gigante. Éste sonrió de mala gana, como si le doliera algo, y se encogió de hombros.

Del Hipódromo se fueron a “La Bahía”, en un auto de arriendo. A la entrada, donde vendían mariscos y otras cosas y unas grandes corvinas pensativas movían apenas las aletas en el agua verdosa del estanque de vidrio, el padre compró un ciento de ostras medianas borde negro, pan de molde, seis paltas reinas, cuatro perdices en escabeche y dos botellas de blanco Rita Banquete. El auto los esperaba a la puerta. Partieron. Pararon donde Gage para comprar una docena de merengues con crema Chantilly.

Elena abrió la puerta con cara de alarma. Era temprano para que estuvieran de vuelta y eso normalmente significaba que Manuel había perdido todo en las primeras carreras. Al ver los paquetes frunció los labios y movió la cabeza. No le gustaba que fuera a las carreras. Aunque ganara a veces. Raras veces. Y menos le gustaba que llevara al niño.

Mientras iban hacia la cocina, cargados con las compras, Jaime llevaba con extremo cuidado el paquete con la bandeja de los merengues, el papá iba contándole a Elena, con muchos gestos la victoria de Nocarodes, la gran tincada de Jaimito. Ella no decía ni una palabra.

Al día siguiente, Jaime se encontró en la Alameda con don Luciano, un marino retirado, viejo amigo de la casa. Alto, gordo, pelo canoso, sombrero con huincha y anteojos, siempre vestido de azul marítimo y con olor a colonia inglesa.

–¿Qué tal, jovencito? ¿Cómo están por tu casa?

–Bien, gracias.

Sin poder aguantarse la novedad le contó del histórico triunfo de Nocarodes, el 7 en la séptima y el tremendo dividendo que pagó, 505 pesos por cada cinco.

Los anteojos de don Luciano comenzaron a echar chispas y se erizaron los abundantes pelos que sobresalían por sus fosas nasales. Jaime lo contemplaba hipnotizado mientras peroraba:

–¡Qué barbaridad! Hazme el favor de decirle a tu padre que estoy en absoluto desacuerdo con que él vaya a ese antro de juego y encima que te lleve a ti. Ya es bastante malo que vaya él y queme la plata que no tiene en las patas de los caballos. Pero llevar a un niño es inicuo.

Lo miró con una fijeza terrible y dijo marcando mucho las sílabas:

–Ten presente que el juego en todas sus formas, caballos, ruleta, tómbolas, naipes, sorteos, lotería o lo que sea, lleva a miles de hogares a la ruina. Grábatelo bien. El juego conduce a la cárcel, a la mendicidad y al crimen.

En la casa, le contó a su papá lo que había dicho don Luciano. Se molestó:

–No hay ninguna necesidad de andar diciéndole a nadie que ganamos en las carreras. Y menos a ese carcamal náutico. ¿Qué fue lo último que dijo?

Le repitió lo de la cárcel, la mendicidad y el crimen y el padre se puso a reír hasta que le salieron lágrimas. Después, cada vez que lo invitaba a las carreras, decía:

–Ya, Jaime, vamos a la mendicidad y al crimen.

Padre e hijo se reían como locos, pero la mamá seguía muy seria. El chiste no le hacía ninguna gracia.

Se enderezó en la banca de madera. Bostezó. Sentía la espalda tiesa. Cuánto habré dormido, qué hora será. Las cuatro y cuarto. ¿Qué

estará pasando?

Miró el alto techo de madera de dos aguas. ¿Por dónde salir en caso de terremoto? Era una cuestión que se planteaba con frecuencia, cada vez que llegaba a un recinto diferente de los habituales. Bueno, dicen que la madera resiste bien, mucho más flexible que el adobe.

Los deudos comenzaron a llegar a las cinco. Fuera de la tía Carolina, ninguno de los acompañantes parecía muy triste. El tío Marcos llegó con un ramo de claveles rojos y le dio una palmada en la espalda. Los de la radio, Cárcamo, Barría y hasta el Chico Rojitas de contabilidad, que no llegó por decisión propia sino porque lo mandó el gringo, se dedicaron a contar chistes de velorio. Él se mantuvo serio porque le pareció que era lo que se esperaba de él. Además eran chistes viejísimos. Seguía sin sentir nada. El doctor Saavedra lo miraba con extrañeza, pero no iba a hacer teatro llorando a la fuerza por darle en el gusto a los demás.

Al llegar Soza dijo entre dientes algo ininteligible como pésame pero en seguida pasó al tema de fondo: La cosa está peluda, el cuerpo de generales le dio un ultimátum a Allende. ¿Todos los generales? ¿No decían que hay algunos que? Psh, yo no creo que haya generales de izquierda. Cierto, se habría oído decir, los que apoyaban al gobierno, Prats, Sepúlveda y Pickering ya se fueron. Pero Brady... ¿El general Brady? Los socialistas dicen que es socialista. ¿Y el general Urbina? No sé. En el Partido dicen que Allende va a llamar a plebiscito. ¿Y si lo pierde? Se va. Nuevas elecciones. Pero eso los socialistas no lo aceptan ni a cañón rayado, el MAPU y la Izquierda Cristiana, menos. Tal vez ya no es hora de pensar en plebiscito, ¿no te parece? El golpe es cuestión de tiempo. ¿Cuánto tiempo? No sé, pocos días, horas tal vez. Soza de pronto, con cara preocupada: dime, ¿tienes vista alguna casa? ¿Cómo para qué? Para fondearte en caso de golpe, es lo que recomendaron los viejos, que cada uno tenga vista una casa segura. No sé, no tengo idea, no he tenido tiempo para pensar en eso, algo he visto, tal vez me iría donde alguien de la familia.

La tía Carolina, que tenía los ojos muy colorados y todo el tiempo sujetaba su pañuelito delante de la nariz, se acercó, lo abrazó y se puso a llorar muy fuerte, mientras el tío Juan, con la boca fruncida en un puchero, le daba golpecitos en la espalda. Pobre mijito, no puede llorar le dijo la tía entre sollozos, tiene que llorar, tiene que desahogarse. No pudo seguir hablando. Jaime la abrazó y sintió como hipaba y se estremecía su cuerpo, muy delgado y liviano. Al besarla sintió la sal de las lágrimas en la boca y un olor muy suave a violetas. El perfume le dio pena, quizás por qué. Tengo pena, pensó, y puso la respectiva cara de pena pero no lloró.

Un hombre moreno y gordo, de voz retumbante, entró pisando

fuerte y le dio un abrazo de oso. Era un agente de seguros, Guzmán Castro, "Culebrón con dos apellidos", decía su padre:

–P'ta madre, Jaimito, vamos a echar de menos a su papá, siempre el más ingenioso, cuando llegaba a la oficina todo se suspendía, se formaba rueda para escucharlo. Era el momento de la risa. Y muy buen agente de seguros, ese don de gentes –sacudió la cabeza. Su voz retumbaba. Todos lo escuchaban. Le dio un nuevo apretón–: Su partida es una gran pérdida para la Mutual de la Armada. Créame que lo siento, Jaimito –luego, bajando la voz, igual retumbaba–: ¿Usted qué ha sabido? Viene mala la mano. Para el gobierno, digo. Yo simpatizo con el doctor, pero es que ya no se puede: no hay carne, huevón, no hay pollo, huevón. No hay ni pasta de dientes. Así no puede durar mucho más. Usted es inteligente, se da cuenta, ¿no? La gente ya no puede aguantar más, ¿no encuentra? Pero usted debe saber más de algo, trabajando en la radio.

–No sé nada, nada concreto, quiero decir, solamente rumores.

–Cuando el río suena –bramó el Culebrón en lo que creía un tono confidencial, con todos los decibeles y una carcajada intempestiva.

En ese momento Jaime vio que entraba a la capilla una mujer alta, impresionante, buenas tetas, toda de blanco, que meneaba las caderas al caminar. Llevaba muy alta la cabeza, coronada por una abundante melena oscura y corta. Le pareció muy conocida pero se sorprendió cuando ella se detuvo frente a él y lo apretó contra sus senos diciendo:

–¡Jaimito!

–¡Clara de las Mercedes! –reconoció recién a su hermana.

–Más conocida por Chita. Así que nos dejó el viejo...

–Sí.

–Sin avisar, como de costumbre –comentó con su voz profunda, y agregó–: ¿Y la Elena?

–Hablé con ella. No piensa venir.

La Chita pensativa:

–Como mula hasta el final. ¿Y tú?

–Yo qué. Vine porque tenía que venir. Me voy a quedar a velarlo hasta la hora que. O sea, hasta mañana.

–¿Por qué? ¿Tú crees que le hace falta?

No supo qué responder:

–Bueno, es lo que se hace.

–Ja –hizo ella sin alegría–, ¡quién lo habría dicho! El comunista,

depositario de la tradición familiar y cristiana.

–Popular –precisó Jaime.

Ella echó la cabeza atrás y rió fuerte:

–¡Muy buena!

La tía Carolina la miró con reprobación.

–Voy a echarle una mirada de gudbai al viejo –dijo Chita.

Se desplazó fachosa hasta el féretro y se inclinó para mirar largo rato al muerto. Regresó caminando con lentitud. Los ojos se le habían puesto colorados. De pronto le echó los brazos al cuello y lo besó con inesperada ternura. Jaime sintió su calor, la tensión muscular de su cuerpo, un olor a colonia o a desodorante caro y a mujer. Luego se apartó con brusquedad y dijo rabiosa:

–¡Por qué tienen que morirse los huevones que una quiere!

–A todos nos toca. A los huevones y a las simbólicas. Es la condición humana.

–¡Ja! *Of human bondage*. ¿Te quedaste pegado en eso?

–Se te nota el Santiago College.

–Bueno ya. Tengo que irme. Llámame uno de estos días, tenemos que vernos.

La tía Carolina se acercó:

–Bueno, mis niños, me van a perdonar pero es tarde para mí.

Tuvo otro breve acceso de llanto y no pudo decir más. Salió con el pañuelito en los ojos seguida por el tío Juan, muy cariacontecido. Fue como una señal. Todos se despidieron y fueron saliendo con cierta precipitación.

–Yo también me voy –dijo la Chita–, esto no da para más. ¿Qué piensas hacer?

–Lo mismo que antes.

–Locutear en la radio, hacer el periodista y andar por ahí comunisteando, me imagino. ¿No es hora de que pienses en otra cosa?

–¿Cómo qué?

–No sé. Un trabajo serio. Algo en que puedas ganar plata, comprarte una casa decente. Comprarle ropa a tu mujer. La última vez que la vi parecía señora de población.

No dijo nada. Ella:

–¿Y el viejo, dejó algo fuera de las deudas?

–No creo. La Elena va a tener el montepío.

–Con eso para qué más –dijo ella con repentina amargura–. ¿Y la otra vieja, la señora California?

–¿California? ¿Por qué le dices así? ¿Crees que es gitana?

–No, es por la fiebre del oro. Es que usa más joyas de oro que señora de carabinero.

–No seas perversa. Es una buena mujer. Era muy cariñosa con mi papá.

–¿Y contigo, me imagino?

–Este... sí, también. Es una persona buena. Y muy sola. Viuda.

–¿De un almirante, ¿no?

–Sí.

–Debe tener la perseguidora. Se las puede arreglar.

Abrió la pequeña cartera que llevaba, se miró en un espejito y se retocó los labios con un rojo sangrante.

–Bueno, hermanito. Me voy. Llámame.

Echó a andar. Jaime siguió con la vista el vaivén elegante de su trasero hasta que desapareció por la puerta.

A sus espaldas sintió un discreto carraspeo. Se sobresaltó porque creía que ya no quedaba nadie en la capilla. Era el silencioso doctor Saavedra con su gran barba, su padre lo llamaba "el Nazareno", siempre decía que, como la barba le cubría el pecho, cabía la duda de si usaba corbata o no. Al parecer el doctor se había quedado junto al ataúd o en algún rincón. Que anduviera sin corbata bajo la barba un tipo tan serio y además (bajando la voz) masón, sería inconcebible, decía su padre.

–Perdóneme, Jaime –dijo con su acostumbrada formalidad–, le reitero mi más sincera condolencia. El coronel don Manuel Román era en muchos aspectos una persona notable. Si se le ofrece algo, no vacile en llamarme.

Le dio una mano yerta, hizo una venia profunda, casi estilo japonés, y se dirigió a la puerta. Iba saliendo cuando apareció frente a él un sargento muy moreno, furioso.

–¿Qué está pasando? Aquí no puede quedar nadie –ladró–. Todas las visitas deben salir del hospital antes de las seis.

Jaime miró el reloj. Eran las seis y media pasadas. El doctor Saavedra se detuvo molesto y echó la cabeza atrás, su barba se proyectó al frente de manera arrogante:

–Voy saliendo, señor.

–Perdón, sargento –dijo Jaime con firmeza–, soy el hijo del coronel Román, que falleció hoy. Estoy autorizado para quedarme aquí velándolo.

El doctor Saavedra hizo una venia y salió. El sargento levantó la

gorra sujetándola de la visera y se rascó la cabeza con un dedo. Parecía indeciso:

–La orden es que no quede nadie. Ninguna visita. ¿Me dijo que es mi coronel Manuel Antonio Román el que está ahí, en el cajón?

–Sí.

–Pucha –dijo–, yo serví en el Carampangue con él, cuando era mayor. Era muy joven en ese tiempo.

Jaime se limitó a mirarlo.

–Pensar que está muerto –murmuró. Miró a un lado y otro y bajó la voz–: ¿Sabe qué más? Por ser usted y por mi coronel Román lo voy a dejar aquí, aunque la orden que me dieron fue que no quedara nadie. Pero se va a estar bien callado, adentro de la capilla, con la puerta cerrada. Si aparece alguien y le pregunta por qué está aquí, usted dice que está autorizado por la superioridad para velar al difunto y punto.

–De acuerdo.

El sargento se cuadró y llevó la mano a la visera. Jaime le respondió con una venia al estilo del doctor Saavedra.

Traiguén. Los cuatro años. A los tres creía que los cuatro marcaban el inicio de un nuevo estado. La mamá: “Cuando cumplas cuatro años, vas a poder vestirte solo...” Al despertar, aquella mañana, su primer pensamiento fue ¡ya tengo cuatro años! Algo iba a pasar, grandes cambios. Dos minutos más tarde, estaba llorando desesperado enredado en la camiseta, en los botones del mameluco y en la hebilla de la sandalia izquierda, al comprender que todavía no era capaz de vestirse solo, a pesar de tener cuatro años cumplidos. Sonrió al recordar aquel tiempo. Todavía no lo mandaban a la escuela por chico. Tampoco al jardín infantil, en Traiguén no existía semejante cosa, además en Chile eran escasas las mentes crueles capaces de concebirla.

Se vio tratando de hacer andar el triciclo por sobre la conchuela blanca esparcida en los caminillos entre los prados de la plaza de la estación. Era difícil. Las ruedas se hundían hasta los ejes en esa materia crujiente. Quedaba paralizado sobre su vehículo a cada penoso pedaleo. Rabiaba hasta las lágrimas y sacaba a tirones el triciclo de su atasco, para volver al ataque. Su madre, entretanto, sentada en un banco vecino, estaba concentrada en su tejido y en sus pensamientos, bajo un gran sombrero blanco. Un día Jaime le presentó un formal reclamo a su padre por ese material que impedía la circulación del triciclo, pero él hizo una aplastante defensa de la conchuela, muy usada en aquel tiempo en parques y plazas, por su limpieza y su carácter higiénico e hidrófilo. La plaza de la estación era

una obra municipal de bien público en la que habían participado esparciendo la conchuela los conscriptos del regimiento.

Jaime, lloroso: Pero es que no puedo hacer andar el triciclo por más que hago fuerza. ¡Me llegan a doler las piernas!

El padre: Eso es bueno, así fortaleces los músculos.

Después ya más grande, ¿tendría seis, siete años? por las tardes se juntaban los cabros para ir al río a practicar el deporte de la infancia: tirar piedras. Trataban de hacer patitos con las piedras chatas y redondeadas, pero no lo conseguían casi nunca. En cambio, algunos lograban a veces tumbar de un peñascazo una diuca o un chincol. Jaime era el único del grupo que usaba calzado, unas ridículas sandalias, pero normalmente se las sacaba para estar en igualdad de condiciones. Enardecía a su mamá la cantidad inexplicable de mugre que podía acumular en sus pies pero la indignó mucho más que un día llegara sin la sandalia derecha, perdida para siempre de manera inexplicable: había resbalado al cruzar el canal caminando por encima de la compuerta de madera y metió hasta la rodilla la pierna en el agua. Pensó que se caía, pero de alguna manera recuperó el equilibrio. Cuando sacó el pie del agua la sandalia no estaba. La retada fue terrible pero lo cierto es que, de todas maneras, ni la mamá ni el papá se oponían a sus callejeos.

La capilla estaba poco iluminada. Se acercó al ataúd y miró al padre a través del vidrio. Tenía la cara más oscura en la parte de la barbilla y encima de la boca, dicen que a los muertos les crece la barba. ¿También las uñas? La cabeza se le veía muy calva, con su pequeña orla blanca, le pareció más que la última vez. Se acordó de lo que decía de la tonsura militar: no es una promesa ni la corona de espinas, es la gorra. Al final, todos calvos, dijo el Pepe. Con gran dificultad levantó la tapa del ataúd porque pesaba bastante, y la dejó a un lado. Después abrió aquella tela en V de donde emergía la parte superior del cuerpo con su chaqueta a cuadros, camisa y corbata y miró hacia adentro. Se veía poco. Se palpó los bolsillos. Por suerte andaba trayendo una caja de fósforos. Encendió uno, lo levantó mientras sostenía con la otra mano aquella extraña cobertura y vio lo que hasta cierto punto esperaba: después de la chaqueta sólo seguían los calzoncillos y las piernas desnudas del padre, más flacas de cómo las recordaba, a lo lejos los pies con calcetines oscuros. Le pareció indecoroso. Y el cabo, huevón fresco, ¿sería que le hacían falta los pantalones? Era del servicio funerario del ejército, el encargado oficial de vestir a los muertos. Si a todos los metía al cajón sin pantalones, el negocio era claro: un puesto de pantalones en el Mercado Persa.

¿Qué estará pasando afuera? Por qué no traje una radio. Cada vez más color de hormiga. El día antes el Perro Olivares dijo en la

Moneda, mientras esperábamos la reunión ritual de Suárez con los periodistas UP, que los agentes de la CIA hacen nata, a mí me siguen al canal, de ida y de vuelta, tengo anotadas las patentes, el golpe ya está en marcha pero a mí no me agarran, con un gesto indicó la pistola que siempre andaba trayendo, metida entre el pantalón y la camisa y bien acuñada con la guata. Millas en la reunión de periodistas del partido en Teatinos, el sábado, no, el viernes: de hecho el golpe ya comenzó en algunas provincias, como Osorno. Muy al oído el negro Cortés le dijo que el partido estaba de acuerdo con Allende en llamar a plebiscito y despejar de una vez la cosa, pero los socialistas y el Mapu Garretón y la Izquierda Cristiana no quieren. ¿Y qué mierda quieren entonces? Altamirano pinchó el globito, dijo Olivares cuando fue a verlo al Canal 7. ¿Y eso qué quiere decir? Que ya no hay nada que hacer. ¿Y el llamado a plebiscito? Se encogió de hombros y se acomodó el pistolón. Estaba claro que no creía en ninguna fórmula de última hora. Ninguna ilusión. Y Waldo, con su pachorra franciscana: cuando venga el golpe será a degüello.

Despertó de súbito con la sensación de una presencia ajena. La capilla estaba en sombras, pero desde una ventana alta descendía en diagonal un bloque translúcido de luz lunar, vagamente celeste. Se sentó en la banca, donde había terminado por encontrar una postura adecuada para dormir y vio una silueta blanca, inmóvil, junto a la parte anterior del ataúd, donde estaba la ventanilla. Estaba inclinada hacia adelante, contemplando la cara de su padre.

–¿Quién está ahí? –preguntó con voz insegura.

La figura se enderezó y volvió la cara hacia él. Era un hombre alto y macizo, que vestía un delantal blanco de médico o enfermero. Se acercó hasta que la luz de la ventana iluminó su rostro. Le pareció muy conocido. Esa cara cetrina como tallada en piedra, de altos pómulos y pequeña nariz aquilina... Lo reconoció de golpe:

–¡Órdenes!

El hombre se cuadró haciendo sonar los tacos:

–Sargento 1º Mardoqueo Órdenes Tragnolao.

Su voz era sorda, de tono profundo, pero al final tuvo un imprevisto falsete. Jaime se puso de pie y se acercó al hombre. No era tan alto como lo recordaba, pero tal vez más ancho, con un tórax poderoso, de boxeador, y la misma cara de siempre, cara de indio de palo. Lo abrazó torpemente. El hombre lo palmoteó a medias.

–¡Pucha, Órdenes! ¿Cuántos años hace que no nos veíamos?

–Veinte por parte baja, Jaimito. Puede que más. Desde cuando vivían en la calle Dieciocho y yo era el ordenanza de mi coronel, bueno, en ese tiempo era mayor.

Órdenes jugando fútbol entremedio del tierral del Parque Cousiño con nueve partidos simultáneos en diferentes direcciones, los arcos marcados con ropa pisada con piedras y yo cabro chico corriendo detrás de la pelota por no dejar, con la lengua afuera, Órdenes, el back centro impasable, el del taponazo imparable. A la vuelta, la sensación de caminar en alto por la vereda pavimentada de la calle Ejército encaramado sobre los estoperoles de los chuteadores, el cuerpo desmadejado, a ratos tiritando de cansancio, arrastrando los pies pero no por eso dejando de darle una que otra patadita gentil a la pelota colgando de la red. La Lucecita, la señora de Órdenes, abría la puerta de la casita de juguete, luminosa de puro limpia, donde Órdenes apenas cabía, y su sonrisa tan cariñosa, que se le contagiaba: Pasen, pasen ¿quiere que le sirva un huevito a la ostra, Jaimito? Sintió en la boca el sabor marítimo del huevo semicocido en limón, sal y pimienta y el de la hallulla tibia a mordiscos.

–¡Pucha, Órdenes! –le tembló un poco la voz.

Sonreía el sargento, no era muy demostrativo pero echaba una especie de calor. Se veía casi igual que antes, el pelo muy corto y apenas unos cañones plateados en las sienes.

–¿Y usted sabía que mi papá estaba aquí?

–Sí pus. Y también supe la vez anterior que estuvo, hace como seis meses, cuando lo operaron del riñón. Yo trabajo aquí en las cocinas y hoy llegó el comentario de que mi coronel Román estaba en el hospital, muy grave, en las últimas dijeron.

–¿Y usted alcanzó a verlo vivo?

–Sí. Y también alcancé a hablar con él.

–¡Habló con él! Entonces todavía no estaba tan mal.

–Estaba recontra mal. Por suerte alcancé a despedirme de él. Yo le pedí permiso a mi capitán Soto para ir a verlo, le expliqué que había servido con mi coronel, entonces el capitán consultó con el doctor del cuarto piso y me dijeron diez minutos, no más. Me reconoció al tiro. Estoy jodido, Órdenes, me dijo.

–¿Y cómo estaba? ¿Estaba consciente, hablaba?

–Hablaba todo el tiempo, aunque le costaba, es que tenía muchos dolores, decía que un puma le tenía clavados los dientes en la nuca, a ratos se quejaba pero sobre todo rabeaba. Estaba muy choreado mi coronel. Muy re molesto. Sufría pero estaba indignado. Pocas veces lo había visto tan furioso.

–¿Qué decía?

Órdenes recitó mirando a la pared del fondo como si estuviera leyendo en la oscuridad y a Jaime le pareció reconocer el tono y la

voz de su padre:

> yo estaba bien pero ahora estoy mal es intolerable pero es un hecho lo cierto es que no sólo estoy mal estoy peor cada vez más velozmente peor es un abuso insoportable no es lo que esperaba no estoy preparado no es el momento no es lo que se me dijo hay tantas cosas pendientes por qué mierda no le dicen la verdad a uno esto es una impertinencia y un engaño hay algo que anda reverendamente mal no hay derecho, hombre es un atropello ¿por qué no dicen antes claramente? a mí nadie me dijo no señor, los hechos consumados no hay respeto no hay jerarquía es un atropello no es cuestion de jerarquía en fin de cuentas lo que uno pide es un poco de humanidad ¿y qué se saca? disculpe que me queje Órdenes pero siento los dientes del puma cada vez más adentro de la nuca apretando apretando uf, no se aguanta ¿se da cuenta, Órdenes? un puma en el Hospital Militar no es posible voy a mandar un oficio cierto que estoy en retiro pero un jefe aunque sea (R), siempre es un jefe Órdenes, por favor, por qué no hace algo, hombre

–¿Usted estaba ahí cuando murió?

–No. Vino el cabo enfermero que tenía que ponerle la morfina y me echó para afuera. Yo me quedé esperando. Al rato salió. Venía blanco como un papel. Lo miré con cara de pregunta. Me hizo seña que sí. Eso fue todo.

Jaime bajó la cabeza y suspiró. “La paz del Señor”. Le dio pena pensar en el reclamo de su padre: “nadie me dijo... no hay derecho, no hay jerarquía”. Eso sobre todo: la falta de respeto a la jerarquía. El mayor escándalo militar. Sonrió sin querer. Tal vez su padre también su padre habría sonreído.

–Órdenes –levantó la cabeza y, bah, no había nadie–: ¿Órdenes?

Hubo un eco leve. La capilla estaba perfectamente inmóvil y sola: allá el cajón, las dos aguas del techo de madera que subían y se encontraban en ángulo agudo, la puerta cerrada y el rectángulo imperturbable de luz lunar.

II
Otras voces

> Los rasgos de rudeza y de tristeza que oscurecen el carácter militar le son impresos por el tedio, pero también por una posición siempre falsa ante la nación y por la comedia necesaria de la autoridad.
>
> ALFRED DE VIGNY,
> *Servidumbre y grandeza militares*

Margarita

En cuanto vi la sombra del militar detrás del vidrio de la mampara me dio una cosa al corazón, no sé, supe que iba a pasar una desgracia. Es un vidrio muy grueso, como tableado, poco se ve de un lado al otro, pero lo vi patente con el uniforme, la gorra en la cabeza. Y no es que yo crea como algunos que el militar trae siempre desgracia. No. Tengo un tío que es sargento del regimiento Guías, casado él con una hermana de mi mamá. No hay hombre más cariñoso, cuando viene a la casa llega con regalos para todas, y paquetes con dulces chilenos y botellas de chicha de manzana.

Pero esta sombra me encogió el corazón. Cuando le abrí tenía ganas de llorar y estaba pensando pobre mi hermanita Rosa, tan linda. Entró, pues, este caballero militar su uniforme tan planchado, tan correcto, de guantes, las botas negras brillantes y el sable al lado. Me miró como con simpatía, se inclinó delante de mí, no supe qué hacer así que me incliné también, se sacó un guante y me tomó la mano con mucho respeto, y con los ojos bien fijos en los míos, sonriéndose me dijo, Margarita, ¿no es así? Mucho gusto de conocerla. Yo moví la cabeza como diciendo yo también, pero la voz no me salía y tenía palpitaciones. Así que nos quedamos callados su resto. Le dije, bueno pase no más. Cerré la mampara, que a todo esto seguía abierta, lo hice pasar a la pieza y le ofrecí asiento.

Nosotras somos nacidas y criadas en San Francisco de Mostazal, pero después nos fuimos a San Manuel del Naranjal, que queda ahí muy cerca. Después de la muerte de mi mamá y de mi abuelita, o sea, fue al revés de como ha de ser, primero murió la mamá y después la abuela, mi papá se había mandado cambiar mucho antes, entonces los esparcimos las cinco hermanas, una se fue a Chillán con su marido que era talabartero, ésa fue la Hortensia, la primera en casarse y eso que era de las más chicas. Él trabaja preciosas las riendas, las monturas, pero dice que la huasería va siendo menos que antes, igual les va más o menos. Después, la Violeta se fue a trabajar a Concepción en el Hotel Savoy y sigue soltera, aunque tuvo un chiquillo con un viajante

de comercio. La Camelia se quedó aquí más cerca, en Rengo, se casó con un hombre mayor, le dijimos que no haga tal pero no quiso entender, decía que lo quería porque era tan bueno. Pero se le enfermó del pecho y le duró poquito, tanto que le habíamos dicho. Menos mal que le dejó el almacén y de eso vive y el niño mayor es tan habiloso, la ayuda en todo y saca la mejor nota en la escuela.

Y yo, que soy la Margarita, junto con la Rosa nos vinimos a Santiago en cuanto salimos del sexto año. De las preparatorias, se entiende. En la casa vieja se quedó el puro Onofre, el único hermano hombre, con la Edulia y la caterva de críos y crías, seis... ¿o son siete?, ya ni la cuenta le llevo. Pero en eso le salió una herencia, que era una hijuelita en San Manuel y para allá se fueron. Siempre esforzado, trabajando en las medierías con los futres Márquez de las Platas, y después hasta de noche trabajando la chacra en su campito, tan de campo mi hermano, que no se saca la ojota ni para ir a misa. A la Rosa y a mí nos gusta ir a verlo de vez en cuando, en julio o agosto cuando están maduras las naranjas y es cuestión de estirar la mano y tomarlas. Pero más nos gusta ir en octubre cuando están florecidas todas las rosas del jardín y nos da por acordarnos de la mamá y de la abuela, y el Onofre es cariñoso pero la Edulia nos desespera, siempre con dos guaguas en los brazos y esperando otra más, siempre sofocada haciendo todo, barriendo, pelando choclos, cocinando, gritándole a un cabro y pegándole un coscacho al otro, llamando a gritos a la niña mayor y a la segunda, con el moño desarmado y las chascas en los ojos, colorada y sudando y resoplando, nos desespera aunque no se queja y no quiere dejar que la ayudemos. Bueno, por lo menos pasamos la escoba, lavamos los platos y servimos a la mesa. Yo ni loca iba a querer esa vida.

Como dos años estuve casada con el Lientur Toloza y él dale que dale con que hagamos un chiquillo. Pero con lo que ganaba de carabinero apenas alcanzaba. Así que no, no más. Y ya cuando se puso a tomar fue la aburrición así que me cambié de casa sin avisarle y me metí a trabajar en una lavandería. Pagaban harto poco pero yo ahorraba, estaba flaca como perro, y así fue como saqué mi curso de peluquería y ahora estoy trabajando con la señora Antonia en "La Permanente" que es el mejor salón de peinados del barrio Estación Central, que antes llamaban de las Hornillas.

Pero la Rosa, ¡ay la Rosa! Cosa aparte mi hermanita. No se parece a las demás. Las otras cuatro somos todas grandotas como dicen que era el papá, bien blancas pero coloradas de cachetes y con la tremenda mata de pelo negro, todas anduvimos de trenzas, la Hortensia es la única que todavía. Después yo me anduve tentando y como trabajo en la peluquería me dejé melena cortita y me teñí el pelo entre rubio y alazán, así como santiaguina, más moderna, el

Marito fue el que me convenció, aunque a veces me arrepiento.

Pero la Rosa... tan especial ella que la han de ver. Lo primero es que fue la única que sacó ojos claros, pero no azules ni verdes sino de un tono de miel, tan claritos que cuando les da la luz de lado parecen transparentes y el pelo tan negro y brillante, tan lindo, largo hasta los hombros, con ondas largas. Hasta los 15 años usó las trenzas, después se las cortó, pero siempre se ha dejado el pelo largo, aunque no tanto como antes. Y es morena, la única morena, pero de un moreno mate que le llaman, un tono precioso... y la piel tan fina, es la única así entre todas las hermanas. Mi mamá le decía siempre "mi princesa" o "mi reina" y "ella va a ser reina de la belleza", decía.

La gente habla. Anduvieron diciendo que seguramente era de otro padre y que se parecía a unos futres de las vegas que eran de otro país, pero nadie tenía nada que sacarle a mi mamá y al final mi papá tuvo que enojarse y no se habló más de eso. Por lo menos en voz alta.

Bueno pues, iba diciendo, se sentó el militar medio tieso en el sofá, tuvo que descolgarse el sable y lo dejó recostado a un costado, se sacó la gorra. Mi pieza es grande para pieza de pensión, tiene dos ventanas a la calle Molina. Y yo la tengo siempre bien arreglada, soplada, en el día la cama queda como diván, con cojines encima, cosa que no parezca dormitorio, tengo mi amoblado que era el de mi abuela, lo traje de San Francisco de Mostazal, mis buenas sillas y una mesa de comedor, y encima un pañito de encaje hecho a croché por la Rosa y el jarro con flores frescas. Y también tengo un choapino grueso y más cerca de la puerta el brasero, que lo enciendo por las tardes o, si es invierno, más temprano.

Tiene una casa muy bonita, muy bien arreglada, dijo el militar. Se sonreía con mucha prosa y una se contagiaba y se sonreía también aunque en el fondo ¡ay! Usted se imaginará por qué he venido a verla. Esperó que yo le dijera pero yo no le dije nada. Entonces él siguió: es por mi hijo Jaime, usted lo conoce.

Claro que lo conocía. Ese joven alto y pálido, me dijo la Rosa con los ojos volados y yo pensé ¡tate! ya cayó mi hermanita, ¡ay! pensé, está frita. No seas tonta, le dije, no te hagas la falsa ilusión, ese joven no es para ti, no es para una como nosotros. Lo único que quiere es lo que tú sabes. Después vas a estar llorando, y le repetí el verso que a veces por broma decía mi papá:

Rosa te puso tu madre
para hacerte desgraciada
porque no hay rosa en el mundo
que no muera deshojada

Ella siempre lloraba cuando le decían eso y mi papá la consolaba medio entre broma y serio: No pues, si mi Rosita es la más linda, no va a morir deshojada. Ella se ponía amurrada, como regalona, y mi papá le hacía un cariño en la cara y le daba un beso, así quedaba contenta. Pero conmigo la Rosa se enojó, era que no, unos días no quiso hablarme, pero yo la veía mal. O sea, muy enamorada.

Después las cosas se pusieron más serias, o sea, empeoró. El joven la invitó a salir varias veces y me empezó a llegarme la Rosita a las dos, a las tres de la madrugada, y yo esperándola como una tonta sin poder dormir. Yo le decía pero no sacaba nada. Me enojaba con ella y se quedaba muda varios días. Estaba lo que es loquita por el Jaimito. Y de repente me dice que él le dijo que vivan juntos y no sólo eso, me dice que ya habló con la dueña de la pensión y puede que le arriende una pieza atrás, después del primer patio.

¿Y no habla de casarse?, le pregunté yo. Sí, me dijo ella, habla. Pero ahora no puede ¿no ve que es menor de edad? Tiene 17 pero anda en 18. Se ve mayor, le digo. O sea, que para casarse necesita permiso del padre. Pucha, Rosa, está claro que renunca se lo va a a dar. Pero ella sin hacer juicio: y me dice que él está muy peleado con el papá, porque se fue de la casa, dejó los estudios de la universidad y se metió a trabajar en la radio y el papá que es militar, claro que no quiere que trabaje, prefiere que estudie, pero Jaime quiere que vivamos juntos y en cuanto pueda quiere casarse conmigo porque me quiere.

No había nada que hacer. La Rosa se llevó su cama a la pieza de atrás, le pasé dos sillas de paja y la dueña de la pensión le pasó un veladorcito apolillado, que lo tenía arrumbado en el fondo al lado del gallinero. Al otro día por la tarde apareció el joven, traía un maletín muy chico. Vino con la Rosa a saludarme con mucho respeto y mientras hablaba, esta tonta hermana mía lo miraba como si de la boca le saliera miel y agua de rosas. Yo escuchaba no más, pero algo me decía.

El caballero militar me vino a decir justo lo que yo más me temía. No me quitaba la vista de encima y de a poco a poco, con voz suave, fue desenrollando la culebra. Supe oportunamente de la decisión de mi hijo Jaime de irse a vivir con su hermana. Es una cosa bonita, el romanticismo tan propio de la juventud, yo mismo en otra época... yo respeto mucho lo que él decida, es su propia vida. Cierto que es menor de edad pero muy maduro en algunos aspectos. En otros no tanto. La pasión es mala consejera. Tengo el más alto concepto de su hermana, pero debo decirle con franqueza que creo que ésta ha sido una decisión precipitada por parte de mi hijo. Diría más, usted me perdonará, creo que ha sido muy lamentable, equivocada. Me

temo que de esto pueden resultar momentos amargos para los dos y para los que estamos cerca de ellos y los queremos. ¿No cree?

Yo lo escuchaba no más y sentía que todo eso lo esperaba y lo sabía desde antes y cada palabra era como una puñalada que me iba hundiendo más en la pena más negra. Moví la cabeza como diciéndole que sí, después como diciéndole que no. Él me miraba fijo y siguió:

Yo no quisiera y estoy seguro que usted tampoco, que viniera una guagua en estas circunstancias. Sería un error, una amarra innecesaria para mi hijo y para su hermana, sin medios para afrontar la situación. Usted me entiende. Tendríamos una situación irreparable que sería mejor evitar, por ellos y por la criatura que puede venir. Yo aspiro a que Jaime continúe sus estudios en la Universidad, que dejó truncos en mal momento, mal aconsejado. Mi preocupación es por su futuro. Estoy seguro que usted entiende y aprueba mi preocupación. Más adelante, cuando ya sea mayor de edad, él podrá decidir, regularizar la situación, casarse con su hermana, si ése es su deseo. Para eso falta muy poco, apenas tres años. El tiempo pasa volando.

Entonces, ¿qué es lo que quiere? le pregunté y sentí que en vez de pena me estaba dando rabia. Acaso una porque es pobre, ¿no tiene derecho a la felicidad?

Me quedó mirando fijo y empezó a hablar muy despacio demorándose mucho en cada palabra: Pienso que lo mejor sería ahora que se separaran, que dejaran de verse por un tiempo. Tal vez podría considerarse una compensación, dadas las expectativas forjadas. Aparte uno de otro, podrán madurar mejor lo que les conviene y, si la atracción o, digamos, el sentimiento que los une, se mantiene, nadie podrá impedir que la unión siga adelante.

¿Sabe una cosa? le dije, nosotras somos muy orgullosas. No andamos detrás de casarnos ni de sacar nada de nadie. ¿Me entiende? No sé qué dirá mi hermana Rosa pero creo que esto le va a doler mucho. Más de lo que usted se imagina. Porque ella está con toda la ilusión, está muy enamorada de su hijo y creo que él también. O sea, para él tampoco va a ser bueno. ¿O él sabe que usted vino a verme?

–Sí –me dijo–, él lo sabe.

–Pero entonces, ¿por qué él no me dijo o no le dijo a la Rosa?

Se encogió de hombros:

–Eso no lo sé.

–Pero entonces, ¿qué piensa él, está de acuerdo con usted?

–Mire, para serle franco, yo creo que él está desorientado en este momento. Dejó los estudios hace un año y empezó a trabajar de espíker en esa radio. Yo no quiero que él se pase toda la vida de espíker. Pudiendo tener su título universitario. ¿Me entiende? Si la

relación con su hermana se mantiene, sobre todo con la seriedad que está tomando, máxime si viene un hijo, él va a necesitar seguir trabajando y ni pensar en estudios, aunque naturalmente yo lo ayudaré en todo lo posible. Pero eso es comprometer su futuro, condenarlo a vegetar. ¿Me comprende?

–¿Sabe, señor? Creo que no tenemos ni una cosa más que conversar nosotros dos. Está bien claro lo que usted quiere. Quiero decirle por si acaso, además, que a mi hermana no la tiene que mantener nadie. Ni su hijo ni nadie. Ella trabaja y se gana su plata.

–Perdón, ¿en qué trabaja?

–Es garzona de la fuente de soda Capricornio.

–Ah.

Nos quedamos bien callados. Bueno, dijo el caballero militar, se paró, se tironeó la casaca, se acomodó el terciado, y se colgó el sable al costado. Le agradezco su gentileza de escucharme y su franqueza. Espero no haberle causado una molestia. Éste es un asunto delicado... espero que usted me haya entendido bien. En esto no me guía otra cosa que la preocupación por el destino y la felicidad de mi hijo, ¿me entiende? Y también de su hermanita.

Extendió la mano, pero yo lo miré no más. Carraspeó un poco y salió.

En cuanto sentí el ruido de la mampara que se cerraba, me puse a llorar como lesa.

Elena

Ay, mi niño. Usted se acuerda cómo era, Emita. Tan lindo. A los cuatro años, su cabecita como un canastillo, los ojos grandes y las pestañas crespas, en la calle se paraban las mujeres para mirarlo, comentar y hacerle cariño en la cabeza, aunque él no se dejaba y más se pegaba a mí. Si lo estoy viendo cuando llegaba a la puerta del dormitorio y me preguntaba: "¿Se pere, mamita?" Disculpe, siempre me tiembla la voz cuando... No debían crecer estos bandidos, ¿no es cierto? ¿Usted qué dice? De veras que usted no puede decir nada. Pero no ponga esa cara, es una manera de decir. ¿Cómo se va a impedir que crezcan? Eso es lo terrible: que crecen y cambian.

Ya ve usted, la Chita era tan dulce, un encanto de niña, lo más obediente, "Sí, mamita", tan modosa. Era como ese verso que siempre dice Manuel, uno de esos versos cursis que le gustan:

así es siempre Margarita,
bondadosa y resignada

si algo le dan lo recibe
y si no, no pide nada…

Y después ¡hay que ver las garritas que sacó! Bueno, la verdad es que yo no la critico como el resto de la familia, aunque un tiempo estuvo muy desamorada conmigo. Con el padre, no, siempre sabía envolverlo y él se ablandaba como mantequilla caliente. Con ella tenía una tolerancia absurda, le aguantaba todo. Pero en fin de cuentas, creo que para Manuel ella también fue una gran decepción, aunque no sé bien qué esperaba: ¿que se casara con algun milico? Usted sabe cómo han sido las cosas, pues Emita. Pura apariencia y pellejerías mil, deshacer la casa cada dos años para ir a enterrarse a un pueblo de provincia donde hasta bostezar es una novedad. Esos benditos cócteles en el Casino de Oficiales servidos por soldados de bototos, que andan a tropezones con la gente, esos almuerzos rotarios con abogados y curas guatones, con dueños de fundos y comerciantes de "esta plaza" y la lata espantosa de las reuniones de señoras o los pokercitos del eterno pelambre. Horror de horrores.

¿Sabe qué? En el fondo yo le hallo la razón a la Chita: hizo con su vida lo que quiso y si se casó antes de tiempo con un pinganilla y se descasó a poco andar, en buena hora, para casarse de nuevo y después se fue con el jefe de la oficina a Brasil una semana, nadie tiene nada que decirle, yo menos que nadie. Hasta me da envidia. ¡Esa independencia! Aunque igual la pelan. En fin, ella entendió que en mí tenía una aliada y que siempre podía llegar a mi lado a lamerse las heridas. Pero, le digo, es una mujer que no le entran balas. Práctica, dura si se quiere. Ha tenido el valor que yo no tuve. Yo quise ser siempre "señora". Por lo mucho que vale. Y señora de militar encima. Hay que ser muy.

En cambio Jaimito… Yo le confieso que siempre tuve una gran debilidad por él. Seguramente lo mimé más de la cuenta. Llegó seis años después que la Chita, no lo esperábamos, y fue como hijo único. Me dolió cuando se convirtió en un flaco canilludo y peludo, sin gracia ninguna, con espinillas. Y se me alejó. Yo que lo quería tanto… Me hizo sufrir, Emita, no se lo niego. Antes, cuando chico, se tendía a mi lado, "Mamita, hagamos siesta", decía. Y esto era a cualquier hora que llegara a la casa, de vuelta del colegio, por la tarde, o cuando venía a almorzar. Me encantaba cuando más chico cuando me tomaba la mano con su manito pegajosa y algo más grande, ese olor entre gusto a leche y transpiración de la pichanga. No se escandalice, Ema. Son los placeres de una madre. Manuel se tumbaba cada día para su siesta obligatoria y Jaimito se acostaba conmigo en la pieza de al lado y se abrazaba conmigo. O yo me abrazaba con él. Lo besaba y me besaba. Se dormía en mis brazos. Estaba siempre pegado a mí. "Éste

parece ternero mamón", decía Manuel medio picado. Creo que le tenía celos. Lo llevaba a andar a caballo al regimiento, sobre todo ese tiempo cuando estuvimos en Lautaro. Quería que se hiciera hombre, eso decía. Le estimulaba que jugara fútbol. Lo llevó a boxear al regimiento pero un día llegó con la nariz medio reventada y yo puse el grito en el cielo y ya no insistió. Después, en Santiago, los domingos lo llevaba a las carreras y lo hacía jugar, algo que siempre me pareció calamitoso, por suerte no salió tan jugador como su padre. Lo hacía leer antes de tiempo libros que no eran para su edad. Cosas de Émile Zola. ¿Lo conoce? Bueno, sí ya sé que usted prefiere a Delly. Aunque quién sabe cuál es la edad para leer qué. Manuel conversaba mucho con él, le celebraba todas sus ocurrencias, decía que iba ser escritor. Gran futuro. Bueno, cierto que el niño era inteligente. Cuando estaban juntos era como un par de compinches de la misma edad, pura risa. Se celebraban mutuamente.

Así se me iba apartando. Desde guagua yo siempre lo bañaba en la tina. Vi cómo su cuerpo fue cambiando. Despues empezó a darse duchas todos los días y sólo una vez por semana el baño de tina y era lo que me quedaba. Hasta que me dijo: "Ya está bueno, mamá. Yo me puedo bañar solo". Tontamente insistí: "Pero solo no te vas a bañar bien". Inútil. Empezó a crecerle pelusa encima del labio. A los quince años por primera vez no llegó de vuelta a la casa hasta el otro día. Una de esas famosas comidas de fin de año, que terminan siempre donde la Carlina, es lo que me ha contado Honorio. Ya antes me había castigado, se desligaba: se acabaron las siestas, los abrazos y los besos. Ahora apenas un beso por cumplir, en la mejilla, al llegar y al partir. Si yo lo llegaba a tocar con cualquier pretexto, si le hacía cariño en la cabeza, me rechazaba con brusquedad y se ponía rojo. Bueno, eso se entiende. Yo también me he leído mi Freud. ¿Usted no? Le puedo prestar un libro de los sueños. Pero no se me vaya a poner colorada, pues.

Después empezó a darle por la poesía y a llegar cada vez más tarde. Por las mañanas salía después de las diez, de las once, es que tengo clases desde la segunda hora, decía si le preguntaba. Al mismo tiempo empezó a trabajar en la radio, por más que le advertí. Yo no quería que se metiera en ese ambiente, de trasnochada y trago. Por su salud, ¿me entiende, Emita? Porque desde chico fue delicado de los bronquios y estuvo tan mal cuando estuvimos destinados en Concepción que yo creía que se me iba. Pero él decía quiero ganarme mi plata, no voy a estar siempre pidiéndole a mi papá. La verdad es que en ese tiempo Manuel no tenía ni para hacer cantar un ciego. Con pedirle no sacaba nada. Entre las carreras y unos negocios brillantes que se metió estaba endeudado hasta la pared del frente. La casa con doble hipoteca. Y el sueldo, puros descuentos. En la casa no se veía la

carne, yo me dedicaba a cocinar cochayuyo, papas con mote, alguna caballa a lo lejos, lentejas sin ni siquiera un cuerito de chancho y hasta caldillo de papas con luche que es como la pobreza misma. Jaime me pedía mantequilla para el pan, pero no había con qué. Yo sufría porque sé que a esa edad los niños necesitan, es que ya van dejando de ser niños, y estaba cada día más largo y más flaco y empezó a tomarle antipatía al padre.

Manuel se quejaba del ejército, decía que quería retirarse al cumplir 30 años de servicio y después escribir un libro terrible, "30 años en el infierno". Nunca lo escribió, ni lo escribirá. Les uniforman el alma, y lloran cuando escuchan la marcha Erika y con la Porotera, como le dicen a la Canción Nacional. Bueno, Manuel no es igual a otros milicos, eso no se puede negar, siempre ha tenido inquietudes y lecturas. Pero idealiza la carrera militar, hay que oírlo cuando habla de la servidumbre y la grandeza militar, ése es su libro de cabecera. Creo que se siente como aristócrata, como si disparar cañones y matar gente al por mayor fuera un arte exquisito. ¿Se da cuenta, Emita? En el fondo sigue siendo milico.

Entonces, el padre quería dejar el ejército y el hijo quería dejar la Universidad. Y la dejó de repente, sin decir nada, al terminar el primer año. Dio los exámenes para que no dijeran, no sacó tan malas notas tomando en cuenta lo poco que fue a clases, y adiós las Leyes. Ya estaba trabajando en esa radio desde hacía meses, además había hecho un reemplazo en la Caja de Empleados Particulares. Diez horas diarias. Enflaqueció. Pero se sintió hombre, capaz de ganar su plata. Con unos miserables pesos en el bolsillo quiso la independencia. Y es cierto que de abogado no se veía. No quiero ser tinterillo, decía y me hablaba con asco de los juzgados, del olor a expediente y a sobaco, de las esperas infinitas, de los actuarios rastreros corriendo detrás de la coima o de la propina, de los colegas paliqueros más falsos que Judas, de los jureros y las trapisondas, de los gendarmes que daban recados y recibían encargos para los reos incomunicados, de las secretarias que contaban la firme de la resolución del Ministro sumariante, del traficante de droga que le regaló una placa de brillantes a la jueza, de los carabineros que daban el soplo de las diligencias pendientes. Todo eso nunca lo vi pero me lo imaginaba. Lo veía leyendo al viejo Balzac, que de *La Comedia Humana* completa y empastada que Manuel heredó de su padre cada vez faltaban más tomos y me imagino que Jaime los vendía cuando tenía algún apuro, si es que no los vendía el mismo Manuel.

¿Qué trata de decirme? ¿Balzac? Es un escritor francés. Muy bueno pero un poco crudo, le diría. ¿Cómo decirle? La mugre humana. Yo prefiero a mis rusos que también miran las realidades pero tienen más vuelo. Será que son románticos. O a la Vicki Baum. En fin, ya sé

que usted no ha caído en el vicio de la lectura. Pero créame, es un gran consuelo. Leyendo se abren los horizontes. Uno aprende a mirar a la gente de otra manera. También es cierto que una siente más chata la vida que le tocó. A veces cae en la desesperación de que nunca pase nada, como las mujeres en los cuentos de Chejov, que lo quiero tanto, es como un tío sabio para mí. Sí, es ruso también.

Y esos años que Manuel anduvo destinado no sé en qué misión misteriosa, espionaje sería supongo yo. ¿Y a quién andar espiando? ¿A los argentinos, a los peruanos, a los bolivianos? A los milicos les gusta jugar a los bandidos, no es otra cosa, créamelo. Y una sola en la casa, sacando a los críos adelante. Sí, el sueldo llegaba puntual, pero qué, si no era gran cosa. Y cualquier imprevisto... Entonces apareció Honorio, con su enorme comprensión, su cultura, su soledad. Y su tremenda calentura. Se fue dejando caer de a poco. Y no tuvo que hacer grandes esfuerzos. Era lo que una necesitaba. Compañía, alguien con quien ir a ver una película, salir a comer afuera. Todo muy discreto, muy limitado, por los niños, ¿me entiende? Él sufría, decía que habría querido una relación distinta. Comenzar una nueva vida. Pero cobardazo también, como todos los hombres. Tampoco se atrevía a deshacer su matrimonio. "Por los niños", decía. De todos modos, fueron dos años que no cambio por nada. Me abrió los sentidos, como decía la Florita cuando quedó esperando a la hora nona, me abrió otros mundos. Al final, de todos modos yo quedé agradecida. Todo lo que es vida se agradece. Pero yo tampoco estaba dispuesta a seguir eternamente con la doble vida y él lo que no quería era la definición. Le encantaba jugar al adulterio, creo que lo calentaba. "El matrimonio mata la poesía." Esas frases que le gustaba repetir.

Cuando regresó Manuel se volvió al orden de la familia. Pero se dio cuenta. Es que es muy sapo. No sé si alguien le dijo algo, tal vez ese viejo hediondo, don Luciano, el custodio de la moral ajena. Parece que nos vio un día saliendo del Martini. O a lo mejor fue otro, otra. Nunca faltan. Un día me exigió explicaciones por una dedicatoria que me puso Honorio en los *20 Poemas*,"Al final sólo queda la desesperación". Cursilón, ¿no le parece, Emita? El amor siempre es cursi. O no se sabe cómo decirlo sin cursilería. Pero en fin de cuentas, todo resultó como una liberación. Después, cuando Manuel se metió con esa viuda de Quilpué, que le brilla el oro en los aros, en el collar, en los anillos y hasta en las muelas, como señora de paco dice la Chita, todo me resultó más tranquilo. Ya no quedaba nada. Fuera de la Chita y mi niño.

Y en eso el niño se me puso comunista. Usted lo sabía, no tiene para qué sacudir la cabeza ni poner esa cara. Para mí no es drama. No lo tomo igual que la Julita: "mi hijo jamás, antes maricón que comunista". El marido de la Julita dice lo contrario: "antes comunista

que maricón". Y yo, ¿qué digo? Comunista, maricón, cura o bombero, es mi hijo. Punto. Manuel se enteró bastante después. Los maridos siempre. En esos días la comunicación estaba muy cortada. Se sintió muy afectado por el abandono de los estudios y cuando hablaron (Manuel tuvo que ir a la radio a buscarlo) Jaime estaba taimado y decía muy poco. Finalmente, le dijo que no se veía de abogado ni de juez, que no quería ser parte ni cómplice del aparato del Estado ni vivir del Fisco, cosas así. Manuel empezó a preguntarle qué iba a hacer, qué pensaba de su futuro. Y él muy tranquilo va y le dice: Soy bolchevique, papá. Me imagino la cara que puso Manuel. Bolchevique. ¿Esa palabra no le suena, Emita? Es una palabra que se usaba mucho antes. Viene a ser lo mismo que comunista, pero peor todavía. Comunista ruso. De esos que andan trayendo un cuchillo entre los dientes y dicen que se comen a las guaguas. Manuel lo tomó como algo personal. Llegó a la casa pésimo. Se sentó y me pidió un vaso de agua. Se lo traje, pero antes de tomárselo se paró, con los ojos terriblemente salidos y empezó a abrirse a tirones el cuello y el uniforme, saltaban por el aire los botones, decía algo ronco, era casi un estertor, le faltaba el aire. Al final caminó no sé cómo, mientras yo trataba de calmarlo, de hacer algo y le decía: Pero Manuel, qué le pasa. Alcanzó a llegar a la cama y se derrumbó de espaldas. Llamé al doctor Saavedra, que es cardiólogo, por suerte yo tenía el número a mano, y mientras tanto él seguía como ahogado y quejándose, le mojé las sienes y conseguí que tomara un poco de agua. Llegó el doctor, bastante rápido en realidad, pero la espera me pareció eterna. Lo examinó, le puso unas pastillas debajo de la lengua y dijo que había que llevarlo al Hospital Militar. Como una hora después llegó la ambulancia, venía un médico con dos enfermeros, lo pusieron en una camilla y se lo llevaron. Bueno, después se supo que no era un infarto como parecía, sino algo menos grave: un espasmo a las coronarias. Fue un aviso, dijo Saavedra.

De repente, meses más tarde, avisan que Jaime está detenido en la 1ª Comisaría. Por andar haciendo rayados en la Moneda, por el lado de Morandé. Imagínese. Manuel fue de uniforme a sacarlo. El teniente de Carabineros le dio la autorización al tiro, pero el niño no quería salir solo. No salía si sus compañeros no salían con él. Eran tres cabros y una muchacha. Después de un tira y afloja, telefonazos a no sé quién, etc. los soltaron a todos. Manuel quiso aprovechar la ocasión para conversar en serio con Jaime, pero no se la dio. Seguía sumamente chúcaro.

En ese tiempo yo todavía me hablaba con Manuel, aunque poco. Le dije que dejara tranquilo al niño, que no sacaba nada con ponerle la proa. A mí, eso de la política y el comunismo me da un poco de miedo, aunque yo entiendo que la gente de trabajo está muy mal, hay

mucho abuso y es lógico que se alcen. Y cuando levantan la voz los acallan a tiros. Me da miedo por él. Tampoco me gusta nada ese trabajo en la radio, con tipos medio raros y actrices de radioteatro. Y esas trasnochadas que tan mal le hacen, andar por ahí tomando con periodistas y gente así. ¿Y qué futuro? ¿Seguir pasando toda la vida avisos de Mejoral y anunciando discos de Pedro Vargas y la Ester Soré? Pero no insistas con lo de las leyes, le dije a Manuel, él no es para eso. Habría que buscar otra cosa. A lo mejor el Pedagógico. ¿Profesor? No me parece, dijo él. Le cargan los profesores, dice que son unos siúticos muertos de hambre. ¿Como los militares?, le dije. Se le subieron las moscas: Yo respeto la carrera de las armas, declamó. Pero a continuación, medio achatado: no quiero que mi hijo sea cura ni militar. ¿Ni profesor?, le dije. ¡Tampoco!

En eso quedó la cosa. En suspenso. Después vino la bomba. No sé cómo lo supo pero un día a la hora de almuerzo me comunica: Jaime está enredado con una mujer. Le dije ¿y qué? Peor sería que anduviera enredado con un hombre, ¿no le parece? Ya está en edad de tener un enredo. ¿A qué edad empezó usted, Manuel? No, Elena, ponía su cara más seria, la cosa es seria: quiere irse a vivir con ella y casarse. ¿Estás seguro? ¿Hablaste con él? No, tú sabes que no quiere hablar conmigo. Bueno, le dije, voy a tratar de conversar con él, pero tú no te metas. Igual se metió.

Rosa de Mostazal

Yo nunca había sentido algo así. Es que he sido bien tonta. Tú eres quedá me dice la Margarita. Bueno, que sea. Cuando lo vi aparecer la primera vez en el Capricornio y de golpe vi su figura de príncipe, sus ojos negros rebosantes de ternura, su pelo de azabache y sus labios de coral, de repente sentí como que la tierra temblaba, me puse roja y me le secó la boca.

Él entró con su linda sonrisa, saludó muy caballero a la señora Aurora, que está siempre en la caja y después, mirándome directo, por lo derecho, se acercó, se sentó a una de las mesitas cerca del mostrador, me miró fijo con esos ojos enormes que tiene, entre como verdes, y me dijo hola. Quise decirle hola pero la voz no me salió. Formé la palabra con los labios y la dije pero no se oyó nada. La garganta se me había apretado y me faltaba el aire.

Qué bueno que abren temprano, yo trabajo en la radio aquí arriba y me toca abrir por la mañana. Vengo a tomar desayuno, me dice. Ay, es una voz tan melodiosa y como ronca, yo sentía que me resonaba en el corazón, una voz preciosa y varonil, como la de Tito Guizar o Pedro Vargas. Sí, señor, conseguí decirle, ¿quiere el desayuno

Capri? ¿Cómo Capri, que no es Capricornio? No, la fuente de soda es Capricornio, pero el desayuno es Capri no más. ¿Y es bueno? Sí, pues, le trae un vasito de jugo de naranja, tostadas con mantequilla y un platito con mermelada de damasco y café con leche. Ah, y un dulce chileno. ¿Y qué dulce? Puede ser un alfajor o un príncipe. Se sonrió: que sea un príncipe, mijita. Y yo me sentí toda esponjada por dentro, habría querido decirle "Como tú, mi amor". Claro que no le dije nada pero me puse más roja que antes.

Desde entonces comencé a verlo muy seguido. Al comienzo Él bajaba a tomar el desayuno, después me preguntó si se lo podía subir a la radio, pero más temprano. Me llamaba por teléfono y me preguntaba ¿hablo con la Rosita de Capri? Su voz me hacía cosquillas, me dejaba medio lela. Y me hacía el pedido.

Cuando me toca llevarle el desayuno, mientras el ascensor sube hasta el piso noveno, me tirita la bandeja y suena la taza contra el vaso y los platitos. Arriba a esa hora temprana no hay nadie a la entrada. Se entra por una galería larga y angosta, con una hilera de ventanas a la calle, se ve la torre de San Francisco y más cerca, a un lado, los techos de la Catedral y otros techos. Al final está el control, donde siempre está sentado un caballero rubio de ojos azules, pero tan turnios que una no halla para dónde mirar, dicen que es francés, y al lado una piececita muy chica, con las murallas forradas en unos cartones con agujeritos y ahí está Él, tan serio, tan lindo, sentado delante del escritorio donde está el micrófono. Y hay un enorme vidrio como una ventana pero no da a la calle sino a la pieza del control. A veces me hace seña que entre y le deje el pedido encima de la mesa, pero se prende una luz roja, entonces se pone un dedo en los labios para que yo me quede callada callada, como muerta, y tengo que esperar hasta que la luz se apague de nuevo.

Otras veces es mejor, porque hay una música más larga, eso es sobre todo en la tarde cuando le llevo la leche con lúcuma, es lo que siempre pide. Me recibe afuera, sentado en el sofá, que tiene un forro de terciopelo azul muy gastado y se levanta polvo a cualquier movimiento. Acerca una silla para que le sirva de mesa y siempre me invita a sentarme al lado de él. Pero yo nunca le acepto. Me mira, me mira, me mira, como si me dijera cosas que yo no más entiendo, me hace poner colorada, pero todo muy correcto. Cuando termina de tomarse su leche, sacude la cabeza: qué cosa tan rica, y me mira fijo, no sé si la leche con lúcuma es la cosa rica o qué, y aunque no quiera me pongo colorada otra vez. Cuando ya me voy a ir, después que me paga o que firma el vale, porque doña Aurora a Él le fía sin problema, es raro porque no le fía a nadie, creo que a ella también le gusta, le hace tilín, con lo vieja y horrible que es, entonces cuando ya me voy, Él me toca apenas muy suavecito la mano al recibirme el vuelto o al

devolverme el vale firmado mientras me mira fijo fijo y yo quedo tiritando toda entera con ese toquío y la mano me quema.

Tiene que haberse dado cuenta, creo yo, aunque nunca le dije nada. Pero cada vez me miraba más largo, una vez me tomó la mano y me la apretó muy suave y yo, como tomate, y quería dejársela para siempre pero una ha sido criada en las monjas, así que se la quitaba, aunque demorándome un poco. El francés del control nos quedaba mirando con esos ojos azules, cruzados, ojos de loco, y hablaba entre dientes, no se le entendía. Jaime se reía no más, se encogía de hombros.

Y después un día que nunca podré olvidar, en el momento de partir, se agachó y me habló al oído, y su voz ronquita tan cerca y el calor del aliento en mi oído me sacudió toda entera, tanto que casi me desmayo, y hasta me hice un poquito en los calzones.

Él tendrá que haberse dado cuenta de lo que me pasaba. De manera que poco a poco fue tomando más confianza y me tomaba la mano un buen rato y agarró casi siempre de hablarme al oído. Su voz me hacía una cosquilla en todo el cuerpo, a veces una especie de tiritón. Así un día, al oído, me invitó a salir con Él por la tarde. No le pude contestarle nada, me arranqué y dejé pasar todo el otro día, y cuando pidió el desayuno conseguí con el Este que se lo llevara, que siempre lleva los pedidos a las oficinas y esa vez había llegado temprano. Por la tarde llamó y pidió su lechecita y el Este no estaba, así que se la tuve que subírsela yo misma. Iba temblando pero cuando llegué, Él estaba en el micrófono pasando los avisos, me vio y me hizo una seña pero yo le dejé el pedido en una mesita en el control y le dije al francés que tenía que irme corriendo porque me estaban esperando.

Al otro día se amaneció por la fuente de soda muy temprano, cuando recién estábamos abriendo. Estaba pálido y ojeroso como que hubiera dormido poco. Saludó a la vieja Aurora, siempre caballero, se sentó a su mesita de siempre y me pidió un desayuno Capri. Le dije va a tenerse que esperarse que se caliente la máquina y me dijo sí, está bien. Y yo no sabía qué hacer con mi alma, puse las tostadas antes de tiempo y me temblaban las manos que no atinaba con los comandos de la máquina del café, mientras tanto me puse a sacarle el jugo a las naranjas para el jugo, en eso las tostadas se empezaron a quemar, tuve que poner otras y se me dio vuelta el vaso del jugo. Sentía que Él me estaba mirando todo el tiempo. Doña Aurora me gritoneó, algo que nunca: qué te pasa Rosa, tanta torpeza esta niña. Y yo como tomate.

Cuando le llevé la bandeja a la mesa, mirándome a los ojos me dijo: Creo que tenemos que hablar. Pero ahora no, le dije, aquí no. Está bien, yo la llamo más tarde.

Y ya. Fue como una locura. Yo ni sabía de mí. La Margarita

sacudía la cabeza no más, me decía que después lo iba a lamentar, pero me ayudó a arreglarme, me prestó una blusa muy linda, toda de seda, blanca con plisados y bordados en el pecho y me planchó la falda del traje sastre azul que era todo mi lujo y que yo lo compré cuando salí de la Escuela de Garzonas y Hotelería. Y en el ojal de la chaqueta me puse un botón de rosa rosada, fue idea de ella, a mí nunca se me habría ocurrido tal cosa y me daba vergüenza andar con esa flor ahí porque era como andar proclamando.

Nos juntamos donde me dijo, en San Antonio con Santo Domingo. Él ya me estaba esperando y me saludó con un abrazo y con un beso en la cara. Quiso besarme en la boca pero le hice el quite. No tan ligero, le dije. Pero la verdad es que yo ya estaba entregada y bien fregada.

Todo fue después como un sueño, una felicidad como nunca se me ocurrió que podía existir en este mundo. Nos fuimos caminando varias cuadras a un hotel muy escondido en la calle Rosas, por el camino me llevaba tomado el brazo muy arriba, yo sentía su mano en el pecho y no me daba ni cuenta de dónde pisaba. El hotel era una casona dismulada, ni tenía letrero de hotel en la puerta. Nos dieron una pieza muy grande entrando por el corredor a mano izquierda. Estaba un poco oscura, con los postigos de las ventanas muy cerrados. Al entrar Él prendió la luz. Había una cama doble, con una colcha celeste brillante con pajaritos bordados, posados en unas ramitas doradas como de cerezo, y él con tanta delicadeza, lo que me vio tan indecisa y roja de vergüenza, me dijo: Ya, yo no la miro, desvístase no más y yo me acuesto por el otro lado. Sí, pero apague la luz le dije yo. Y él apagó la luz de arriba pero prendió la de una lamparita preciosa de velador, que tenía una pantalla rosada con vuelitos. Yo me saqué el vestido muy rápido y me aflojé el corpiño, pero no me saqué los calzones, me daba no sé qué cosa. Pero venga, acérquese, me dijo. Me abrazó con mucha suavidad y sentí entre las piernas mías las piernas duras de él, sentí que tenía pelos en las piernas. Yo temblaba y él me dijo si tenía frío. Y era verdad, yo estaba temblando de frío pero tenía la cara como fuego.

Entonces, él agarró como una autoridad. Ya, me dijo, no tenga miedo, sáquese ese corpiño, y me acarició los senos y casi me desvanecí del gusto, pero le decía que no, que qué iba a pensar de mí, pero le sujetaba la mano muy apretada en mi pecho. Y entonces, él con la otra mano me tocó abajo y sentí una sacudida tremenda. Empecé a sentirme toda mojada, me dio mucha vergüenza. Apretaba las piernas pero él no me quitaba la mano de ahí y yo no quería que me la quitara. Pero sáquese los calzones, mijita. Le dije que no con la cabeza, es que ya no podía hablar y él mismo me los fue sacando y yo le ayudé como sin querer. Y me dijo: Abra bien las piernas, mi amor.

Entró de golpe y sentí como una quemadura terrible de esa cosa enorme, grité, pero lo apreté bien fuerte y luego estuvo todo todo adentro de mí.

Al otro día fueron los dolores, me dolía todo, como apaleada, las caderas, pero principalmente ahí, y me latía. Pero cuando él me dijo que nos viéramos de nuevo al tiro le dije que sí. Ya no podía estar sin Él.

Nos juntábamos por las tardes, a veces me llevaba a ver una película y después pasábamos a una fuente de soda a tomar una bebida, a veces me llevaba a otros hoteles, como uno muy elegante en la calle París, donde parecía que nadie estaba mirando o tal vez nunca había nadie, eran unas camas muy anchas con las sábanas blancas como palomas y sonaba una música muy linda. A veces pedía un refresco o un pisco sour pero no dejaba que entrara la persona que traía la bandeja, se la recibía en la puerta, así no me veían. Y no es que a mí me importara, yo habría querido que todo el mundo supiera de nuestro amor, pero siempre me emocionaba verlo tan caballero, siempre pensando en lo mejor para mí.

Un día me dijo que deseaba vivir conmigo para siempre. Quería casarse conmigo para estar a mi lado todo el tiempo, que hiciéramos juntos la vida, que tuviéramos niños. Eso sí, me dijo, no podía casarse sin permiso del papá, que es militar. Porque aunque se ve mayor, él tiene dieciocho años no más, o sea que es menor de edad. Y por ahora está más que claro que no le va a dar el permiso, porque lo único que quiere el caballero es que termine los estudios de la escuela de Derecho y a mí me va a costar, me dijo, convencerlo que no, que esa carrera a mí no me interesa, lo que quiero es trabajar en la radio y ganarme mis propios pesos, quiero ser independiente y hacer mi vida contigo. Fuera que además mi papá se va a indignar cuando sepa que yo estoy en el Partido Comunista, o sea que todo se complica más.

Le dije que yo comprendía sus razones pero eso del comunismo me dio miedo porque a los comunistas los meten presos, los echan de los trabajos, a muchos los mandaron a Pisagua que no tengo idea dónde queda, y yo no quisiera quedarme sola y tener que ir a ver a mi hombre a la cárcel o a no sé dónde.

Él se rio y me abrazó y me dio un gran beso. No tenga miedo, mijita linda. Yo me cuido y esto que pasa ahora no va a ser siempre pero entiéndame que si yo soy comunista no es por andar haciendo desorden o barullo, eso es lo que dicen los diarios y el gobierno, pero lo que queremos es que haya justicia y una vida mejor para los trabajadores, como usted misma y como yo.

Usted no es un trabajador, le dije yo. ¿Cómo, acaso no trabajo? Sí, yo sé que trabaja y que trabaja mucho, pero no es lo mismo que el

Este. ¿Y quién es el Este? El joven que trabaja en la fuente de soda. Le dio risa: No, claro que no soy lo mismo que el Este. Nadie es lo mismo que otro. Pero algo es igual: que él y yo, y usted también trabajamos por un sueldo. ¿Ve? Usted está tratando de confundirme. Yo sé que usted no es igual. ¿Pero en qué no soy igual? Es que... no hallaba cómo decirle, es que... usted es caballero. Se rio mucho. Claro, claro, decía, caballero a pata pelá y con leva. Y más se reía hasta que ya le dije: Bueno, no me enrede más y no se ría de mí tampoco.

Se puso serio y me dijo: Yo lo que quiero es que vivamos juntos, bajo el mismo techo. Yo puedo arrendar una pieza, porque para un departamento no me alcanza, o tal vez podemos buscar una pensión que sea económica y que no esté muy lejos. Y yo le dije espere, párele un poco, no tan ligero pues, ¡déjeme pensar! Voy a preguntarle a la Margarita, mi hermana, a lo mejor donde ella vive o sea, donde mismo vivo yo, se puede encontrar algo. ¡Mi amor!, dijo, eso quiere decir que está de acuerdo y que vamos a vivir juntos, ¿sí?

III
Conflictos

Ante el solo aspecto de un cuerpo de ejército, se percibe que el tedio y el disgusto son los rasgos generales del rostro militar.

ALFRED DE VIGNY,
Servidumbre y grandeza militares

En el bar subterráneo del viejo Club Militar, frente al Municipal, estamos sentados a una mesita que parece miniatura ante el corpachón del mayor Schultz, El Percherón Schultz, lo llama mi padre. Su cuerpo inmenso se sacude y tiembla con sus carcajadas, que parecen relinchos profundos. A través de su boca muy abierta puede verse claramente el interior de sus gruesas mejillas, el paladar rojo, las hileras de los dientes y muelas, la faringe, la campanilla. Sus risotadas, con salpicaciones de saliva, apagan el estrépito que producen los tres jugadores de cacho de la mesa vecina agitando los dados en sus vasos de cuero, dando golpazos sobre la cubierta de mármol e intercambiando a gritos desafíos y réplicas. Mi padre observa al mayor Schultz con su conocida sonrisa irónica.

–Hasta los quince años el padre tiene que ser un Dios para su hijo. Después, pasa a la categoría de viejo imbécil –proclama el Percherón y se celebra con otro relincho.

–¿Y tú, qué piensas? –me pregunta mi padre.

–No sé. Yo tengo catorce años.

Hay un silencio de sorpresa. Luego estallan los dos en grandes risas. La del mayor duplica en volumen la de mi padre.

–O sea que, cuando tengas quince...

–Ahí se verá.

El mayor hipa y ruge:

–Ésta sí que es buena... ¡Tiene catorce no más! Merece un trago –levanta su jarra de cerveza–: ¡Salud!

Mi padre bebe un poco de su vaina en jerez. Yo tomo un trago de horchata dulce como el almíbar.

El mayor se pone de pie, comprueba maquinalmente que esté cada botón del uniforme en su sitio, se acomoda el cinturón y el terciado, se tironea la guerrera según reglamento, se despide repartiendo fuertes palmetazos en las espaldas de mi padre y de dos oficiales de la mesa vecina y me aprieta la mano de una manera salvaje hasta hacerme saltar las lágrimas. Sale, sube por la escalera

angosta que lleva directamente a la calle, desaparece, pero todavía se escuchan sus relinchos que se alejan.

–¿Qué te parece El Percherón?

–¿Qué quieres que me parezca? Suena fuerte. ¿Sería un palangana, según el escalafón?

Mi padre medita:

–Puede ser, pero yo más bien lo pondría como carretón con piedras.

–Pero eso no figura en el escalafón –protesté.

–Figura desde ahora. Habría que ver en qué lugar.

Era uno de los juegos. Mi padre empleaba palabras poco corrientes para calificar o descalificar (sobre todo descalificar) a civiles o militares que por algún motivo le causaban disgusto o le parecían ridículos. Comencé a anotarlas cuando tenía diez u once años. Un día se las leí y lo encontró muy divertido. Volvía sobre el tema hasta que se convirtió en un juego entre los dos. Éste consistía en establecer un orden de importancia entre ellas, de menor a mayor o viceversa. ¿Con qué palabra debía comenzar? ¿Pinganilla o cajetilla?

Pinganilla ocupaba el casillero de más abajo. Era lo más despectivo. Se aplicaba a un tipo carente de toda significación, valor o personalidad. Un tipo sin ninguna sindéresis, decía mi padre. A continuación venía cajetilla. Era más o menos lo mismo, pero por lo menos era alguien que producía un ruido propio, algo como el castañeteo de una caja de fósforos.

–¿Y después qué sigue?

Yo miraba mi lista:

–Mequetrefe.

–¡Mequetrefe! No me digas que yo he usado esa palabra tan antigua. No puede ser.

–Pero es. Una vez dijiste que el señor Linderos, ese inspector del colegio que me puso una anotación por hablar en clase, era eso, un mequetrefe.

–No me acuerdo para nada. ¿Y qué piensas tú, le venía el rótulo?

–Sí.

–Bueno, eso es lo importante. Mequetrefe... ¿de dónde habré sacado esa palabra?

–¿Del Quijote? Tú dices que ahí están todas las palabras.

De cuando en cuando revisábamos la lista que después ascendió a Escalafón de Vituperios. Yo los tenía anotados en una hoja de cuaderno en orden correlativo, de menor a mayor. La lista la

revisábamos y la cambiábamos una y otra vez:

–Esto no sigue un orden muy lógico. Hay más matices. No todos son necesariamente vituperios.

–¿Por ejemplo?

–Tarabilla es un tipo que charlotea sin ton ni son y opina sobre todo. Una especie de polilla, más bien inofensivo pero cargante. Algo parecido es el paliquero, el que no pierde ocasión de charlar de cosas insustanciales. Todo peluquero es paliquero. Es una deformación profesional. Yo en cuanto me siento en el sillón soy atacado por el paliquero. Mientras me envuelve en su sábana empieza: ¿Cómo está mi mayor? Tiempo que no venía por estos lados. ¿Cómo ha estado? ¿La señora, los niños? ¿Ha estado en las carreras? Vio lo que trae el diario, el tremendo incendio en Valparaíso, etc. ¿Champú, corte de pelo, la barba, unos paños calientes, la manicure? Le contesto: El pelo. ¿Y cómo quiere que le corte? ¡Callado!

–¿Cuál sería la diferencia entre tarambana y botarate?

–Eso está difícil. Bueno, veamos. Son términos de condenación moral, como los que le gustan a don Luciano. Tarambana es un tipo alocado, que se deja llevar por cualquier impulso, jugador sin control, disparatado, irresponsable con su familia. El término me vendría a mí, según el náutico ese.

–¿El capitán Méndez podría ser tarambana?

–Mmh. Algo así. Botarate, en cambio, es el que despilfarra lo poco y nada que tiene. Bueno, algo tienen en común.

–¿Como mi tío Lautaro?

–Te estás poniendo peligroso. Puede ser que lo sea, pero no lo repitas, ¿de acuerdo? No hay que estar todo el tiempo aplicando rótulos. Por lo menos en la familia.

–De acuerdo. Bueno, después viene cavernario y después troglodita.

–¿En ese orden?

–Sí.

–Tal vez no esté bien. Troglodita es un hombre primitivo, de las cavernas, de los comienzos de la humanidad. Individuos muy bestias. Capaces de gran crueldad de puro brutos. Cavernario es algo mucho peor. Es el que cultiva la brutalidad como parte de una concepción cavernaria del mundo. Es una bestia consciente.

–Ya. O sea, peor que troglodita. ¿Como el general Garrido?

–¿Cómo? ¿Cuándo he dicho eso?

–Una vez dijiste: El general Garrido es cavernario.

Mi padre mira en derredor algo alarmado. En la mesa vecina sigue el bullicio del cacho, intensificado por varias botellas de cerveza.

–Sch. No hables tan fuerte. No repitas eso. Callado el loro.

–Sí, papá. O sea, que troglodita pasa al casillero 11 y cavernario al 12. Queda uno: bolchevique. ¿Qué es?

–Comunista. Pero de los peores. Es como se llaman los comunistas rusos que llegaron al gobierno después de la revolución contra el Zar.

–¿Y eso es muy malo?

–Sí, pésimo. Chile es un país republicano y democrático. Más o menos. El Zar era un tirano y el pueblo estaba esclavizado y lo trataban a punta de látigo. Lo malo es que después los bolcheviques impusieron el comunismo y la guerra civil, que es lo peor, y empezaron a matar gente como malos de la cabeza para imponer lo que llaman la dictadura del proletariado. Bueno, si quieren hacer eso en Rusia, que es un país bárbaro y medio asiático, que lo hagan. Cuestión de ellos. Pero lo malo es que quieren dominar el mundo entero y en todos los países han aparecido los partidos comunistas pagados con el oro de Moscú. Lo peor es que los comunistas niegan la patria y quieren que en todo el mundo haya una sola bandera, la bandera roja. ¿Entiendes?

–Mmh. ¿Quieres que pase en limpio el Escalafón?

–Sí, veamos.

Escalafón de Vituperios

1, *Pinganilla*

2, *Cajetilla*

3, *Mequetrefe*

4, *Tarabilla*

5, *Paliquero*

6, *Palangana*

7, *Carretón con piedras*

8, *Tarambana*

9, *Botarate*

10, *Calavera*

11, *Deschavetado*

12, *Troglodita*

13, *Cavernario*

14, *Bolchevique*

–Sí, está bien. Pero después lo vamos a revisar de nuevo. Hay que afinarlo.

–¿No crees que se podría hacer otra lista?

–¿Qué otra lista?

–El Escalafón de... ¿qué sería lo contrario de vituperio?

–¿Cómo sería? –cavila–, ¿tal vez elogio? "Un gesto encomiable". Ya está: encomio. Escalafón de Encomios. ¿Y qué has anotado en ese rubro?

Enumeré lo que recordaba:

–*Buen Amigo*, *Noble*, *Íntegro*, *Leal*, *Culto*, *Preparado*, *Ponderado*. Después términos raros como *Pundonoroso* o *Integérrimo*.

–Esos son para los discursos fúnebres militares.

Tal vez en ese momento hablamos del Capitán Trivial. Mi papá lo había invitado a almorzar más de una vez. Nunca entendí para qué lo invitaba si después lo pelaba. Era un hombre blanco, siempre afeitado, sin ningún rasgo sobresaliente: cara blanca, frente blanca, casi sin cejas, ojos... ¿pueden haber sido blancos los ojos? No recuerdo que tuvieran color. Pelo ralo arratonado. Boca indecisa. Poca pera. Hablaba con monotonía absoluta y con una voz de lata que en algunos momentos trataba de ahuecar. No recuerdo que haya dicho nunca algo distinto de lo obvio y esperado. ¿Qué gracia o interés le encontraba mi padre? Era de un curso inferior y había servido con él ¿en Linares? No, en Linares no, porque no era artillero sino infante. Y yo conocía ese tonito con que mi padre decía: "Ese es infante". Trivial era patero. Le tenía una devoción incondicional. Cuando lo escuchaba se cuadraba y se ponía casi turnio de tanta atención que le ponía. A veces repitiendo con los labios, sin voz, alguna frase dicha por él, como si tratara de aprenderla de memoria. Mi mamá no podía verlo y a veces se lo hacía notar, pero no se daba cuenta.

–¿En qué nivel del Escalafón de Vituperios habría que poner al Capitán Trivial? ¿O en el Escalafón de Encomios?

–No. En el de Encomios no, de ninguna manera. Pero, ¿cómo catalogar a ese pescado? –mi padre se agarró la pera, signo de duda profunda–: Fíjate que no sé. Tal vez habría que crear una categoría especial. Lo que pasa es que tiene de manera superlativa una gran cualidad militar.

–¿Cuál?

–No hacerse notar del enemigo, ni del amigo, que puede ser un enemigo oculto. Jamás abre la boca si no es sobre seguro. Siempre callado el loro. Por eso no se equivoca nunca. No hace ni dice ni piensa nada fuera del reglamento.

–Bueno, si es así, ¿por qué lo convidas a la casa? ¿Eres amigo de él?

–El Capitán Trivial no sabe qué es la amistad. ¿Por qué lo invito, por qué mantengo relación con él? No lo sé de cierto. A lo mejor me gusta por lo patero. Nadie está exento de vanidad. O puede ser por curiosidad. No sé qué se oculta detrás de su cara opaca. Ese tono relamido que adopta a veces, una especie de pretensión social, esa insistencia en el segundo apellido... Siempre se presenta como Capitán Trizano Vial. De ahí salió lo de Capitán Tri-vial. ¿Sabes? Yo creo que en el fondo del fondo del fondo esconde una gran vanidad y una enorme ambición y encima, un espantoso resentimiento. Es un tipo de gran porvenir militar.

Otro juego nuestro era el de las palabras unidas en frases hechas que se eslabonaban unas con otras. Podía comenzar casualmente. Por ejemplo después de alguno de los proverbios que mi padre repetía a diario e incluso varias veces al día:

Son de cobre
las esperanzas del pobre

A partir de aquí se desataba la retahila alternada entre él y yo. En esto hacíamos alguna trampa. Porque había palabras que traían a remolque de manera automática una serie que ya había aparecido antes. A veces, él o yo objetábamos una respuesta por estar muy trillada y había que buscar otra, con lo que podía aparecer una serie inédita o de repente nos quedábamos en blanco y fin del juego. De hecho, casi siempre recaíamos en la misma serie. La cosa era así: después de las esperanzas del pobre a mí me tocaba decir "pobre tipo". Y nos descolgábamos:

Baburizza y compañía
compañía de gas
gas pobre
pobre tipo
tipo de mierda
mierda pa vos
vos lo habís de ver
ver sin ser visto
visto bueno
bueno pal pan
pan de azúcar
azúcar blanca

blanca flor
flor de jazmín
jazmín del Cabo
cabo de guardia
guardia de honor
honor al caído
caído del catre
catre de palo
palo de árbol
árbol del pan
pan de azúcar
azúcar rubia
rubia de Niu York
Niu York City
si-ti he visto no me acuerdo
acuerdo de caballeros
caballero andante
andante sostenuto

En este punto nos quedábamos en blanco, era peligroso terminar con una palabra extranjera. Entrábamos en un círculo vicioso cuando se repetía una palabra ya dicha. Por ejemplo, la palabra "azúcar". En ese momento el juego podía finalizar. Pero, si no estábamos demasiado agotados, retomábamos la serie, por ejemplo, desde "palo de árbol":

palo de árbol
árbol de Navidad
Navidad blanca
blanca flor
flor de jazmín
jazmín del Cabo
cabo de guardia

Esto último se decía siempre como grito militar: ¡Cabo de guardia! Nos reíamos bastante.

–Ya, basta. Pasemos a otra cosa.

–¿Cómo se llama ese juego, papá? ¿Quién lo inventó?

–La verdad es que no lo sé. Me parece que lo conozco desde

siempre.

–Podría ser asociación libre.

–Tal vez –dudaba–, pero no tan libre en realidad. Porque es obligatorio partir de la última palabra y encadenar una frase hecha. Es más difícil que escribir un soneto. ¿De dónde sacaste eso de "asociación libre"?

–De Freud. Él usa esa expresión.

–Bah, yo creía que Freud sólo trataba de la cintura para abajo.

–Bueno, con la asociación libre casi siempre se llega a eso. Pero escribió de muchas cosas. También tiene un libro sobre el chiste.

–¿Sí? Me gustaría leerlo. Deben ser chistes alemanes.

Chistes alemanes... Recordó de súbito a su abuelo Juan Antonio, Don Juan Antonio, con sus trajes oscuros, el gran nudo de la corbata negra con pintitas blancas y su bastón nudoso tan parecido a él: la misma nariz, el mismo color amarillento (el abuelo un poco más moreno que el bastón). Le gustaba recitar la oración de Marco Antonio:

Friends, Romans, countrymen
Lend me your ears
I've come to bury Caesar
Not to praise him

Su voz hacía tintinear los vasos. A Jaime le parecía que su pronunciación gutural sonaba más como alemán que como inglés. Años más tarde, escuchando a actores ingleses, supo que así era como se hablaba en tiempos de Shakespeare. O así creen que se hablaba entonces. Su padre admiraba a su padre, o sea, a mi abuelo y esparcía constantemente su leyenda: decía que hablaba diez idiomas, incluyendo latín y griego, y que había aprendido alemán por su cuenta frecuentando el Club Alemán de Canto. De niño Jaime había establecido una relación directa entre el idioma alemán y unos cuellos almidonados muy blancos y muy altos que usaba don Juan Antonio. "Cuellos cortafuego", los llamaba su padre.

COMPOSICIÓN Nº 5

Mi abuelo

Mi abuelo se llama Juan Antonio es muy grande y por eso todos le dicen Don. En mi casa hay un retrato del cuando era joven con bigote ahora no usa bigote, está muy viejo y usa bastón y polainas. Hace clases de inglés y escribió un libro para aprender inglés salen las palabras como se escriben y como se pronuncian porque en

inglés las palabras se escriben de una manera y se dicen de otra manera. Además sale lo que quieren decir en castellano.

Mi abuelo habla muchos idiomas, como inglés, alemán, francés, italiano, latín y griego.

Estudió en el Comercial o sea no en el Liceo, pero era muy estudioso y bueno para el inglés y la aritmética después que hizo el Servicio Militar eso le sirvió y lo contrataron así que fue suboficial de Intendencia, después Suboficial Mayor y llegó hasta teniente cuando ya estaba viejo. Los demás tenientes son muy jóvenes pero eso es porque él no estudió en la Escuela Militar y no pudo estudiar en la Escuela Militar porque su papá era muy pobre, es que eran de Vallenar.

Mi papá sí que pudo estudiar en la Escuela Militar y ahora es capitán. Yo le pregunto si mi abuelo lo tiene que saludar y él dice depende, si vamos los dos de uniforme y nos encontramos por la calle, entonces sí. Pero ya hace muchos años que tu abuelo no usa uniforme.

Mi abuelo me convida a conversar con él los miércoles porque no tengo clases en la tarde y después me hace clases de inglés en la Plaza Yungay. Me pregunta cómo se dice manzana en inglés, y yo le digo *apple*, pero sin querer al pronunciar le pongo una h al comienzo y suena japel. Se enoja y dice: Jaime, baja la jaula, es *apl* y no *japl*.

IV
La guerra, Neruda, la Rosa ausente

> La servidumbre militar es pesada e inflexible como la máscara de hierro del prisionero sin nombre y presta a todo hombre de guerra un rostro uniforme y frío.
>
> ALFRED DE VIGNY,
> *Servidumbre y grandeza militares*

Un día en clase, el profesor de castellano César Bunster dijo: Ha empezado la segunda guerra mundial y no se sabe cuándo va a terminar. Van a ser años muy difíciles. Europa está muy lejos pero también vamos a sufrir los efectos en Chile. Tampoco se sabe si la guerra se va a extender a otros continentes. Eso es lo más probable.

Al poco tiempo tuvieron que ponerle a los autos unos tubos de gas que se llamaban gasógenos porque no había bencina, se acabó el café y empezamos a tomar café de trigo, que teñía más que el otro pero no tenía gusto a café.

En ese tiempo muchos eran germanófilos, en el curso la mayoría menos el gringo Robinson, el gabacho Bonnefoy y Pedrito Poblete Larraín, que era comunista desde chico. Mi papá y sus amigos militares admiraban a Hitler y sobre todo al ejército alemán. Para Alemania, tomar Rusia va a ser un galope de ejercicio, decía siempre. En los debates que se armaban en la Alameda frente a las pizarras del diario *La Opinión*, decían otras cosas: Rusia es un hueso duro, en el Volga los alemanes están empantanados, creían que iban a llegar a Moscú antes del invierno, pero no pudieron. Otro decía: Los alemanes son superiores, tienen mejores tanques, cañones, aviones, ametralladoras, sobre todo más disciplina; los rusos son revoltosos, manda el que habla más fuerte, les falta preparación, andan a pata pelá por la nieve. Otro más: los alemanes podrán tener más armas pero no pueden tragarse un país tan grande. Los rusos tienen el general invierno. Acuérdense de lo que le pasó a Napoleón. ¿Y qué le pasó a Napoleón? Yo sabía porque en un libro de mi papá salía un cuadro de Napoleón retirándose de Rusia, iba en su caballo blanco bastante preocupado y detrás venía por la nieve una columna de sus soldados, pero no venían marchando sino a duras penas, muchos vendados, uno se apoyaba en el hombro de otro y algunos traían palos como muletas y por ahí estaba un cañón botado y una cureña con una rueda rota. En la Plaza de Armas se formaba otro círculo de discutidores. De la guerra surgirá la Revolución, el capitalismo no puede salir de la crisis. Sí, cómo no, el socialismo no es más que la repartición de la miseria, si la riqueza se distribuye entre todos a cada

uno le va a tocar un peso veinte. Además salían chirigotas: un hombrecito moreno, de anteojos, muy enojado decía: La Rusia nos ha engañado, la Rusia miente... Y un burlón decía: Este huevón también conoce a tu hermana. Se reían todos y uno entendía que todo era falso, como teatro.

Un día, a tercera hora, en clase de filosofía, Rudecindo Ortega, el más elegante de los profesores del Instituto con sus ternos gris perla y corbatas oscuras a pintitas, después de abrir el libro de clases comenzó a recitar con su voz fina:

Yo escribí sobre el tiempo y sobre el agua,
describí el luto y su metal morado,
yo escribí sobre el cielo y la manzana,
ahora escribo sobre Stalingrado.

Dijo que era el "Nuevo Canto de Amor a Stalingrado" de Pablo Neruda. A Jaime no le gustaba mucho Neruda. Algunos de sus compañeros, unos pajeros bárbaros enfermos de calentura (pero quién no) leían con los ojos en blanco los *20 poemas*. Él los encontraba medio siúticos, como boleros de Leo Marini. Pero el Stalingrado le produjo otra impresión: el ritmo grave, insistente, las imágenes sucesivas: el luto y su metal morado... el cielo y la manzana... la camisa del crepúsculo azul y derrotado... un cisne encuadernado. Y el tono al mismo tiempo solemne y combativo y actual y el redoble grave de la palabra Stalingrado, que causaba una emoción inexplicable. Era otra clase de poesía, otra manera de ver la guerra, que estaba todo el tiempo en los diarios, en las radios, en las actualidades del cine. Siempre aparecía como un combate de gringos contra alemanes, los ingleses soportando los bombardeos sin pestañear, Churchill haciendo la V de la victoria, los yanquis en Sicilia y todos los días el bombardeo de Monte Casino. Los rusos no se veían mucho aunque poco a poco comenzaron a aparecer más. Varios meses se habló de Stalingrado. Después Jaime leyó otras cosas de Neruda. Le encantó su prólogo al habitante y su esperanza e hizo suya una frase que le gustaba repetir: *Como ciudadano, soy hombre tranquilo, enemigo de leyes e instituciones establecidas.*

Con los ojos cerrados aunque no dormido del todo, con una especie de vértigo, se dejó llevar por una divagación en la que se sucedían a toda velocidad imágenes o fragmentos de imágenes, voces, sucesos, escenas del cine. Una y otra vez regresaba la cara del padre, su voz, diálogos, los corredores y las salas del Instituto, los compañeros de la Unión Picaporte, las discusiones, la pelota de trapo, la fiebre sexual, el juego de la guerra, el juego de las marcas de cigarrillos o de autos, de los

países y de las ciudades, el fútbol en la cancha de tierra del Patronato Nacional de la Infancia, la política, los radicales, los comunistas, Neruda; fogonazos de la Escuela de Derecho, Gabriel Amunátegui, hundido en la silla detrás del escritorio, cara triangular mefistofélica, sus anteojos verdes, la voz gastada pero firme y la articulación exacta dando énfasis a lo que decía levantando y dejando caer a compás una caja de fósforos: "Concón y La Placilla, cinco mil chilenos tumbados". Y una hilera infinita de caras, de gestos, el profesor de Romano acariciándose el coto, así le dijeron que se llamaba una bolsa flácida como un testículo que le colgaba a un costado de la cara, y aspirando demorosamente el humo de un cigarro con larga boquilla *do ut des stipulatio persecuendo servus lucrum cesans damnas emergens periculum sortis*.

Despertó con una sacudida, aunque en realidad no estaba durmiendo. ¿O sí estaba? Se levantó y sintió las piernas envaradas, dio unos pasos pisando con fuerza. La capilla estaba más oscura, tal vez las nubes tapaban la luna. Se acercó al ataúd y miró una vez más el rostro de su padre detrás del vidrio. Le pareció que estaba algo más flaco y más oscuro. Una sombra negruzca avanzaba por la barbilla y a ambos lados de la boca. O sea, es verdad que a los muertos les crece la barba. Verdad científica. A razón de 0.0005 milímetros por hora. Informe para una Academia.

¿Y cómo sería aquello del año 31? Eso que nunca quería contar. La versión del sargento Cabrera.

–¿Don Jaime?

–Sí, diga.

–¿Don Jaime Román?

–El mismo.

–Mire, don Jaime, usted no me conoce, creo. Yo conocí a su padre, en verdad yo serví con él. Hace años que no lo veo y supe que ha estado enfermo.

–Sí, está delicado de salud.

–Mire, yo quisiera conversar con usted unos minutos. ¿Cuándo podría ser?

Jaime pensó: sablazo.

–Usted, dígame. A mí me convendría ahora mismo. A esta hora no estoy tan ocupado.

Aceptó. Se juntaron abajo, en la fuente de soda Capricornio. No dejó de causarle cierta emoción. Años que no volvía. Se sorprendió mirando en redondo, como para ver si estaba Rosita de Mostazal. La vieja Aurora le sonrió, con mil arrugas. Estaba muy vieja, encogida,

medio pelada, con unas pocas mechas blancas en la cabeza.

–Pase, pase. Tome asiento.

Se instalaron en un rincón. Pidieron café, agua mineral.

–Me alegro de conocerlo –dijo el sargento Cabrera. Era un hombre macizo, más bien gordo, chasca dura, gris, cara amarilla y unos ojos capotudos y tristones. Jaime notó que las mangas de su chaqueta estaban un poco deshilachadas–. Yo conocí mucho a su papá. Un gran oficial. Lástima que su carrera se cortara así.

–¿Cómo fue? –dijo Jaime–, no sé nada de eso. Él nunca me habló.

El otro movió la cabeza:

–Es que él tenía esa gran condición de militar. Obedecer y callar, aunque cueste la vida.

Sintió curiosidad:

–Cuénteme.

–En el mes de julio, estamos hablando del año 31, usted no había nacido, Ibáñez descubrió de repente que tenía algo urgente que hacer en Argentina y se mandó cambiar con su ayudante Tobías Barros. Dijeron que se había arrancado disfrazado haciéndose el enfermo, en una ambulancia. Usted no se imagina el hervidero, la gente cómo estaba. Es que la cosa ya no daba más. Y el general Ibáñez había conseguido con el termocauterio arriba y abajo lo que nadie nunca: la izquierda y la derecha unidas. Yo estaba en el Grupo Andalién, en Concepción. Allá, como en todas partes, se desató la fiesta (tuvo un acceso de tos y su voz se hizo inaudible) marchaban por las calles, muchas banderas chilenas. Decían que en la zona del carbón habían aparecido banderas rojas. Nuestro jefe era el comandante Pérez. Estaba muy nervioso. Ordenó acuartelamiento grado uno. Parece que él no creía que ya Ibáñez había caído. Hablaba de mantener la lealtad al gobierno, el orden, todo eso. Además no se tenía información. En eso, avisan que viene una poblada en dirección al regimiento. Mi comandante se pone como loco, convoca a reunión y dice: "Un pelotón de gente comunista descontrolada se acerca. Vienen a atacarnos, querrán apoderarse de las armas para desatar el caos y la venganza". Su papá pidió autorización para hablar. Palabras muy medidas, usted sabe cómo era, tan correcto: "Permítame, mi comandante. Si usted me permite, creo que es conveniente no agudizar la situación. Aquí se trata de una manifestación de civiles. Me parece que esa gente no está organizada para pelear ni tiene armas, ¿cómo van a intentar asaltar el regimiento? Me atrevería a decir que lo primero sería tratar de informarse bien de sus intenciones antes de". Un teniente y un capitán estuvieron de acuerdo. Los demás

se quedaron muy callados. El comandante Pérez estaba rojo, montó en la yegua cólera: "¡No, señor! No vamos a contemporizar con la subversión ni a dialogar con revoltosos. El ejército debe demostrar firmeza". Ordenó emplazar dos piezas de artillería apuntando hacia la calle. Frente al regimiento había un descampado, un peladero. Se suponía que por ahí iban a llegar los civiles. Ordenó poner doble guardia y distribuir munición de guerra al personal.

Jaime escuchaba hipnotizado:

–¿Y usted qué hizo en ese momento?

–Bueno, yo era sargento y a veces me daban tareas de inteligencia. Ese día, un poco antes, su papá me había mandado, de paisano, a buscar información: cuántos eran los que venían, si traían armas, qué intención manifestaban, etc.

–¿Y consiguió esa información?

–Bueno, sí, pues. Era cuestión de mirar, escuchar. Pero cuando llegué al regimiento, ya el comandante había dado sus órdenes. De lejos comenzaban a oírse los gritos del grupo que se acercaba y entonces le entregó un megáfono al teniente Cortés y le ordenó: "En cuanto aparezcan estos individuos, usted los notificará. Adviértales que si avanzan hacia el regimiento más acá de la línea de los árboles, donde pasa la acequia (eso era a unos treinta metros de distancia), si dan un solo paso más, se abrirá fuego de artillería contra ellos". Estaba muy blanco, con los ojos saltados, como loco. Y su padre le dice: "Si me permite, mi comandante, aquí viene llegando el sargento Cabrera, que se le mandó a informarse de la situación". "La situación, ¿qué situación? Yo sé cuál es la situación", dijo el comandante. Pero dudó un poco: "Bueno, ¿y qué? ¿Qué dice, sargento?" Yo le di mi informe: los que marchan deben ser unos treinta, son gente del barrio de los areneros, que tienen sus casuchas a la orilla del río. En el grupo vienen mujeres y algunos niños, traen banderas chilenas y unos letreros medio borrosos que se leen apenas: "Viva la libertad", "Abajo Ibáñez", cosas así. Y el comandante Pérez con los dientes apretados: "¡Banderas chilenas! Es la vieja estratagema de los comunistas. Lo mismo que hacen en las salitreras. No hay que dejarse engañar. Ya he dado mis órdenes. Se les notifica y si no obedecen, si dan un paso más acá de la línea, ¡fuego, señor! ¡Bala con ellos!"

El sargento Cabrera sacudió la cabeza con un gesto de pena y bebió un sorbo de agua de su vaso.

–¿Y qué pasó entonces?

–Mi comandante Pérez estaba muy emperrado. Su papá trató de hacerlo entrar en razón. Le dijo: "Mi comandante, ¿no cree que tal vez eso no sea lo más prudente, dadas las circunstancias? ¿No cree que

sería más conveniente esperar un poco, ver cuáles son realmente las intenciones de esos sujetos, hablar con ellos?" Se puso rojo: "¡No, señor! Con los sediciosos no se parlamenta. Ya he dado mis órdenes y se cumplen". Todos estaban tensos. A mí me pareció que los señores oficiales no estaban de acuerdo con él, pero ninguno decía nada. Ya los gritos se sentían más cerca. No eran muy fuertes, más bien era como un cantito acompasado. Y los que gritaban no eran todos, serían unos pocos, cinco o seis, algunas mujeres. Entonces, su papá se pone muy serio, se acerca al comandante Pérez y le dice con voz así como apretada, pero firme: "Lo siento, mi comandante. Actuar así sería una imprudencia. Nos exponemos a cometer un derramamiento de sangre innecesario. Le pido con todo respeto que deje sin efecto sus órdenes". Se le salieron los ojos y gritó: "¡Ésta es una insubordinación!" y quiso sacar la pistola de la cartuchera. Pero el teniente Ulloa, que estaba al lado y que no había dicho ni pío, se adelantó y le arrebató el arma. El comandante Pérez lo miró como loco. Y su padre, muy tranquilo: "Mi comandante, desde este momento usted queda suspendido del mando hasta nueva orden".

–Lo que usted me cuenta es increíble –dijo Jaime–, ¿cómo puede ser que él nunca me hablara de eso?

–Bueno, no sé. Debe haber sido un momento muy difícil para él. Usted no se imagina lo que le cuesta la desobediencia a un militar. Es el pecado más grande que puede haber. Y su papá fue siempre muy disciplinario. Muy milico, decían. Después esa palabra milico pasó a ser como un insulto. Antes no. Bueno pues, su papá se jugaba la carrera y él lo sabía.

–Pero, finalmente, ¿qué pasó?

–Para hacerle el cuento corto, le pidió al capitán Cortés, que había estado bien callado, que acompañara al comandante Pérez a su oficina y le dijo: "Capitán, por la seguridad de mi comandante, más vale que le ponga llave a la puerta". El capitán dio un brinco, pero obedeció. Su papá tenía un gran don de mando. Ahí dejó al comandante, sentado delante de su escritorio, mudo de rabia, con cara de loco, dijeron. Entonces su papá ordenó retirar los cañones y cerrar las puertas de reja pero mantener la guardia. El grupo que venía llegó al descampado delante del regimiento y avanzó más o menos hasta la línea de la acequia. Ahí pegaron unos gritos. A mí me encargaron ir a hablar con ellos. Estaba claro que no tenían ninguna intención clara, no sabían muy bien lo que querían. La voz de que se había acabado la dictadura había corrido como la pólvora. Entonces claro que ellos querían sacar la voz. Celebrar. Yo les dije que el regimiento estaba acuartelado pero que los militares también estaban de acuerdo en que terminara la dictadura. Al final, gritaron "Abajo Ibáñez, Viva Chile" y

de repente se pusieron a cantar la Canción Nacional. A mí se me pararon los pelos. Volví a dar cuenta. Entonces su papá dispuso que se les entregaran unas raciones de pan y unos paquetes de víveres. Se formó una cola delante de la puerta lateral, por donde llegaban los abastos. Todo muy ordenado. Quedaron felices. Algunas de las mujeres lloraban. Uno gritó: "Viva el Ejército de Chile". Como a la media hora se fueron.

–Ya, ¿y cómo siguió la cosa? Para mi papá, quiero decir.

–Usted se imaginará. Mal pues. Pasada la emergencia, le abrió la puerta de su despacho al comandante y le dijo que reconocía su autoridad, se ponía a sus órdenes, etc. Estaba lívido de rabia. No quería aceptar, pero al final aceptó. Se comunicó por teléfono con la comandancia de la división. No sé qué habrá informado, pero me lo imagino. De allá llegó un capitán con un sargento, en una moto con *sidecar*. Venía como asustado, con la mano en la pistola. Se reunió con el comandante a puerta cerrada y al salir le dijo a su padre que quedaba arrestado y le pidió su arma. Él acató y no dijo una palabra. Se lo llevaron en el mismo *sidecar*, el capitán tuvo que ir en el asiento de atrás, el sargento era el que manejaba la moto. Pasó esa noche en el calabozo y al otro día lo llevaron engrillado en tren a Santiago. Pero eso lo supe mucho después, cuando pude hablar con él. En el grupo nadie abrió la boca. Sin decirlo, todos los oficiales dieron a entender que la responsabilidad era de él y de nadie más. Esa noche estuvimos hasta muy tarde. Algunos decían en voz muy baja que lo iban a fusilar, que lo iban a mandar a un consejo de guerra. El comandante Pérez ordenó mantener el acuartelamiento y se supo que en el centro de Concepción hubo manifestaciones muy grandes. No faltaban los gritos contra los milicos. Pero en el grupo Andalién no pasó nada.

–¿Y qué pasó después, hubo consejo de guerra?

–No. Su papá estuvo preso varias semanas en el regimiento Tacna. Dijeron que lo iban a procesar en la Corte Marcial. Pero en el país la cosa iba para otro lado. En Santiago, a la caída de mi general Ibáñez, la gente se abrazaba llorando en las calles celebrando la libertad. Igual en Concepción. Quedó de vicepresidente Pedro Opazo Letelier, que era el presidente del Senado, pero lueguito no más tuvo que irse, porque era pariente de la señora de Ibáñez. Entonces se puso de presidente Juan Esteban Montero, que era el ministro del Interior. Usted comprenderá que con ese ambiente no estaba la cosa para fusilar a un oficial que había evitado una masacre. Porque ya el caso era conocido por los diarios de Santiago. Así que el general don Bartolomé Blanche lo hizo llamar a su despacho y le comunicó que iba a quedar en libertad y que podía reincorporarse a la institución. Pero fue muy duro. Le dijo: "Si fuera por mí, señor, yo le habría dado el

castigo más severo y en todo caso lo dejaría fuera de las filas. La insubordinación es el peor delito militar y no se justifica nunca, bajo ninguna circunstancia. Pero en estos momentos de desorden y politiquería se imponen otros criterios. Ya van a ver las penosas consecuencias. Ahora, eso sí, yo le advierto y le digo y téngalo muy presente: esto va a quedar en su hoja de vida. Usted nunca va ser oficial de Estado Mayor, usted nunca va a llegar a general". Y así no más fue.

Al sargento Cabrera se le puso la voz tembleque y se le llenaron los ojos de lágrimas. Sacó un pañuelo y se lo pasó por la cara, se sonó con fuerza. Jaime sintió vergüenza ajena.

–Bueno –dijo–, le agradezco haberme contado todo esto. Yo no tenía idea. ¿Por qué lo ha hecho?

–Yo pensé que usted tenía que saber, ¿no? Ahora que su papá está enfermo. Además...

Se quedó callado. Jaime esperó. Como el hombre no decía nada, le dijo:

–¿Además qué? Usted quería decirme alguna otra cosa. Dígame con toda confianza.

Se retorció en la silla, metió la mano al bolsillo interior y sacó una fotografía enrollada y ajada:

–Bueno, yo quería mostrarle una foto de su papá. Ahí está cuando era capitán.

Jaime la contempló. Su padre joven, de uniforme, con botas. Mirada desafiante, barbilla en alto y perfectamente cuadrado, los pies en el ángulo recto reglamentario. Marcial.

–Muy buena foto. ¿Usted me la dejaría?

El sargento Cabrera hizo unos gestos ratos, como que sí pero como que tal vez.

–Bueno –dijo Jaime–, yo quiero agradecerle muy de veras su gesto. Esta foto es muy valiosa para mí. Sin duda, también ha sido valiosa para usted, que lo conoció y que le tenía estimación.

El sargento asintió sin abrir la boca y de nuevo parecía a punto de llorar.

–¿Usted me permitiría ofrecerle una modesta retribución por esta foto y por lo que ha hecho? Seguramente será menos de lo que merece, pero es lo que puedo darle en este momento.

El sargento bajó la vista como avergonzado y cabeceó que sí.

Increíble cómo vuelve el pasado. El más remoto y el reciente. ¿Y qué estará pasando a esta hora? Tal vez ya comenzó el Golpe. ¿Será mejor que comience de una vez? Pinchar el globito, dijo el Perro Olivares:

Altamirano pinchó el globito. Y Allende: A la violencia reaccionaria opondremos la violencia revolucionaria. *All right,* pero ¿con qué ropa?, preguntó el Negro Mendoza. ¿Estará tan seguro? ¿Existen los generales leales? Y armas, ¿quién tiene armas? Se recomienda que cada cual tenga un revólver, una pistola, aunque sea un matagatos, para defensa personal. Además: buscar dónde fondearse. O sea, sálvese quién pueda. Nos ponemos en el caso de la derrota. Tal vez ya estamos derrotados. En el Caupolicán, el Coke dijo que se modificó la correlación de fuerzas. No a favor de la Unidad Popular, sino para el otro lado, eso está claro. O sea, ¿qué sería lo más cuerdo, buscar la salida política, el plebiscito? Olivares dando golpecitos a su pistola: a mí no me agarran. ¿Qué querría decir: abrirse paso a tiros o pegarse un tiro?

Volvió a sentarse. Cerró los ojos y trató de apoyar la cabeza en el respaldo de madera de la banca. El cuello le dolía cada vez más. Y de nuevo dándole vuelta a las viejas cosas. Aquella visita protocolar del padre a la radio años atrás:

–Quisiera hablar contigo.

–Bueno, hablemos.

–Pero cómo es esto. ¿Recibes a tu padre en el pasillo? ¿No habrá un lugar más reservado?

–Sí, claro. A ver, Melillán, anda a tomarte un café mientras yo converso con mi papá en la discoteca.

Se le notaba inseguro. No hallaba por dónde empezar.

–Jaime –la voz le falló un poco–, estoy preocupado por ti. Muy preocupado. Eres mi hijo, sabes cuánto te quiero –carraspera, pausa larga–, para mí fue un golpe que abandonaras la universidad. ¡Espera! No digas nada. No vengo a recriminarte, ahora me doy cuenta que tal vez ése no era el camino más conveniente para ti. Uno cree que está haciendo lo mejor por su hijo pero no sabe lo que pasa adentro de esa cabeza. Me dolió, no lo niego, pero me ha dolido mucho más tu alejamiento. Te veo cada vez más lejos de mí, de tu madre, de la familia. Descariñado.

–¿Sabes, papá? Lo malo es que tú fuiste desleal conmigo.

–¡Cómo puedes decir eso! –sofocado.

–Lo digo porque así fue. Cuando yo andaba con la Rosa. ¿Te acuerdas o ya no quieres acordarte?

Se puso rojo:

–Hace años de eso.

–Claro que te acuerdas. Yo estaba enamorado hasta las patas. Me había ido a vivir con ella. A ti te parecía una locura. ¡Puta madre!

¡Uno tiene derecho a hacer sus propias locuras! ¡Es su vida! Pero además tuviste que meterte entremedio.

–Yo no, yo nunca.

–No trates de negar, papá. Me encandilaste con eso del viaje a Buenos Aires, a la Escuela de Verano. Y yo piqué, mordí el anzuelo. Partí seguro de que iba a volver donde mi Rosa. Me costó tanto despedirme de ella. Lloraba con desesperación pero no trataba de sujetarme. Lloraba sola, sentada en la cama: "Te vas y no voy a verte nunca más". Y la Margarita también lloraba. Y yo les decía: Pero qué tanto llanto, si son apenas tres semanas. En tres semanas estoy de vuelta y estaremos juntos para siempre. ¿Por qué no entienden? Yo quiero ir, nunca he ido a Buenos Aires. ¡Y en avión! Pero no puedo llevarte, Rosita. Y ella sacudía la cabeza: "No vas a volver nunca más". Y yo tonto, haciéndome el chistoso: ¿Crees que el avión se va a caer?

Y el padre:

–Pe-pe pero yo qué tengo que ver.

–"Qué tengo que ver". Vergüenza debiera darte, papá. Fuiste a presionar a la Margarita y a la Rosa, hasta les ofreciste plata para que me dejaran "tranquilo". Después yo lo supe todo. Claro que al comienzo, no lo niego, cabro huevón, mareado con la maravilla del viaje, no quise escuchar ni pensar, ahí las dejé a las dos llorando, autoconvencido de que iba a volver ligerito y que todo iba a ser como antes. Partí embalado. Tu plan maquiavélico funcionó perfectamente. Durante las tres semanas de la Escuela de Verano le escribía a la Rosa todos los días. Después apareció el mayor Franzani, de uniforme y de guantes. Mandado por ti.

–¿Por qué dices eso?

El mayor Franzani, con sus cordones trenzados amarillos, sus botas relumbrantes de cuero color café, canchero, sobrado, en el bar del Zur Post, el hotelucho alemán de la calle Maipú: Pero esto no es para vos, ché, te venís conmigo a mi casa en Palermo, el tiempo que querás. Es que yo tengo que volver a Santiago el martes de la semana que viene. ¿Y para qué tan pronto, es algo muy urgente? Venite conmigo, es mi casa, en realidad la casa de mi suegro, lo vas a pasar bárbaro: hay piscina y caballos. Tu padre me ha dicho que te gusta mucho montar.

Y fueron pasando los días. Apareció la sobrina del mayor, la Beba, blanca y rubia, con sus tetitas, su manera de acercarse y ponérmelas en el brazo, su soltura de pituca. Aquello era el sueño del pibe, un tiempo que mareaba: equitación, piscina, copetín, concierto en el Colón, bailongo en Plaza Italia, trescientas parejas ondulando un tango al mismo tiempo, besos, franeleo y a poco andar, palabras

mayores. Se me pasaban los días sin escribirle a la Rosa, ni a nadie. Se me pasaban las semanas. Un mes entero. Otro mes. Y otro.

De golpe, un día despierto a mediodía, con la boca seca después de una noche movidita y en el baño después de ducharme veo en el espejo a un tipo con los ojos rojos y cara de loco: ¿qué mierda estoy haciendo aquí?

–¿Sabes, papá? No tengo ninguna duda que el mayor Franzani fue mandado por ti.

–¿Mandado? Yo no puedo mandar a un oficial de otro país. Es mi amigo, pero de ahí a...

–Bueno, como sea. Como no tengo pruebas, puedes negarlo con toda tranquilidad de conciencia.

–No me hables así. Te estás poniendo ofensivo.

–Lo siento mucho. Es que tú no sabes, no puedes saber, y por último tampoco tengo ganas de decirte lo que pasó después.

Cuando Jaime llegó por fin a Santiago, de regreso de Buenos Aires, arrepentido y amargado, la Rosa había desaparecido. Y la Margarita también. En la pieza de la residencial de Molina había un matrimonio viejo, profesor y profesora, con dos hijos pailones. La dueña de la pensión no sabía para dónde habían partido las Flores, de repente un día la Margarita me dijo tenimos que ilos y se fueron no más, ¿se da cuenta? y con la Rosita tan enferma. ¿Enferma de qué? No le podría decir, caballero, estaba tiesa, muda y con los ojos fijos. Como que le hubiera dado una lipiria del alma, ¿entiende?, como la parálisi, que a veces viene por una impresión fuerte. La Margarita se fue con ella en un taxi, la tuvo que subir casi en brazos porque apenas caminaba, las cosas se las llevaron arriba de una carretela.

En la peluquería le dijeron: ¿La Margarita? Quizás para dónde se habrá ido, paró la cola y se fue. Sin haber motivo, le aseguro, aquí nunca tuvo problemas, ni un sí ni un no. La rogué, porque no se puede negar que es buena peinadora y tiene sus clientas, pero no quiso oír y se las enveló no más.

En la fuente de soda Capricornio, la vieja le dijo: ¿La Rosa? Se fue de repente, sin dar aviso ninguno. Así son estas muchachas. Pero de todas maneras, aquí estamos para servirle (ojitos), para lo que guste. Lo que quiera, su desayuno con buen café, sus lechecitas con lúcuma, ave palta en pan de molde tostado. Todo de la mejor calidad y servido con todo esmero y estimación. Usted sabe.

–Está bien, Jaime –dijo el padre–. No te insisto más. Me apena que hayas dejado los estudios por este trabajo de segundón, de pasar avisos como loro. Siento lo que pasó con esa muchacha. Tal vez lo que yo hice fue un error.

Era evidente que estaba apenado. Se levantó de la silla y quiso darle la mano. Se la dejó estirada y le dijo:

–Bueno, hasta luego.

Salió con la cabeza baja. Jaime sintió un fuerte impulso de decirle algo, de acercarse a él. Pero se quedó clavado donde estaba.

No podía olvidar a la Rosa. Preguntaba por ahí, por allá. Nadie la conocía, nadie sabía nada. Al final, desesperado, partió a San Francisco de Mostazal en una góndola destartalada que se demoró eternamente y de ahí a pie, como cinco kilómetros por camino de tierra, hasta llegar a San Manuel del Naranjal. Un pueblo olvidado, muerto pero bonito. A los dos lados de la calle principal, que era la continuación del camino, había casas de adobe y dos hileras de naranjos muy altos y con naranjas, que se veían como lamparitas rojas esa tarde. A la entrada del pueblo estaba la iglesia, chiquita y muy muy vieja, con murallas de piedra y una torre enorme que no decía con lo chica que era la iglesia. Delante había una placita y un monumento de un cura sentado, que se sostenía la cabeza con una mano y con la otra sujetaba un libro. Una placa medio borrosa decía: *Manuel Lacunza S.J.* Caminó, dobló por la segunda calle a la derecha y llegó a la plaza que era verde y bonita, con árboles viejos y unos jazmines y al medio una fuente seca, pero no había ni un lustrabotas, ni un carabinero, ni un heladero, ni un limosnero, ¡qué! ni un gorrión a quien preguntarle nada. Buscó el correo y no lo pudo encontrar. Al final se puso a caminar por las calles, las tres calles, no eran más, con acequias a los dos lados. Golpeó en algunas casas aquí o allá. En dos ni siquiera se asomaron a la puerta, no había ni perro. En otra, después de un buen rato, apareció una señora gorda que venía secándose las manos en el delantal:

–¿Qué se le ofrece, joven?

Le dijo que buscaba a la familia Flores. Puso cara de extrañeza. Le explicó: –Es una familia antigua de San Francisco de Mostazal pero después se vinieron a vivir aquí. Haga memoria, señora.

–¿Sabe lo que pasa? Es que hace dos meses no más que estamos aquí, antes vivíamos en La Calera, nos vinimos a esta casita que era del hermano de mi marido cuando se murió. El hermano, digo. Mi marido es nacido aquí, él debe saber de esa familia, pero ahora anda en La Calera por unas deligencias del Seguro, tendría que venir más tarde.

Siguió caminando por unos callejones levantando polvo a cada paso, paredones de adobe con la hilera de tejas encima o bien alambradas y zarzamoras plomas de tierra y uno que otro nogal o palto o una gran higuera. Parecía que la gente estuviera escondida. Sin esperanzas y muerto de sed, después de llegar hasta el final de las

calles, al puro campo, y de vuelta de nuevo a la plaza, encontró una especie de boliche que no había visto antes. Era un rancho ruinoso, negro, como hundido. Sonaba una radio carraspienta. Muchas moscas. Para entrar se bajaba un escalón, formado por una tabla de canto empotrada en el suelo. El piso era de tierra.

Había una mujer grande y chascona sentada delante de una mesa coja, en una penumbra con olor a tierra mojada, a cebolla y a vinagre. Le preguntó si le podía vender una bebida. Se levantó quejándose y volvió con una botella de Bilz tibiecita. Le pidió que se la abriera y lo hizo dándole un golpe de canto en la tapa, hincada en la orilla de la mesa, toda dentada por efecto de esta operación repetida. Jaime bebió un sorbo, le comentó que hacía calor, después le preguntó por la familia Flores. Ella lo miró como si no entendiera el castellano.

–Es una familia antigua de aquí, son varias hermanas, la Margarita, la Violeta, la Rosa. También la señora Camelia, que tiene un almacén en Rengo.

–Ah, ya –dijo–, la conozco, ésa es la viuda del finado Ramón.

–O sea que también conoce a las hermanas.

–Las hei conocido pero yo creo que no están nada aquí, me han hablado que se fueron todas.

–Pero, ¿y Onofre Flores, el hermano?

–Ah sí, ése debe de estar.

–Pero dígame, ¿dónde está la casa?

–¿Qué casa?

–La casa de la familia Flores, pues.

Miró vagamente al techo:

–¿Y usted para qué los quedría?

–Yo soy amigo de la familia, es que en Santiago me encargaron que ubicara a la Margarita o a la Rosa. Es por un trabajo que les tiene un caballero que ellas conocen.

Vaciló y como de mala gana le dio unas indicaciones. Vino a encontrar la casa cuando ya empezaba a oscurecer. No era tan lejos, había pasado por delante varias veces. Desde el camino no se veía, estaba como acurrucada entre árboles y la tapaba un parrón arrastrado, caído de un lado y afirmado en unos palos torcidos. Llamó, dio unas palmadas, al final entró, por suerte no había perro, golpeó a la puerta de palo.

Después de mucho apareció una mujer maciza y colorada, al tiro pensó que era la Edulia, con una guagua en brazos y un cabro chico descalzo, con los mocos colgando, vestido sólo con una camiseta, que

se le agarraba de las piernas. Cuando él lo miró, el niño escondió la cara metida en la falda de la madre:

–Qué se le ofrece –dijo ella, desabrida.

–Ando buscando a su hermana Margarita o a su hermana Rosa, que yo las conocí en Santiago.

Le chispearon los ojos, se dio cuenta al tiro:

–¿Cómo se llama usted?

–Jaime Román.

–Ah, ya, yo sé quién es usted. Lo conozco. Usted es el que le hizo la mala jugada a la Rosita. ¿Y qué quiere ahora?

–Bueno, yo comprendo lo que. Solamente quiero saber de ella, cómo está, si fuera posible verla, conversar con. Aunque sólo sea para. Y si no quiere verme, bueno yo entiendo, no vengo a molestar –la voz le salía medio temblona, la garganta apretada.

La mujer lo miraba muy fijo. Tal vez le pareció que Jaime era sincero.

–Mire –dijo y sacudió un poco a la guagua, que estaba comenzando a llorar, y en la pieza de adentro comenzó a oírse otra guagua que lloraba–: Yo le aconsejo que se vaya no más tranquilito a Santiago y que deje tranquila a la Rosita. Y no se acuerde más. Ya bastante daño le hizo. La pobre quedó muy mal después que usted se corrió. La Margarita vino a dejarla tiempo después. Aquí estuvo unos meses y se pasaba callada, flaca como perro, la hacíamos comer a la fuerza. Después se fue a vivir con la Margarita y ahí cambió, lo que empezó a ponerse gorda con el embarazo.

–¡¿Cómo?! ¿Estaba embarazada?

–Sí, pues, no se me haga el que no sabe.

–Yo no tenía idea.

–Sí cómo no, todos dicen lo mismo. En fin, al sexto mes ya estaba más tranquila, le cambió hasta la cara, se pasaba tejiéndole chalequitos a la guagua. Celestes porque decían que iba a ser niño hombre.

–Pero, ¿dónde está la Rosa ahora?

–La verdad es que no sabría decirle. Se volvió para Santiago.

–¿Con la guagua?

La mujer se quedó callada un momento, mirándolo fijamente. Al final dijo:

–No, iñor, ¿no ve que la guagua nació muerta?

Sintió que se le movía el piso y vio nublado.

–Bueno, caballero, tengo mucho que hacer, así que va a tenerme

que disculparme.

El llanto de la otra guagua se oía muy fuerte. La Edulia cerró de un portazo. Jaime estuvo parado allí largo rato. Después dio media vuelta y se fue caminando y levantando tierra, arrastraba los pies, y le corrían las lágrimas por la cara. Así llegó a la plaza, caminó y caminó y caminó hasta San Francisco, tomó la última micro y regresó a Santiago, largas horas sin ver nada, sin pensar en otra cosa que en la guagüita muerta rodeada de flores en un cajoncito blanco y la cara de su Rosa de Mostazal llorando y Jaime también llorando todas las horas del largo viaje de vuelta.

Pasó el tiempo. Pasaron meses. La rutina de la radio, los avisos, los libretos eternamente reciclados, Italia Canta, Solistas Inolvidables, Tango Bar, el Bongó del Corazón, Tiempo de vals, el Gran Radioteatro de la Tarde, la Mañana del Hogar. Juan Arvizu y Jorge Negrete. Pedro Infante, Javier Solís, Lola Beltrán, Miguel Aveces Gemía. Leo Marini. Y un bolero de Mario Clavel. Y la Séptima de Beethoven o el Carnaval de los animales. Y la chorrera de los avisos de siempre:

Anoche tomé Píldoras Ross: hoy la vida me sonríe

La pasión que él sentía al besarla volverá... con el uso constante de Forhans

Espinoza y Paredes, los mejores sastres

En artículos eléctricos El Coloso es colosal, Morandé 638 y San Pablo 1229

Venga del aire o del sol/ de chicha vino o cerveza / cualquier dolor de cabeza / se quita con Aliviol

Para el frío una buena manta de Castilla en tienda La Rosa

Oberpaur, abajo barato, arriba confección

Tonifíquese con Stenoj Engalazo y para su reumatismo, Amargo Indiano

Mejor que mejor, Mejoral

¿Delantales? Julín Serra

Los viejos se ven chiquillos, vistiendo donde Cubillos, sastre

La elegancia del varón en La Mendocina, con su clásico bolsillo contra robo

La mujer moderna borró del calendario la fecha inoportuna

La roja esquina del automóvil

Sea genial, tome Geniol

Tercera audición del día de Farmacia Andrade

Llodrá, la camisa deportiva que domina la ciudad

Lleve siempre en su bolsillo una o dos tabletas de Criogenina Lumiere, si usted no la necesita, a un amigo le será útil

Dé un puntapié a los prejuicios, use alpargatas Campero

Rouge Vanka resiste el agua y los besos

Li Wu Pat terminó con mi resfrío, Li Wu Pat terminó con mi dolor, obleas chinas Li Wu Pat

V
Las certezas y las dudas

> [Al rostro militar] la fatiga le añade sus arrugas, el sol su tinte amarillento y una vejez prematura surca caras de treinta años. Sin embargo, una idea común a todos ha dado a menudo a este conjunto de hombres serios un gran carácter de majestad, y esta idea es la Abnegación. La Abnegación del guerrero es una cruz más pesada que la del mártir.
>
> ALFRED DE VIGNY,
> *Servidumbre y grandeza militares*

Le dolía el cuello. Movió la cabeza lentamente, con cuidado, de izquierda a derecha. ¡Ay! Se enderezó en la banca y se sobajeó suavemente. Voy a terminar con la cabeza torcida para siempre.

Miró en derredor. Nada había cambiado. La escasa luz de la ampolleta amarillenta, colgada muy arriba, creaba en la capilla un ambiente de semi penumbra y proyectaba un reflejo débil sobre la tapa del ataúd, que seguía inmóvil. Lo grave sería que se hubiera movido, pus ñato. Tantos recuerdos acumulados, cosas que parecían borradas y que rebrotan con insólita nitidez, ¿será siempre así un velorio, un regreso al pasado?

Se puso de pie y se frotó los muslos agarrotados. Dio unos pasos gimnásticos, enderezando los hombros a compás. Se acercó al cajón y echó una mirada a su padre. Le pareció que se había achicado y oscurecido un poco más, que estaba más lejos.

De alguna parte le llegó el recuerdo de la llama temblona de una vela, una luz vacilante que amenazaba apagarse y luego se reanimaba, una vela imaginaria que seguía el rumor de unas voces en sordina, como en un rezo, como el fluir sin término de un agua lamentable. Sintió una repentina ola de desconsuelo, ganas de llorar. Apretó los dientes. En un gesto automático levantó la mano izquierda y comenzó a rascarse la cabeza, recordando.

Tendido de espaldas en la cama, escuchaba noche a noche en la vieja casa de la calle Gorbea el rascar de la llave en la puerta de calle, los pasos pesados, inseguros, y sentía en su propio pecho el palpitar lento del abatido corazón paterno. Seguía los pasos en su demorosa translación al baño y de alguna parte le llegaba un resplandor al encenderse la luz. Ruido de agua corriente, algo que cae, una exclamación sorda, después el estanque vaciándose en un torrente. Un suspiro, de nuevo los pasos hasta el dormitorio, donde cada vez Elena despertaba dando un pequeño grito de susto. Algunas sílabas en la voz grave del padre, no se entendía qué. Y al poco rato empezaba la

conversación, el rumor de todas las noches, largamente continuado, la voz femenina muy delgada, casi infantil por momentos, la masculina golpeaba con fuerza, luego interrogaba, rogaba, se lamentaba con una especie de furia. Y yo quería que eso no continuara, no quería saber, no, no. Hablaban a media voz, pero en algunos momentos subían el tono. Grandes pausas de silencio, los ojos ya se cerraban, llegaba el sueño cuando, ay, otra vez empezaban a gotear las palabras desdichadas. Y se reanimaba la luz temblona de la vela, luego la llamita bajaba, palidecía, casi desaparecía cuando de repente se levantaba otra vez y continuaba el catálogo de las recriminaciones recíprocas que no quería escuchar, y las preguntas sin respuesta: ¿Y ese mensaje en el libro que estabas leyendo, esas líneas subrayadas, qué querían decir? ¿Una clave, una cita? Silencio largo largo. Ya se extinguía la luz de la vela, pero se movía agitada por una corriente de aire repentina y volvía a brillar, la voz femenina a la carga: ¿Y tú con qué derecho hablas ahora, con qué autoridad, crees que no sé de tus grandes conquistas? Me dejaste abandonada pasaron meses sin noticias sin una sola carta. Pero mujer, tienes que entender, era algo delicado, una comisión de servicio, no podía comunicarme... Además, tú, lo más bien que aprovechabas mi ausencia. Y qué querías, que me dedicara a llorarte y a esperar, cuando una mujer es joven, entiende de una vez, necesita. No me imaginé nunca que ese peuco iba a andar rondando, se decía amigo mío, y menos me imaginé que tú. Te falló la imaginación, pues lindo. Otra vez el largo silencio y la voz del padre, ronca, ¿qué puedo hacer entonces?, el ansia enloquecedora de huir, de tomar un tren hacia alguna parte, de aire fresco, las voces se hacían confusas, se apagaba la llamita trémula y en algún momento llegaba el sueño bienhechor.

Pero la angustia persistía y el deseo de la fuga, la sensación del final de un tiempo ya agotado, la gran incertidumbre después del bachillerato, la vida, la intemperie. De madrugada abrió con sigilo la puerta de calle, se detuvo a respirar el aire heladísimo mirando la calle húmeda hacia el oriente y hacia el poniente, se echó al hombro la bolsa de la gimnasia en que llevaba un par de camisas y la ropa mínima y caminó con paso resuelto hacia la avenida por donde a esa hora pasaba, envuelto en vapor y estruendo, el primer tren del día. La primera salida de don Quijote.

¿Y ahora? Jaime se rascó la cabeza, una manera de estimular las neuronas. ¿Qué mierda va a pasar ahora? El golpe viene. Ya nada se sostiene. La economía se derrumba, el desabastecimiento, las colas, el mercado negro. La Unidad sin unidad. Los yanquis y la oposición a la ofensiva, "Junten rabia, chilenos", los camioneros, los mineros de El Teniente, los dólares de la CIA, Patria y Libertad, los bombazos. El MIR por su lado, llamando a las armas. Y sin embargo, aquella

maravillosa marcha el 4 de septiembre hace, ¿cuánto? ¿Menos de una semana atrás? ¡Increíble! El racimo compacto de los cascos proletas por la Alameda y esa consigna idiota que tanto le gustaba a los del MAPU: “Este gobierno es mío, me lo quieren quitar... aunque me cague de hambre no me lo quitarán”. La consigna de la derrota. Ahí vamos. Pero, qué vamos a ver. Hice lo que quise y lo que pude. ¿Lo que debía? No me arrepiento de nada. *Je ne regrette rien,* dijo la Pif-Paf. Lo haría de nuevo. El camino de la revolución. Unirse al pueblo. Cada día de militancia me dio más importancia. Ahora no me aguanto de importante. Me casé, tuve un hijo. Bueno, una hija, es lo mismo. No planté ningún árbol ni escribí un libro. Y ahora...

Recordó tan vivamente la voz de Alicia en el teléfono que le pareció estar escuchándola:

–¿Vas a venir a comer esta noche?

–Eh... sí, creo que sí. ¿Por qué?

–Así que crees, lindo. Bueno, trata de venir, invité a los González. ¡Tengo dos pollos!

–Ya. Otra vez anduviste comprando en el mercado negro. Ya te he dicho que...

–Estás muy equivocado. Cuando vengas, si es que dejas esa bendita radio a una hora decente, te contaré de dónde salieron. Pero no es lo que crees. Aunque por otra parte, no veo por qué una no va a comprar lo que necesita donde se lo ofrecen. Hay que comer, lindo, ¿sabías? y tengo que alimentar a tu hija, no sé si te acuerdas... Y no me hables de la JAP. La semana pasada la Luciana se levantó a las 3 de la mañana y se instaló en la cola de las primeras. Yo la relevé como a las 10 y al final, después de la una de la tarde, me dieron un pollo, medio kilo de posta, un paquete de fideos y un tarro de leche condensada. ¿Tú crees que el socialismo es esto?

–Bueno, bueno, ya. Córtala. Como sea, voy a tratar de llegar como a las nueve y media.

–Dios te oiga.

–Dime... ¿podría hablar con la niña?

–Claro. No sé si ella se acordará de ti.

Con la sensación quemante de la última frase, fue un bálsamo escuchar la dulce voz infantil:

–Aló, ¿papito?

–Sí, mijita linda. Habla su papá. ¿Cómo has estado?

–Bien. ¿Y tú, papi? ¿Cuándo vas a venir a la casa?

–Bueno, yo voy todos los días. Lo malo es que estás durmiendo cuando llego.

–Sí, y en la mañana estoy durmiendo cuando te vas.

–Es verdad. Te prometo tratar de organizarme bien, para verte. Tú sabes que tengo tanto trabajo.

–Tú ayudas al compañero Presidente, ¿sí?

–Así es, trato de ayudarlo.

–Bueno, papito, pero cuídate. Mira que los momios te pueden matar.

–No, cómo se te ocurre (risita hueca). Tu papi sabe cuidarse. Esta noche voy a tratar de llegar como a las 9, ¿ya? A ver si a esa hora puedo verte.

–Sí, papito.

¿En qué momento se echó a perder la relación con Alicia? No solamente la economía doméstica ni la cuestión política. Tan felices cuando ganó Allende. Nos abrazábamos, cómo le brillaban los ojos, dábamos vueltas con la Alicita apretada entre los dos gorjeando de risa. Sintió el cuerpo de Alicia, sus senos apretados contra su pecho, la niña metida entremedio. La felicidá ja-já ja-já. Sacudió la cabeza, otra cosa es con guitarra.

Caminó de nuevo hacia el ataúd y contempló el rostro descolorido, como de cartón, más y más lejano. Recordó el último encuentro, apenas unos días antes:

(El teléfono en la radio:)

Soto: Aló, sí, departamento de prensa. Un momento. ¿De parte de quién? Jefe, es para usted. La señora Palmira.

Escuchó la voz musical y cariñosa como de una tía de antaño. Pensó en huesillos, dulce de mora, fritos de zapallo. Jaimito, le habla Palmira. Perdone que lo llame a la radio, pero... Es que su papá quiere conversar con usted... me pidió que lo llame para pedirle... sí, que vaya a verlo. No, la verdad es que no está bien. Ha estado más alentado estos días pero los exámenes no están nada de buenos... no, de buenos, o sea, nada de buenos. El doctor Hillerns quiere internarlo de nuevo. No, no habla de operarlo. No por ahora. Bueno, lo que yo quería, es decir, lo que él quiere, es conversar con usted. Yo sé que usted pasa tan ocupado, pero, por favor, haga lo posible. Su papá está muy... ¿Y cuándo podría venir?

La casona de doña Palmira: paredones de adobe, tejas, portón y mampara. Un pasadizo de entrada embaldosado, con una puerta a cada lado. Adivinó: a la izquierda el salón, a la derecha el dormitorio principal. Seguía un patio pavimentado con piedras de huevillo engastadas en musgo, en el que se encontraban dos palmeras enanas, aspidistras, helechos y otras plantas verdes, en gordos maceteros de

madera con patas largas.

La empleada lo hizo pasar al salón, atestado de muebles fantasmales de patitas delicadas, como de corderitos, envueltos en blancos sudarios; y mesitas, repisas y repisitas con doncellas y pastores de porcelana, cuadritos con marcos dorados. A un costado, un antiguo piano con candelabros dorados, adornado con un mantón de Manila, olor a polvo, a flores secas en medio de silencio acolchado por gruesas alfombras. Las paredes forradas en un papel floreado dominado por un color rosado fuerte. Por las ventanas, que daban a la calle Santo Domingo abajo, entraba una luz tamizada por unos visillos que parecían enaguas con encajes.

Cuando entró le pareció más baja que en el único encuentro anterior, en la calle Estado. Su padre, algo cortado, le había dicho: "Te presento a... hum, eh... la señora Palmira Zayago, una gran... eee, una gran amiga a quien le debo muchas gentilezas". Sus ojos cándidos, tristones, parecían preguntar y a la vez pedir algo, ¿perdón, piedad? Sonrió y su cara sonrosada de vieja sana enmarcada por una melena corta y enrulada, de color castaño rojizo, apenas se arrugó en torno de los ojos. Su piel se veía translúcida y tan suave como una sábana de seda usada largos años. ¿De dónde saqué eso?, nunca he dormido en sábanas de seda. Miró sus aros de oro, su reloj pulsera de oro y en la mano izquierda, los dos gruesos anillos de oro que proclamaban su condición de viuda. De cerca olía levemente a colonia y a algo más que no pudo identificar, ¿alcanfor, canela, clavo de olor?

Ella le tendió la mano derecha, suavísima y con la piel algo suelta, como un guante. Este guante retuvo su mano de manera insistente mientras su dueña le decía, mirándolo a los ojos:

–¡Qué bueno que haya venido a mi casa, Jaimito!

–Sí –un poco incómodo porque ella no le soltaba la mano–, vine porque. ¿Cómo ha estado Manuel?

Vio cómo se llenaban gradualmente de lágrimas los ojos de la señora, de abajo hacia arriba, como una pluma-fuente:

–Discúlpeme, la verdad es que no está bien. Usted mismo lo va a ver.

Lo condujo atravesando el corredor a la pieza de enfrente que era, como suponía, el dormitorio. El coronel estaba acostado de espaldas bajo una lámina del Sagrado Corazón de Jesús, en un alto catre de bronce matrimonial que ocupaba buena parte del cuarto. Su rostro se veía amarillento. Aquí el empapelado era celeste con flores de lis doradas y también había repisas, cortinas, cenefas, figuritas de porcelana, retratos en marcos de plata sobre una cómoda de encina, cuadritos con paisajes oscuros.

Él giró la cabeza y le sonrió. Había adelgazado mucho desde la última vez y su sonrisa le pareció a Jaime casi de calavera. Es la última vez, pensó. Sonrió a su vez y le dio un beso en la mejilla, como cuando era niño.

–Los voy a dejar solitos –dijo la señora–, tendrán tanto que hablar. ¿Qué le ofrezco, Jaime, quiere una taza de té, un cafecito?

–No, nada, muchas gracias.

Ella hizo una venia y salió sin hacer ruido.

–Gracias, Palmira –dijo el padre. Lo miró–: ¿Cómo has estado, Jaimito?

El diminutivo lo hizo sentirse niño:

–Bien, papá. Es decir, bueno, o sea... bien. No puedo quejarme.

–Yo sí que puedo quejarme. Pero no me quejo –y con una repentina sonrisa–: También los robles caen.

Sonrió Jaime también. Era una alusión a un viejo chiste de los que compartían. Bastaba una clave para que los dos se murieran de risa. Era como el sistema de don Otto, que tenía los chistes numerados. Decig el númego, el 43, y ¡ja, ja, ja! Recordó al flaquito y chico Serafín Robles, con su vocecita. El Chato: ¿Y qué le pasó Robles? Veo que faltó a clases cuatro, ¿a ver?, no, cinco días. Y usted nunca falta. ¿Estuvo enfermo? La vocecita de pito de Serafín: Sí, señor, también los robles caen. Y todos riendo hasta las lágrimas y los badulaques aprovechándose para patear el suelo, chillar, balar, aullar, hasta que el Chato pierde la paciencia y los hace callar (aunque se sonríe con disimulo).

Pero Jaime no tenía ganas de reír fuerte y el padre ya no tenía fuerzas. Se miraron ambos con la misma sonrisa cansada.

–Dime –lo miró de frente–, ¿qué piensas ahora? ¿Soy un viejo imbécil como decía ese bruto de Schultz?

–No, papá.

Hizo una especie de resoplido y una risa corta:

–Buen hijo. Supongo que me consideras solamente un huevón.

–No.

Se quedó en silencio un largo rato:

–¡Qué curioso! Yo estaba tan amargado con tu decisión de hacerte comunista y ya ves que al final terminé votando por el señor Allende. Te saliste con la tuya.

–Tú lo decidiste. No ibas a votar por Alessandri.

–No, claro que no. ¿Seis años más de lo mismo? No, gracias. Y tampoco iba a votar por el beato Frei. Y ahora –se interrumpió y

permaneció mirando al vacío, tenía la respiración corta.

Tal vez perdió el hilo, pensó Jaime. Pero siguió:

–No sé si fue lo más acertado. Aunque, voto más, voto menos, ¿qué habría cambiado? A ratos pienso que quizás valió la pena. Alguna vez había que enfrentar las cosas pendientes, ponerle las peras a cuatro a la derecha. Recuperar el cobre, eso es histórico. Este país... las cosas están mal, Jaime. Muy mal. Supongo que te das cuenta.

–Sí, claro. El peligro del golpe militar.

–¿Peligro? ¡Pch! Lo único que falta es la fecha. El golpe está en marcha. Desde que salió Prats o incluso desde antes. Nadie lo para. Todos están de acuerdo: los yanquis, la derecha, El Mercurio, los empresarios. Los beatos. Y las fuerzas armadas. Y mucha gente de clase media y del pueblo.

No se sintió demasiado alarmado. Era lo que estaba en el aire. Muchos lo andaban diciendo. Incluso en el Partido.

–Pero –sin mucho convencimiento–, hay militares que están con el gobierno, generales...

–¿Militares constitucionalistas? ¡Por favor! ¿Quién inventó eso? A la hora D, ¡vista a la derré! Querr, dos, tres, cuatro: todos marchando en la misma dirección, desde el comandante en jefe hasta el último conscripto, en contacto de codos, todos contra el comunismo. Entiéndelo, Jaime: en Chile no puede haber un golpe militar parcial, de un sector. Iría al fracaso. O van todos o no va ninguno. A los pocos que se resistan, los van a reventar, les van a pasar la aplanadora, los van a borrar del mapa. Puedes estar seguro.

–Entonces ¿tú crees que todos o casi todos se van a sumar?

–¿Sumar? Más bien multiplicar. Van a participar con entusiasmo. Piensa un poco. Los que siguen la carrera de las armas sueñan con usarlas. Estar en una guerra de verdad. Matar al prójimo. Sobre todo los más jóvenes. Y está claro que no vamos a tener ninguna guerra de verdad. Los peruanos sueñan con la revancha de la guerra del Pacífico pero eso no es real. Y si llegara a ocurrir algo así, duraría tres días, porque en seguida se meterían los yanquis con las Naciones Unidas, etc., y después ¿quién los saca? Entonces, ¿qué queda? El golpe. Y ese gran invento que enseñan en las Escuelas de Texas y del Canal de Panamá.

–¿Invento? ¿Qué invento?

–La guerra interna.

Se quedaron callados. Al parecer no podía seguir hablando. Su respiración era un quejido que se repetía a intervalos. Cerró los ojos. Jaime se inquietó:

–Quédate tranquilo. No te agites, papá. ¿Quieres un poco de agua u otra cosa?

Demoró en responder. Al cabo de unos minutos su respiración se hizo menos angustiosa:

–A ver, sí. Por favor, dame un vaso de esa porquería que hay en el velador.

Sirvió en un vaso un líquido que parecía té desvaído y lo ayudó a beber, sosteniéndole la cabeza. Suspiró un gracias casi inaudible y dejó caer la cabeza sobre la almohada. De nuevo permaneció con los ojos cerrados. Pasó tanto rato que Jaime pensó que se había quedado dormido. Pero comenzó a hablar de nuevo haciendo largas pausas.

–La doctrina de los yanquis se la tragaron entera. Claro que éstos supieron endulzarla: una causa sagrada, promesas de muchas armas técnicas novísimas, de alta precisión y rendimiento letal, y mucha plata para el bolsillo. Quien más quien menos, todos los oficiales que fueron a la famosa Escuela de las Américas, volvieron con auto y al poco tiempo compraron casa. Llegaron con la cabeza cambiada. El ejército se convirtió en otra cosa, se desnacionalizó, Jaime. La misión ya no es defender la soberanía nacional, ahora hay que defender al mundo libre del comunismo internacional. Siempre listos, como los boy-scouts. Somos un destacamento de la Junta Interamericana de Defensa. Y además, somos cruzados. Con la nueva doctrina, los socialistas y los comunistas y los sindicales y todos los izquierdistas, hasta los rádicos, con el sueño del socialismo a la chilena, con Allende a la cabeza y también los melenudos que quieren copiar en Chile la revolución cubana, ya no son chilenos, traicionaron a la Patria, son agentes soviéticos, el enemigo. Ahora, hasta yo soy traidor a la Patria, yo que voté por el señor Allende, influenciado por ti.

–Perdona, papá, pero yo nunca –protestó Jaime.

–Bueno, sí –se quedó en silencio un tiempo infinito, mirando hacia delante, con ojos ausentes–, es injusto decirlo así. Yo soy mayor de edad hace muchos años y sabía lo que hacía. Creía que sabía. Me dejé llevar por muchas cosas. El ambiente, mi amargura de ver a mi país tan entregado, la esperanza de un gran cambio. Ver a mi hijo tan embarcado en su sueño. Entender de repente que no se puede mirar siempre todo como milico. Y no dejó de pesar en mí el verte tan convencido. Porque has de saber, hijo, que yo te tengo –pausa, voz trémula– respeto.

–Pucha, papá, yo...

–Resumen: he sido tan iluso como tus camaradas. Y al final, ya lo ves: nada salió como queríamos. Votar por Allende fue un error político, pero el 52 yo cometí otro peor, voté por Ibáñez. Al final,

sacando las cuentas, no completé mi carrera, no fui oficial de Estado Mayor, no llegué a general. El señor Allende hizo muchas cosas, es muy valiente y yo le saco el sombrero pero no va a terminar su mandato. Su proyecto es imposible, ahora lo veo claro. Esos cabezas calientes por los dos lados... ¿Resultado? Va a correr sangre. Los militares se van a manchar las manos con sangre de chilenos y después, cuando se dé vuelta la tortilla, porque al final siempre se da vuelta, ni se van a atrever a salir a la calle de uniforme, como el 31, cuando cayó el Paco Ibáñez y la gente nos escupía.

–Pero dime, ¿por qué no pudiste llegar al Estado Mayor ni a general?

–¿Nunca te he contado de eso?

–No.

–No es el momento. Decidí no contarlo nunca. Lo he mantenido sepultado más de cuarenta años. Puede parecer una torpeza, pero no me arrepiento. Aunque quedé marcado para siempre.

–¿Sabes, papá? No pensaba que te importara tanto la carrera militar. Cuántas veces te oí hablar mal del ejército, de los milicos. Ibas a escribir un libro terrible: *30 años en el infierno*, ¿te acuerdas?

–Cosas que se dicen. Yo no soy ave que emporca su propio nido. Además, uno atesora amistades, lealtades, la ilusión de la carrera completa... –le tembló la voz de manera imprevista.

Jaime sintió cierta dificultad para hablar. Aclaró la garganta:

–Puchas. Qué quieres que te diga.

–Mi actitud hacia el ejército. La carrera militar. 30 años en el infierno. Mmh, sí. Cómo te explico. Hay, no sé qué: emociones, la Patria, la Porotera, la pertenencia, los camaradas de armas, el contacto de codos. En fin de cuentas, el que es milico es milico. ¿Entiendes?

–Creo que sí.

–Yo no quería que tú fueras militar, eso lo sabes. Por muchas razones. Tampoco quería que te dedicaras a la radio, que tanto te gusta. Yo soñaba que mi hijo fuera un profesional, ingeniero, arquitecto. Por último, abogado, a fuego perdido. Que tuvieras un cartón. Una vida grata. Qué ingenuidad. Y tú querías ser comunista. Que Chile sea un país comunista.

–No, papá. No es eso. El programa de Allende, que apoyamos, es de reformas dentro del sistema democrático y de independencia económica. No plantea el socialismo, menos el comunismo, que además no existe en ninguna parte. Lo que quiere el partido es recuperar las riquezas nacionales controladas por los yanquis, un país

más independiente, más democrático.

El padre con una sonrisa tristona:

–Sí, conozco ese discurso. Yo me lo creí. Y tú, ¿te lo crees realmente?

Jaime puso cara de duda: ¿Lo creo realmente? Mi maldita tendencia a ver que las cosas no son lo que parecen y a echar agua fría en el entusiasmo de los demás y sobre todo en el propio. Sólo al comienzo aquel "candoroso frenesí" que decía Joaquín. Esa noche en la Alameda frente a la Federación de Estudiantes, la voz firme de Allende prometiendo que cumpliremos el programa, la gran comunión de los abrazos entre hermanos desconocidos, los tiempos iniciales a paso de carga, vamos adelante con el programa: la reforma agraria, los bancos, el salitre, el carbón, el hierro, el cobre. Estamos haciendo historia. Ese toque. Pero siempre siempre el gusanito de la duda, sentir la resistencia, las dudas, la incomprensión de muchos que deberían estar a este lado, la frescura de algunos de nuestro lado. Y tantas cosas: las cacerolas, la derecha tiene dos ollitas, usté no es ná ni chicha ni limoná, el paro de octubre, la batea, los maravillosos trabajos voluntarios en el paro de octubre, que la tortilla se vuelva. Sí, pero los camioneros, pero Junten Rabia y la rabia visible de tantos. Y el cinismo de otros. Alicia rabiando por el desabastecimiento, las colas, el mercado negro. La conciencia de que íbamos a toda velocidad al desastre. Pero sí, a pesar de todo, anda a entender por qué, la decisión de seguir y seguir porque de todas maneras tenemos más verdad nosotros somos mejores queremos cambiar el mundo, que el pueblo por fin viva de otra manera, es que después de haber mirado el mundo de cierta manera ya no se puede mirar de otra manera. Arriba los pobres del mundo. Y no hay, no hay...

Se encogió de hombros.

–Muy buena respuesta –sonrió el padre con un gesto de dolor–, una respuesta típicamente tuya. Pero te quiero decir algo más –hizo una pausa, falto de respiración, cerró los ojos. Jaime pensó que ya no podría hablar más, pero después de un minuto continuó–: Tú tienes más de milico de lo que crees. Tu partido es una milicia. ¿Cómo llaman a los miembros del Partido?

–¿Cómo los llaman? No entiendo la pregunta. Eeeh, bueno, los llaman, o sea, somos militantes.

–¿Ves? Militante, militar.

De nuevo no supo qué responder. El padre volvió a cerrar los ojos y habló en tono casi inaudible:

–¿Has visto a tu madre?

–Sí. Ayer estuve con ella, hice una pasada rápida por la casa. No

tuve tiempo para más. Con todo lo que está pasando, el trabajo de prensa de la radio absorbe cada vez más.

–Me lo imagino. Elena... –le tembló la voz un poco– ¿está bien?

–Sí, la encontré bien.

–Bueno, si la ves dile que –estuvo un tiempo con los ojos cerrados, al final sacudió la cabeza y los abrió–, no le digas nada.

–¿Te sientes mal?

–Estoy cansado.

–Bueno, ya me voy –se fijó en un pequeño libro sin tapas, muy gastado y manoseado, que estaba en el velador. Lo levantó y miró el título en la página de la portadilla, casi en huilas: Alfred de Vigny, *Servidumbre y grandeza militar*. Todos los cuadernillos estaban sueltos, algunos sujetos a medias por unos hilos. Su viejo libro de cabecera.

El padre lo estaba mirando:

–Si quieres, llévatelo.

–Pero, tú no querrás.

–No estoy para leer ahora eso. Llévatelo. Como recuerdo –agregó.

Se echó el libro al bolsillo de la chaqueta.

–Bueno, gracias. Entonces te dejo. Chao, papá –le dio un beso en la mejilla y le tendió la mano.

Él levantó la cabeza y lo miró fijamente. Le estrechó la mano con fuerza inesperada. Le impresionó la flacura de su muñeca, el brazo parecía flotar en la manga de franela gris. Le retuvo la mano como si no quisiera dejarlo ir. Igual que antes la señora Palmira. Después se la soltó, se echó hacia atrás y dejó caer la cabeza en la almohada.

Jaime salió. En el corredor no había nadie. Esperó y finalmente apareció la señora. Tenía los ojos llorosos. Se despidió rápidamente de ella y salió.

Caminando, con la cabeza gacha, se acordó de pronto de don Renato. Cuando se toparon, cerca de la cut, pocos días antes, le había parecido nervioso, desmejorado, como después de una enfermedad, la antigua papada le hacía pliegues encima del cuello de la camisa y del nudo de la corbata. Se había afeitado el gran bigote y la zona encima de la boca se veía muy grande y sospechosamente blanca. Lo saludó cordial, como siempre:

–¿Cómo está, compañero? ¿Siempre en la radio?

–Sí, claro. Yo estoy bien. Lo que parece que no anda bien es el proceso que le llaman, ¿no encuentra?

Tuvo una risa corta sin alegría. Miró hacia atrás por encima del

hombro, ¿para comprobar si alguien los seguía? Apretó los labios:

–Mire, Jaime, una cosa es clara: hay que seguir la pelea y apoyar a Allende sin vacilar. Tenemos que salvar este gobierno. Eso es lo más revolucionario. Es un momento histórico. En Chile nunca el proletariado ha llegado tan lejos.

–¿Usted diría que más que en el Frente Popular?

–Pero claro. Con don Pedro y con Juan Antonio era siempre la burguesía la que tenía la manija.

–¿Y ahora?

–Bueno, la cosa no se puede decir que esté definida del todo pero estamos en la disputa por el poder.

–Usted dice "el proletariado", o sea, la clase obrera. Pero eso de la hegemonía no me parece tan claro. La clase obrera no se compone solamente de comunistas. Hay obreros socialistas, muchos, hay democratacristianos, hay obreros que siguen al MIR. Y otros conservadores de frentón. Los que dirigen el gobierno no son propiamente proletarios, salvo los ministros que ha puesto el Partido: don Américo, Oyarce, la Mireya, Lucho Figueroa. O el socialista Cortés.

Se mostró algo molesto:

–Mire, compañero, cuando decimos "el proletariado" nos referimos a una categoría teórica, ¿me entiende? Y decimos que somos el Partido de la clase porque la mayoría de nuestros militantes son obreros pero sobre todo, porque encarnamos mejor que los demás las aspiraciones y los objetivos históricos de la clase obrera, ¿me entiende?

Jaime sacudió la cabeza, no muy convencido:

–Sí, eso es lo que decimos nosotros. Mejor hablemos del momento que se vive. La gente dice que el golpe militar viene. Que es inminente. ¿Qué vamos a hacer?

Don Renato esquivó su mirada, carraspeó inseguro:

–Nuestro deber es defender al Gobierno Popular, Jaime. No hacernos eco de rumores. Y mantener el No a la guerra civil.

–Sí, como el cardenal. Pero dígame, ¿cómo vamos a defender a Allende si hay guerra civil o golpe? ¿Ah? ¿Con qué ropa? Si viene el golpe va a ser de todo el ejército, eso es lo que dice mi padre, que es milico viejo. De todo el ejército y de las demás ramas de las fuerzas armadas, todos juntos.

–No olvide que hay militares democráticos. Además, el Partido sin duda ha tomado sus providencias.

–Providencias providenciales.

–Gracioso –dijo don Renato sin sonreir.

–Entiendo que usted está en el Comité Central, compañero, ¿no es así? Usted tiene que saber.

–No crea. No lo sabemos todo. En realidad no sabemos mucho.

Luego meneó lateralmente la cabeza como para poner fin a un debate inoficioso, se despidió de mano, le enseñó su sonrisa de grandes dientes y se alejó, algo gibado, con los hombros vencidos.

Miró la hora. Las cinco y media, algo así. Era difícil distinguir los números en la penumbra de la capilla y a la luz débil de la única ampolleta calambrienta. La palabra "calambrienta" lo hizo sonreir. Una palabra tan típica de su padre. Cuando chico le hacía dibujos de una figura esquelética, puras líneas rectas y una redondela por cabeza. Los llamaba "calambritos". Después en clase con el señor Espech, aprendió que esos calambritos podían servir como esqueleto para dibujar la figura humana. Era cuestión de rellenar esas líneas con volumen, carne, ropa. Y tomar en cuenta la relación de la cabeza con el cuerpo: debía caber siete veces. O seis, decía Espech, o a lo mejor cinco, porque lo de siete debe ser una norma europea, en América somos más cabezones (aunque él era catalán y de cabeza chica).

Se asomó a la ventanilla del ataúd. La misma cara, sí, pero algo más oscura y más amarilla. O tal vez es pura idea. De pronto se acordó del Vigny, el libro de cabecera. Todavía lo tenía en el bolsillo. Lo sacó. Era poco más que un fajo de cuadernillos sueltos, algunos todavía unidos por restos de cola y los hilos de la encuadernación. ¿Cuántas veces lo habrá leído? Se le ocurrió que debía dejarlo en el ataúd, su padre lo había leído tanto. No porque fuera a leerlo ahora sino porque. ¿Por qué, en realidad? Bueno, se encogió de hombros, lo tomaremos como un gesto personal. Nunca está demás tener algo que leer. Fue asaltado por un pensamiento súbito: nunca más lo veré, nunca más oiré su voz. Sacudió la cabeza.

De nuevo recordó a don Renato. ¿Por qué? ¿Estará en la neurona de al lado de la de mi padre? ¿Será algo así como una imagen paternal para mí? ¿Cuantos años que lo conozco? Veinte, por lo menos. Pero en vez de su cara ancha, se le presentó de golpe la muy delgada del Pepe, su mechón caído en la frente y su risa silenciosa, que le sacudía el esqueleto. En ese tiempo era control de la Minería parece, ¿o de la Portales? Siempre venía a la radio, a conversar con Ramírez, el discotecario, o con el enormemente flaco y largo Morgan, el operador de la planta, siempre de azul marino, como que era marino en retiro. Se lo imaginaba como un farero, tal vez por su altura, o porque hablaba poco. ¿El Pepe venía por razones políticas? ¿Y a qué otra cosa va a venir si no?, decía Cardona, si el Pepe es tan sumamente comunista, ¡hasta peleó en la guerra civil española! Bah, porque es

español, no necesariamente porque... pero, según Venegas, en realidad venía por la Nana, la locutora de la tarde y es verdad que la saludaba muy demoroso, casi latigudo, y le ponía caritas y se reía sacudiéndose como nunca de cualquier lesera que ella sacara.

Esa manera de hablar entre castellano y catalán, y su dejarse caer crudamente con la cuestión política... no tenía miedo de poner el tema, impresionaba cuando decía "nosotros comunistes" y el eterno mechón de pelo liso caído sobre la frente. Hombre de mucha información y labia y llamamientos urgentes a la acción. Hablaba de "la situación", en Chile, el mundo y sus alrededores. Jaime encontraba interesante lo que decía porque le daba la impresión de mirar la política con una perspectiva planetaria y de entender complejos procesos, no ya nacionales sino continentales y mundiales. Pero además le encantaba oirlo cuando contaba de los anarquistas catalanes y de la guerra civil española. Un día le dijo:

–¿No crees que ya está bueno de no hacer nada, chaval? Hemos hablado muchas veces de las canalladas del Videla, la persecución a Neruda, Pisagua, los relegados, el nacismo criollo, la demagogia del Caballo Ibáñez. Tú siempre compras el diario del Partido, dices que estás de acuerdo en todo. Hasta has dado ayuda económica. Pero no basta. ¿No crees que es hora de militar, de hacer algo contra esos *menja figues*? –siempre metía sus dichos en catalán, que no se entendían mucho.

–¿Hacer algo? ¿Algo como qué? ¿Poner bombas?

–Hombre, no. Que no estamos en los años 30 en Cataluña ni en Asturias.

–Pero tú me has hablado muchas veces de la acción directa, la quema de tranvías, los bombazos. Una vez dijiste que la única iglesia que ilumina es la que arde.

–¿Dije eso? ¡Joder! Eso no lo inventé yo, es una frase de Malatesta.

–¿Malatesta? Es decir, mala cabeza.

–Sí, bueno, hombre, tómalo como chiste. Aquellos eran otros tiempos, otra situación concreta. Yo estaba en la FAI.

–¿La FAI? ¿Qué es eso?

–La Federación Anarquista Ibérica. Pero con la experiencia de la guerra civil, me convencí que lo único sensato era ingresar al Partido, coño. Ahora soy comunista y éste es otro país y es otro tiempo. Aunque los cabrones sean parecidos. Pero tú, deja de joder y te vienes con nosotros. Te voy a citar a reunión de célula. ¿De acuerdo?

La primera reunión fue en el segundo piso del caserón de Alameda abajo donde vivía el Pepe. Muchos cuartos vacíos y muy

pocos muebles. Una galería con gran cantidad de vidrios, que temblaban y entrechocaban los dientes cuando pasaba un camión. Nunca supo si vivía solo en esa enorme casa, si era el dueño o la arrendaba. La sesión fue en el comedor, todos sentados a una gran mesa ovalada carcomida y en parte astillada, en sillas de cocina destartaladas, en un piso desfondado, y uno que llegó atrasado tuvo que sentarse en un velador que Pepe trajo arrastrando del dormitorio vecino. Los asistentes eran siete: fuera de Pepe y Jaime, dos hombres y dos mujeres, una joven nada de mal parecida y otra entrada en años y en carnes, morena y de moño. Conocía a uno de los varones, el Negro Faúndez, control de la radio y ex marinero. El segundo era un hombre carantón y de gran bigote, no al estilo de Stalin sino tal vez de Nietzsche. O de Vicuña Mackenna. Y con una gran papada cuya curva se repetía más abajo, en la panza. El tercero era un hombrón que fruncía y desfruncía el ceño, empuñaba y desempuñaba unas grandes manos venosas y ponía caras feroces o daba violentos cabezazos de aprobación según las palabras que decían los otros.

Con su tono casual y desmadejado Pepe dijo que al iniciar esta reunión de la célula 8 de calle de la 1ª comuna damos la bienvenida al compañero Tucapel, que en este día se incorpora al Partido. A ver, un compañero que presida.

Presida usted mismo, le dijo alguien.

Bueno. Pues, entonces tiene la palabra el compañero Rojo.

El hombrón emitió una carraspera cavernosa. Miró a todos los presentes uno por uno abriendo mucho los ojos y después de un largo silencio declaró: Siempre es bueno dar la bienvenida a un nuevo militante del (pausa y con mayúsculas) PAR-TI-DO. Acompañaba cada palabra de un gesto y una pausa. En sus filas, él va a encontrar una nueva familia, diez o mil veces más importante que la propia, donde será acogido con cariño y respeto. El (pausa) PAR-TI-DO le dará fuerzas para enfrentar todas las pruebas, la persecución, la cárcel, la tortura y LA MUERTE porque por encima y más allá de todo interés personal, está la causa del futuro luminoso de nuestra Patria y de toda la Humanidad. Así que le damos la bienvenida a nuestro nuevo camarada Tucapel, que ingresa a nuestras filas en un período de clandestinidad, porque el régimen burgués y proimperialista nos mantiene al margen de su asquerosa legalidad. La lucha nos promete duras pruebas, pero sepa de una vez por todas el compañero que hoy se une a nosotros, que del PAR-TI-DO sólo se sale (gesto de asco) expulsado (gran pausa y una especie de contorsión de todo el rostro) o MUER-TO.

Miró al Pepe: ¿era en serio ese discurso? Al parecer le habían cambiado el nombre por Tucapel. ¿Para qué? No estaba seguro de que

le gustara.

Ahora estaba hablando el hombre carantón y bigotudo, a quien llamaban don Renato (¿sería costumbre tratar de “don” a los dirigentes?), Secretario del Comité Local, lo presentó Pepe. Su tono era cálido, amistoso, y a ratos irónico, con cierto dejo popular: Bueno pues, nuestro camarada Rojo, a quien con cariño llamamos Elefante por su ímpetu revolucionario, ya le ha dado la bienvenida a nombre de la célula a este nuevo potrillo que llega brioso a nuestras filas. Éste no es un hecho casual, compañeros. En todas las comunas, en todas las provincias del país, muchos jóvenes se suman a nuestra lucha y reclaman un puesto de combate en las filas del Partido. Se atusaba el bigote y mientras hablaba mantenía una mano en la pera, como para ocultar la papada.

A continuación pasamos al informe. Observó Jaime que mientras hablaba, la mujer de más edad mantenía las manos bajo la mesa y las movía sin cesar. Se inclinó hacia delante, miró de reojo y se dio cuenta que estaba dedicada a tejer a palillo una prenda de lana de color verde. Pero no apartaba los ojos del informante. El segundo gobierno de Ibáñez partió con una tremenda demagogia, con toda clase de promesas y con un lenguaje populista que engañó a las grandes masas, eso de la escoba que iba a barrer la corrupción, ¿se acuerdan, compañeros? y le dio una victoria electoral arrasadora. Nuestro candidato el doctor Salvador Allende con nuestro apoyo y el del sector clasista del Partido Socialista apenas superó los 52 mil votos. Mientras que el Caballo Ibáñez se empinó por encima de los 500 mil. ¿Sufrimos una derrota? Sí, pues, compañeros, no cabe duda. Veníamos saliendo de la clandestinidad. ¿Nos afectó la represión de Videla? Sí, nos afectó. Sería inútil negarlo.

Su tono se hizo algo más dramático: miles de nuestros militantes fueron detenidos y relegados, muchos fueron golpeados y torturados sometidos a la picana eléctrica. Nunca podremos olvidar a nuestro camarada Ángel Veas, que murió en el campo de concentración de Pisagua, a Margarita Naranjo que hizo la huelga de hambre hasta la muerte en María Elena. La mayor parte de los dirigentes sindicales del Partido fueron aventados y alejados de las minas e industrias. También se resintió la organización partidaria.

Jaime notó cierto clima sombrío en la reunión. El Elefante mantenía su gesto feroz, Faúndez agachaba la cabeza, la compañera Guacolda tejía, imperturbable. Miró a la compañera joven y ésta, inesperadamente, le guiñó un ojo.

El tono del informante cambió de súbito: Hoy estamos en un proceso de recuperación, construyendo el Partido, abriendo las puertas a los hombres y mujeres que sienten inquietud por su destino

personal y por el de la Patria. Sigue la proscripción del Partido de la clase obrera, se sigue aplicando la Ley Maldita. Pero la tenemos bastante mellada y agujereada. Ilegales y todo, hoy tenemos locales abiertos en todas las capitales de provincias y en todas las comunas de Santiago, excepto Providencia. Nuestro diario aparece a diario. Participando en la campaña presidencial hemos quebrado de hecho la ilegalidad y hemos sembrado las semillas de la victoria. Nuestro candidato el doctor Allende, junto con el Partido y los hermanos socialistas, llevó hasta los confines de la Patria la gran causa de la nacionalización del cobre, que se va abriendo camino en los más amplios sectores.

Don Renato recorrió con su permanente semisonrisa a los asistentes. El Elefante hacía inexplicables gestos de furia. El Negro Faúndez asentía. Continuó: tenemos fe en la victoria pero no somos triunfalistas. Detuvo su mirada en el Elefante: Hay compañeros que en estas circunstancias creen y proclaman la necesidad de pasar a la acción directa, con las armas y la violencia. La Dirección considera que no es el momento, compañeros. No están las condiciones de lanzar la insurrección armada. Y, además, en ningún caso, bajo ninguna circunstancia, caemos en acciones individuales o de pequeños grupos. No practicamos el terrorismo, no creemos en el putschismo ni en la minoría actuante que proponía Louis Blanc. (¿Quién será?) Desde Recabarren para acá el Partido de clase ha tenido siempre una línea de masas y ha sabido usar en función de los intereses populares todas las posibilidades de acción legal, a través de las organizaciones sociales: sindicatos, agrupaciones de empleados públicos, sindicatos de empleados particulares, clubes de rayuela, sociedades de socorros mutuos o lo que sea. Nunca le hemos cedido el terreno político al enemigo. Atrás quedaron las consignas anarquistas de la acción directa y el boycot a la democracia burguesa. Con esta democracia, imperfecta, que en el fondo es la dictadura legal de la clase dominante, hemos sabido avanzar. Aspiramos a transformarla desde adentro, que los derechos democráticos proclamados sean reales, ganar posiciones para la clase. No se excluyen acciones audaces, según el nivel de la lucha de masas, pero no nos negamos a participar en las elecciones, Recabarren fue diputado, Elías Lafertte, senador. También Salvador Ocampo. Como parlamentarios los comunistas siguieron luchando por la clase. La mejor prueba de que esa política ha sido justa es que González Videla lo primero que hizo fue borrarnos 50 mil militantes de los registros electorales.

Se habló de las tareas. Jaime esperaba que se propusieran “acciones audaces”, como había dicho al pasar el informante. Pero el Elefante, con su desmesurado énfasis habitual, declaró que lo más revolucionario era asegurar el fortalecimiento del Partido a través de

la campaña de finanzas y la tarea de la célula, en este frente, consiste en vender números para la rifa de una cabeza de chancho, preparada por la compañera Guacolda. La mujer de más edad asintió. La mujer joven (alguien la había llamado Teresa, la compañera Teresa) miró a Jaime con una cierta sonrisa y levantó un poquito una ceja. Él no halló cómo responder. Levantó las dos cejas. Con disimulo la miró con más atención: era una flaca tincuda, muy morena, con chasquilla y, por lo que se alcanzaba a divisar, tenía unos senos apetecibles, perfectamente esféricos bajo un chaleco color fucsia.

Trató de concentrarse. Se sentía algo decepcionado y, a la vez, atraído por aquel mundo curioso, que le parecía más folclórico que revolucionario. Pero conmovedor. Tuvo la sensación de que salía de su clase y era acogido por otra clase, una nueva familia más cálida que la propia. Vender números para la rifa de una cabeza de chancho le parecía ridículo. ¿Dónde está el heroísmo revolucionario? Era un trabajo de hormiga. ¿Había que aprender a ser hormiga? Pensar que en la ciudad, en el país entero, se reunían a esta misma hora grupos semejantes y había miles de hombres y mujeres haciendo ese trabajo subterráneo. Aprender la humildad. Suena como algo cristiano, franciscano. Estar dispuesto a cumplir la tarea más simple y entender que así se da un paso. O menos de un paso, que se avanzan unos milímetros en el tejido de la fuerza que mañana va a cambiar la historia. Tantán. Solemne y bonito.

Cuando le ofrecieron la palabra habló con seguridad, sorprendiéndose del discurso que salía de su boca, como si alguien se lo dictara. Si vamos a hacer un rayado (la mujer joven lo escuchaba atentamente) tenemos que escoger un lugar donde lo vea mucha gente, que llame la atención y produzca efecto. ¿Para qué sirve pintar una consigna en una tapia de extramuros? Hay que arriesgarse. Por ejemplo, rayar la Moneda.

Don Renato sonrió: Interesante lo que plantea el compañero Tucapel (¿Tucapel? ¿Quién es ése? ¡Bah, de veras que soy yo!), indica un espíritu combativo, él quiere hacer cosas, piensa en cómo llevar adelante la lucha. Audacia, audacia y más audacia, decía Danton y es un concepto que ha hecho suyo el camarada Stalin. El Elefante asintió con enorme convicción.

Jaime notó que el bigote de Renato se parecía al de Stalin. ¿Sería casualidad o algo cultivado? Sin audacia no hay acción revolucionaria, seguía el informante, sin acción revolucionaria no hay revolución. Pero hay que entender que la revolución es un proceso múltiple, de masas. Estamos recién acumulando fuerzas. Un rayado en la calle Sierra Bella va a tener una irradiación modesta, en el sector, en el barrio, en la comuna cuando mucho. Pero marca la presencia del

Partido. En un momento como éste, que no es de auge revolucionario sino de reflujo de la acción de masas, vivimos un proceso que se compone de millones de actos pequeños, minúsculos incluso.

En la reunión se había producido un silencio meditabundo. Tal vez cierta modorra. El discurso de Renato se alargaba y se ponía monótono. Uno de los asistentes, de aspecto proleta, tenía los ojos cerrados, de pronto cabeceó y los abrió sobresaltado. La compañera dueña de casa, el compañero empleado, artesano, obrero, pequeño comerciante, jubilado o lo que sea, recitaba el informante, el que por primera vez hace un rayado, aunque sea un punto poco concurrido, ha dado un paso. Ha salido de su pequeño mundo individual y se ha comprometido en la lucha. Mañana dará pasos mayores.

II

PARTE

I
Un golpe militar

La puerta de la capilla se abrió violentamente desde afuera con el estrépito de una explosión. De la oscuridad exterior brotó un haz de luz blanca que hería la vista. La luz se movió por el techo, recorrió los rincones, se posó un instante sobre el ataúd, luego retrocedió.

Sacudido por la violencia del despertar, tendido de espaldas sobre la banca, Jaime vio que la barra luminosa pasaba por encima de él y subía hasta el techo, para regresar luego. Detrás de la luz habían entrado cuatro siluetas oscuras, cuatro lagartos o sapos enormes, de color verdoso. Tenían las caras negras de betún y usaban boinas negras. Se incorporó y fue encañonado de inmediato por la luz. Se sintió cegado. Uno de los sapos gritó:

–¡Aquí está! Es un civil.

Se puso de pie, quiso decir algo, "yo soy" cuando un objeto metálico, duro y pesado se estrelló contra su nariz y sus dientes. Sintió un dolor terrible y sordo, se le nubló la vista. Cayó de rodillas y vio que un chorro de sangre corría por su camisa y su chaqueta. Le pareció que había sufrido un destrozo irremediable, que iba a perder el conocimiento o a morir, apoyó las manos en el suelo para no irse de punta. La sangre seguía saliendo y goteaba sobre las tablas del piso. Sentía un sabor salado en la boca y un ruido agudo en los oídos, como de una sierra cortando madera y unos gritos o bramidos indefinibles, que de pronto se acercaron. Levantó la vista.

Los cuatro oscuros lo rodeaban. Cada uno blandía un fusil automático y todos le apuntaban y gritaban al mismo tiempo: arribalasmano... quiensoivó... questaihaciendoaquí... comoentrasteaquí...

Quiso hablar pero no pudo. Apenas logró producir un ruido inarticulado. Sintió que tenía la boca inundada de sangre y de pronto, bruscamente, un dolor inaguantable en los dientes, en toda la cara. Le pareció que no tenía nariz ni mandíbula superior sino un hueco, un embudo hacia adentro que dolía atrozmente.

–Yo –consiguió decir con gran esfuerzo.

–Habla, mierda –gritó uno de aquellos seres, más alto que los otros– quemierdaestaihaciendoaqui... comotemetisteaquícomunistarreculiao... dondestanlasarma...

–Mi padre –pudo decir, y con la cabeza indicó hacia donde estaba el ataúd.

Las cuatro cabezas giraron al mismo tiempo. El más grande gritó:

–¡Ya! Vamos a ver qué hay ahí. Tú, no lo pierdas de vista.

Uno de los hombres se le acercó y le dio un golpe preventivo en la espalda con el cañón del arma. Cayó de costado. Sintió olor a tierra y a sangre, se le cortó la respiración, se ahogaba. Boqueaba, tratando de conseguir un poco de aire. Escuchó golpes, crujidos, algo que caía ruidosamente, la tapa del ataúd, pensó.

–Ahidebentarlasarma –gritó uno de los hombres.

–¡Guarda! Aquí hay un muerto, oh –otra voz.

Ruidos confusos, luego una especie de derrumbe.

–¡Puta! Se cayó el cajón con muerto y todo, oh.

Hubo un silencio. El que estaba más cerca le gritó:

–¿Quién es ese muerto?

–Es mi papá –consiguió decir–, murió ayer, yo...

–Huevón mentiroso. Questabai haciendo aquí. ¿No te dai cuenta que éste es el Hospital Militar, mierda?

Trató de responder pero tenía la boca atascada y sólo pudo producir un ruido inarticulado. Seguía en cuatro patas. Quiso enderezarse, se tocó el lugar donde estuvieron la nariz, los dientes... Le pareció que la sangre ahora corría más lenta y espesa. Es la coagulación, pensó.

–No te movai. Quédate quieto, párate –le gritó el que estaba más cerca. Se incorporó con gran esfuerzo. Se mantuvo de pie tambaleante. La sangre le había manchado la chaqueta.

Desde la puerta se escuchó una voz aguda:

–¿Qué está pasando aquí?

–Encontramos un civil escondido. Ésta es la capilla del hospital.

–*Well, well, well*... –dijo la voz y a Jaime le pareció conocida–, ¿quién es este individuo?

Inclinado como estaba, vio adelante y abajo unas botas negras de infantería, relucientes.

–Estaba escondido aquí adentro cuando entramos.

Jaime levantó la cabeza. Vio a un quinto hombre con anteojos tan negros que parecía mirar desde el interior de dos tubos.

–Así que tenemos un infiltrado –Jaime se tambaleó–, ¿qué te pasa? *Are you drunk, man?* ¿Estás curado?

Se dio cuenta que el hombre no era muy alto. No portaba arma larga, sino una pistola al cinto, en la que apoyaba la mano derecha.

Vestía el mismo uniforme de combate a manchas grises, verdosas, amarillentas que los soldados. Camuflaje. Tenía un pañuelo verde atado al brazo izquierdo.

–*What the hell!* ¿Me puedes decir qué diablos estabas haciendo aquí?

–Estoy velando a mi padre. Él murió ayer.

–¿Un velorio aquí? Raro. Y qué oportuno, ¿no? En el día señalado...

Los huecos negros lo enfocaban intensamente, como tratando de descifrar algo en su cara.

–¿Tú sabes lo que está pasando, ah?

Le venían oleadas de náuseas:

–No...

–No, ¿ah? Y si no sabías, ¿por qué te escondiste aquí? Te crees muy hábil, maldito rojo.

–Yo no me escondí. Mi padre...

El oficial miró hacia el rincón donde estaba el ataúd. Dos de los hombres habían levantado el cajón y lo habían colocado de nuevo sobre los caballetes. Jaime advirtió que su padre estaba en el suelo. De espaldas, muy tieso, sus piernas desnudas salían de debajo de la chaqueta.

–¿Qué hay en ese cajón?

–Fuera del muerto no hay nada, mi mayor.

–¿No hay armas?

–No, mi mayor.

–Vamos a ver.

Se aproximó al cadáver, caminando con una especie de bamboleo fanfarrón, como el héroe de una película del Oeste, y pidió luz con un gesto. La poderosa luz blanca bañó el cuerpo tendido en el suelo. El oficial se inclinó para mirarlo de cerca:

–Vaya, vaya, si no me equivoco éste es el coronel Román.

Volvió hacia Jaime y lo observó atentamente:

–Entonces tú debes ser el hijo. Jaimito Román. *Right?*

–Sí.

–Documento.

Le tendió el carnet. Lo miró atentamente y dijo a media voz:

–Jaime Román... ¿Espinela?

–Sí. Es el apellido de mi mamá.

–Mmh. ¿Y sabes quién soy yo?

–Este... el capitán Tri... ¿Triviño? –dijo inseguro.

–Mayor. Mayor Trizano Vial. Yo conocí mucho a tu padre. Y a ti también te conozco, desde chico. Así que te sacaron chocolate, ¿no? –soltó una risita en falsete–. Dime, ¿de qué murió?

–Estaba muy enfermo. Cáncer. Tuvo un paro cardíaco ayer a mediodía.

–No me digas que estás aquí desde ayer a mediodía.

–No. Yo llegué como a las tres de la tarde.

–*Don't lie!* –gritó exasperado–, ¡no mientas! Tú debes ser comunista. ¿Cómo voy a creer que te has pasado aquí más de doce horas? Dime la verdad, será mejor, maldito rojo.

Jaime relató lo que había sucedido. La instalación del ataúd en la capilla, su decisión de quedarse a velar a su padre. El oficial lo escudriñaba sin pestañear, los cuatro soldados le apuntaban sus armas.

–¿Y qué haces tú?

–Yo... (no decir periodista) trabajo en la radio Baquedano.

–Una radio comunista, ¿no?

–No, señor.

–Pero a ver, dime: ¿sabes qué día es hoy?

–¿Martes?

–Martes 11 de septiembre. ¿Sabes lo que está pasando, huevón?

–No.

–¿Ni te lo imaginas?

–Bueno, sí, supongo que sí. ¿Empezó el golpe militar?

–Aquí no hay golpe. Éste es un día histórico. El día en que las Fuerzas Armadas han dado un paso al frente para liberar a Chile del yugo comunista.

No dijo nada. Si no tienes nada que decir no digas nada, recordó: ¿quién lo decía, míster Gamboa o el Negro Santander?

–¿Y qué? ¿No dices nada, *you fucking red*?

Se escuchó de pronto un ruido metálico, una especie de carraspeo. El oficial levantó y se llevó al oído un *walkie-talkie* negro con larga antena, que llevaba al cinto, y dijo:

–Aquí Pantera. Cambio.

Hubo un chirrido y luego se escuchó una voz metálica chillona:

–Aquí León. ¿Terminó la inspección? Cambio.

–Sí, mi... estee, León.

–Bien. Deje una guardia reforzada y trasládese inmediatamente con su gente a Casa Dos. Deme un comprendido. Cambio.

–Comprendido. Me traslado immediatamente a Casa Dos. Cambio.

–Cambio y fuera.

Un chasquido. Pantera miró a Jaime en forma dubitativa, agarrándose la barbilla:

–¿Y qué vamos a hacer con éste?

Esperó, con la cara más impasible que pudo. Una ola caliente de rabia lo invadía por dentro. El oficial tomó una decisión repentina y ladró sus órdenes:

–Usted y usted –señaló a dos de los hombres–, vuelvan a poner el muerto en el ataúd.

Jaime se sobresaltó. Se había olvidado de su padre. El cadáver seguía botado en el suelo. Dos de los hombres se aproximaron, dejaron sus armas apoyadas en la muralla y tomaron el cuerpo rígido, uno de los hombros, el otro de las canillas, flacas, grises y tiesas, y lo colocaron torpemente dentro del cajón.

–Bien –dijo el mayor Trivial–, ahora hay que tapar el ataúd. Al salir usted le dice a la guardia que avisen a alguien del servicio funerario, tiene que haber gente de ésa aquí, para que se encargue de sellar el cajón y lo despache al cementerio.

Jaime pensó decir algo, pero desistió.

–Tú –dijo el oficial levantando un índice–, te vas a ir directamente a tu casa. Y da gracias que te dejo salir. Tienes que agradecérselo a tu padre, que fue un gran oficial. En otros tiempos. En los últimos años lo vi muy poco y casi nunca estuvimos de acuerdo. El coronel Román se quedó en el pasado.

Lo empujaron a la salida. Alcanzó a dar una última ojeada al ataúd y a despedirse mentalmente: "Adiós, viejo". Lo obligaron a marchar casi a la carrera a través del patio. Sintió dolorosamente una oleada de aire frío en la nariz herida, en la boca cada vez más tiesa. Por el cielo nublado se extendía una claridad gris. Se detuvo junto a la pileta de los pescados. El soldado que lo custodiaba le punzó la espalda con el cañón del arma:

–Sigue andando.

–¿Puedo lavarme un poco? Es que la sangre...

El hombre vaciló y no dijo nada. Jaime se inclinó, metió las manos en el agua, muy helada, y se mojó la frente, luego la nariz y la boca. Ardía. Luego, rápidamente, se inclinó de nuevo y pasó las manos mojadas una y otra vez por el cuello y las solapas de la chaqueta, manchados de sangre.

–Andando –dijo el soldado y le punzó la espalda con el cañón de

su arma de manera casi amistosa.

Llegaron a la carrera a una puerta metálica. El soldado la abrió, lo empujó hacia afuera y después la cerró a sus espaldas estrepitosamente.

Se encontró en una calle en diagonal, que no conocía. Le dio un vahido, sintió que sus ojos se nublaban, tuvo que apoyarse en la muralla para no caer.

Al cabo de unos instantes se sintió algo mejor. Pero le dolía horrorosamente la nariz, también la boca. ¿Qué hago? Caminar, no hay otra. La casa está lejos, pero. Pensó que si alguien lo veía, la cara con sangre, la chaqueta manchada iban a llamar la atención. Se sacó la chaqueta con dificultad y la examinó a la luz de un farol. Sintió frío. Al lado derecho la chaqueta mostraba un gran manchón oscuro, de sangre, desde el cuello casi hasta el bolsillo lateral derecho; al otro lado algo menos. Lo que procede es darse vuelta la chaqueta. Procedimiento político probado por la historia. Lo hizo. Por suerte el forro de las mangas era de color oscuro, no blanco y no a rayas como son a veces. La chaqueta le quedaba incómoda y seguramente se veía algo rara, pero podía pasar como una chaqueta de pobre, vieja y virada.

La calle estaba desierta. Muy lejos se escuchaba un roncar de motores. Miró el reloj: un cuarto para las siete. ¿Qué hago ahora? ¿Adónde voy? Con el golpe no debe haber locomoción. ¿O sí? En todo caso caminar, tratar de llegar al centro.

Avanzó con dificultad resistiendo el deseo de dejarse caer al suelo a descansar y dormir y olvidar. Cada paso le costaba un esfuerzo y retem-blaba en su cabeza. El dolor era permanente, pero más sordo. A ratos le venían vahidos, se le desenfocaban los ojos, el mundo se ponía borroso, veía nubes y culebrillas, tropezaba, se iba hacia un lado, pero resistía, algo le ordenaba seguir caminando y seguir caminando.

Le pareció que estaba en un lugar conocido. Pero sí, mi vieja querida, Providencia. De pronto aparecieron y avanzaron tronando, a toda velocidad, varios camiones militares, oscuros, verdosos, con los focos inútilmente encendidos, porque ya había luz en el cielo. Se detuvo pensando vagamente: ¿y si me detienen? Los mastodontes, tres, cuatro, cinco, seis pasaron en fila junto a él echando un aliento caliente y fétido, como el de una fiera. La calle quedó de nuevo solitaria. Pero no, alguien venía.

Era una mujer muy alta, buenamoza, de pelo corto rubio, muy ceñido a la cabeza, como un casco, piernas largas, chomba gris oscura y pantalones negros, que caminaba a paso gimnástico, la cabeza inclinada, tironeada por un perro negro y esbelto que patinaba sobre

sus largas patas tratando de correr, mientras ella lo retenía con la correa. Le pareció conocida. Siguió inmóvil mirándola acercarse. A pocos metros de distancia, ella alzó la cabeza y se detuvo en seco al verlo, mientras el perro seguía tironeando y acezando.

–¿Que no es Jaime Román? ¿Eres tú, Jaime? Pero, ¿qué te pasa?

Su voz era grave y suave. Su cara de rasgos nítidos, regulares, muy bronceada. Los ojos de un azul clarísimo, metálico. Trató de recordar su nombre. Sabía quién era, una compañera de la universidad muy tincuda, un tiempo había pensado que. La vio a su lado en el café, tomando una malta con huevo, pero el nombre se le había borrado.

–Hola. ¿Andas paseando al perro? –trataba de hablar con desenvoltura pero no podía articular bien. No le salió "perro" sino "ped-do". Se sintió como un idiota. Le dolían atrozmente la nariz y los dientes.

–Así parece –sonrió, pero al mirarlo con mayor atención, abrió mucho los ojos–: Oye, pero tú estás muy mal. Dime, ¿qué te pasó? ¿Te pegaron, te atropellaron... vienes saliendo de una farra?

Sintió que los ojos se le nublaban de nuevo, se fue de lado.

–¡Oye! –dijo ella, sujetándolo de un brazo–, ¿pero qué te pasa? ¿Quieres que te ayude?

–Me diedon un go'pe militar –dijo Jaime.

Y todo se puso negro.

Desde arriba venía una luz. Un farol de la calle. Mirando desde abajo vio la cara preocupada de una mujer joven inclinada hacia él, la conozco, la conozco, pero ¿cómo se llama?

– aime... aime... Jaime –estaba diciendo–, trata de... por favor.

Descubrió que estaba sentado en las baldosas de la calle, afirmado en las piernas de la mujer, que estaba inclinada y lo sostenía de los hombros.

–Estoy bien –dijo–, bien como las huevas.

Hizo un esfuerzo enorme y se puso de pie en varios tiempos, apoyado en los brazos firmes de ella, era como ir subiendo una cuesta empinada luchando con las ganas de dejarse caer, la cabeza le zumbaba, tengo que pararme tengo que pararme. Hasta que por fin estuvo de pie, las piernas un poco lana, apoyado en ella.

–No estás bien –dijo ella–, estás mal. No puedes quedarte aquí, botado en el suelo. Vamos. Yo vivo muy cerca. ¿Puedes caminar?

–Tal vez.

De nuevo, todo negro.

Levantó los ojos con dificultad, le pesaban los párpados como plomo. ¿Dónde estoy, cómo llegué aquí? Se dio cuenta que estaba hundido, prácticamente acostado, en un sillón muy blando. Delante de sus ojos, en un paño de pared color durazno había una fotografía de gran tamaño, enmarcada. En ella aparecía un caballo montado por un militar, muy inclinado sobre la montura. La foto registraba el momento en que se iban despegando del suelo los cascos de las patas traseras del caballo, casi vertical, en el instante de elevarse por sobre las varas del obstáculo tan alto como él. Parecía imposible. Yo he visto esa foto, esa foto... pero ¿dónde? De pronto recordó: era el capitán Alfredo Larraguibel quebrando el record mundial de salto a caballo. "La mayor hazaña militar del siglo XX", decía su padre. ¿Por qué estará aquí esa foto? Por una ventana velada por una cortina blanca, entraba una luz blanquecina. ¿Dónde estoy?

Le dolía la boca, la nariz. Levantó la mano para palparse y encontró donde antes estaba su boca una especie de trompa, una superficie redondeada. Dolía como caballo. Y de golpe una punzada agudísima en los dientes. Quiso abrir la boca pero no pudo. Tuvo la sensación de una goma que lo amordazaba. Y de pronto la nariz se hizo presente con un dolor quemante. Se había olvidado de ella y de nuevo le pareció que allí sólo había una especie de bola de estopa que por momentos le impedía respirar y que dolía.

Cerró los ojos.

–Quiubo, ¿despertaste? –voz femenina.

Pestañeó tratando de enfocar la vista. Vio muy cerca la cara de aquella joven. Buenamoza pero seria, ¿severa? Compañera de la universidad. Eso, sin duda. Pero, ¿y el nombre? Trató de decir algo, hizo un ruido inarticulado que pudo pasar por un sí.

–Bueno, ya era hora. Llevabas media hora durmiendo. O agonizando. Te dio una especie de soponcio cuando llegamos, y la verdad es que no sé cómo llegué contigo a la rastra. Estabas como trapo, pero no querías entrar en el ascensor. Oye, pero todavía no me has dicho qué te pasó. ¿Cómo fue eso del golpe militar?

Se sintió repentinamente despierto:

–¡Pucha! ¿Qué hoda ez? ¿Haz cuchado la dadio? –articulaba con mucha dificultad, pensó que hablaba como un idiota.

–Deben ser como las ocho. No he escuchado la radio. ¿Quieres que la ponga?

–Sí, por favod. Y tú, ¿cómo tan despiztada? El golpe ya empezó.

Ella le dio una mirada opaca, que no supo interpretar. ¿Una advertencia? ¿Había alguien más en la casa? Por una puerta entreabierta vio un piso de baldosas rojas, parte de una cocina y un

perro de cabeza muy fina lengüeteando un plato con restos de comida. Cabeza de serpiente, marca Doberman, pensó.

La radio hizo un ruido seco, comenzó a escucharse una marcha militar que se interrumpió de pronto. Luego, una voz burocrática y amenazante: "Se advierte a los ciudadanos que cualquier acto de sabotaje en todo tipo de actividades nacionales, en empresas, fábricas, medios de comunicación o transporte, etcétera, será sancionado en la forma más drástica posible, en el lugar mismo del hecho sin otra limitación que no sea la determinación de las autoridades del caso, del o los responsables..."

Bueno, así va la cosa, pensó Jaime. Y recordó de pronto:

–¡Miedda! Tengo que comunicadme. ¿Tiedes tedéfodo?

–Sí –dijo ella–, puedes llamar.

Se inclinó y bajó el volumen de la radio, que otra vez tocaba una marcha militar. "Erika", reconoció. Se alzó con grandes dificultades.

–Ped'dona –hablaba dificultosamente–, te haz po'tado madavillosa conmigo y yo ni siquiera, ¿vives sola aquí?

–No. Vivo con mi marido. Pero por el momento estoy sola. Él no está en Santiago.

–Ah, ya. No sabía. Ziedto que hacía años que do dos veíamos, Edika –el nombre acudió naturalmente–. ¿Te decibiste? ¿Edes abogada?

Ella sacudió la cabeza. Su pelo rubio rojizo oscuro y apegado al cráneo hacía resaltar sus pómulos, esa cara morena dorada de princesa incaica, sus ojos color azul pizarra, la walkiria andina, como decía el Chico Armijo, que estaba loco por ella.

–No. Me fui de la Escuela poco después que tú. Descubrí que las leyes no eran para mí.

–Pedo, ¿zeguiste e'tudiando? ¿Te pazaste al Pedagógico o qué?

–Nada que ver. Me fui al Físico.

–¿Al Fízico? ¿A estudiad fízica? –le salían zetas–, ¿fízica tómica?

–Ja. No. Educación Física. Ya te contaré. Parece que soy más del músculo que del cerebro. Te voy a hacer una curación a la rápida pero igual tendrás que ir a la Posta. A lo mejor tienes una fractura. Ahora haz esa llamada. –Le sorprendió la precisión, la autoridad con que hablaba.

Obedeció. Marcó el número de su casa. Escuchó en seguida la voz angustiada de Alicia:

–¡Jaime! ¿Dónde estás? ¿Sabes lo que está pasando?

Tratando de hablar con claridad, lentamente, resumió lo que

había pasado: las largas horas del velorio, la aparición de la patrulla, el golpe, la caminata desde el Hospital Militar, el encuentro casual con una ex compañera de la universidad.

Vio de reojo que ella lo escuchaba con gran atención. Desde la cocina el perro ladró y emitió una especie de gemido. La joven se acercó y le palmoteó la cabeza:

–Ya, ya. ¿Qué te pasa, Kurt? Tranquilo, ¿ya?

El perro movió la cola, lanzó un ladrido breve y trató de lamer la cara de su ama. Ella se apartó y lo empujó sin ceremonia hacia el interior de la cocina:

–¡Ya! A su pieza.

Luego cerró la puerta.

–¡Pero, Jaime, por Dios! –seguía la voz angustiada de Alicia en el teléfono–, ¿dónde estás ahora? Tienes que ir a un hospital, que te hagan una curación. ¿Sabes que comenzó el golpe? ¿Cuándo podrás venir? Alicita llora y pregunta todo el tiempo por su papito, cree que los momios te van a matar.

–Sí, sí. Iré en cuanto pueda. Primero voy a la Posta. ¿Ya?

Escuchó las palabras finales de Alicia y colgó.

Erika dijo:

–Ahora me acuerdo que eres hijo de un militar. ¿A él lo estabas velando en el Hospital Militar?

–Sí. Mi pade era el codonel Román. En retir –de nuevo se tambaleó.

–Puchas. Yo hablando y tú medio desmayado. Ven.

Lo llevó del brazo hasta el baño, donde había una silla blanca. Lo hizo sentarse delante del lavatorio, beber agua y tragar dos tabletas. Encendió una luz que iluminaba el espejo desde arriba y observó atentamente la zona golpeada, roja, violácea. Jaime se vio la cara desfigurada, una especie de pelota púrpura que abarcaba la nariz y el labio superior. Sentía que los dientes le bailaban, ¿estarán todos? Con un algodón empapado en agua ella fue lavando la sangre seca de manera profesional mientras él se contenía para no gritar de dolor.

–Vas a tener que aguantar un poco más.

Le dejó caer sobre la nariz y la boca un chorro de alcohol. Quemaba de manera infernal.

–¡Chucha, chucha, chucha! –la palabra que más alivia– ¡chucha que duele!

Con un trozo de gasa que sujetaba con una pinza le aplicó tintura de yodo, una especie de maquillaje africano y al final le puso

una pomada blanca y una venda de gasa suelta y lo llevó del brazo, como si estuviera ciego, de vuelta al living.

–Sácate esa chaqueta manchada. Y la camisa también. No puedes andar así.

Lo ayudó a cambiarse. Le pasó una camisa a cuadros y una casaca de gabardina de color gris. Le quedaban grandes.

–El difu'to eda más gande –dijo entre dientes.

–Es ropa de mi marido.

Ella trasladó con rapidez sus cosas, billetera, papeles, lapicera, unas monedas sueltas, de la chaqueta a la casaca. A Jaime le sorprendió la soltura de sus movimientos.

–Pedón, Erika –le dijo–, pedo no me acued'do de tu apellido.

–Esmert –dijo ella–, Erika Esmert. ¿Por qué?

–Pod nada. ¿Es un apellido catalán?

Ella se encogió de hombros:

–Tal vez. O checo. Qué importa.

Había tres carabineros con armas largas a la entrada del hospital. Parecían asustados. Cuando lo vieron con la venda en la nariz empezaron a hacer preguntas: qué le pasa, dónde le pegaron, documentos.

Erika se hizo cargo de la situación y habló con autoridad, en un tono metálico:

–Este señor es hijo del coronel Román. Lo asaltaron cerca de la Costanera. Después si quieren, lo pueden interrogar, pero ahora tiene que ir a urgencia para que lo atiendan. Puede tener una fractura.

Uno de los carabineros, un sargento, se mostraba desconfiado:

–Sí, pero... ¿Y el carnet?

Jaime extrajo el carnet con dificultad de la billetera y se lo entregó a Erika. Ella se lo pasó al carabinero y, casi al mismo tiempo, sacó de su cartera una tarjeta o una placa, Jaime no pudo ver bien, y se la mostró al policía. Éste asintió con un fuerte cabezazo e insinuó un movimiento de cuadrarse.

Lo hicieron tenderse en una camilla con ruedas. Ella le dijo:

–Bueno, aquí te dejo. Yo me voy, tengo cosas que hacer. Tienes plata para irte. Después que te atiendan, tomas un taxi y te vas tranquilo a tu casa. Vas a tener que reposar. ¿Algo más?

–Este... ¿sabes qué está pasando?

Ella apretó los labios:

–No sé los detalles, porque no seguí escuchando la radio. Pero

estoy segura que la cosa va en serio –le dio una mirada severa y siguió hablando en frases cortas–, mira, quiero pedirte una cosa: no me busques. No vuelvas a mi casa. Me alegra haberte encontrado. Haber podido ayudarte. Lo mínimo entre ex compañeros. Tú me caes bien. Pero no puedo tener contacto contigo.

–Comprendido. Cambio y fuera.

Ella soltó una leve risa sorprendida. Se encogió de hombros y a manera de despedida posó por un momento una mano muy fresca en su frente. Jaime sintió un súbito bienestar. Cerró los ojos y se durmió instantáneamente.

II
Otras voces

Alicia

No, mamá, no me mire así. Ya sé que no le gusta la idea y que Jaimito es su regalón. Pero entienda y no ponga cara de estar tomando un purgante. A usted yo la conozco como si me hubiera parido. Nada de "pero por Dios". Hay momentos en que las cosas tienen que definirse. Cuando ya no dan para más. Ya lo ve: tal como lo hicieron los milicos. ¡Chas! El corte de raíz de una vez por todas y ya. ¿Barbaridades? No sé quién es más bárbaro.

Mire, señora, sermones no. Y menos con esa prosa. Si ya está pareciendo upelienta. Más vale que se cuide, no vaya a ser cosa... No, cómo se le ocurre que la voy a estar amenazando.

Pero entiéndame: con Jaime la cosa se acabó. Se había acabado hace tiempo. No daba para más. Sí, claro, cuando nos casamos nos queríamos tanto. Parece que siempre es así. Y cuando llegó la Alicita... pura emoción. Llorar de felicidad. ¿Sabe lo que eso, señora? El encanto de compartir el amor y el esfuerzo, la pobreza y las grandes esperanzas. Todas esas bonitas palabras. Y el viaje a Europa, todo como un sueño, aunque la parte económica no era tan soñada. Apreturas, sí, pero tantas emociones, tantas cosas nuevas. Esos comunistas italianos que parecían actores italianos y que estaban a punto a punto de llegar al poder. No crea, mamá, yo también me tragué el sueño de la nueva sociedad. Y la enorme emoción de la revolución cubana, el socialismo en castellano. Sí, cómo no, el sueño del pibe, como el tango. Aunque cada vez había más dudas y Jaime también dudaba, meneaba la cabeza, aunque no quisiera reconocerlo, el muy cuadrado. Y la gran pelea de los soviéticos con los chinos y cada PC tomando partido, en vez de tomar palco. Y la cuestión de la línea violenta y la línea pacífica. El Chico Corvalán y el MIR. La visita de Fidel que no terminaba nunca. Allende, diciendo que sólo acribillándolo a balazos lo iban a sacar. Al final el balazo tuvo que dárselo él mismo. En el fondo, vivimos una gran estafa.

¿Que cómo puedo decir eso? Así no más. Como te lo digo. Porque me siento estafada. Una gran es-ta-fa. Y no me refiero al famoso mundo socialista, sino a nuestras vidas propias. De tanto vivir de los sueños se nos iba acabando la vida de veras. Después que volvimos, la Alicita crecía y Jaime cada vez más absorbido en sus tareas del Partido perdiendo una pega tras otra, mientras yo me gastaba y me ponía vieja aceleradamente en ese trabajo de la Caja de

Empleados Particulares que me consiguió mi tío Sofanor y después, para peor, tuve la mala idea de aceptar la pega que me agenció Jaime en la Municipalidad de La Granja, todos los días llegaba tarde a la casa, se me iba la mitad del sueldo en pagar a la Mirta, porque la guardería no me daba confianza, con todas esas mujeres politiqueando eternamente en reunión y los cabros chicos llenos de mocos y arrastrando los pañales cagados.

Pero mamá, no me diga que usted no se daba cuenta. No, él no tenía otra mujer, que se sepa. Tal vez tenía varias, pero no era lo más importante para él. Es que no se había casado conmigo. Se había casado con La Reve. Yo le decía: tú no te casaste conmigo, te casaste con la Reve. ¿La Reve? La Revolución, pues. Se reía. Al comienzo yo también me reía. Después no. Lo veía cada vez menos. Llegaba tarde. Cumplía su deber conyugal de macho, porque tú sabes que siempre ha sido tan responsable para cumplir las tareas, tan cumplidor el muy huevón. A los dos minutos estaba roncando. A la Alicita le daba un beso en la frente para no despertarla. Pasaban meses sin que hablara con ella. Y conmigo, hablar, lo que se dice hablar, cero.

Sí, me daba plata para la casa. De eso no me puedo quejar. Me daba, pero con Allende cada vez había menos que comprar. ¿Las famosas JAP? Pero ¿en qué mundo vive usted, mamá? Claro que eran baratas las cosas que repartían: los pollos, la carne, la carne china gusto a nada, las merluzas soviéticas congeladas, los víveres de almacén. Sí, a precios botados. Pero, ¿a qué precio real? Había que levantarse de noche para llegar a la cola. Y una vez la Mirta, que llevaba tres horas esperando, se desmayó de cansancio. No fue mala idea, porque la atendieron de preferencia y trajo todo lo que hacía falta, incluso le dieron tres pollos en lugar de los dos que nos tocaban. Pero no era cuestión de andarse desmayando todas las veces, y de repente otras viejas iban a desmayarse también, a ver si las atendían antes...

Sí, pues, mamá, es que una se pone cínica. Yo también creía en eso del socialismo. Y todavía a lo mejor creo que tal vez sería mejor un sistema así, sin momios asquerosos y empresas chupasangre. Y encima los yanquis. Pero, no sé. A lo mejor eso podría funcionar en Europa, eso es lo que dicen por lo menos. Pero aquí, con la gente que tenemos... Algunos vivarachos, otros con buenas intenciones pero poquitas neuronas.

Menos mal que tenía alguna ayuda, por lo menos. Cada semana aparecía el amigo checo, Pan Novak. Parece que todos los checos se llaman Pan. Nos había tomado bajo su protección. Usted sabe que Jaime estuvo un tiempo trabajando en el Instituto Chileno-Checoslovaco, les hacía un programa en la radio. En ese tiempo el Pan

vino desde Praga de visita unos días, se conocieron y se hicieron muy amigos. Después regresó y trabajaba aquí en la misión comercial o algo así. Así que cuando aparecía el Pan, con un filete entero, unos pollos diplomáticos preciosos o unas conservas rusas de pescado y siempre alguna golosina para la niña, era una fiesta. Alicita lo adoraba. "Mi Pan", le decía y a él se le llenaban los ojos de lágrimas.

Y el Jaime cada vez más lejos. Con su famosa radio y las patrullas nocturnas de los móviles y el sabotaje, los miguelitos y los bombazos llegaba a la casa cada vez más tarde. De amanecida. Y a las cinco, seis de la mañana, ya estaba el teléfono sonando. Que volaron una torre aquí, que los camioneros en huelga, que los médicos. Dormía cada vez menos y lo veíamos cada vez menos. Yo tampoco dormía.

Usted sabe lo que es eso, mamá. Tanto problema y tan poco contacto... El amor se agota. ¿No es lo que a usted también le pasó con mi papá? ¿Cómo que por qué hablo de esas cosas? ¿Por qué no? Hablo. Y alguna vez usted podía ser sincera, no guardarse todo y jugar a la mártir cristiana con los ojos en blanco y la concha con candado.

¡Por favor! No se escandalice, ni se ofenda. Bueno, bueno, disculpe. No se me ponga a llorar. De rabia me pongo bruta. Pero, ¿con quién si no, me voy a desahogar?

Con Jaime era puro teléfono ocupado. No había comunicación. Después, en los días que han pasado, la cosa ha sido peor. Usted sabe que se le ocurrió quedarse toda la noche velando a su papá en el Hospital Militar, sin haber para qué. Buen hijo, dice usted. Sí, muy bueno. Pero no buen marido. Él, preocupado de su papito muerto y yo desesperada sin noticias. La última llamada que me hizo fue del hospital, a las cinco de la tarde. A esa hora me notificó que iba a pasar la noche velando a su papá. Como si al coronel le sirviera de algo después de muerto. Bueno, sí, tiene razón, mamá. Conmigo siempre fue muy cariñoso mi suegro, con la Alicita para qué decir. Cada vez le traía una muñeca más grande.

Pero Jaime, creo que ni se acordaba de la Alicita, ni de mí.

Disculpe, se me quiebra la voz de repente. Pero es que... Por la mañana del 11 todavía no llegaba. Pongo la radio y empiezo a escuchar las marchas y los bandos. El golpe. Yo estaba loca de angustia, no sabía qué hacer, si salir de la casa y venirme para acá, pero ¿cómo? Seguramente no había locomoción y en la radio los militares estaban cada vez más amenazantes. Podían llegar a buscar a Jaime, seguramente lo tenían fichado y entonces, ¿qué íbamos a hacer? Me podían llevar detenida y la Alicita iba a quedar sola. O nos podían llevar a las dos. Y la Mirta sin aparecer.

Sí, claro, al final llamó el lindo. Deben haber sido como las diez

de la mañana. Me contó que como a las seis llegó una patrulla a la capilla del Hospital Militar, donde él estaba, y que un soldado le dio un golpe con el fusil. Le costaba hablar. Le pregunté dónde estaba y me dijo que estaba en el departamento de una ex compañera de la universidad. Me pareció un chiva. La universidad la dejó hace, no sé, como diez años. Dijo que iba a la Posta para que le hicieran una curación.

Cortó y se desapareció de nuevo, hasta cuatro días después. Llegó con una ropa que le quedaba grande y un parche en la nariz. No me explicó nada. Me dio algo de plata, me dijo después te voy a dar más, una vez que hable con el gringo en la radio, pero ahora tengo que ducharme, cambiarme de ropa. ¿Cómo, no te vas a quedar? No puedo quedarme. Tengo que irme, te voy a llamar. Además salió el lindo con que yo tampoco podía quedarme en la casa, tenía que salir cuanto antes con la niña. Pueden venir a allanar. Le pregunto adónde me voy. Me dice ándate a la casa de tu mamá, o a la casa de tu tía Marta. No te vayas a la casa de la Elena, ni por nada, es un edificio militar. Imagínese: irme así de repente.

Pero tú estás loco, le digo. ¿Nos vas a dejar botadas de nuevo? Por favor, me dice, trata de entender. Y cuando me habla me doy cuenta que le falta un diente de arriba. Oye, le digo, pero qué te pasó, te falta un diente. Pero si ya te dije: me pegaron un golpe militar, me rompieron la nariz y la línea delantera. ¿Se da cuenta? ¡Encima haciendo chistes!

Me descontrolé. Me puse a gritarle. Le pregunté qué se imaginaba, qué íbamos a hacer. Le dije que muchos dirigentes de la UP y del PC se estaban asilando en las embajadas para salir del país. Y los demás escondidos. Menos mal que al día siguiente del golpe aparecieron de golpe todas las cosas que faltaban. Las frutas y las verduras a mitad de precio, Milo, azúcar, queso, jamón, jabón, pasta de dientes, todo lo que andaba perdido. Dijo entre dientes que eso demostraba que era cierto que los acaparadores tenían los productos escondidos. Así será, le dije yo, pero me gustaría que vieras la alegría de la gente. No me contestó. Sacó ropa del closet y se encerró en el baño a ducharse.

Salió como a la media hora, se había sacado el parche y la nariz se le veía colorada como tomate y bastante hinchada. Por suerte no tengo fractura, eso fue lo único que dijo. Después se encerró con la Alicita en el dormitorio, yo no quise meterme. Cuando abrió para salir, la niña estaba con ataque, lloraba como nunca la había visto y gritaba Papito no te vayas. Se le agarraba de las manos, de la chaqueta, de los pies. Caminando con ella a la rastra, se echó al hombro el bolso con ropa, levantó a la Alicita en brazos y le dio un

beso final, como quién dice. Cuando la bajó ella se echó en el suelo como un perrito a llorar. Yo también lloraba, más lloraba ella. Creo que Jaime también lloraba, pero se fue no más.

Ya no había más que hablar. Me puse como loca a armar una maleta con lo más indispensable para irme donde mi tía Marta. O, no sé, para venirme a su casa, mamá. No alcancé a salir. Una hora después llegaron los milicos a allanar la casa, buscando armas y preguntando no por Jaime, eso fue lo raro, preguntando por mi suegro.

Elena

Ya no sé donde tengo la cabeza, Emita. Me alegro de verla después de tantos días, tantísimas cosas que han pasado. ¿Qué había sido de usted?

Disculpe, pero usted sabe que me cuesta entenderla. ¿Cómo? ¿El qué, el uk? ¡Ah! El Hugo. ¿El Hugo está detenido? ¿Y dónde? Ah, ya, en el estadio. ¿Usted ha podido verlo? ¿No? ¿Cómo dice? Ah sí, ya entiendo, en la reja el día que dieron permiso. Dicen que el estadio está repleto. Lo irán a soltar luego, ¿no cree, Emita? Qué, si él es un muchacho tan bueno, no andaba metido en ninguna cosa. ¿Seguía trabajando en el Seguro Social? Parece que tienen a mucha gente presa. ¿Qué irá a pasar, cómo va a terminar todo esto? ¿Qué pensarán hacer estos tipos? Yo tengo mucho miedo. Son unas bestias. ¡Qué espanto!

Pero lo que pasó el día 11... Nunca había tenido tanto miedo. Usted sabe que este edificio es de los militares, Manuel compró este departamento con un préstamo de la Caja de Retiro. Todos los dueños de departamentos son militares. Muchos retirados. Otros no. Por eso mismo, yo siempre pensaba que aunque algo pasara, a nosotros aquí no nos iba a pasar nada. Pero el 11, le digo, fue espantoso.

De repente se ponen a golpear la puerta como locos, como si quisieran echarla abajo. Recién se había escuchado el primer bombazo de los aviones contra la Moneda, sonaron todos los vidrios, más de alguno se rompió y el edificio se sacudió como terremoto. Y usted sabe el miedo que yo le tengo a los temblores. Por suerte recién había llegado mi hija, la Chita, que vino a acompañarme, menos mal, en cuanto supo lo que estaba pasando. Así que abrió ella y veo a varios soldados y el mayordomo del edificio, siempre tan amable, que ahora me habla a gritos:

¡Salga inmediatamente, señora! Se está bombardeando la Moneda. Hay que evacuar todos los departamentos. ¡Rápido, al subterráneo! Ustedes son las únicas personas que todavía no salen.

Y qué le iba a decir yo, si hasta ese momento nadie había avisado. Que iban a bombardear la Moneda, sí, lo habían dicho por la radio pero, no sé, yo no creía, ¡cómo iban a hacer semejante barbaridad! Pero lo hicieron y no tuvimos ni tiempo para pensar algo. Alcancé a agarrar un chaleco, por si acaso. La Chita, siempre tan serena, corrió a la cocina y volvió con una bolsa con dos marraquetas que yo había comprado esa mañana.

Nos hicieron salir poco menos que corriendo. Bajamos por la escalera porque dijeron que no se podía usar el ascensor, al último que dejaron bajar en ascensor fue al general Vildósola que está muy viejito y en silla de ruedas. Después yo lo vi abajo, estaba furioso y daba voces de mando, pero nadie le hacía caso.

No le puedo contar del miedo que teníamos, Emita. Era contagioso. Pero toda la gente, muchos son oficiales en retiro y las señoras y algunos niños, todos estaban muy callados, asustados, miraban con los ojos redondos y muy fijos, vidriosos, y las bocas muy apretadas. La Olguita, que es la niñita de la Olga Prado, de repente puso los ojos en blanco y se desmayó. Eso rompió la calma: gritos, échenle aire, a ver, quién puede conseguir un vaso de agua. Es que también este edificio queda tan cerca de la Moneda y no se sabía qué podía pasar con el bombardeo.

En eso se escuchó otro bombazo, pero en el subterráneo se oyó lejos, como apagado. Estábamos todos apretujados, en el departamento del mayordomo. Las señoras que pudieron se sentaron. A mí me ofrecieron asiento pero no acepté. Tenían puesta una radio y todo el tiempo tocaba marchas militares. A ratos leían los bandos de la Junta Militar. Y seguían los bombazos.

Yo trataba de mantenerme tranquila y en eso me ayudó la Chita. A ella no le entran balas. A mí me preocupaba que cayeran bombas en el edificio o aquí cerca, usted sabe que ahora una bomba puede echar abajo una manzana entera. Y si no achuntaban bien y el edificio se nos derrumbaba encima, ¿qué ibamos a hacer metidas en ese subterráneo? Morir como ratones. Pero no decía nada y ponía cara de calma. Y me paraba cargando el cuerpo en una pierna, después en la otra, pero las piernas me pesaban como plomo y me sentía cada vez más cansada.

Y de nuevo, bombazo.

Pero todo era como raro. La señora del mayordomo, la Ángela, viera usted, Emita, tan tranquila como si todo fuera de lo más normal y muy en dueña de casa, como si fuera vida social. A mí me ofreció café y anduvo repartiendo vasos de agua, porque de repente a toda la gente le dio mucha sed. Bueno, cierto que yo también tenía la boca seca. Y ¿sabe lo que hizo después esta mujer? ¡Se puso a hacer empanadas! ¡En ese momento! Parecía cosa de locos, pero como que

eso nos tranquilizó a todos.

Y seguían los bombazos. Yo pensaba: de la Moneda no debe quedar nada. Me imaginaba lo difícil que iba a ser salir, porque pensaba que el barrio iba a estar en ruinas, ya me veía medio sofocada entre los escombros y tratando de salir gateando, no sé cómo.

No sé cuánto tiempo pasó. Y pasaba tan lento. Fue algo eterno, desesperante. Y a cada rato oíamos los bandos, que los leía un milico con voz de milico: que las Fuerzas Armadas han asumido el deber moral de echar abajo al gobierno marxista, que bombardearon la casa de Allende en Tomás Moro, que toda resistencia será reprimida sin contemplaciones, que van a correr bala por tierra y aire. Se ponen a leer una lista de personas que tienen que presentarse al ministerio de Defensa. Y en eso salta el nombre de Manuel, ¿se da cuenta, Emita? ¡Manuel, que estaba muerto desde el día antes! ¿Pero por qué él? ¿Para qué lo querían si estaba tantos años en retiro? No era político tampoco, ni tenía empleo en el gobierno. Pensé que a lo mejor al que buscaban era a Jaime y me puse muy nerviosa. Me doy cuenta en eso que al oir el nombre Manuel Román García, la Ángela abre mucho los ojos y me queda mirando fijo fijo. Parece que los demás no se dieron cuenta. Se me acercó y me dijo: Señora, ¿se le ofrece algo? Si quiere le doy una pastilla para los nervios, un cafecito. No, le dije, pastilla no pero le acepto el cafecito.

Bueno, ya pasó ese día. Ahora parece algo que hubiera pasado hace mucho tiempo. Meses, años. Todo se ha puesto tan... Y ahora usted me dice que a su niño lo tienen preso en el estadio.

¿Jaime? Desde el 11 no sé nada de mi niño. La Chita parece que lo vio, me dijo que estaba bien, que estuviera tranquila. Ella siempre tranquilizando. Pero me da inquietud de todas maneras, usted sabe que este muchacho se puso tan comunista. “Muchacho”, no sé por qué le digo así, ya es un hombre, tiene casi cuarenta años.

Bueno, sí, al final salimos del subterráneo, no sé cuántas horas después. Yo todavía creía que íbamos a salir entre ruinas, pero no, las casas, la calle, todo estaba como siempre. El desastre era en la Moneda, todavía estaba ardiendo, yo estuve buen rato mirando por la ventana, desde aquí no se ve el edificio pero se veía la nube de humo, nunca voy a poder olvidarlo. Aunque últimamente todas las cosas se me olvidan.

Sí, Emita, después estuvimos más o menos tranquilas, pero con el toque de queda y todo eso. Me llamaban por teléfono amigas y parentela, algunas señoras de militares para darme el pésame por Manuel, porque vino a salir en el diario como tres días después, pero sobre todo llamaban para comentar. Muchos rumores: que Allende se había escapado en un avión, no, decía otra, que lo mataron en la

Moneda, y muy bien hecho decían, que se suicidó, que varios ministros se habían arrancado a Rusia. Casi todas estaban felices con el golpe y la Martita, casada con el coronel Urrutia, me contó que abrieron botellas de champán para celebrar. Yo las escuchaba, no les decía nada, pero no estaba de fiesta. Pensaba en Jaimito y me daba espanto.

Usted me pregunta si no pasó nada en el edificio. Se me olvidaba lo más importante: llegó un batallón, muchos militares en varios camiones. Unos cuantos entraron y allanaron el departamento del general Urbina. Yo no lo vi, no me di cuenta lo que pasaba. Empecé a oír los gritos de la señora y de la empleada, es cerca del departamento mío. Y después, me contaron, pero no lo vi, los milicos se pusieron a romper todo como locos y a sacar papeles y papeles, que se los llevaban al camión y al final rompieron los vidrios de las ventanas y tiraron para la calle del octavo piso, ¿se da cuenta? ¡Tiraron la máquina de escribir del general! ¡A la calle! Que podían haber matado a alguien. Después dijeron que estaba detenido, y muy bien hecho por upeliento, dijo la Martita.

Así están las cosas, pues. ¿La Chita? Bueno, ella se quedó varios días conmigo en la casa. Juntas vimos todo en la tele y me dio no sé qué verla llorar, porque usted sabe lo dura que sabe ser a veces y creo que no la veía llorar desde que era niñita chica.

Después, cuando levantaron el toque de queda, salió a dar una vuelta, dijo. Volvió muy tarde. Yo ya no daba más de angustia pensando si no la iba a agarrar una patrulla. Entonces ¿o parece que fue después?, ya ni sé, me dijo que había estado con Jaime, que estaba bien pero que se había quedado sin trabajo. Además estaba peleado con la Alicia. Eso lo supe por la señora Alicia, que con ella siempre, de consuegra a consuegra, nos hemos entendido bien. Y ella me decía desde antes que ya hacía tiempo que esa niñita estaba mal con Jaime. A mí me parece que nunca estuvieron bien. O muy poco tiempo, al comienzo. Con la UP estaban los dos tan ilusionados, pero ella se desilusionó muy luego y las cosas entre ellos se fueron poniendo peor y peor.

Cuando llegaron los militares a allanar la casa, Alicia estaba furia. Pero furia con Jaime, que acababa de irse. Esa es la casa donde vivíamos antes, Manuel la puso a nombre de Jaime. Pero lo divertido es que el oficial que venía al mando de la patrulla llegó preguntando por Manuel. No por Jaime. Igual que el bando que dieron por la radio. Usted sabe que él se murió el 10, ¿se da cuenta? Sí, pues, murió en el Hospital Militar y Jaime se quedó toda la noche velándolo. ¿Será que lo confundieron con Jaime? La Chita me dijo que de la muerte y el funeral de Manuel no se supo hasta mucho después, ella misma fue al

diario a poner el aviso, porque se le ocurrió morirse justo el día antes del golpe y en el Hospital Militar todos estaban como locos. ¿Tal vez por eso creyeron que seguía vivo? Supongo que por lo menos lo habrán sepultado en alguna parte.

El Roto Reilly

Usted me conoce, Jaime. Yo sé que los huevones me dicen El Roto, el Roto Reilly, ¿sabe por qué? Porque no uso sinónimos. Yo digo las cosas como son, ¡mierda! Al pan pan y al vino vino. Y al que no le guste, que se joda. Usted, en cambio, es sumamente caballero. Usted es más hipócrita que un inglés, Jaime. Y encima, tan sumamente recomunista que se puso. No crea que lo objeto por eso, es asunto suyo, el derecho de cada cual, pero yo se lo he dicho de frentón, como acostumbro, y usted me lo ha escuchado mil veces, con esa cara de sacristán inglés maricón que se gasta, aunque en el fondo me esté sacando la madre: sea comunista si eso lo hace feliz. Punto. Dése el gusto. Pero no se lo dé en mi radio. Esa es la diferencia principal de opinión entre usted y yo. Usted pretende cambiar el mundo, y yo sé muy bien que el mundo no tiene ninguna gana de que lo cambien y que si se empeña en eso le van a pasar por encima. Si usted se adapta al ambiente, puede ser más criticón que la chucha, *part of the game*, pero hay una línea que no se puede pasar. Y usted la pasa a cada rato. Bueno, su admirado señor Allende también la pasó y por eso le pasó lo que le pasó: se fue a la mierda.

Y ¿sabe qué, Jaime? ¡Putas que me arrepiento de haber apoyado a este gobierno! En qué minuto agarré papa con la borrachera del socialismo con vino tinto y empanadas, si a mí las empanadas me cargan y al vino tinto prefiero un buen whisky. Bueno, así fue. Tampoco vamos a negar que había algunas ventajas inmediatas. Nos llovían los avisos. La registradora tintineaba como las campanas del Paraíso. Pero de todas maneras siempre me empeñé en no salirme del cuadro, apoyar al gobierno pero no ir más allá. Y además, pero eso lo debe saber usted, Jaime, y si no lo sabe lo sospecha, mantuve los contactos con mi Alma Mater, la Marina de Chile, porque nunca se sabe. Y por eso en cuanto tuve la noticia del golpe, el 11 a primera hora, me cuadré: Radio Baquedano se suma a la cadena de las Fuerzas Armadas. A sus órdenes. Pero, de todas maneras, ya ve usted: me la tienen clausurada y no tengo idea de cuando podré volver al aire, si es que me dejan. Un desastre.

Ya sé lo que usted dice. Me conozco el libreto de memoria: que esta gente no respeta nada. Cierto que bombardearon la Moneda los cretinos, quién se iba a imaginar tal cosa. Pero no estoy de acuerdo

con su lindo discurso comunista: que son fascistas y van a arrasar con la democracia chilena, que las conquistas sociales, que el Parlamento, etc. Bueno, tal vez. No todo eso es tan negativo, no crea. ¿Las "conquistas sociales"? Pico. Sólo han servido para encarecer la mano de obra y aumentar los ociosos. A este país le hacía falta un sacudón. Usted dice que esto es el fascismo. ¡Por favor! A este país le falta mucho para tener un fascismo de verdad. Aquí no hay ningún Hitler. Lo más que puede haber aquí es una imitación. Como siempre. Piense un poco: en Chile no hay partido fascista o nacista. Hubo uno, sí, hace muchos años, y al final en qué terminó: en un partido más, con el *führer* convertido en diputado liberal.

Yo soy un demócrata y lo he sido siempre, señor Román. Pero tengo que velar por mis intereses. Nadie lo hará por mí. Dígame, por favor: ¿quién chuchas me devuelve mi radio? ¡Puta madre! Pero, además ustedes se equivocan. Están más perdidos que el teniente Bello. Qué digo, más perdidos que la chucha. Chile no es para esas cosas del socialismo. Es un país chúcaro. Tampoco va a aguantar mucho tiempo la dictadura militar. Al comienzo, cómo no, y su buen tiempo. Yo le aseguro que en este momento la mayoría de esos que ustedes llaman "el pueblo", aplauden a los militares, aunque algunos tengan sus dudas. ¿Sabe qué, Jaime? En el fondo a este pueblo le gustan los uniformes, las marchas y los milicos dando órdenes. ¡Son muy re huevones! Y para qué digo esa sopa de mierda que aquí llaman "la clase media": esos están felices de que vuelva el orden, dispuestos a chuparle el pico a los milicos y a quien sea. Y la gente de *El Mercurio*, la gente de negocios, pero no de negocios rascas como el mío, los de la gran empresa, que retiraron sus capitales en cuanto salió Allende y se fueron a veranear a Miami, ahora se están sobando las manos, sacando cuentas y se preparan para el gran negocio. Nos van a hacer pagar a todos la farra del Chicho. Y también van a volver los americanos. Y los comunistas se fueron a la cresta.

¿Que cuánto irá a durar la Junta Militar? No soy pitoniso. Pero yo diría tres o cuatro años. Ninguna dictadura ha durado más en Chile. Esta no es una *banana republic*. En fin, depende. Veremos.

Mire, Jaime, yo a usted le tengo respeto como profesional. Un siete. Nada que decir. Lo malo es ese empeño apostólico que les ha bajado a sus compañeros, y a usted también, de querer cambiarle la cabeza a la gente. Hágame caso: no sea comunista, Jaime, no sea pelotudo. Piense en qué le conviene más a usted, piense en su familia. No piense en sus camaradas, que ellos no están pensando en usted y ahora corren como conejos a refugiarse en las embajadas. Piense en su hija. ¿Que ahora mandan los milicos? Manténgase en la fila, marque el paso, aunque piense otra cosa. En su casa piense lo que quiera. Afuera, cara de palo llevando el compás: uno, dos, tres cuatro. Además, usted

tiene a su favor ser hijo de militar.

Mmh, sí, tal vez usted tiene razón cuando dice que eso no es a favor sino en contra. Mmh. ¡Qué mierda! Aunque algún contacto en las filas habrá, algún familiar. Usted viene de una familia de milicos, ¿no es así? O amistades de su padre. Los viejos soldados. Sí, eso puede ayudar. No todos son tan fanáticos como parecen. Pero manténgase a cubierto. Cuídese, Jaime. No asome la cabeza. Bueno, pero dígame, qué lo trae por aquí. Ya me imagino para qué ha venido a conversar conmigo.

Bueno, pues, es mal momento, don Jaime. Usted se da cuenta. Usted me conoce, usted sabe que yo soy irlandés, igual que el padre de este país, O'Higgins. Mi apellido es O'Reilly, pero mi padre decidió eliminar el O', decía que era poco práctico. Lo que le quiero decir es que yo sé lo que es la opresión y la lucha por los derechos. Los irlandeses hemos sido pisoteados y esclavizados por siglos. La libertad, la democracia, son valores que llevo aquí en mi pecho.

¿Cómo dice? ¿Detrás de la billetera? ¡Puta madre! Ya, conforme. Tal como dices. ¡Concha de tu madre! Me tienes hasta la tusa con tus ironías, no sé por qué te sigo escuchando. Más vale que me tome un trago antes de estallar. Por aquí, en este cajón, tengo mi viejo escocés. ¡Qué buena esta porquería! Incomparable. ¿Quiere que le sirva unas gotas? Bien. Okay. Lo entiendo: limítese al vino si así lo criaron y es lo que le gusta. ¿Qué íbamos diciendo? Mire, Jaime, hemos sido colaboradores, yo diría que siento incluso amistad por usted, pero le advierto: no me ande picando la guía.

Usted es una persona realista, por eso siempre nos hemos entendido los dos. Usted se da cuenta que la situación es pésima. Hay una gran cartera de avisos sin cobrar y con lo que pasó no los vamos a cobrar nunca. Y la publicidad de empresas del Estado, ni soñar. Yo comprendo su situación, comprenda usted la mía. Pero quisiera decirle claramente que en estas circunstancias, y suponiendo que la radio salga al aire de nuevo, y está por verse, en cualquier caso tendremos que prescindir de sus servicios. Aunque me duela. Usted está demasiado teñido y de paso nos anduvo tiñendo a todos. Ya ve que he tenido que salir de la radio y venirme a esta oficina de propiedades en la que tengo alguna participación y aquí voy a esperar para capear el temporal. Pero yo no soy inhumano, Jaime, aunque usted diga que tengo la billetera en el corazón. Esa es una cabronada. Bueno entonces, comuníquese con Soto, de contabilidad, y él le entregará un cheque por el sueldo y demás pendientes. Pero no vaya antes del viernes.

¿Cómo? ¿Desahucio? ¿Cuántos años lleva usted con la empresa? Deben ser unos cuatro. ¡Cinco! Usted dice que son cinco. Bien, confío

en su palabra. ¿Y quiere un mes por año? ¡Ni cagando! Sí, hombre, sí, ya sé que es legal. Pero no sea iluso, Jaime. Pareciera que usted no se da cuenta de cómo están las cosas. ¡Semejante pretensión! No me decepcione, siempre he pensado que usted no es nada de huevón. O que es menos huevón que los otros.

A ver, déjeme pensar. Sí, puede ser, mire, cuando mucho y, para que vea, aquí estoy comprometiendo mi propio patrimonio por la estimación que le tengo, podría pagarle un mes de desahucio. Punto. Es lo que puedo ofrecerle. Punto. Y es un sacrificio. Dése con una piedra en el pecho. A ver si hay otros *broadcasters* como yo, que hagan un gesto así en este momento. El gringo Reilly podrá ser un roto de mierda, como dicen, pero nunca un maricón. ¿Qué le parece? Le advierto que no le queda otra que aceptar, mi amigo. ¿Un juicio del trabajo? ¿Ahora, con gobierno militar y con un ministro que es general y con su *background* comunista? No me haga reir. Piénselo.

¿Sabe lo que voy a hacer? Para que vea que el Roto Reilly es una buena persona: le voy a dar ahora mismo, de mi cuenta personal, el cheque por el total: sueldo, vacaciones, desahucio. Así queda todo claro. Para mí esto es calamitoso, con el estado de caja que tengo. Para pagarle a usted tengo que echar mano de mis propios sagrados bienes particulares y privados. Lo hago porque lo aprecio y porque siento que es mi deber.

No, no tiene para qué darme las gracias. Y menos con ese tonito irónico. Yo no soy ningún huevón, Jaime. ¡Ah! Me olvidaba: déjeme su renuncia por escrito. Yo le paso el cheque, usted me pasa la renuncia. Y tan amigos como siempre. Y algo más: por su propia seguridad, le aconsejo que no vuelva ni a asomarse por la radio. ¿Me copia?

III
Lágrimas y encuentros

En los primeros tiempos después de, Jaime contrajo una irrefrenable tendencia al llanto. Lloraba a cada rato, y por cualquier motivo. No sé qué me pasa, estoy hecho un Magdaleno, se acordó de los licores Magdaleno y sonrió por la incongruencia mientras le corrían las lágrimas por las mejillas. Nunca había sido así, no se las daba de duro pero desde los siete años había sido raro que llorara. Recordó el ataque de sollozos que le causó *David Copperfield*, cuando la vio en el teatro Dieciocho. El libro también, algo menos, era una humedad controlable, lo mismo que *Oliverio Twist*. ¿Qué sería? ¿Identificación? ¿Ganas de ser huérfano y estar solo en el mundo? Como ahora. Y el flujo lacrimoso se intensificaba aun más.

¡Putas la huevada! El valor tonificante del garabato. Saber enfrentarlo todo con una chuchada oportuna. Como el gringo miserable del Roto Reilly. De pronto se acordó de Manolo. Lo había encontrado en su primera salida a la calle, después del 11. Igual a sí mismo o más sombrío aún: ¿Qué, ya encontraste tu puesto de combate? Porque, lo que es yo, ni rastros. Contó que se había topado en la calle con un compañero del mismo laboratorio donde trabajaba: lloraba el tío que casi no podía hablar. Le dije: "no lloréis como mujeres lo que no supísteis defender como hombres". Frase histórica, ¿la mamá de Boabdil a la caída de Granada? ¿Qué será de Manolo ahora? ¿Enfrentará a los fascistas con la daga filipina heredada de su madre? Hablaba siempre de las barricadas. ¿Dónde están ahora?

Volvió la imagen que trataba de olvidar o de mantener apartada, entre paréntesis. El perrito. Acababa de salir de la casa del viudo Barrientos donde estaba fondeado, en Catedral al llegar a Riquelme. Iba a participar en la primera reunión orgánica después del 11. Vio una vez más al perrito blanco, en verdad no tan blanco porque era un perrito callejero, habitante de esa esquina, donde lo regaloneaban dos lustrabotas de la plazuela de Santa Ana y el dueño de un puesto de mote con huesillos. Blanquillo, como lo bautizó para sus adentros, trotaba todo el tiempo cruzando y recruzando delante de los autos y los trolebuses, cosa que le alteraba los nervios. Lo miraba desde el balcón del segundo piso, a través del vidrio, algo echado hacia atrás, cumpliendo la norma de no asomarse, no mostrarse, no ser demasiado visible. Podía seguir su trayectoria desde el quiosco de diarios de la vereda de enfrente hasta poco más acá del centro de la calzada, porque después dejaba de verlo por efecto del ángulo en que se encontraba. Siempre sentía ansiedad al verlo, tan pequeño, regordete,

tan contento de la vida, zigzagueando entre las ruedas colosales de los camiones y los trolebuses o entre las menos colosales, pero igualmente mortales, de los autos. ¿Qué me pasa? ¿Por qué tengo que estar preocupándome de un quiltro callejero, mientras están matando gente? Pero no dejaba de inquietarse y cada vez que se asomaba al balcón, con las debidas precauciones, lo buscaba con la vista.

Salió de la casa para ir a su reunión, que no era lejos, en Catedral al llegar a Esperanza. Estaba nublado pero se sentía un calor húmedo, antipático. A pocos metros de la esquina, había un gran camión militar detenido. El conductor, un cabo de infantería, discutía animadamente con un soldado que portaba una metralleta.

Jaime vio que el perrito cruzaba de manera temeraria por delante del vehículo detenido y, luego de olfatear los aires hacia los cuatro puntos cardinales, caminaba hasta una de las dobles ruedas traseras, que lo superaba muchas veces en altura. Levantó una patita y lanzó un chorrillo ridículo contra la rueda. Luego, se acercó a la parte trasera de las llantas, que descansaban sobre la gruesa reja del alcantarillado, y procedió a acomodarse allí, acurrucado contra el enorme neumático, como para echar una siesta. No, eso no, pensó Jaime alarmado, y tal vez lo dijo en voz alta. En ese momento el conductor del camión se despidió, trepó de dos saltos a su empinada cabina y el vehículo volvió a la vida con un estremecimiento. Jaime se detuvo de golpe, desanduvo los pasos que había avanzado y se aproximó al perrito para tratar de persuadirlo de que saliera de aquel peligroso lugar o para sacarlo. Demasiado tarde. Roncó el motor y el camión retrocedió media vuelta de rueda antes de avanzar.

Jaime gritó ¡no! con todas sus fuerzas, pero la voz le salió ahogada. La doble llanta descomunal aplastó al perrito, que emitió una especie de suspiro o resoplido mientras mostraba los dientes en una sonrisa angustiada. El poderoso vehículo partió acelerando.

Se inclinó para ver de cerca al Blanquillo. Estaba hinchado y reventado y no daba signo alguno de vida. Debajo de su cuerpo comenzó a fluir lentamente sangre de color muy oscuro. Levantó el pequeño cuerpo tibio, como una guagua recién nacida, pensó, ¿pero cuándo he tenido en los brazos una guagua recién nacida? y miró en derredor, buscando ¿qué: apoyo, ayuda, consuelo?

Guarde, señor, le está manchando la chaqueta, le dijo el vendedor de mote con huesillo. Es una pena, pero no hay nada que hacer, caballero, lo reventó al tiro. Déjelo ahí no más. Después se lo van a llevar los de la basura. Qué lástima, ¿no? ¿Era suyo el perrito?

Dijo que no con la cabeza. Dejó de nuevo el cuerpo regordete, como de guagua, sobre la reja del alcantarillado. Permaneció detenido largos minutos, sin saber qué hacer. El hombre lo miraba con

curiosidad. Se puso en marcha rumbo Catedral abajo. Todo el camino lo perseguía la imagen del perrito reventado, la sensación de su cuerpo tibio, desinflado. Sintió que le corrían lágrimas por la cara. Se las limpió con disimulo innecesario, porque la calle estaba desierta.

No usaba ningún disfraz. El único cambio que había introducido en su apariencia era un bigote, que crecía con lentitud. Su compañero de escondite le había cortado el pelo, operación muy necesaria dada la fobia que producía el pelo largo entre los libertadores, aunque nunca lo había usado demasiado largo.

La reunión fue, en su primera parte, una larguísima letanía de informaciones fragmentarias. Muertos por todas partes. En el río, en las poblaciones, a la entrada de las fábricas. Jaime sacudió la cabeza para desprenderse de la obstinada imagen del perrito. ¿Resistencia? ¿Los cordones industriales? No se sabía de nada o casi nada. Se habló de un baleo a un camión de carabineros en La Legua. Helicópteros baleados. En varias industrias los trabajadores tuvieron las fábricas ocupadas a la espera de las armas que se habían prometido, para resistir. Las armas no llegaron nunca. Se le dijo a la gente que después del toque largo se fueran a sus casas. La información era vaga. Eso sí, se sabía de detenciones en masa. El aparato del Partido desarticulado. Esta reunión es un primer intento de establecer una coordinación entre militantes de prensa y radio de las comunas centrales para recoger y difundir información, dijo el informante. Los asistentes eran cuatro. Jaime conocía a dos de ellos, periodistas. El tercero era un hombre muy delgado que, por sus manos gruesas, le pareció campesino, aunque se expresaba con corrección y mucha fluidez. Dijo que el Partido había sido despojado de sus medios de difusión propios, imprentas, diarios y radios, y de todo acceso a la televisión. También los milicos habían agarrado casi todos los vehículos. El Comité central quedó de a pie. De infantería. Tenemos medios de impresión, tenemos gráficos pero es urgente restablecer conductos de comunicación con las masas para difundir la línea. Se perdieron muchos cuadros, la organización está seriamente golpeada pero funciona, nos replegamos pero se están tomando medidas. La dirección estima replegarse, pero no dejar de combatir en condiciones de clandestinidad profunda. Aprender nuevos métodos. Cuidar al Partido. Evitar bajas innecesarias.

Estuvieron de acuerdo en trabajar en conjunto: primero, para tener una información continuada y completa, dentro de lo posible, de los alcances de la represión; segundo, para elaborar volantes y tal vez, más tarde, un boletín con noticias y orientación, ocasionalmente alguna declaración partidaria. Jaime preguntó si se disponía de un mimeógrafo para reproducir el material. Se miraron en silencio. Después el flaco dijo que por el momento no, se está haciendo un catastro. Derivado de catástrofe, pensó Jaime fugazmente. Al

comienzo habrá que escribir a máquina y sacar copias. Se supone que los aquí presentes tienen por lo menos una máquina de escribir. Tendrán que trabajar en su casa o en el lugar que les convenga, pero no podemos hacer reuniones a cada rato. Hay que inventar la manera de distribuir la información, unificar criterios y repartirse la tarea, con un sistema de buzones o, tal vez, de enlaces.

El flaco tomó nota de las direcciones y los alias. Ahora se llamaban chapas. Preguntó quienes disponían de alguna máquina de escribir extra, aunque fuera un vejestorio, y si alguien sabía de algún mimeógrafo accesible. Dijo que iban a formarse equipos similares en otras partes de la ciudad y del país. Pidió que le dieran nombres de otros militantes que trabajaran en medios de comunicación.

A Jaime todo le pareció engorroso y artesanal. Tal vez inútil. Demasiado lento, demasiado tarde. Se había imaginado que existía una organización clandestina sólida, provista de medios eficaces. ¡Y se estaba comenzando otra vez de cero! El sistema le pareció difícil de llevar a la práctica, pero no dijo lo que pensaba. En cambio preguntó: ¿cuándo empezamos?

En eso apareció la compañera dueña de casa, ancha, maternal y triste. Trajo una bandeja y les sirvió tecito muy caliente y azucarado, con media hallulla por cabeza. Bebieron quemándose y masticaron con ansiedad. Jaime se dio cuenta que no había comido nada desde el día anterior.

Regresó a su refugio casi corriendo, al filo del toque de queda. Al llegar a la esquina de la casa, miró la reja del alcantarillado, pero no había rastros del perrito. ¿O tal vez sí? Hacia la parte central de la calzada se extendía una mancha irregular blanquecina, grisácea y en parte rosada, sin relieve, como pintada sobre los adoquines de la calle. Y mientras la miraba, con la garganta contraída de angustia, vio que pasaban sobre ella dos, tres autos, una ambulancia y un trolebús. Le pareció que a cada pasada, la mancha se extendía un poco más y al mismo tiempo se blanqueaba.

Subió a tientas la escalera y al llegar al pasillo vio una rendija de luz a través de una puerta entreabierta y la conocida voz del viudo preguntó: ¿eres tú? Musitó un sí en un soplo y se introdujo en la pequeña pieza donde estaba instalado su catre de campaña. Por la ventana del balcón, a través del postigo, llegaba una débil luminosidad. Se desvistió con dificultad, muerto de sueño, y dejó caer la cabeza sobre la almohada. Se durmió llorando. La última imagen que registró fue la del perrito.

Al día siguiente, despertó muy temprano y miró hacia la calle desde el balcón. La mancha en la acera estaba muy reducida y había tomado un color ceniciento uniforme. Sintió un espasmo de llanto,

pero se dominó haciendo un esfuerzo.

Hacia fines del primer mes de la dictadura, Jaime hizo un balance de su vida y llegó a la conclusión de que lo más práctico sería ponerle fin. Cambio y fuera. Punto final. Suicidarse, como Allende, como el Perro Olivares. No se fijó un plazo para hacerlo, aunque pensaba que debía ser pronto. Esta decisión le produjo una extraña serenidad y puso término a su período "magdaleno". Miraba en derredor pensando: todo esto no lo veré más. Esa conciencia no le producía tristeza sino una especie de curiosidad. Como si a manera de despedida tuviera que tomar nota de cada detalle del mundo que dejaba. Decidió que debía esforzarse por cumplir la tarea de los equipos de información aunque a la primera cita, fijada después de la reunión de la calle Esperanza, no llegó nadie. A la vez, dejó de tomar en cuenta las tan recomendadas medidas de seguridad.

Un día a media mañana fue a visitar a su madre. Llegó y pasó de largo con naturalidad por delante del soldado que custodiaba la entrada. Mientras esperaba el ascensor, advirtió con el rabillo del ojo a alguien de uniforme. Giró para enfrentarlo y se encontró cara a cara con el sargento Astete, a quien conocía desde hacía muchos años.

–Mire, don Jaime, sé que va a ver a su señora madre. Tamaña imprudencia. Dé gracias que estoy yo de guardia. Vaya, pero no embrome mucho, digamos unos diez minutos, porque tengo que entregar el turno. Supe que murió mi coronel. Le doy el pésame. Créame que lo siento mucho, era un gran oficial y muy buena persona. Para mí será siempre, cómo le diría –carraspeó confundido–, un orgullo y un... bonito recuerdo haber servido bajo sus órdenes.

Le tendió la mano. Jaime se la estrechó sin decir nada. Asintió y entró al ascensor.

Elena abrió la puerta y lo apretó en un largo abrazo, sollozando. La sintió temblorosa y frágil y le pareció mucho más viejita de cómo la recordaba. Ella lo miró y le dijo:

–Está muy flaquito, mijito. Muy ojeroso. Y lo encuentro raro con ese bigote.

Él se tocó el labio superior y se encogió de hombros.

–Qué bueno que haya venido. Yo estaba tan preocupada... –se tapó la boca con una mano y los ojos se le abrieron desmesuradamente–. No debía venir aquí. Tienen lleno de centinelas. La Chita me decía: Ojalá que Jaime no se aparezca porque lo van a detener...

–No se ponga nerviosa, mamá. No va a pasar nada. ¿Sabe quién está a cargo de la guardia en la puerta? El sargento Astete. ¿Se acuerda, mamá? Astete, pues. Uno flaco, medio desteñido. Que

trabajaba con mi papá en la Dirección de los Servicios, en el ministerio. Era de los que escribía a máquina con todos los dedos. Era furriel. Adoraba a mi papá. Bueno, pues, me encontré con él abajo, a la entrada, y me dijo que subiera a verla pero que no me quedara mucho rato.

Ella asintió. Lo hizo sentarse en un pequeño sillón, muy gastado, que Jaime conocía desde la infancia, y se dedicó a contemplarlo. Y él a contemplarla a ella. Así pasó un tiempo.

Miró el reloj y carraspeó porque sentía la garganta apretada:

–Bueno, mamita. Dígame algo. No me ha dicho nada. ¿Cómo ha estado? ¿Está sola aquí? ¿Le hace falta algo?

–No, no. No te preocupes. La Chita pasó conmigo dos semanas y viene casi todos los días a verme. También viene la Emita, que es tan servicial. Pero tú, dime, ¿cómo estás? Te falta un diente, mijito. Tienes que ir donde Castro Montt para que te lo reponga. Supe que con Alicia ya, las cosas. Parece que ella se asiló con la niña en la embajada de Francia. ¿Y tú?

–No. Yo no. No sabía que ella hubiera pedido asilo. Me gustaría ver a la Alicita antes que.

–¿Necesitas algo? Espera un momento.

Salió casi corriendo y volvió con un paquetito:

–Mira, es lo único que tengo. Unas galletas Tritón, que tanto te gustan. Las tenía guardadas hace tiempo, por si venías.

Tomó el paquete. No pudo hablar. La abrazó de nuevo y sintió cómo temblaba. La besó y ella lo besó muchas veces, en un arrebato, apretándolo muy fuerte. Le costó separarse de ella.

–Ya ve, pues mamá. Los milicos. Usted que siempre los pelaba.

–¿Los pelaba? –vio que reaparecía la antigua Elena, con su mirada viva y su tono mordaz–, pelar es poco decir. ¿Sabes lo que creo? Ahora que se instalaron en el gobierno no va a haber cómo sacarlos. No van a querer aflojarlo ni por nada. Tienen hambres atrasadas y están llenos de resentimiento.

Él hizo un gesto.

–No, bueno. No todos. Pero muchos. Aquí los han tratado siempre con la punta del pie. Me acuerdo mi tía Flora: me insistía tanto que no me fuera a casar con un militar, "pobres aves, muertos de hambre, si les sacan el uniforme no queda nada", me decía. Tú dices que los... ¿cómo decir? Los ricos. Los dueños del país. La burguesía –tuvo una breve sonrisa que le pareció irónica–. Una palabra comunista. Pero es útil. Sabes de qué estoy hablando. Esos mismos. Antes los trataban con la punta del pie. Eso era antes. Lo que es ahora

llega a dar risa cómo les hacen la pata. Les chupan las botas. Se tiran de guata al suelo para celebrar a los salvadores de la Patria. Al golpe le llaman "La gesta del 11 de septiembre". Un vulgar cuartelazo. Es que con Allende pasaron el susto de su vida. Pensaron que iban a perderlo todo. Y ahora se soban las manos porque van a hacer los mejores negocios de la vida.

Guardó silencio un instante y se ensombreció:

–Tengo miedo, Jaime. Miedo por ti. Los milicos se van a desatar matando gente.

–Mi papá...

–Manuel –dijo pensativa–, era distinto. Supongo que tampoco era el único. Sabía leer y escribir, pensar. Tú sabes que llegó un momento en que no nos entendimos. Sus conquistas ridículas, esas turcas ordinarias, esa viudita del conde Laurel... Pero es verdad que no lo veo con esta gente de la Junta. Lo habría pasado pésimo. Fue una suerte para él morirse el día antes.

Jaime pensó que tal vez debía escandalizarse. Un poco. Pero en vez de eso, se encogió de hombros.

Golpearon discretamente a la puerta.

–¿Quién será? –dijo Elena con repentina inquietud.

–Debe ser mi sargento Astete. Tengo que irme. Ya, mamá. Chao. Nos vamos a ver.

La abrazó de prisa. Abrió la puerta y asintió al gesto del militar, que le indicaba el reloj. Salió sin mirar atrás. En ese momento pensó que tal vez no volvería a verla.

En los días siguientes se puso a revisar los diarios, marcando párrafos y subrayando líneas. Hizo notas de noticias de la radio. Publicaban mucho de detenciones y muertes "por intento de fuga". Entre líneas se podían descubrir cosas. Pensó que sería útil comentar y replicar lo que la Junta y la prensa estaban diciendo. Pero dónde publicar algo. Acudió tres veces en días diferentes al punto fijado para el contacto pero no llegó nadie. Después de media hora de idas y venidas tontas tuvo que partir porque las miradas de alguna gente al pasar lo hacían pensar que parecía sospechoso. Decidió salir a recorrer diferentes barrios para observar y tratar de husmear el ambiente. Tal vez podría encontrarse con algún conocido.

A pocos metros de la casa donde estaba vio que caminaba por la vereda de enfrente su primo, el Nene, compañero de correrías y asaltos a los frutales de la parcela del tío Leocán, forward excepcional en la categoría "a pata pelá" enfrentando a huasos con ojotas en canchas recién aradas. Después rugbista.

Atravesó casi corriendo la calle y abrió los brazos:

–¡Nene!

El primo miró a través de él, con los ojos fijos y siguió su camino sin desviarse, de manera que Jaime se estrelló contra su durísimo hombro izquierdo y estuvo a punto de caer.

–Pero qué –alcanzó a decir, mientras recuperaba a duras penas el equilibrio. Sólo pudo ver las anchas espaldas del Nene que se alejaban.

Me hizo la desconocida, el desgraciado. Se sintió agraviado y dolido. Soy un paria. Bueno, ¿y qué querías? Sacudió la cabeza con indignación para disipar una humedad que sentía en los ojos.

Caminando por el Parque Forestal sobre hojas secas llegó hasta el puente junto a la Escuela de Derecho. Era un día algo otoñal de solcito frío. Decidió cruzar el puente, ¿tal vez alcanzar hasta la casa de Neruda? Al llegar a la mitad miró hacia el río y vio, cerca de la orilla, semihundido, encallado entre arena, matas y piedras, el cadáver de un hombre joven, con barba. Estaba de espaldas, casi desnudo. En parte conservaba una camisa blanca. Parecía un Cristo. O tal vez se parecía al Ché Guevara muerto encima de una mesa. Se paró en seco. Una pareja que venía detrás de él lo vio casi al mismo tiempo que él, la mujer dejó escapar un leve grito, menos que un grito, poco más que un suspiro. Luego los dos bajaron la cabeza y apuraron el paso. Jaime avanzó con lentitud, sin dejar de contemplar el cuerpo, que se mecía apenas con las ondas del agua. La orilla era muy estrecha en ese lugar, al pie del alto muro de piedra.

¿Cuántos más habrá? Recordó que en la reunión se habló de más de sesenta cadáveres que aparecieron flotando en el río Mapocho, no todos juntos el mismo día, sino de a uno, de a dos, de a tres, cerca del puente Iquique, de otro puente, uno que está al lado del aeropuerto o en otras partes. Dijeron que también habían aparecido cadáveres acribillados a tiros en otros ríos. Otros en calles cerca de poblaciones. Daba la impresión de que los dejaban a propósito para infundir terror. ¿Cuántos serían en todo el país?

Decidió realizar una incursión a la Plaza de Armas.

Se fue caminando al día siguiente por la calle Compañía y, al llegar a la esquina de Los Gobelinos, vio a dos compañeros y una compañera de la primera comuna. Los tres estaban cerca unos de otros, separados por unos pocos metros. La compañera, bajita y muy joven, parada en la orilla de la acera, miraba hacia el oeste, como si estuviera esperando locomoción. Más atrás, uno de los compañeros, casi pegado a la muralla, de brazos cruzados, mantenía los ojos bajos, pero de vez en cuando aguaitaba para los lados con disimulo. El otro,

corpulento y moreno, pinta clase obrera, dirigente del Cuero y Calzado según su recuerdo, se movía, caminaba unos pasos para allá, para acá, miraba el reloj, sacudía la cabeza y caminaba de vuelta. Jaime conocía de vista a los tres pero le pareció más prudente no saludar a ninguno. Ninguno lo saludó ni lo miró tampoco. En la esquina había más gente, hombres y mujeres. Le dio la impresión de que nadie se comportaba de manera natural. Imperaba un gran silencio. Todos mirando hacia delante, sin mirarse entre sí. Además tenían los ojos saltados o saltones, como si no controlaran bien sus movimientos. Como si les hubieran pegado un susto. El manso susto del 11, claro. Tal vez muchos o algunos de ellos, o todos, eran también militantes del partido, o de otros partidos de la UP, allendistas. O simplemente tenían miedo.

Cruzó la calle y caminó sin objeto, como paseando, por la amplia calzada sur de la Plaza de Armas, por entre la doble fila de mirones sentados en los tradicionales escaños de los jubilados. Un lustrabotas viejón le hizo un gesto mudo. Le pareció buena idea y se instaló en un banco desocupado. El hombre se sentó en un banquito diminuto que traía y desplegó en el suelo su instrumental, sus cajas de betún, sus botellas con tinta roja y negra, sus cepillos, sus trapos de diferentes colores. No dijo ni una sola palabra y se puso a escobillarle los zapatos, cubiertos de polvo. Jaime miró su cabeza cana humillada sobre sus zapatos y sintió una bocanada de vergüenza y melancolía.

Una voz conocida dijo:

–Así que lustrándose los zapatos el huevoncito.

Levantó los ojos y vio delante de él a Ramiro, miembro de la Comisión Política. Como si no pasara nada, muy paquete, de corbata y terno, zapatos brillantes, con su eterna sonrisa burlona y sus manos enormes colgando a los costados, a continuación de los grandes puños blancos de la camisa, que sobresalían excesivamente de las mangas de la chaqueta, cortas para sus brazos simiescos. Igual a sí mismo, salvo por unos anteojos ahumados de actor de cine, que llamaban bastante la atención.

Ramiro se sentó a su lado y esperó en silencio que el lustrabotas terminara su faena. Luego los dos se levantaron sin decir una palabra, como si hubieran ensayado la escena, caminaron hacia la calle Puente y se instalaron en un cuchitril cerca del Correo Central. Ramiro pidió cerveza.

–Me alegro de verte –dijo Jaime–, pero no sé si debiera estar aquí sentado contigo. No puede ser que andes tan suelto de cuerpo por el centro.

–No puede ser, pero como lo ves, es.

–¿No te parece irresponsable? Te pueden detener.

Ramiro lo miró impávido y salió con una de sus respuestas desconcertantes:

–Si detienen a Corvalán que es el secretario general, ¿por qué no me van a detener a mí?

Jaime lanzó una carcajada:

–Sí, de veras, ¿por qué no?

Ramiro agregó que en la parroquia había una especie de parálisis, reacción muy natural cuando a uno le dan un martillazo en la cabeza. Pero hay que reaccionar.

–Ah, por eso has salido. ¿A producir una especie de sacudida?

–Algo así. Lenin no dice nada de sacudidas. Más de tres sacudidas es paja. Pero se me ocurrió que era útil hablar con algunos pelotas, a ver si el atontamiento pasa.

–Pero lo haces con permiso de los viejos, supongo.

Se limitó a mirarlo levantando una ceja:

–Estoy grandecito para andar pidiendo permiso para salir a mear.

–¡Pucha! ¿Pero no crees que el riesgo?

Se puso a monologar. Comenzó a usar un lenguaje entre mecánico y biológico, que Jaime conocía: el Partido está golpeado pero respira, el aparato funciona aunque no con toda su capacidad, se están reparando los desperfectos mayores, se restablecen los tejidos dañados y la circulación de abajo arriba y de arriba abajo, hay reservas intactas. No le pareció a Jaime que él mismo creyera del todo lo que decía.

–Me alegro –dijo–, pero todo eso que dices me parece más abstracto que Mondrian.

–La tuya –replicó Ramiro–. Pero cuéntame ¿cómo te está yendo? Por la pinta, no muy bien. Pareces un fakir mexicano. Y con la nariz colorada. ¿Qué estás haciendo?

Sorprendiéndose a sí mismo de su locuacidad y a ratos haciendo esfuerzos para dominar cierto temblor de la voz, Jaime le contó de la sucesión de calamidades personales que habían caído sobre él, en medio de la calamidad general. La muerte de su padre y el largo velorio, el famoso golpe militar en la nariz, la ruptura de su matrimonio, la pérdida del empleo, la sensación de fracaso total con la caída del gobierno y la muerte de Allende, el desaliento ante la reacción débil o nula del Partido frente al golpe, la matanza, la aplastante superioridad militar de la dictadura, su dominio absoluto de los medios de comunicación y, lo peor, las reacciones de

entusiasmo y apoyo de la gente, mucha gente, por la reaparición de la carne, los pollos, la leche Nido y el sapolio.

Ramiro escuchaba en silencio. Al final dijo:

–Bueno, ¿y qué propones?

–Nada.

–¿Nada?

–Nada.

Ramiro adelantó el cuerpo sobre la mesa y mirándolo fijamente le preguntó:

–Entonces, ¿por qué no te suicidas?

–Precisamente en eso estaba pensando –dijo Jaime.

Se miraron en silencio. Después, de manera repentina los atacó un violento ataque de risa. Reían a gritos, lloraban de risa. Por momentos paraban para descansar, se miraban y reían de nuevo hasta el agotamiento, hasta las lágrimas y los ataques de tos. Con los ojos lacrimosos, Ramiro carraspeó, aclarando la garganta, y dijo:

–Pidamos más cerveza.

Hizo señas y se acercó la mujercita chica que los había atendido. Parecía asustada por sus risas. Tomó el pedido, mirándolos de reojo, y volvió con dos botellas de cerveza en una bandeja. Bebieron con los suspiros de alivio que habitualmente produce este líquido. Ramiro aconsejó a Jaime no seguir encerrado. Tomar precauciones pero buscar la manera de establecer contacto con alguna gente. Opinó que el proyecto de reunir información y hacer un boletín era bueno y además muy necesario. Y urgente. Jaime insistió en que le parecía una irresponsabilidad que anduviera así como así, tan suelto de cuerpo por el centro. Ramiro se encogió de hombros. Después le dio la dirección de un viejo que podía servir de contacto y, a lo mejor, darle un alojamiento provisorio, si hacía falta. Se despidieron de mano y Ramiro le pegó un manotazo en la espalda, como un esbozo de abrazo.

Dos días después, supo que Ramiro estaba detenido, al parecer en el Estadio Nacional.

IV
Fragmentos

De pronto, todo cambió. Comenzó un vendaval de actividad incesante. No había tiempo para pensar. Todo era urgencia y tareas concretas. Sintió que estaba haciendo algo útil. Un día, el viudo Barrientos se asomó a la puerta de su pieza y le dijo:

–Ahí está la señora de la ropa.

–¿La señora? ¿Qué señora? ¿De qué ropa?

El viudo se encogió de hombros y desapareció.

La mujer era muy morena y gorda, con pelo color acero, recogido en un moño. Entró cojeando, asorochada, con la gran bolsa de ropa que traía entre los brazos, como una guagua demasiado crecida. Lanzó la bolsa sobre la cama, lo que obligó a Jaime a desplazarse y luego a ponerse de pie, se dejó caer en la única silla, que se bamboleó bajo su peso y se dedicó a abanicarse con una mano.

–¡Por Dios la escalera empinada! –dijo suspirando.

–Cierto. ¿Y qué se le ofrece?

Ella bajó la voz y dijo:

–Hace días que lo ando buscando –pausa y en voz aun más baja, como soplada–: compañero. Yo soy la Elsa.

Jaime no dijo nada y esperó que ella continuara. Al parecer, ella esperaba que él dijera algo. Se produjo un silencio incómodo.

–Bueno –dijo al final con cierta impaciencia–, yo voy a ser su contacto –indicó con el índice hacia arriba. ¿Con el cielo?–. Voy a venir a verlo una vez por semana, los miércoles. Tal vez a veces dos, le voy a traer las novedades. También voy a llevar lo que usted quiera mandar. Además le voy a lavar la ropa, así sale todo natural. ¿Cómo se las arregla con el lavado?

–Más o menos. Yo mismo me lavo mis cosas. Pero, claro, no sería malo que usted.

–Sí, los hombres son malazos para lavar ropa. Tome, le mandaron esto –le entregó un papelito que era como un boleto de micro doblado a lo largo: “La señora Elsa se ofrece para lavar su ropa. Es muy puntual y de toda confianza. Saludos, Ignacio”.

–¿Ignacio? ¿Quién es Ignacio?

Ella lo miró con un gesto de impaciencia:

–Don Ignacio. Usted cacha –le dijo– y si no, mejor. Mientras menos sepa cada uno, tanto mejor. ¿No le parece?

–Sí.

Lo que no se había logrado en varios meses de reuniones fallidas, plantones a la espera de alguien que nunca llegaba, recados truncos o incomprensibles, comenzó a funcionar de pronto de manera inexplicable. Jaime se vio incorporado a un grupo que llamaban El Equipo, del que formaban parte cuatro o cinco periodistas, nunca lo supo exactamente, además fluctuaba, para elaborar un boletín informativo regular. El grupo nunca tuvo una reunión formal y él nunca supo los nombres de todos sus miembros. Sólo conversaba de vez en cuando con Claudio, con quien, aparte de la militancia, tenía una relación de parentesco: era hijo de su prima Cora. Se tomaban un café en el centro y hacían un rápido intercambio de noticias o rumores. Otras veces aparecía muy temprano por el minúsculo departamento de Jaime para darle un recado o pasarle un dato. Era periodista deportivo de televisión, andaba siempre chaqueta de tweed y pantalón gris, polera blanca o amarilla. Rubio, atlético, facha de barrio alto, bronceado hasta en invierno. Con una apostura vagamente militar. Nunca se había hecho notar como militante, por eso logró pasar colado y seguía en el canal. Siempre traía novedades interesantes.

Los integrantes del Equipo trabajaban cada uno por separado, con sus propios medios. Todos se guiaban por la pauta que llevaba, junto con las camisas lavadas, la Elsa. Al final del proceso de redacción, al comienzo cada quince días luego semanalmente y después con mayor frecuencia, Jaime reunía los aportes de todos los redactores y los vaciaba en un boletín que escribía a máquina, usando la Vieja, una indestructible Underwood negra con adornos dorados, rescatada del Regional Cordillera, cuya sede abandonada habían pasado por alto los milicos. Era dura y había que darle que darle duro, con gran energía. Al final de la jornada Jaime llegaba con la sensación de un gran desgaste muscular y comenzó a sufrir con frecuencia dolores de espalda y de cuello. Pero en la Vieja se podían sacar en papel delgado (ése que antes llamaban "papel de seda") con los respectivos calcos, hasta 10 copias perfectamente legibles, que la infalible Elsa distribuía o tal vez entregaba a otro correo (no tenía para qué saberlo) para que les llegara a los Viejos y a los encargados de sacar otras copias a máquina y más adelante a roneo y a mimeógrafo.

Comenzaron a llegar las "calugas". Así las bautizó Claudio. Eran generalmente hojas de cuaderno o trozos de cualquier papel o, en otros casos, hojas de block de cartas o de papel para máquina de escribir, generalmente con una escritura diminuta, dobladas y redobladas hasta que quedaban convertidas en unos pequeños bultos cuadrados, como "calugas". A veces el mensaje venía al reverso de

papeles escritos de diversa procedencia, en ocasiones amarillentos informes técnicos sobre asuntos de minería, metalurgia o el uso de abonos nitrogenados o el balance de una cooperativa o una vieja campaña publicitaria.

Al comienzo, Jaime los miró con cierto escepticismo, pero pronto le interesaron, a tal punto que era lo primero que le pedía a Elsa, incluso antes de saludarla, cosa que ella hacía notar, qué le cuesta saludar primero, pues. Poco a poco, aquellos materiales, combinados con las noticias de los diarios, iban conformando la historia diaria de la matanza. Algunos eran listas de nombres de detenidos y ejecutados, pero la mayor parte eran recados escritos por compañeros que sólo se identificaban con un nombre de pila. A menudo las informaciones sobre asesinatos o ejecuciones en masa venían acompañadas de datos sobre los autores.

Discutieron con Claudio: era partidario de darle una forma periodística a aquellos mensajes. Jaime decia que sí, se podían hacer versiones resumidas para el boletín, pero además, ver la manera de presentar literalmente sus textos, aunque fuera parcialmente, los que son como documentos, por el valor de autenticidad y la fuerza de convicción que tenían así, como fueron escritos. Bastaba hacer correcciones mínimas donde hubiera algo incomprensible o confuso. De manera que a veces hacían dos versiones: la sintética del boletín y otra más detallada, aparte. Crearon una sección separada para publicar éstas y la llamaron “Línea Directa”.

Jaime leía con avidez aquellos escritos y luego, en la noche, vivía de nuevo las imágenes que conjuraban. Comenzó a pegar en un cuaderno los originales que le parecían más notables y periódicamente los releía. Y cada vez lo asaltaba la misma sensación, una especie de náusea de odio, desesperación, impotencia. Aquellas lecturas y relecturas lo enfermaban pero se obligaba a hacerlas. Las “calugas” traían cada vez más información y gradualmente se iba formando con ellas un cuadro del alcance y la intensidad de la represión. Las noticias de ejecuciones, encuentro de cadáveres en ríos, calles y caminos, detenciones y atrocidades llegaban prácticamente de todas las provincias, de todas las ciudades y los pueblos y de zonas campesinas. La matanza era masiva pero al comienzo no había cómo saber las cifras. Comenzaron a llegar también, cada vez más, noticias de torturas. En casi todos los casos, las torturas que se aplicaban no tenían por objeto sacar información sino sobre todo castigar. Era el desahogo de la rabia y el miedo de los milicos. Fuera del efecto de intimidación y terror que debían producir.

–¿No te parece, Claudio? Hacen preguntas pero no les interesan las respuestas. Tiran una pregunta tras otra, sin esperar. No quieren

que el detenido diga algo. Lo que quieren es castigar al enemigo. Vengarse. No les interesan las respuestas. Hacen preguntas genéricas: ¿dónde están las armas? O más bien insultos. Lo que quieren es pegar, patear, dar culatazos. ¿Por qué se ensañan tanto los pacos, los soldados, los suboficiales?

–Por lo que se sabe, los oficiales también. Es que están asustados –dijo Claudio–. Eso del Plan Z es diabólico. Sirve para justificarlo todo. Creen de veras o quieren creer que iban a llegar los upelientos de las poblaciones o, no sé, los cubanos, los rusos, los comunistas armados a matarlos a todos, que iban a asaltar las poblaciones militares para matar a los niños y violar a las mujeres.

–¿Y no será que algunos o muchos gozan de tener poder, golpear, hacer saltar la sangre, matar a mansalva? Gozan. ¿De dónde tanto sadismo? Hay un fondo de brutalidad y sadismo en este pueblo. No hay más que mirar la historia.

–No te pongai sociológico, Jaime.

–No es eso. Trato de entender. Tenemos una historia violenta, llena de sangre.

–Tal vez. Pero a lo mejor nosotros también contribuímos a lo que pasa, Jaime. Ese lenguaje militar heredado de Lenin: la lucha, el combate, el frente. La vanguardia, la retaguardia, la ofensiva, el repliegue. La táctica y la estrategia. Allende decía “implacable”. A la violencia reaccionaria responderemos “implacablemente” con la violencia revolucionaria. El sueño del pibe. Pero los otros se la creían.

Sentía impotencia ante la represión desatada. Jaime se daba cuenta que era inútil moverse en círculos buscando explicaciones. Tal vez no es el momento. Ahora de lo que se trata es de sobrevivir. La defensa propia. Pero frente al ejército, los carabineros, los tiras, los marinos y los aviadores, ¿qué defensa es posible? En el plano militar, nada por ahora. A lo más algunos actos aislados. Dicen que en La Legua balearon un bus de carabineros.

EL CARABINERO AVENDAÑO

En Lanco, provincia de Valdivia, fueron asesinados en el mes de octubre los niños García y Merlo, de unos 11 años de edad porque andaban robando comida para alimentarse. Fueron acribillados a balazos por el carabinero Avendaño.

Este mismo dio muerte al dirigente campesino compañero Manuel Carrasco, militante comunista. El hecho fue en Máfil. Este compañero era trasladado de Lanco a Valdivia por una patrulla de 15 carabineros bien armados. Lo llevaban amarrado y botado en el piso de un jeep. El carabinero Avendaño le disparó a quemarropa dándole una muerte instantánea. Después dijeron lo que ya nadie les cree: “ley de fuga”.

En Lanco este mismo criminal mató a sangre fría a un pobre viejito

mendigo, conocido por Cumián. Mientras se encontraba con otros uniformados, el carabinero Avendaño disparó contra Cumián diciendo que quería ver cómo estaba de puntería.

Juan

VISITA A LA MORGUE

Desde el 27 de septiembre no tenía noticias de mi compañero y de un gran amigo de él que también había desaparecido el 11 de septiembre. Después de averiguar en el Ministerio de Defensa y en las listas de detenidos del Estadio Nacional, y seguir sin noticias de ninguno de los dos, me armé de valor y me dirigí al Instituto Médico Legal.

Luego de revisar la lista de muertos y al no estar en ella ninguno de los que buscaba, consulté con un carabinero que estaba en la puerta. El policía me dijo que debía volver en la tarde para reconocer personalmente a los cadáveres ya que en las listas aparecían sólo los identificados y mucha gente había llegado sin documentos. También me dijo que volviera acompañada, porque el espectáculo era impresionante y que me tapara la nariz con un pañuelo cuando me tocara el turno de entrar.

En la tarde me dirigí a la Morgue con una amiga. Como ella no quiso entrar, entré yo sola al edificio. Me recibió un funcionario, muchacho joven, a quien le pedí que me acompañara a ver a los muertos.

Mientras bajaba la escalera sentí un olor terrible, que sólo quien haya estado en un caso semejante puede imaginarse.

Luego de bajar la escalera y caminar un metro, miré hacia la izquierda y vi todo el espectáculo. Había una sala de aproximadamente 25 metros por 7, dividida al medio por un pasillo de poco más de un metro. La sala estaba llena de cadáveres. No había ningún lugar vacío. No podía creer lo que estaba viendo. Miraba y no podía convencerme de que fueran seres humanos los que allí estaban. Los cadáveres estaban tendidos en hileras de a cuatro, unos boca arriba y otros boca abajo. Les habían tirado agua con una manguera para mantenerlos frescos. Hacía mucho calor.

Tres cuartas partes de los cadáveres tenían orificios de balas. La mayoría estaban desnudos. Todos tenían una tarjeta blanca en el pecho que decía N.N. El funcionario me explicó que las iniciales N.N. querían decir “sin documentación”. Había hombres y mujeres. Había gente joven y anciana. Algunos tenían la cabeza rapada. Unos tenían la cabeza totalmente destrozada y estaban vestidos. Había mujeres con el pecho abierto y algunas con sondas que les salían del estómago. El funcionario dijo que a éstas habían tratado de salvarles la vida, pero no habían podido y habían muerto. Los orificios de bala se veían como manchas redondas de unos tres centímetros de diámetro y yo supe que eran orificios de bala porque me lo dijo el funcionario. Había algunos que tenían las manos apoyadas en el piso, como queriendo levantarse. Me dijo el funcionario que estaban así porque habían sido gravemente heridos y al final terminaron de morir allí.

Mientras miraba las caras de cada uno de los cadáveres el funcionario constantemente me preguntaba: “¿Desde cuándo está desaparecido? ¿Con qué ropa andaba? ¿Qué estatura tenía, era moreno?”, etc.

Yo le contestaba llorando y seguíamos caminando por los estrechos pasillos que quedaban enfre fila y fila. Tuve que subirme un poco los pantalones para no rozar los pies de los que estaban en una fila y los cabellos de los otros.

Al salir llorando, luego de ver tantos muertos, mi amiga me preguntó si estaba allí mi compañero. Le dije que no. Después tuve este diálogo con

el muchacho de la Morgue que me acompañaba:

¿Cuántos cadáveres crees tú que hay ahora adentro?

Alrededor de 300.

Le pregunté: ¿Dónde están los que cayeron el 11?

Esos los sacaron. Los llevaron a Peldehue, cerca de Colina, donde hace pruebas la NASA. Tenemos que hacer esto porque el recinto de la Morgue no es suficientemente grande. Si tuviéramos a todos los muertos aquí, daría para llenar el corredor que da a la calle y además Avenida La Paz.

Después le pregunté si no le daba pena el espectáculo que veía. Me contestó que no. Me dijo: Yo estoy de acuerdo con que deben morir unos pocos para evitar la matanza que la UP quería hacer con nosotros el 17 de septiembre.

Comprendí que era un militar.

María

JOTES, PERROS Y AVES DE RAPIÑA

En la zona cordillerana de la provincia de Valdivia (comuna de Futrono y sector de Lifén, de la comuna de Lago Ranco), bajo la responsabilidad directa del comandante Pantoja, comandante del regimiento "Maturana" de Valdivia, se mató a mucha gente, después de torturarla y sin juicio alguno. Y más aún: se prohibió levantar y dar sepultura a los cuerpos, que jotes, perros y aves de rapiña destrozaron y se comieron. Así se mató a 15 hombres en Mallay. Así se mató a Andrés Silva en Las Molidas, el 9 de octubre y el 13 de diciembre sus restos estaban en el lugar de la ejecución, y un perro llegó a la casa vecina con la cabeza del pobre hombre.

Empezaron a llegar otras informaciones. Ya no sólo la brutalidad directa, las patadas a los testículos, los culatazos, que de todos modos siguieron, sino otros relatos: gente colgada de las muñecas días enteros, aplicación de electricidad, plantones de 48 horas o más, y la repetición de prácticas que indicaban la existencia de un método: la venda en los ojos o la capucha, la mordaza, el mantener a los prisioneros desnudos, a veces en total oscuridad o con luces intensas día y noche, colgados de las muñecas, impedirles dormir con ruidos estridentes, impedirles defecar, etc.

Al comienzo les llegaban transcripciones incompletas y mal escritas de los programas de Radio Moscú, los noticiarios y los comentarios de Volodia. Pero un día, en marzo de 1974, Claudio pasó muy temprano a ver a Jaime y le contó que en el canal se estaba recibiendo todos los días los textos íntegros de los programas Escucha Chile y Radio Magallanes. Hacía la tarea un periodista jubilado con un par de medio pollos: grababan los programas y los transcribían en una especie de boletín mimeografiado, que se entregaba a suscriptores a cambio del pago de una buena tarifa. Los clientes eran las embajadas, los corresponsales extranjeros, también los medios de prensa, algunas empresas y hasta servicios públicos. Se dice que también la Junta. No

era un mal negocio.

–Me contó el Garrafo Gacitúa que hasta el Estado Mayor del Ejército está suscrito –dijo Claudio.

–¿Y desde ahora yo también estoy suscrito?

–Sí, pero gratis. Gentileza de la casa.

–Gracias.

Revisaron juntos el boletín, unas seis páginas a máquina muy tupidas.

–¿Te das cuenta? Una buena proporción de las noticias que están dando son las que mandamos nosotros. Debe ser, a ojo, un 40 por ciento.

Jaime sintió un pequeño cosquilleo del ego:

–Bueno, quiere decir que lo que hacemos sirve para algo.

–¿Lo dudabas?

–La duda es mi método preferido. Método tomista. Lo que no se ve se atoca y lo que no se atoca no existe.

–Déjate de payasadas –dijo Claudio–, claro que sirve. Esto lo demuestra. Lo otro es que la Mosca se escucha, nos llegan datos por todos lados. La señal llega clara y potente por muchas frecuencias. En el canal hasta los más chupamedias de vez en cuando dicen a media voz que supieron tal o cual cosa por la radio. Uno de los "gomas" me dijo que el jefe se tira de cabeza a leer el boletín de Radio Moscú en cuanto llega. Siempre echa algunos garabatos contra los comunistas, por si alguien lo escucha o por si las moscas.

–De Radio Mosca.

–Eso.

Se rieron y se sentaron en dos pisos en la cocina, frente a la estrecha mesita, a tomar el acostumbrado nescafecito de despedida.

El trabajo lo distraía, lo estimulaba, le daba la sensación de hacer algo útil. Se sentía azotado por una especie de huracán de noticias fragmentarias o como si fuera navegando por el espacio a una velocidad sideral, ésta era tal vez una imagen del cine, y cientos o miles de corpúsculos luminosos vinieran a su encuentro sin pausa. Sentía que algunos silbaban cerca de su cabeza, otros eran más gruesos, otros eran mínimos, pero nada alteraba su avance. Él se tragaba todo hasta que sentía su cabeza como una especie de esponja enorme y empapada. El mundo se disolvía en fragmentos, se componía de un infinito número de trozos facetados cada uno con algún significado (o no) pero no había tiempo para interpretarlos ni para buscar una síntesis que abarcara el total.

Los informes de la dirección que llegaban a lo lejos intentaban

una visión de conjunto, mostraban el esfuerzo por mantener la cabeza fría y de interpretar la tormenta en medio de la tormenta. Pero los sentía extrañamente vacíos, exangües, su lenguaje le parecía muerto, arcaico, inadecuado, como un intento de aplicar viejas tablas de medición a fenómenos imprevistos, que ocurrían como un torbellino. Pero se aferraba a ellos a falta de otra cosa, estaba dispuesto a creer en algunas viejas verdades.

Empezó a dormir mal. Apenas cerraba los ojos, revivía como escenas vividas las noticias de prisioneros golpeados hasta que sus cuerpos se convertían en pulpa sanguinolenta o quemados con soplete, de mujeres violadas en masa y colgadas de las muñecas como corderos, quejidos angustiosos ahogados por las mordazas, cuerpos enarcados saltando sobre la parrilla eléctrica. Muchas noticias se basaban en relatos sobre torturas o mutilaciones. A veces se transcribían testimonios más extensos. Y volvían en la noche, de manera muy vívida, monstruos aterradores que lo atormentaban con tenazas o lo metían en un saco lleno de enormes ratones que le devoraban el sexo, interrogadores de uniforme que blandían una varilla metálica que producía descargas eléctricas y que lo sabían todo, se reían de sus intentos de no decir nada o de decir algo falso.

De día aquellas visiones no se presentaban. Trabajaba sin tregua y a veces los pocos que veía del Equipo le hablaban con asombro de la cantidad de material que producía. Era como una droga. Le servía para no pensar demasiado en lo que sucedía. Pero había algo por debajo que trataba de empujar a un lado, de marginar de su conciencia, de ignorar. Era el miedo.

Sí, tenía miedo. De ser detenido, golpeado salvajemente, torturado. Se preguntaba si podría resistir sin hablar. Trataba de analizar fríamente qué información tenía, qué podrían sacarle, de qué manera eso podía afectar a los compañeros, al Partido. No. ¡No! Nunca hablaría, aunque lo mataran. Pero después dudaba. ¿Sería capaz?

En sus sueños comenzó a aparecer una mujer muy alta vestida de negro con una cara blanca. Estaba a los pies de su cama y lo miraba fijamente. El miedo le cortaba la respiración, se ahogaba. Trataba de gritar y no podía hacerlo. La mujer lo miraba impasible, a veces le parecía que alguna vez la había visto, otras veces su rostro era borroso. O carente de rasgos: blanco y plano. La mujer casi nunca se movía pero a veces, entre los pliegues de su ancha túnica negra le parecía divisar algo metálico, como una espada o tal vez como un hacha, que sostenía con la mano derecha a un costado y que no se distinguía claramente, también como si tratara de que él no la viera.

Los sueños con la dama de negro le producían una angustia tal

que despertaba bañado en sudor, con la garganta apretada y dolorida. Y en dos ocasiones el Viudo Barrientos llegó a despertarlo alarmado por sus gritos roncos, desesperados. Después de un tiempo, la mujer de negro dejó de visitarlo sin explicación. Pero otras pesadillas continuaron.

–Claro –dijo Claudio–, pero ya estamos viendo que en los programas, además de las noticias, hay entrevistas, testimonios, comentarios, reproducción de notas de prensa, qué sé yo. Lo que tratan de hacer los compadres es que el programa sea chileno o por lo menos que parezca, por el tono, el estilo y el contenido. Y además de informar, orientar. Sobre todo, levantarle el ánimo a la gente. Yo creo que tú eres capaz, de más, de hacer notas de ambiente. O crónicas, o lo que quieras.

Jaime se rascó la cabeza. Lo hacía con frecuencia. Al parecer lo ayudaba a reflexionar. A veces tenía la sensación de que nunca había reflexionado tanto como en esos días. Nunca, tampoco, había estado tan ansioso de saber lo que pasaba en el país.

V
Cambios de vida

Rosita de Mostazal

Cuando se fue para la Argentina y me dejó botada, como dijo la Margarita, yo sufrí igual que un animal, como si me hubieran enterrado un puñal en el corazón. Me había dado tan fuerte. No me imaginaba el mundo sin Él. La Margarita me decía: estai enlesada, cómo podís ser tan lesa. Yo me pasaba todo el santo día mirando a ver si se regresaba. En la fuente de soda de repente me parecía verlo entrar y en la casa, mirando a cada momento por la ventana, no atinaba a pensar otra cosa. Y la Margarita todo el tiempo diciéndome: Veís lo que te pasó, hizo contigo lo que quiso y después se mandó cambiar, así son los hombres. Yo no le hacía juicio, le decía que no meneando la cabeza. Y ella cancaneando todos los días. Pero yo no perdía la esperanza.

Y de repente, me di cuenta que habían pasado más de dos meses y ni una sola noticia y empezó a ganarme una angustia muy grande. Y una mañana, la Marga me dice, con un tono que no le había escuchado nunca: Convéncete, te dejó botada y no va a volver nunca más. ¿Entendiste? ¡Nunca más!

En ese momento pensé que era cierto y caí redonda al suelo, sin sentido, como muerta. La Margarita dice que me hablaba pero yo no la escuchaba, trataba de darme un vaso de agua pero yo tenía los dientes tan apretados que no podía, me corría el agua por la cara y el cuello, dice la Margarita. Así pasaron cuatro días, yo estaba muerta, las piernas, los brazos tiesos como palo, todo el cuerpo, me dolía el corazón y no quería vivir. No podía hablar, no escuchaba, me zumbaban los oídos, no comía, no dormía, el dolor me consumía.

No fuera por mi hermana, qué habría sido de mí. Cuando me vio tan mal ya dejó de retarme, pidió permiso y se quedó en la casa sin salir a trabajar, y fue como mi mamá, me hablaba con tanto cariño y me daba agüita de toronjil, era lo único que de a poquito yo empecé a tomar esos días. Pero como yo seguía así, tiesa, llamó a la señora Rayén que es *machi* y le pidió que me curara. La Marga la conocía de antes, de cuando vivía en San Manuel y estaba casada con el Toloza, él también es mapuche.

Era una señora bajita pero bien ancha y entera vestida de negro, tenía unas pocas canas, en eso se conocía que era muy vieja porque a los mapuches no se les pone el pelo blanco hasta que tienen mucha edad, pero la piel de doña Rayén era una porcelana, ni una sola

arruga. Y tenía olor a humo en la ropa, en el pelo. La Margarita le dio un frasco con la orina mía que yo hacía, para que hiciera el examen y la señora la estuvo mirando a la luz mucho rato y dijo que yo tenía una pensión muy grande por un *uecufe* que me habían puesto, o sea un daño. Y que para sanarme había que hacer un *machitún.*

A los pocos días ya vino pero no fue *machitún* lo que hizo, es que sale muy caro, me dijo la Margarita, y no tengo tanta plata. Así que me hizo un *ulutún*, que es más sencillo, es como un rezo pero muuuy largo, es más barato.

Llegó muy temprano casi con noche venía con su traje negro especial para estos casos su *trarilonco* de plata la cabeza cubierta y un gran clavo de plata de cabeza redonda para sujetar el manto y echó unas hierbas al brasero que la Margarita lo tenía prendido más de una hora no se aguantaba la calor era verano en la pieza todo oscuro todo lleno de humo la ventana tapada con una manta apenas entraba un poco la luz del sol por las orillas el olor de las hierbas del sahumerio a ratos me sofocaba y esta señora *machi* horas horas y horas hasta la noche diciendo una oración como un canto entredientes palabras no se distinguían y a la par moviendo la rama verde del canelo en ese momento yo temblaba sudaba sudaba estaba como traspuesta muy mareada trataba de pensar en Jaime pero no podía no me venía el recuerdo de su cara ni de su voz ni nada entre el humo y la oscuridad tenía mucha sed y me quejé de sed y la doña Rayén tres veces me hizo tomar una tacita de un agüita verde muy caliente y muy amarga no sabía dónde estaba me parecía que estaba arriba en el aire como si flotara en el agua y envuelta en humo y la voz de la doña no paraba su runrrún seguía y seguía ese rezo un canto sin asunto runrrún runrrún no paraba y el humo y la calor y no podía ver la cara de Jaime y en eso me olvidé.

Cuando recordé, la pieza estaba más fresca, habían sacado el brasero y estaba abierta la ventana y yo me sentí bien, se puede decir, casi como si hubiera nacido de nuevo y ya no estaba tiesa, estaba lacia y como apaleada. Y veo que a mi lado está sentada la doña Rayén fumando un cigarrito de papel amarillo y me mira como sonriendo, como con cariño. Y en eso entra la Margarita con un plato y me dice: Rosita, siéntese, se va a tomar un caldito de ave. Traté de sentarme pero no podía, me tuvieron que ayudarme entre las dos y después la Margarita me dio el caldo a cucharadas, me vino un gran calor y ni supe cómo me quedé dormida.

Volví a trabajar a los pocos días a la fuente de soda pero no estaba bien mejorada. Era una calamidad, se me caían las cosas, me olvidaba de retirar la taza de la máquina y seguía llenándose con el café hasta que se rebalsaba. Es que me había vuelto la cara de Jaime,

la tenía siempre por delante. Antes del *ulutún* no lo podía verlo por más que quería y ahora no se me borraba ni aunque yo cerrara los ojos. Un caballero del sexto piso, tenía una oficina de propiedades, muy correcto siempre, de corbata, venía todos los días como a las 11 a tomar su leche con lúcuma, pedía siempre lo mismo, igual que Jaime. Y yo le di vuelta el vaso entero en el terno. Se me cayó de la mano o lo puse de lado no sé cómo en el momento que se lo iba a colocar en la mesa. Gritó ¡qué! tan ronco como si se ahogara, casi le dio un ataque. Se paró, colorado como un tomate y empezó a tratar de limpiarse la chaqueta con la mano, y la leche se extendía más y más y goteaba al suelo. La vieja de la caja, la Aurora, que es la dueña, vino como una loca, con un paño y empezó a refregárselo por la solapa pidiéndole disculpas. Él no dijo nada, la apartó, resopló muy fuerte, mostró los dientes y se fue. Y hasta en el hombro tenía leche con lúcuma.

Fue el último día que trabajé en la fuente de soda Capricornio. La vieja Aurora, ella nunca me tuvo cariño, esa es la verdad, pero le convenía tenerme, a los clientes les gustaba que yo los atendiera, pero ahora las emprendió conmigo y me dijo usted se me va al tiro, ya no la soporto más, anda todo el tiempo en la luna y ahora, ¡mire la que me ha hecho! Ese caballero ya no va a volver más. O sea, que usted me está trayendo puro perjuicio. ¡Se me va! ¿Oyó?

No le dije nada, ¿qué le iba a decir, que me pasaba todo el día pensando en Jaime, que veía su cara, que cuando estaba haciendo la leche con lúcuma no dejaba de pensar en él, si hasta veía su cara adentro de la juguera? Fue por eso que se me dio vuelta el vaso. Porque yo estaba como en un sueño llevando la bandeja con el vaso y de repente despierto y veo que no es nada Él, no es el Jaime, es el viejo del sexto con anteojos, con pelos salidos por las narices y las orejas y los dientes amarillos. Y vino el desastre.

Sí, señora Aurora, yo la entiendo, le dije. Fui a mi rincón detrás del mostrador, me saqué el delantal, lo dejé colgado, agarré mi carterita y me fui, cabeza gacha y pensando… ¡en el Jaime! Y este sacrificio es por ti, mi amor, pensé, y no me importa. Y el Señor me entenderá porque Dios es amor.

En eso empecé a sentirme muy mal. Vomitaba todo lo que comía. Me daban mareos y un como asco en la boca todo el tiempo y lo único que quería era leche con lúcuma, la Margarita me trajo un día pero no estaba tan rica como la hacía yo, cuando se la hacía a Jaime, bueno, igual le agradecí, pero ella se dio cuenta que no me había gustado, pero cuesta caro y no hay en cualquier parte y no creas que no embroma bastante tener que ir una fuente de soda de la Alameda cerca de Bulnes y además, como tú no estai ná trabajando la plata no

me anda sobrando. Pero yo quiero trabajar le decía y llegaba a doblarme de las arcadas. Ese tiempo me pasaba todo el día sola en la pieza, tan sin ánimo que no podía ni levantar los brazos, pensando en Jaime o en nada. Esto ya me está pareciendo, dijo la Margarita y le pidió a la doña Rayén que me viera de nuevo. Ella vino, me miró la orina y dijo: está esperando.

Era no más lo que faltaba, dijo la Margarita. Tu famoso Jaimito se mandó cambiar y te dejó embromada. Yo me puse a llorar, no hallé otra cosa que hacer, pero lloraba de la pura felicidad: iba a tener un hijo de Él.

Pero empezaron a pasar muchas cosas. Al día siguiente llega la Margarita con la cara llena de risa y me cuenta que la señora Zoila, la patrona de "La Permanente", le dijo que se iba porque ya estaba vieja y no se aguantaba las alergias con las tinturas y las cremas, se enronchaba entera y se pasaba tosiendo y en los últimos dos años se había envejecido como diez. Así que iba a liquidar "La Permanente", le dijo, pero tengo visto otro local mucho mejor por la calle Dieciocho y ahí voy a poner otra peluquería, y quería que ella se hiciera cargo de la nueva que se iba a llamar "La Gilda", por la artista de las películas, la rubia grandota, la del pelo largo, dijo que la iba a dejar instalada con todo lo mejor, pero que ella ya no podía seguir trabajando como antes. Quería que la Margarita le fuera pagando una cantidad mes a mes con lo que se ganaba. A la Marga le parecía un sueño pero se hizo de rogar al comienzo, dijo que no se atrevía, que no estaba segura. A la final hicieron un acuerdo, con abogado, con escritura y todo, porque esa señora era muy seria para sus cosas, así le traspasó el negocio para que lo administrara pero iba a seguir siendo la dueña y le tenía que dar la Margarita una parte de la ganancia. Y quiero que usted sepa que si un día yo me muero eso va a quedar para usted y lo único es que me asegure mi sepelio y mi sepultura y que le pase una plata a mi sobrina que es soltera y vive en el convento. Así se pusieron de acuerdo. Y todo por escrito.

La Marga me dice yo quiero que te vengas a trabajar conmigo, me vas a servir de ayudante, así poco a poco aprendes la peluquería, estoy segura de que te va a salir bien, y empiezas a ganar algo. Yo encantada, pero le dije: lo único que me estoy sintiendo tan mal con el niño, con las arcadas y los mareos, así le decía yo desde el comienzo, el niño y no la guagua porque yo sabía que iba a ser un hombrecito. No te preocupís, me dijo ella, son los primeros meses, después se te va a pasar.

Así que empecé a trabajar con ella en la peluquería y fue tal como mi hermana me dijo, se me pasó todo. Ya del primer día fue como un sueño: todo tan nuevo y tan bonito, los espejos grandes, los

sillones negros brillantes, los secadores de pelo ni parientes de los viejos que había en “La Permanente” y hasta música teníamos en “La Gilda”. Las clientas, que algunas eran las viejas pero la mayor parte eran nuevas, me recibieron lo más bien y con la Margarita nos entendíamos como hermanas. Bueno, somos, pero las hermanas no siempre. La vida me está sonriendo, pensaba yo, gracias Dios mío, sin saber qué me traería más adelante el destino, bueno, nunca se sabe, pero bastaba que me acordara de mi niño y ya era feliz. No es que me acordara, no, estaba con él todo el santo día, todo todo el tiempo, hablaba con él y hasta le conocía su carita.

De la pensión de la calle Molina yo salí muy sumamente mal, con toda la pena y medio muerta. Así que casi ni supe del cambio de casa a la residencial de Cumming cerca de Mapocho. Pero ya después, con el tiempo y el remedio que me hizo doña Rayén y la buena nueva vine a tomarle gusto a la casa, que es una casa grande y muy bien tenida, hay pocos pensionistas, casi todos gente mayor y un matrimonio joven. La pieza de nosotras está en el segundo piso, con dos balcones, entra mucha luz y el sol da tempranito por la mañana. Yo lo aprovecho, esa hora me encanta, porque la Margarita al comienzo hacía que yo entrara más tarde, como a las 12, pero primero comía algo, una colación, yo misma me hacía una sopita o un charquicán, unas verduras con algo de pollo picado y no perdonaba un vaso grande de leche. Y ya se me pasó el antojo de la lúcuma. Después me voy a “La Gilda”, casi siempre caminando. Tan cerca no es pero me gusta, me hace bien, caminando siento un cantito en los oídos, converso con mi niño y siento que está contento.

Yo llego como a la una y media, endei la Marga sale almorzar y yo la reemplazo en la peluquería, quedo de dueña y señora. Raras veces aparecen clientas a esa hora pero, si alguna viene, yo me esmero en atenderla bien y si dice que quiere esperar a la Margarita le paso una revista. Casi siempre les hago el lavado de cabeza y así las señoras quedan listas para que lo que venga ella le haga la permanente, el teñido, el corte o el peinado que sea. Y mi hermana me dice: lueguito vas a aprender, no erís tan tonta.

Nunca hablamos del Jaime pero yo en lo de más adentro sé y estoy segura que un día ha de volver y pensando en eso me contento, aunque en veces me viene el desespero: ¿y si se ha casado, si ya no se acuerda de mí? Eso es lo peor, pensar que ya no se acuerda. Pero no puedo creerlo porque yo nunca me olvido de Él. ¿Y si cuando vuelve ya estoy vieja?

El tiempo pasa sin saber cómo, semana tras semana, mes tras mes. Engordé, a mí me parecía mucho cuando en la cama por la mañana me miraba la guata enorme. O peor todavía, en la ducha, pero

la Marga decía: a ésta ni se le nota el embarazo, hasta más bonita se ha puesto. En la calle los hombres me miran y algunos me dicen algo, pero yo no le hago juicio a ninguno. Me empezaron a crecer las tetas y se me pusieron muy sensibles. Un día, después de darme la ducha de la mañana, vi que tenía muy marcadas las venas en todo el pecho, nunca se me habían puesto así, como si tuviera dibujado un árbol, con un tronco que partía del medio, del corazón y ramitas finas que iban hasta la punta de las tetas. Es que mi cuerpo se está preparando. Vi que con la sangre va a llegar mucha fuerza para que la leche para mi niño sea más espesa y más fuerte y así pueda crecer más sanito, con mi sangre. Pensé que tenía que alimentarme lo mejor que se pueda y no nos falta qué comer, carne y papas, tomates y una fruta, y mucha leche. Siempre le doy gracias al Señor y aunque a ratos me vuelve la pena que el Jaime no está conmigo.

La Chita

No consigo entenderte, Jaime. Ni ahora, ni nunca. Ya pusiste tu cara de duda. Bueno ya, tal vez nunca no. Puede ser una exageración mía. Una típica exageración mía, vas a decir tú. Digamos que sí, en realidad nos entendíamos lo más bien cuando éramos chicos, hasta los quince tuyos, más o menos, o sea los dieciocho míos. En ese momento yo me fui por mi lado, la oveja negra de la familia, o la oveja rubia porque en ese tiempo empecé a teñirme el pelo. Y tú seguiste de niño bueno, sacándote buenas notas, obediente y ordenado. Es cierto que eres menor, a los quince eras como una guagua, mientras que yo, ¿yo? Lo único que quería era guerra.

Tuvieron que pasar años para que nos viéramos de nuevo, más allá de las latas familiares de los cumpleaños de la Elena o de Manuel. Tampoco la relación ha sido tan estrecha. Poco contacto. Poca confianza. Cuando saliste con lo del comunismo me pareció genial: pensé que era tu manera de liberarte y hacerte adulto. Pero que te convirtieras después en un canuto rojo lo encontré pésima idea. No me banqué lo de la UP. No porque me guste la derecha, los momios como dicen ustedes, hay algunos momios que no están nada de mal. Visten bien, tienen buenos autos, tienen hasta buen gusto, algunos. Pero me doy cuenta de lo que hacen. Me gustaría que los *underdogs* estuvieran mejor, claro que sí, yo sé lo que es pulmonear a la gente pero me parece que contra ese bloque de piedra que son los dueños de fundo, los banqueros y los empresarios, con todo lo que manejan, es al pedo, dice Gregorio, esforzarse por hacer algo. Yo sabía que lo de Allende iba a terminar fatal, aunque no me imaginaba tanto, todo lo que vino después. Podía habérseme ocurrido, conociendo a los milicos. ¿Manuel? Bueno, sí, es muy distinto. Era, quiero decir. Los milicos de

antes no usaban gomina.

Pero no nos vamos a dedicar ahora al perezrosaleo. Quiero que me digas de una vez por todas: ¿qué mierda estás haciendo aquí? ¿Estás haciendo el héroe o, más probable, el mártir? Aunque seas hijo de milico, estás en la mira. En cualquier momento te agarran y hasta me extraña que no te hayan agarrado todavía. Además, no tienes pega ni esperanza de tenerla. Con tu prontuario y los milicos en el poder, están cerradas todas las puertas, tú mismo me lo has dicho: radios, diarios, revistas. De la tele, ni hablar. ¿Qué te queda? Si no sabes hacer otra cosa que hablar, escribir libretos, noticias, textos de avisos. Y comunistear. Pero de proletario no te veo. No sabes hacer nada con las manos. Ni clavar un clavo. Supongo que es herencia de Manuel y sus añejeces: lo que hace y no hace un caballero. Desde luego, lo que no hace es trabajar como los rotos.

No pongas esa cara, lindo. Es así, aunque te duela. Gran panorama el tuyo. Tu mujer y tu hija en París. Sí, ya sé que eso se acabó. *C'est fini* el matrimonio. Pero tu hija es tu hija y tú la quieres. ¿No te gustaría verla, de vez en cuando siquiera? Pero no, sigues emperrado sin salir de este pantano. ¿Qué quieres? ¿En qué andas? ¿La resistencia, la comunistancia? Los derrotaron feamente, Jaime. Convéncete. Allende se pegó un tiro, a tus camaradas, a los del MIR, a los socialistas, los matan como moscas, pero primero los apalean, les ponen la corriente y no sé qué más. El que va preso se da con una piedra en el pecho, porque sigue respirando. Van a pasar muchos años antes que las cosas cambien. Si es que.

Muchos de tus camaradas lo entienden y se asilan para irse del país. O se van no más, sin pedirle permiso a nadie. En eso no hay pecado. Se trata de salvar el pellejo, de salvar a la familia. Pero tú, nada. Tú sigues pegado aquí… haciéndote el… ¿qué? ¿El jovencito de la película? ¿El Zorro? ¿Te crees el capitán de los versos del capitán de tu camarada Neruda?

Y más encima misterioso, el huevón. No tienes dirección conocida. No hay forma de comunicarse contigo. Menos mal que te dignaste llamarme y citarme ¡a la plaza Brasil! Como en los tiempos del pololeo. Me gustaría ver la cara de Gregorio si me viera aquí, sentada a tu lado, de manito tomada y a la sombra del ombú. "¡Qué romántico!" diría y se mordería de rabia. Sí, seguro, es celoso, todos los hombres son celosos, aunque haya algunos que lo disimulan. Que seas mi hermano, na' que ver. Los machos reaccionan como machos y no creen en tabús. En eso, no se equivocan. Además, no estás nada de mal. Bastante flaco, pero no famélico. Te quedan bien unos kilos menos. Y el bigote mexicano. "Joven batidor" te decía tu padre. O sea, el mío. "Buena percha".

Pero dime, finalmente: ¿cómo te ganas los garbanzos? ¿Tienes una vieja rica? No creo, no te veo vocación de cafiolo. Ah, bueno, eso sí, puede ser: textos, campañas publicitarias... ¿estás en una agencia de publicidad? ¿Y en cuál, se puede saber, una de las gringas, MacCann, Walter, Storandt... o en alguna más rasca? ¡Cómo! Dices que no estás en ninguna agencia. No te entiendo. Ah, ya. *Free lance*. O sea, que en realidad vienes a ser un redactor fantasma. *Ghost writer*. Enmascarado. Trabajas por piezas, para callado, como las viejas que hacen faldas o chaquetas para las fábricas, sin moverse de la casa, pedaleando en la máquina de coser. Por lo tanto, nada de contrato, imposiciones, vacaciones, leyes sociales. Ya me doy cuenta.

Con mayor razón sigo pensando que tienes que irte de una buena vez. Es lo mejor que puedes hacer. Es lo único. Aquí estás lo que se llama a la intemperie. Si París te parece a trasmano ándate más cerca. Aunque, te digo, ahora nada queda tan lejos como ¡qué bruto que está lejos! Suecia está llena de chilenos. Australia ídem, Canadá... Pero en fin, si no quieres alejarte mucho de tu Patria querida puedes buscar algo en el barrio. Por ejemplo Argentina. Pero la pista es difícil para un chilenito porque allá está lleno de argentinos que se la saben por libro y ya vienen de vuelta cuando tú apenas empiezas a pensar en decidirte a caminar. Te lo digo yo que tengo mi propio argentino de uso personal. Aunque a veces Gregorio dice que él es uruguayo por su madre. Sobre todo es judío, esa es la verdad.

¿Qué hora es? Me tengo que ir. Me gustaría... no sé cómo decir, ayudarte de alguna manera. Ya sabía lo que me ibas a decir, que no te hace falta nada. Puedo pasarte unos pesos. No seas vaca, agarra el sobre. Y no te veo muy bien trajeado. La pinta es fundamental, aunque estés de fantasma. Tienes facha de comunacho. Olor a comunacho. Te voy a traer un par de ternos del Grego, el coso tiene tantos. Y además, unas cuantas camisas y corbatas. La ropa de él debe quedarte bien. Por la talla, digo. Tú estás más flaco, no importa. Si hace falta le pides a alguna vieja que te ajuste el botón de los pantalones. Pero me tienes que llamar, digamos pasado mañana, para entregarte todo eso.

¿Qué dices? ¿Que me creo el Hogar de Cristo? ¡Pero si soy tu hermana! Ya, ya... ya está bueno. Hasta me hiciste llorar, tonto. Eso no lo consigue cualquiera.

Cuídate, hermanito.

Margarita

¡Qué terrible cómo se pasa el tiempo, Edulia por Dios! Una en la peluquería pareciera que a cada rato se está mirando al espejo pero en realidad, una mira a la persona que está peinando y misma no se ve. Y

ayer por la mañana de repente veo en el espejo que esa vieja que está parada ahí, o sea yo, es una vieja, pero vieja vieja. La cara como pasa, el pelo feo y como paja, y eso que nunca he dejado de cuidármelo y lavados con quillay o con los champús más finos. ¡Pero qué! Tantísimos años de permanente. Me queda bastante pelo, no me puedo quejar, pero ya no la tremenda mata que tenía antes y por la coronilla me está raleando. A mí el Robertito es el único que me peina, me pone un tónico y me hace unos masajes capilares. Pero me di cuenta que él mismo ya no cree en milagros y le veo la cara como de contrariedad o de pena. Pero no me dice nada.

Y los achaques. Lo peor han sido los dolores de la columna y la várice, tantas horas parada todos los santos días.

Pero ya, no más. No vine aquí a San Manuel a verte, Edulia, para andarme quejando. Fuera que no tengo motivo. Tanta gente está tanto más peor que yo. Gracias a Dios que tú ya tienes tres hijos hombres grandes y te ayudan en todo, ninguno te salió gandul. Tampoco tenían a quién. Así que, cuando al Onofre lo desaparecieron, se quedaron ellos contigo y así tú no quedaste sola sola. Menos mal. ¡Perdona! Si yo sé que siempre te da pena. ¿Y nunca se ha sabido nada?

Bueno, mujer. No hablo más de eso. Déjate de llorar. Un día esos perros van a tener que pagar. Contimás que el Onofre nunca le hizo mal a nadie ni andaba en la política ni se metía en cosa ninguna. ¡Hombre más bueno! Trabajador como él solo y con esas manos de oro para todo lo que era chacra y para los frutales, que parecía que los árboles le daban siempre lo que les pedía. Es que hasta hablaba con ellos, eran como sus hijos, fuera de los propios. Le hablaba hasta a las matas de tomates. Y parecía que lo escuchaban, se movían cuando él llegaba, como que quisieran inclinarse para su lado y si hubieran podido, habrían corrido como perritos a su encuentro.

Cada vez que yo venía a verlos aquí, él me mostraba sus siembras y me contaba: este damasquito es de los más agradecidos, todos los años da como un quintal de damascos y en veces dos, y le hacía cariño en las hojas y yo sé que lo escuchaba, el damasco lo escuchaba. ¡Y que a ese hombre se lo hayan llevado! Es pura maldad. Pero un día...

No llorís más, Edulia. Ya pasaron tres años. ¿Qué sacai? Claro que la esperanza es lo último. Pero consuélate: tus niños y tus niñas han crecido sanitas, son buenas hijas, tan habilosas, tan lindas, aplicadas en la escuela. Cuéntame, ¿cómo ha estado mi ahijada, la Maiguita? Tiempo que no la veo. ¿Sigue en el internado en Santiago? Ha de estar preciosa.

¿De la Rosa? ¿Qué te digo? Mi hermanita sigue como siempre, a ella sí que no le pasan los años. Ha embarnecido, pero es para mejor.

Se conserva regia. No sé cómo. Siempre se ve joven. Y bonita. Suspirando la tonta por el tal Jaime, que nunca más se supo. Ella se consuela con Jaimito, su único hijo. El año pasado terminó el liceo y le celebramos sus diecisiete años. Fuimos a una pastelería muy famosa del centro, "La Novia", donde nos tomamos unos cafés helados con crema, unos sánguches de ave ricos ricos y una tortita miloja y le cantamos el apio verde. Yo quería que tú vinieras también pero no tuve cómo mandarte avisar. Contimás la Rosa prefería que estuviéramos las dos no más, y Jaimito. Bueno, y el Robertito. Sí, es como de la familia. ¡No! ¡Cómo se te ocurre que me iba a casar con él! La verdad es que lo queremos mucho, como hermano. Las mujeres no le llaman nada pero nada la atención. Como amigas, eso sí. Él es tan buen amiga, tan fiel y cariñoso con nosotras. Tan bueno para escucharte, da confianza. Y nos ha ayudado tanto en "La Gilda". Tiene unas manos de seda, de hada, no sé qué decir, y con ese modo tan suave las mujeres se sienten regio, les encanta y le cuentan todo. Además, le cruje para el negocio. Él tuvo la idea de que atendiéramos hombres también, "Salón Unisex" las llaman, ahora casi todas las peluquerías son de ésas, según él los hombres van mucho a la peluquería, tanto como las mujeres. O más. Yo no estaba segura, nunca le había cortado el pelo a un hombre. O sea, único al Lincoyán, que tenía unas chascas tiesas y duras como escobilla de rama y ya no era cuestión de máquina, era de tijera de podar, ojalá tijera de podar. Pero ligerito aprendí y la Rosa aprendió mejor que yo, algunos preferían esperar para que ella los atendiera. Es que mi hermanita... Además al Robertito también se le ocurrió que abriéramos temprano, casi de alba, primero a las siete, después a las seis y media. Para las secretarias, que parece que hay muchas. A ellas le conviene el horario, así se arreglan el pelo peinan y después llegan a la pega, donde el jefe, bien peinadas y olorosas. No sabes lo bien que nos ha ido, con los hombres y con las secretarias. A veces yo pienso que al Robertito debiera hacerlo socio mío en el negocio.

Lo último que se le ocurrió y al comienzo yo le hice la contra, fue que usáramos delantales, todas uniformadas, yo y las tres niñas, bueno una no tan niña, que trabajan conmigo. Y él también, aunque sería de otro corte. Me parecía una cosa rara, en ninguna peluquería las peluqueras andan vestidas igual. Pero él decía que eso iba a dar una idea de orden y de empresa responsable. Además, los uniformes están de moda. ¿No se ha dado cuenta, Margarita, que en Chile a todos les encantan los uniformes? Yo le decía: no sé si a las mujeres. ¡Pero si las mujeres son las más locas por los uniformes! De a poco yo comencé a ceder: ¿y cómo serían esos delantales? No sé qué vamos a parecer, todas iguales. Él lo tenía todo pensado, no tenían que ser delantales cualquiera, así ordinarios, como de empleada o enfermera.

No. Dijo que le iba a pedir a un amigo modisto que hiciera unos dibujos, unos modelos, a él le llegaban muchas revistas de modas de afuera y podía sacar ideas. Yo me daba cuenta que me iba convenciendo pero me resistía: ¿y de qué color serían? Porque blanco no, usted mismo dice que no como enfermera, ¿celeste? No, ni por nada, ese es el color de las nanas, lo mejor sería rosado.

Pensé que estaba loco: ¿rosados, Robertito? Pero vamos a parecer no sé qué, muñecas, Barbis. No, retrucaba, es el color más delicado, femenino. Bueno, ¿y la clientela de hombres? A los hombres también les encanta el rosado, sólo que no se atreven a ponérselo. Ahora último, unos pocos se atreven, no ve que ha llegado la moda de los gringos, en las tiendas hay camisas rosadas. Pero, ¿sabe, Margarita? Mi idea es que no sea un rosado-guagua, eso no, tiene que ser un rosado fuerte, el rosado chileno que le llaman.

Se salió con la suya, pues Edulia. Cuando vayas a "La Gilda" a verme y a que te haga la perma, vas a ver cómo andamos, muy forongas con nuestros delantalcitos. Ya nos acostumbramos. Es cómodo y se ahorra ropa. El Robertito, feliz con su blusón rosado. A la clientela le encantó, a las mujeres y a los hombres por igual. Ellas comentaban, les parecía regio, decían que era como una peluquería de Las Condes o de Las Vegas. Y llegaban más y más, que casi no dábamos abasto así es de que tuvimos que ponernos serias con la reserva de hora.

Pero me olvidé en qué iba. Ah, sí. Te estaba diciendo que le celebramos el cumple al Jaimito. Encanto de niño, estudioso, alto, espigado. Le está recién saliendo el bigote. Lo único malo es que se está poniendo tan rebelde. No, no conmigo ni con la Rosa. Es que anda metido en política, con unos jóvenes revoltosos... pero tú no le vayas a decir a nadie. Nos da mucho miedo. Tú sabes cómo están las cosas con los militares arriba.

Sí, Edulia, salió parecido al padre, al menos como yo me acuerdo. No, ya te dije que del nunca más se supo. Lo último, cuando fue a San Manuel a buscar a la Rosa, de eso hace tantos años... y tú le dijiste que la Rosa había quedado embarazada pero que había tenido pérdida y el niño había nacido muerto. ¿Ahora te da pena? No, no tienes nada que arrepentirte. Casarse con un futre no es para nosotras. Esos casorios no duran, sabido es.

A veces yo me quedo pensando, eso sí. La Rosa me da pena por ese sentimiento tan fuerte que le dio con el tal Jaime. No suspira más que por él. No le han faltado los moscardones, pero no le da entrada a ninguno. Hombres bastante buenos, trabajadores, hasta bonitos algunos. Pero ella, nada: suspira y, si algo le digo, me sale con su famoso Jaime y Jaime y nada más que Jaime y dónde estará Jaime. Yo

le digo que ya ha de haber encontrado mujer, ¡qué!, a estas alturas ya deben ser varias. Era bien lacho, le digo. Ella me mira no más y noto que no me cree. Amor así no se ve en estos tiempos. Fíjate que no quiso que el Onofre inscribiera al Jaimito como hijo de él y tuyo. Entre tantos ni se habría notado. Pero ella se empacó. Dijo que no, porque eso quedría decir que su hijo nació de un insecto, como es que le dicen. Y porfió para anotarlo como Jaime Flores Flores, padre desconocido. Como huacho, le dije yo. Sí, dijo ella, como lo que es.

¿Yo? Estoy bien así. Sola mi alma. No echo de menos hombre. Tú sabes que el hijo que tuvimos con el Lincoyán murió de niñito. Después nunca más quedé. Me saqué la idea de la cabeza. No he sido como tú, tan buena para parir y criar chiquillos. Antes a veces te miraba con envidia. Ahora no, se me va el tiempo en trabajar, miramos la telenovela, una vez a la semana vamos a ver una película al teatro o salimos de paseo al cerro con la Rosa y el Robertito, que se ve de respeto, macizo y de corbata, nadie diría. Y a lo lejos nos da por ir a San Francisco de Mostazal, vamos las dos al cementerio, llevamos unos clarines, unos manzanillones o alhelíes, arreglamos las tumbas, sacamos las flores y las ramas secas, desmalezamos los alredores con una pala que nos presta el hombrecito que cuida, ponemos las flores en la jardinera, que se vean bonitas, nos acordamos del padre y la madre, echamos unas lágrimas y después nos comemos el cocaví sentadas en un banco de la plaza. Esa es mi vida, Edulia, y no quiero otra.

III

PARTE

I
Los ojos del fusilado

El hombre con quien va a hablar está muy desesperado, le había advertido Recaredo el día anterior, saliéndose de su papel de mero recadero. Era un hombrecito pequeño, difícil de recordar, que periódicamente traía recados. No le adelantó quién era ni por qué podría estar desesperado.

Con su cara autóctona redonda, inexpresiva, un poco infantil, y el corte de pelo militar, parecía tranquilo. Era muy alto, sobre el metro 85, sumamente joven, le habría echado a lo más dieciocho años, aunque sin duda tenía más edad, puesto que ya había hecho el servicio y estaba contratado, según dijo. Cuando se sacó los anteojos negros que traía, aparecieron unos ojos azules enrojecidos, inquietos. ¿Azules? Le pareció curioso. Parpadeaba muy seguido y el ojo derecho le temblaba con intermitencias. Ese mismo tiritón cargante que le vino cuando empezó a trabajar en el Equipo. *Surmenage* dijo el doctor Nogueira, viejo amigo de la familia, y le recomendó tomar mucha leche, reposar, irse al campo o a la Cordillera una semanita, desconectarse de preocupaciones y le recetó trillium, valium, algo así. No siguió el consejo porque no se podía, tampoco tomó tabletas. Los tiritones tendrían que pasar. Y pasaron. Es que había demasiado que hacer.

–Bueno, pues –sonrió y sintió que la sonrisa le salía falsa–, así que.

–Síp, así es –dijo el joven. Siguió un silencio.

–Entiendo que usted tiene algo que contar, un material interesante.

–Sí, los apuntes del curso.

Se sintió desorientado:

–¿Apuntes? ¿De qué curso? Bueno, a mí me dijeron que usted tenía algo que... ¿cómo es su nombre?

–Galvarino Klein. –De nuevo se quedó callado pero al final se decidió–: Yo vine porque un primo de mi mamá, el Eldo, como tío viene a ser, me presentó al padre Guillermo y después que hablé con él me cambié a la casa de encogida, que le llaman. Yo al padre le conté todo y él estuvo de acuerdo que me van a ayudar a salir del país porque en la de no... –hizo un ruido metálico, *clik* y luego el gesto de rebanarse, tragó saliva y su prominente manzana de Adán subió y bajó varias veces.

–Ya –dijo Jaime– ¿y por qué alguien iba a querer darle el bajo?

–Es que yo soy soldado y me deserté. ¿Entiende? Mi tío Eldo dijo que sería bueno que se sepa lo que yo supe y le dije que síp. Primero el padre Guillermo no quería, después aceptó pero dijo que él iba a poner sus condiciones. Después me avisaron que iba a venir una persona a conversar. Esa persona era usted.

–Exacto. Entonces me decía que lo van a sacar del país.

–Sí, es lo que me dijo el padre Guillermo. Y yo voy a tener que irme no más, aunque mi señora se quede sola y con el niño que está tan rechico, pero no conviene que ella viaje conmigo porque ya llegaron a la casa a buscarme y han de tenerla vigilada. Eso, por seguro. Así que mi otro tío, mi tío Tucapel, se la llevó a Coltauco, donde él tiene una casita. El padre Guillermo habla como alemán y yo me creo que es alemán. Se portó harto bien conmigo, a mi señora le entregó una plata y con eso puede vivir un tiempo con mi hijito. Yo le estoy muy agradecido, contimás que me están salvando la vida. Porque a mí me andan buscando, para ellos yo soy el peor de los traidores a la Patria y gente del comunismo y si estos curitas no me sacan luego del país, me van a agarrar, por más que me cuiden. Va a ser mi última hora. Pero tampoco aguanto más fondeado, sin hablar con nadie. Y es bueno que quede anotado en alguna parte lo que le pasó, dijo mi tío.

Apretaba entre las manos los anteojos oscuros, los retorcía y Jaime pensó: los va a romper. En el mismo instante se oyó un pequeño *krak* y los anteojos se partieron en dos. El muchacho los miró extrañado. Luego dejó las dos partes sobre la mesa y se secó las manos húmedas de transpiración en la chaqueta oscura que vestía y que le quedaba notoriamente estrecha.

–Comprendo –dijo Jaime–, tiene que cuidarse. En esta casa está seguro, aquí puede hablar. Yo voy a grabar lo que me diga, ¿está de acuerdo?

Se estremeció y meneó involuntariamente la cabeza en gesto negativo, se quedó unos instantes en silencio y al final:

–Grabe, pues. Con tal de que la cinta no vaya a caer en manos de los de la Inteligencia Militar. Aunque a la final, da lo mismo –hizo un gesto de resignación–, ya me tienen fichado y yo me deserté. Estoy condenado. Si me encuentran soy muerto. Y yo creo que de todas maneras me han de encontrarme.

–Perdone la pregunta pero, ¿cómo fue que se decidió a dar ese paso?

–¿Cuál paso?

–Bueno, desertar.

–Es que no podía más.

La voz se le puso temblona y le tiritó la barbilla. Luchó por dominarse.

–Está bien –dijo Jaime–, de eso podemos hablar después. Lo que interesa ahora es lo que tiene que contar y esos papeles que usted decía.

–Bueno yo... –algo más tranquilo– hice el servicio en la Escuela de Infantería de San Bernardo. Me saqué nota siete en todo: espíritu militar, preparación física, etc. A correr no me ganaba nadie, único a veces mi soldado Huenumán. Lo mismo en los ejercicios. Cuando nos dieron el arma y empezamos a disparar resultó que yo tenía la mejor puntería. A lo mejor sería porque ende que era chico, allá, cerca de Collipulli, salía siempre con mi papá a cazar las perdices en los rastrojos, a cazar conejo, zorzal, lo que fuera. Él llevaba la escopeta, una del 16 que sonaba como cañonazo, y a mí me pasaba un rifle 22, había que apuntar justo-justo, él prefería que yo le disparara a la perdiz cuando se elevaba de repente desde los pies mismos aleteando fuerte y fifí-fifí-fiíí, porque decía que con la escopeta iba a quedar la carne llena de municiones y es muy remalo cuando uno muerde un bocado con ganas y le sale una munición, capaz que se le quiebre un diente.

–Su apellido es Klein, ¿verdad? Apellido alemán.

–Alemán –dijo y pareció confundido.

–¿Su padre era alemán?

–No, chileno.

–Por lo que usted dice, a él le gustaba salir a cazar. ¿Su padre tenía tierras en el sur?

–Es que en realidad con el que yo salía a cazar, no era nada mi papá. Era mi tata.

–Ah, ya.

–Es que él era como mi papá.

Se quedó callado y cabizbajo un largo rato. Tal vez se sentía complicado o avergonzado.

–Perdone –dijo Jaime–, no quiero intrusear en sus cosas. No me haga caso. A lo mejor, mis preguntas están demás.

El soldado levantó los ojos y dijo:

–No, mire don, si la cosa es así: mi mamita trabajaba en la casa de don Rodolfo Klein. Ella le cocinaba, le hacía el pan, le cortaba leña, le lavaba la ropa, le remendaba. Un día que hubo una tremenda fiesta vino mucha gente, varios matrimonios alemanes, tremendo asado, corrió la cerveza, el pipeño, la chicha de manzana, el aguardiente. Por

la noche, el hijo mayor, el Rolfito, entonces ha de haber tenido menos de 18, bueno, él se metió... o sea, que hacía tiempo que la andaba molestando, diciéndole cosas.

–¿Molestando a quién?

–A mi mamá, pues. Y esa noche se metió a la fuerza en la pieza de ella. Ve que esa pieza está al fondo, separada de la casa grande, al lado de otra como bodega donde se guardan las cebollas, las papas y cosas viejas, y se metió a la guerra a la cama con ella. Tremendo pailón, se le echó encima y le torció los brazos y aunque ella gritó fuerte y se resistió, la violó no más. Como ella gritaba tanto, el Rodolfito le pegó y le sacó sangre de la boca. Al rato llegó don Rodolfo. Embromó en llegar porque estaba durmiendo, pero le fueron a avisarle de los mansos gritos que se oían. Cuando se enteró de lo que había pasado, le dio la feroz pateadura al hijo, que estaba como sopa con el trago. Después lo mandó castigado a la escuela de grumetes de la isla Quiriquina. Pero mi mamita quedó embarazada de él. Así nací yo.

Jaime no halló qué decir:

–Entonces, su padre era ese joven.

–Pero don Rodolfo me reconoció y me crió como hijo. Para mí él fue mi verdadero papá. Siempre. Nunca le dije tata.

–Son cosas que pasan –murmuró Jaime y pensó que era una frase idiota pero ¿qué se le puede decir a alguien nacido de una violación y encima prohijado por el que vendría a ser su qué: ¿abuelo, padre adoptivo?

–Sí –dijo Galvarino. Lo decía para dentro, como un suspiro.

Jaime pensó decir varias cosas al mismo tiempo pero le pareció que ninguna era apropiada. Trató de retomar el hilo:

–Volviendo a lo que me estaba contando, usted me decía que cuando iban a cazar usted les daba a las perdices justo en la cabeza.

–Justito.

–Buena puntería.

–Además resulté bueno en la esgrima con la bayoneta y el corvo. También salté con paracaídas. Pero sobre todo a mis jefes les gustó cómo yo aguantaba cuando vinieron las pruebas de interrogatorio.

–¿Cómo eran esas pruebas?

–Nos colgaban de los brazos dos horas, tres horas, cuatro horas o más. Algunos lloraban y rogaban que los descolgaran. Otros se descoyuntaban y se desmayaban del dolor. O nos dejaban de plantón, ocho, diez horas, y cuando uno ya se empezaba a dormir del cansancio, o no daba más y se iba para el lado, zás patada o puntazo

en las costillas con el cañón del arma. Aguantar no más se ha dicho, como buen soldado. Al final uno quedaba lelo, como ido. Con el plantón las piernas se ponen flaquitas de la rodilla para arriba y toda la carne de la pierna se va para abajo y se apelotona debajo de las canillas y parecía que tenía patas de animal, como de elefante, ¿me entiende?

–Le entiendo perfectamente.

–Pero lo peor era cuando nos ponían la corriente.

–¡Cómo! ¿También les ponían electricidad?

–Sí. Eso era parte de la instrucción.

–¿Y cuando les ponían la corriente, gritaban?

–Uno siempre trata de gritar, pero no podíamos porque nos ponían la mordaza muy apretada. Era lo peor: sentir que uno se ahogaba sin poder gritar y ese sacudón desde los pies hasta los pelos, parecía que lo pinchaban miles de espinas al mismo tiempo y que uno se moría no más.

Jaime se quedó silencioso.

–¡Por la mierda! –dijo al fin–, ¿y ninguno reclamaba por esos tratos?

–¿Reclamar? No, eso no. Así es la cosa y así ha de ser, nos decía mi sargento instructor, ésta es la carrera militar y al que no le gusta se va, y si no aguanta se va también. Es pa'hombres, decía.

–¿Y todos aguantaban?

–Algunos protestaban, pero eran muy poquitos, yo supe de dos casos no más. Otros pedían llorando no más por Diosito. Todos esos iban para afuera al tiro. No servían para Boina Negra.

–Pero usted aguantó.

–Sí.

–¿Por qué?

–Aguanté porque tengo aguante y porque yo quería ser Boina Negra y era el mejor del grupo.

–¿Y a usted le tocó también usar esos sistemas con sus compañeros?

–Igual. A ellos les tocaba conmigo. A mí me tocaba con ellos.

–¿Y no le causaba resistencia, no le daba rabia?

–No sé. A veces sí. Los jefes nos decían que era para nos pusiéramos duros, porque un Boina Negra tiene que ser duro para enfrentar al enemigo. A los más duros nos felicitaban. Decían que al enemigo hay que tratarlo así para que cante, es la única manera. Porque en la guerra la información es lo más importante.

–Y usted era de los duros.

–Sí, claro, yo terminé el curso de instrucción con la primera antigüedad.

Jaime lo miró fijamente:

–¿Nunca se le ocurrió pensar que ese enemigo no iban a ser soldados de un ejército extranjero sino chilenos iguales que usted o yo?

–No. Uno no pensaba mucho. El enemigo eran los comunistas, los guerrilleros cubanos. Además, entre ejercicios, formaciones, carreras, desarmar y armar el arma más ligero que todos, todo eso, no quedaba tanto tiempo para pensar. Lo importante era obedecer y ganar puntos.

–¿Y cuándo vino a recapacitar?

–Reca ¿qué?

–Recapacitar. O sea, pensar, darse cuenta. ¿Cuándo se le abrieron los ojos de lo que significaba todo eso?

El soldado abrió la boca, la cerró. La abrió de nuevo y la cerró. Pescado fuera del agua. Jaime vio que palidecía.

–¿Se siente mal? ¿Quiere un vaso de agua?

Bebió ansiosamente, se atragantaba, el agua le corría por las comisuras de los labios, por la barbilla. Al final suspiró.

–¿Quiere más agua?

–Sí.

Volvió a beber con ansias. Después colocó el vaso con todo cuidado en una mesita. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Así permaneció un largo rato. ¿Se irá a quedar dormido?

En ese momento la grabadora dio un pequeño chasquido. La cinta se había terminado. Con su acostumbrada torpeza manual, demoró una eternidad en la operación de sacar la cinta, darla vuelta, volver a colocarla y poner de nuevo en marcha el aparato. Entretanto, Galvarino Klein se había puesto a hablar con los ojos cerrados. La cinta avanzó algunas vueltas y de pronto se detuvo. Una lucecita roja parpadeante le indicó que las pilas se habían agotado. Naturalmente, no tenía otras a mano. Pedirle a alguien que se las consiguiera, ¿pero a quién? El soldado seguía hablando. No era cuestión de interrumpirlo, ya estaba lanzado. Jaime se puso a tomar apuntes en su cuaderno, a toda carrera, tratando de seguir el relato y de anotar palabras o frases que le sirvieran para reconstruirlo.

Lo reconstruyó en el informe que le pidieron.

INFORME ENTREVISTA CON GK

“Estaba muy nervioso, alterado, con mucho miedo. Dijo de partida que había desertado y que lo iban a matar con toda seguridad. gk hizo el servicio en la Escuela de Infantería de San Bernardo, después se contrató y al poco tiempo, fue destinado a un grupo seleccionado al que se dio un entrenamiento intensivo especial. Objetivo: formar parte de la unidad Boinas Negras. Por lo que relata, demostró condiciones excepcionales y adquirió destreza en todos los aspectos del curso: combate personal, esgrima con bayoneta y corvo, tiro, lanzamiento en paracaídas. Se les decía que Chile estaba en guerra con los comunistas rusos y con los comunistas chilenos traidores a la Patria pagados por los rusos, que querían ponerle la hoz y el martillo a la bandera chilena y en guerra también con los guerrilleros extranjeros (cubanos) infiltrados en el país, enemigos de la Libertad y de la Patria. Como parte del entrenamiento fueron sometidos a torturas: colgamiento, golpes, aplicación de corriente eléctrica, plantones y otros métodos. Las torturas eran efectuadas por sus propios compañeros y a él le tocaba, a su vez, torturarlos a ellos.

Una experiencia le causó serios problemas. Después del golpe fue trasladado al Norte junto con un grupo de soldados en el barco de transporte Lebu, que llevaba las bodegas repletas de prisioneros políticos. En Pisagua fue designado para formar parte de un pelotón de doce fusileros encargado de ejecutar a prisioneros políticos.

Los llamaron antes del amanecer. A él le tocó estar entre los seis de adelante, rodilla en tierra, los otros seis de pie detrás. Todo el regimiento estaba formado en cuadro. Jefe: el comandante Ramón Larraín. Desde detrás de la muralla que rodeaba el cementerio trajeron a tres hombres con los ojos vendados y los dejaron separados uno de otro un metro o algo así. Se había dado la orden de no moverse y guardar absoluto silencio. Los tres hombres no se imaginaban que estaban delante de todo el regimiento formado. El oficial dio la orden de disparar en silencio, sin voz de mando: subió una mano y la dejó caer de golpe. Los doce disparos sonaron muy fuerte en medio del silencio. Los tres cuerpos saltaron con los impactos.

Para el soldado Klein lo terrible fue que una bala disparada por él (es lo que cree porque no disparó a la redondela negra que tenían los prisioneros en el pecho sino más arriba), le arrancó la venda a uno de los prisioneros. Con los ojos desorbitados, el fusilado debe haber registrado en su último segundo de vida el pelotón de fusileros y la formación que los encuadraba. Al soldado Klein le pareció que ese hombre lo había mirado a él, directamente, como si le hubiera tomado una foto y se la llevó, la foto de su cara, a la muerte o al más allá. Más tarde un sargento le dijo que aquel

fusilado era del MIR y se llamaba Lizardo o Lizardi.

En este momento del relato gk estalló en un llanto desesperado que duró largo tiempo. Cuando pudo calmarse, declaró que nunca había podido olvidar ese momento, sobre todo los ojos del fusilado que lo miraban a él. Desde que lo mandaron de vuelta, destinado a la Escuela de Paracaidistas y Fuerzas Especiales, comandada por el coronel Alejandro Medina Lois, comenzó a sentirse perseguido por esos ojos. Despertaba en la noche poco después de quedarse dormido y lo estaban mirando. Empezó a verlos también en el día, a toda hora. Sintió que iba a volverse loco. Empezó a hablar solo. Como el oficial a cargo lo notó alterado, lo mandó donde un médico. Éste lo examinó, le hizo muchas preguntas, pero el soldado no le dijo lo de los ojos. Sí, que le había tocado participar en fusilamientos, que tenía pesadillas y no podía dormir. Al final, el doctor le dio un tranquilizante o algo así y dispuso que se le diera una licencia de seis días para que reposara y pudiera reponerse.

Llegando a Santiago decidió no regresar. Un pariente lo puso en contacto con unos curas alemanes. Pero a los tres días empezó a sentirse angustiado y a pensar que no podía hacer eso, no podía desertar. Le daba vergüenza pensar en lo que iban a decir de él sus compañeros. Sentía que arrancar era una falta de lealtad con el ejército, con los jefes, pero sobre todo con sus camaradas de armas. También le daba miedo porque sabía que si no volvía a la unidad lo iban a buscar por todas partes y no iba a tener otro destino que la muerte. Al final habló con uno de los curas y le dijo que quería volver a su unidad. No le pusieron inconveniente.

Al llegar a este punto, tuvo una especie de desvanecimiento. Puso los ojos en blanco y cayó hacia delante, golpeándose la frente contra la mesa. El golpe le produjo una sacudida y con eso, al parecer, recuperó el conocimiento. Pero tuvo un nuevo acceso de llanto. Después de beber más agua y de un largo rato de llanto algo más sosegado, con sollozos y suspiros, dijo que no podía seguir hablando.

Instantáneamente apareció un cura muy joven, llamado Freddy, que lo acompañaba y dijo: basta por hoy, Galo, tienes un tremendo cototo en la frente, te vamos a hacer una curación. Y dirigiéndose a mí, agregó en tono pesado: Mira, oye, no insistas más. Se le dijo que por parte nuestra no hubo ninguna insistencia y que estaba claro que el soldado no podía seguir hablando en ese momento. El cura joven se lo llevó de un brazo. Al salir el muchacho hizo una venia de despedida y dijo: perdone, después seguimos.

Parece poco probable que el diálogo vaya a reanudarse.

II
Los días y las noches

Hacía mucho tiempo que no miraba el calendario. Los días pasaban muy semejantes entre sí, y la angustia de los primeros tiempos por las noticias de tanta atrocidad y tantos muertos y muertas, algunos compañeros y amigos cercanos y hasta niños, se disolvía en la ansiedad permanente por abarcar y entender lo que estaba pasando y por la urgencia de ponerlo por escrito lo más pronto posible para que se supiera. ¿No será que nos vamos acostumbrando? No, para nada. A cada nueva salvajada renacía su indignación, y también la sensación de impotencia. Una congoja permanente le contraía la garganta, causándole dificultad para tragar, a veces para respirar. Pero la noche era lo peor.

Apenas se quedaba dormido empezaba a ponerse rígido y luego a retorcerse, tratando de huir de unos seres con capuchones puntudos como los del Ku-Klux-Klan y uniformes de combate, con manchas verdosas y amarillentas, que le aprisionaban ambas manos con unas abrazaderas adosadas a una mesa y ajustadas con tornillos a sus muñecas y le arrancaban las uñas, una a una, lentamente, con un alicate, a veces sacando un trozo de dedo junto con la uña. Sabía que nadie llegaría a salvarlo, gritaba, pero de su garganta no salía ningún sonido, se ahogaba. Despertaba a medias en su pieza oscura, volvía a dormirse y en seguida aquellos demonios lo arrastraban a un camastro metálico conectado a la corriente mientras él se resistía y gritaba ahogándose con terrible angustia, sin poder producir sonido alguno. Finalmente conseguía gritar, raspándose horriblemente la garganta. Su propio grito lo despertaba. Se levantaba temblando, con fuertes palpitaciones, el piyama empapado en sudor, la boca seca, y caminaba descalzo hasta la cocina para tomar agua. A veces escuchaba la voz del Viudo que preguntaba alarmado: qué, qué pasó. Nada nada, respondía, mientras abría la llave del lavaplatos para beber con ansias el agua helada, que recogía en el cuenco de la mano.

Demoraba de intento en volver a la cama, porque sabía que lo estaban esperando. En cuanto se quedaba a medias dormido aparecían de nuevo los verdugos de trajes manchados o aparecía de nuevo aquella mujer sin cara o con una cara blanca borrosa, cubierta por una larga túnica negra. En la mano derecha, a medias oculta por los pliegues del manto, sostenía igual que antes una herramienta o instrumento metálico que no lograba distinguir, ¿hechona, hacha? Un miedo espantoso le erizaba los pelos. Varias veces quiso huir de la mujer cara blanca pero no pudo. Sabía que la conocía, había hablado

con ella, hasta recordaba el tono de su voz, tenía su nombre en la punta de la lengua, si lo recordara acaso el espanto iba a desaparecer. Pero no. No podía. A la vez sabía que estaba soñando. Quería despertar pero no lo conseguía. La mujer se le acercaba con un gesto vago que parecía una sonrisa en su cara borrosa, por momentos gaseosa. Trataba de incorporarse y se encontraba maniatado y con los pies atados a un riel oxidado. Despertaba temblando, bañado en sudor frío.

Tendido en su cama, aun sacudido por la reciente visión, le pareció una noche sentir un mínimo ruido. Se puso a escuchar con intensa atención: tal vez sabían dónde estaba, tal vez ya estaban aquí. El motor de un auto con vidrios oscuros ronroneaba con suavidad de gato acercándose lentamente. Se quedó sentado en la cama. En la semioscuridad, miraba hacia adelante con los ojos enormemente abiertos. De la ventana, por el borde del postigo de madera, salía una delgada línea de luz del farol de la calle. El automóvil oscuro se aproximaba en silencio, en cualquier momento van a sentirse los golpazos a la puerta de calle. Tal vez ya entraron sin hacer ruido ¡están aquí! y se le echaban encima para arrastrarlo.

Se levantaba de nuevo a tomar agua. Volvía tiritando de frío y lograba dormirse cuando se escuchaban los primeros gallos lejanos, luego los del vecindario y a continuación los motores de las primeras micros que aserruchaban al partir en la esquina cercana.

A veces dormía hasta las nueve o diez de la mañana, pero generalmente despertaba a las siete y media en punto y sin más que unos diez minutos de flexiones y un aseo simbólico, se sumergía en la tarea diaria: escuchar los noticiarios de la radio, leer los diarios, marcar o recortar algunas noticias, hacer unos apuntes para la pauta. Con nadie hablaba de sus temores nocturnos, aunque el Viudo se daba cuenta, tal vez oía sus gritos: lo notaba en su manera de mirarlo. Una o dos veces le había dicho algo, si no quería una agüita de melisa o unas gotas de valeriana para los nervios. Él rehusaba y cambiaba de tema.

Casi siempre que salía a la calle veía a la Rosa, divisaba su cara en la ventanilla de una micro que se alejaba o la reconocía en una mujer que iba caminando delante de él. Pero, cuando se apuraba para adelantarla y volvía la cabeza, se daba cuenta de que no, nada que ver. ¡Cómo había podido creer que era ella! Una vez la vio con toda claridad en el andén de una estación del metro, en el momento mismo en que se cerraba la puerta del vagón y el tren se ponía en marcha y comenzaba a alejarse irremediablemente.

Agachaba la cabeza y se dedicaba a cumplir su tarea. No meditaba mucho sobre “la situación” ni sobre las perspectivas

políticas. A pesar del pavor nocturno, sentía un optimismo irracional: una dictadura así no puede durar demasiado en Chile ¿Qué es demasiado? ¿Y qué es Chile? Se preguntaba si el país era realmente el que conocía. No había sido de los ilusos del primer tiempo, los que decían que los milicos iban a volver a los cuarteles en un año, a lo sumo dos, y a entregar el poder a algunos viejos civiles diplomados en retórica republicana, para que llamaran a elecciones. No iba a ser así. ¿Entonces la dictadura iba a durar diez años, veinte años, treinta años?

Con Claudio se reunía periódicamente en la oficina que éste había instalado, supuestamente para su futura agencia de publicidad "Arrow", en un pequeño departamento de un ambiente cerca de la calle Nevería. En la oficina había un escritorio, dos máquinas de escribir, una de ellas eléctrica, un estante con libros sobre publicidad comercial y administración de empresas, casi todos en inglés y una colección de *National Geographic*. Había además una mesita baja con diarios y algunas revistas chilenas como *Ercilla* y *Vea*.

Además del boletín de la radio, Claudio le traía datos y rumores sobre interioridades del régimen, pescados por ahí o por allá. A veces provenían de gente del Canal. Los dos se aplicaban para tratar de saber, interpretar o adivinar lo que pasaba realmente y, además, de entenderlo. Ya era evidente que el proyecto de la dictadura (o sea, de los yanquis) era a largo plazo. Lo primero había sido la imposición violenta de un régimen cuartelero. Fascista, decía Jaime. Claudio no estaba convencido: no sé, aquí no hay un partido fascista y se ve difícil que lo instalen, aunque antecedentes y bases sociales hay. Pero el *führer* Pablito Rodríguez tuvo que archivar su Patria y Libertad hasta nueva orden. Jaime aventuró: ¿acaso el ejército no desempeña el papel del partido fascista? El argumento hizo vacilar a Claudio, sin convencerlo. Sí estaban de acuerdo en que la dictadura, bajo su forma castrense, había sido copada, en los mandos decisivos de la economía y en muchas decisiones políticas, por la derecha más momia y los tecnócratas de Chicago. Con el beneplácito de Pinochet, claro. Todo estaba planeado así de antemano por Kissinger y la CIA. Y hasta por escrito, en el Libro Blanco. Pero en el proyecto político pesaba también, insistía Claudio, la santa doctrina y las tinterilladas del Jaime Guzmán y sus boys gremialistas. Lo ocurrido no era un simple cuartelazo. Era la demolición sistemática de todo lo que había surgido en más de un siglo: la democracia chilena, los partidos, la izquierda, el movimiento obrero, los sindicatos, las conquistas sociales, la jornada de ocho horas, el mes por año, el derecho de huelga. Y la privatización de todo: la salud, la educación pública, la previsión, la electricidad, el petróleo, el acero, los puertos, las playas y a lo mejor, hasta el cobre. Y un candado legal que excluyera para siempre la posibilidad del

socialismo. Por eso y para eso se necesitaba la liquidación física de los dirigentes y masivamente de los militantes de la izquierda, de los dirigentes sindicales, la destrucción del sistema de partidos. Y el terror duradero de la población.

Jaime destilaba a veces estas observaciones en comentarios o breves referencias a lo largo de las noticias de cada día, que redactaba para la radio. Trabajaba hasta tarde, leyendo los diarios y tratando de descubrir algo entre líneas; o bien, leyendo el *New York Times*, la revista *Time*, el *New York Herald Tribune*, algún diario argentino y raras veces *Le Monde*: es que el Viudo Barrientos tenía un sobrino que trabajaba en Pudahuel haciendo aseo en los aviones y recogía todo lo que dejaban los pasajeros. Los *Playboy*, las revistas porno, también las deportivas, se vendían bien, pero los diarios despertaban menos interés. Algunos se los pasaba a un periodista que vivía de punto fijo en el aeropuerto cubriendo llegadas y partidas de celebridades extranjeras, delegaciones deportivas, autoridades militares; los demás se los entregaba al Viudo y así llegaban a manos de Jaime.

Más tarde aún, sintonizaba con muy bajo volumen la radio de onda corta Blaupunkt que le había regalado su hermana Chita. Escuchaba las transmisiones de Moscú y de la bbc de Londres, Radio Hilversum de Holanda, Radio Suecia Internacional, Radio Berlín Internacional. A veces, con dificultad, Radio Habana Cuba. Más a menudo, Radio Praga. Lo admiraba la cantidad de información que se transmitía sobre Chile, la desproporción entre semejante despliegue y la realidad del lejano país esmirriado. Era tal vez el carácter simbólico del golpe en un país de tradición democrática, con bombardeo de la Moneda y con Pinochet, dictador militar sudamericano de la doctrina de "seguridad nacional" con sus anteojos oscuros. Lo asombraba la cantidad de noticias sobre Chile que se ignoraban en el país. Muchas veces se quedaba trabajando hasta la madrugada.

–¿Hasta qué hora estuvo anoche dándole a la máquina? –le preguntó un día el Viudo.

–No sé. Hasta las dos, algo así.

–Puta que es fanático usted, compañero. Pero, ¿sabe lo malo?

–¿Qué es lo malo?

–Que en la noche la matraca se oye muy fuerte. Usted no se imagina. De repente alguna vieja momia del barrio, un paco o uno de la dina va a parar la oreja.

Le pareció una advertencia digna de tomarse en cuenta. Se puso en campaña y consiguió con un control, amigo de sus viejos tiempos radiales, un buen montón de planchas de celotex, de las que se usaban como revestimiento de los estudios. Estaban usadas y bastante sucias,

pero podían servir. Entre el Viudo, diestro con las herramientas y él, que aportaba indicaciones o ayudaba a sujetar una plancha, armaron una especie de concha-locutorio, una caparazón como la de un coleóptero, con un esqueleto de listones de madera, forrado con aquellas planchas de celotex, con sus perforaciones regulares. Este encatrado se instalaba sobre la mesita donde estaba la máquina de escribir. Efecto: se redujo notablemente la propagación del ruido. Inconveniente: a la media hora dentro de aquel cubículo, estaba bañado en sudor y semiahogado. Por eso, se acostumbró a sacarse la ropa de arriba y también los pantalones para trabajar. Escribía en calzoncillos, incluso en invierno. El Viudo sacudía la cabeza y le decía que tuviera cuidado con enfriarse al salir porque podía agarrarse una pulmonía. Al terminar la faena cada noche o, más exactamente, cada madrugada, procedía a desmontar el caparacho, lo que le provocaba furiosos estornudos: del revestimiendo de celotex desgastado se desprendía polvo y una especie de pelusa de color amarillento que flotaba en el aire. Voy a terminar con silicosis radial, celotexis, pensaba a veces.

Trataba de alargar la jornada para ir postergando el momento más temido, el de acostarse a dormir. Y aunque estaba agotado y le dolía la espalda al meterse en la cama, en vez de reposar imaginaba los terrores que lo aguardaban. Una noche el Viudo lo invitó a tomarse un trago de vino con él.

–¿Algún motivo, razón, pretexto?

–No –dijo el Viudo–, nada especial. Es que estoy de cumpleaños.

–Ah, pucha. Ese sí que es motivo. Claro que sí. Entonces ya, pues, con su amigo.

Jaime le dio un medio abrazo torpe, como de lado, y lo miró con atención. Era moreno oscuro, de ojos huilliches y cejas gruesas, tenía apenas unas cuantas canas en las sienes y pocas arrugas. Alguna vez habría sido gordo y mofletudo pero ya estaba desinflado. La camisa de tela áspera de tanto lavarla, abotonada hasta arriba y sin corbata (tal vez no la había usado nunca) le quedaba ancha, casi flotante. El cuello, cogote de pavo. Sus manos eran pequeñas y extrañamente lisas, sin nudos ni venas prominentes.

Se sentaron a la gran mesa que el Viudo conservaba en el antiguo comedor, en desuso desde la muerte de su mujer y la partida de su hija casada y del otro hijo que se volvió a Chonchi para hacerse cargo de unas cuadras de tierra y unas ovejas heredadas de la abuela. Era una habitación de buen tamaño, con olor a encierro. El dueño de casa se había esmerado en el aseo, los muebles relucían, la mesa, el aparador y las sillas no tenían huellas de polvo.

–Ende mucho antes del 11 que no se hacen reuniones aquí –dijo

el Viudo–. Esta casa no es pa'nada conocida.

Se sentaron frente a frente, con las respectivas cañas. Entre ambos, puso además un plato con trozos de queso y algo de charqui. Luego, con cierta solemnidad, procedió a abrir la botella, que no tenía etiqueta. Era un tinto áspero, que teñía los vasos y dejaba un sabor metálico en la boca.

–Es por el tanino –dijo el Viudo haciendo chasquear la lengua después del primer trago–. Es mucre y así tiene que ser.

–¿Mucre? ¿Y qué es mucre?

–Mucre, pus iñor. Es así no más, mucre. ¿Me entiende? Que le deja la boca seca. Este vino me lo manda un compadre que tiene una viñita cerca de Niblinto. Así son los vinos por allá, gruesos y… mucre.

Desistió de averiguar más sobre el concepto físico o metafísico de la mucredad. Bebieron demoradamente, conversando por primera vez de cosas personales, desde que Jaime se había instalado en la casa casi dos años antes.

El Viudo se fue dejando caer como de soslayo:

–Usted es casado, ¿no?

–Sí. O más bien, era. Mi mujer me dejó cuando vino el golpe y se fue a Francia con la niña.

–¿Su hija?

–Sí, mi hija.

–¿Y qué edad tiene?

–A ver… debe tener nueve años a estas alturas.

–¿No la ha visto más?

–No, pues. ¿No ve que está en Francia?

–¿No le ha escrito?

–Le escribí una vez después que se fueron. No me contestó. Tampoco me contestó la madre.

El Viudo se limitó a mirarlo y levantó el vaso:

–Salud, compañero.

Bebieron, comieron más queso y masticaron largamente el charqui. Luego bebieron de nuevo. Jaime sentía pena. ¿Será la pena del curado? No era para tanto. Lo invadió la conocida sensación de culpabilidad. No por Alicia, por Alicita. Pensaba en ella a menudo, pero no se decidía a sentarse a escribirle una carta.

–Bueno pues, compañero, le deseo que viva sano muchos años –la voz le salió algo temblona–. Salud.

Terminaron la botella. El Viudo trajo otra. Jaime quiso rehusar:

–Mejor que no… ¿No cree que ya está bueno?

–Póngale no más. Usted sabe que entre ponerle y no ponerle…

–Más vale ponerle.

–Justo.

Demoraron una hora en beber la segunda botella, mientras mantenían una conversación desganada, medio tristona.

–¿Y usted no tiene ahora ninguna mujer?

–La verdad es que no. A veces salgo con una compañerita. Bueno, pues, si usted la conoce.

–Sí, la he visto por aquí. La Teresita. Hija del finado compañero Muñoz, que apareció muerto el 12 en el río a la altura del Puente Bulnes.

–¿De veras? –ella nunca le había hablado de eso.

–Así es, pues. Pero, si me permite, disculpe la intrusidad, pero ¿sabe?, yo me creo que usted debiera de buscarse una compañera estable. La Tere es muy buena mujer, nada de mal parecida, ha de ser cariñosa, pero lo malo es que es casada.

–¿¡Casada!? No tenía idea.

–Sí, casada con un compañero. ¿Ve, pues? Y con dos niños. Pa'que vea. Pero, en fin, usted sabrá. Lo que yo le digo es que no puede seguir con esta vida que hace. No se ha hecho el hombre para vivir solo.

–Lo mismo me dice mi hermana –sonrió–. ¿Y usted? ¿Acaso usted no vive solo? Usted no tiene compañera.

–Yo soy viejo, no estoy para esos trotes –dijo el Viudo–, compañera tuve hasta que se fue. Usted es joven.

–¿Viejo? No parece tanto.

–No se equivoque. Tengo 79, voy pegando para los 80.

–Nunca me lo habría imaginado. ¡Salud por eso, pues!

Apuraron los vasos. Jaime masticó las últimas hilachas de charqui. Se desearon buenas noches.

–¡Ah! Y feliz cumpleaños –dijo Jaime.

–Gracias –respondió gravemente el Viudo.

Se quedó dormido de inmediato sin pesadillas. Despertó tarde y después de la ablución ritual reanudó su tarea de revisar la prensa.

III
En el espejo

Un día, a media mañana, el Viudo Barrientos se asomó al encatrado, bajo el cual tecleaba aplicadamente en la máquina y le dijo:

–¿No le parece que se está poniendo pelucón?

Se sintió sorprendido:

–¿Usted cree?

Fue a mirarse en el espejo del baño y notó que el pelo le cubría en parte las orejas. Es cierto, pensó. Pero rechazó el ofrecimiento del Viudo de trasquilarlo sin más trámites. Como era sábado y ya no había despacho hasta el domingo por la tarde, decidió ir a una peluquería. Pasó por su mente la imagen fugaz de su padre sentado en un sillón de la peluquería del viejo Club Militar, emponchado de blanco y leyendo el programa de las carreras en el diario.

Hacía diez días o más que no ponía los pies en la calle. Era un día otoñal, más bien tibio, a ratos nublado y fresco, a ratos con sol. Caminó por Brasil a lo largo de las palmeras nostálgicas del trópico, amarillentas y raquíticas, hasta la Alameda. Bajó en dirección al centro, sin pensar mucho en la ruta. Los pies lo llevaron por las viejas calles de la infancia, Lord Cochrane, San Ignacio, Alonso Ovalle, Olivares. Dobló por Dieciocho, recordó las calenturas de las matinés del teatro Dieciocho, las corridas de mano sudorosas y apresuradas, los besos de comisura con lengüeteos torpes, los manoseos apurados. Y mientras tanto, la Shirley Temple de la mano de un negro flaco bajando una escalera sin dejar de zapatear, El Llanero Solitario galopando al compás de la Obertura Guillermo Tell y un cabro chico voceando chocolatecaluguimenta. Caminaba con lentitud, mirando hacia los pisos altos, con la sensación de ver por primera vez las torrecillas, los balcones con volutas florales de fierro forjado, las altas fachadas barrocas afrancesadas, un París subdesarrollado en pequeñas dosis, tres o cuatro casas seguidas, después las fachadas impersonales, las casas de adobe de un piso o los cubos grises considerados modernos en los años 40.

Bajó la vista y se encontró ante una peluquería. Femenina, sin duda: “La Gilda”. Había un gran retrato de la Rita Hayworth junto a la entrada. “Unisex”, leyó. Nunca había entrado a una peluquería bisexual. A través del ventanal vio que había un hombre ensabanado sentado en un sillón, otro hombre le estaba cortando el pelo. Vaciló. Finalmente decidió entrar. El peluquero, vestido con una especie de guardapolvo acinturado de color azul eléctrico, le hizo un gesto

acogedor mientras desvellaba cuidadosamente con navaja el grueso tungo de su cliente:

–Cinco minutos y lo atiendo, caballero. Tome asiento.

Obedeció. Se hundió en un sillón demasiado blando y se puso a hojear unas revistas del año de la cocoa.

–Ya, joven, pase no más –dijo el peluquero, en tono meloso, mientras lo envolvía en una sábana rosada–. Siéntese aquí. ¿Está cómodo? ¿Quiere un diarito? Se va a cortar el pelito, ¿nocierto? ¿Le ponemos unos pañitos calientes para el cutis?

A su padre le gustaban aquellos paños calientes, fomentos los llamaba, que a él siempre le parecieron algo ridículo o afeminado. Rehusó:

–El pelo no más. Regular, más bien corto.

–Corto, pero no militar –dijo el hombre con su qué.

–No, no tanto.

–Ah, muy bien –sonrisita.

Se mantuvo serio. El peluquero dio comienzo a su tarea revoloteando en torno de su cabeza como un colibrí, con mucho clip-clip de tijera y Jaime se sintió invadido por la somnolencia que desde niño lo invadía cada vez que le cortaban el pelo. Entrecerró los ojos unos minutos, luego hizo un esfuerzo por abrirlos y, enfrente, en el espejo que reflejaba una amplia zona de la peluquería a sus espaldas, se vio a sí mismo sentado y vio a la Rosa. ¡Otra vez! Sacudió la cabeza para que la imagen se disipara, cerró los ojos con los párpados muy apretados y volvió a abrirlos. Pero no se disipó: en el espejo, o sea, a sus espaldas, a corta distancia, estaba la Rosa, pálida, inmóvil, vestida de rosado y con una pequeña palangana metálica en las manos, mirándolo fijamente. La encontró tan bella que no se sintió seguro de si era real o imaginaria.

–Rosa –dijo sin voz, formando la palabra con los labios.

Ella lo miraba con la boca abierta. En un solo movimiento, Jaime se levantó del sillón, sacándose a tirones la sábana, apartó al peluquero, que decía algo y se interponía en su camino, y dando media vuelta avanzó hacia Rosa. En el mismo momento, ella dejó caer la palangana que sostenía. Se produjo un estrépito metálico enorme y todo se paralizó. Las peinadoras con sus delantales rosados, el peluquero, una señora que iniciaba su marcha hacia la salida: todo el mundo permaneció congelado, sin moverse, como aguantando la respiración. Debajo de los cascos de astronauta de los secadores vio los ojos muy abiertos y las caras de susto de tres mujeres. En medio del silencio total, con una sensación de irrealidad, Jaime dio dos, tres pasos hacia Rosa y se detuvo frente a ella. Percibió de pronto que ella

estaba llorando y que él también estaba llorando. Rodaban las lágrimas por las mejillas de ambos. Se miraron sin hablar, llorando en silencio, un tiempo larguísimo. Luego ella se desprendió de su delantal con facilidad mágica, salió de él como sale una crisálida del capullo, y lo dejó caer. Jaime la tomó de la mano y los dos caminaron lentamente hacia la salida, sin dejar de mirarse y sin hablar.

En la peluquería se produjo un gran suspiro colectivo. Los clientes y las clientas, las peluqueras, el peluquero, miraban atónitos hacia la puerta, con la sensación de haber presenciado un hecho extraño o milagroso. Algunas mujeres tenían los ojos cuajados de lágrimas. Luego, gradualmente, empezó a subir un runrún de voces, un vendaval de preguntas y frases truncas: ¿pero qué, qué pasó, la Rosa, quién es ése, por qué, es su hermano, es su novio. Es...? La Rosa, se llama Rosa, ¿no? ¿Y por qué salieron así? Robertito y una de las peinadoras corrieron a la puerta y vieron que se alejaban caminando de la mano por la vereda, sin dejar de mirarse, envueltos y aislados en una nube propia, ciegos y sordos a todo lo demás, y desaparecían a la vuelta de la esquina.

Margarita salió de su pequeña oficina en la que había estado revisando papeles y se detuvo asombrada al sentir primero el silencio y luego el repentino estallido de voces, al percibir el desconcierto general, los rostros azorados, las miradas erráticas. Se quedó petrificada, sin comprender, hasta que se le acercó Robertito:

–Pero ¿qué pasó? –le preguntó.

–Se fue –dijo él.

–¿Quién? –preguntó ella llevándose una mano al pecho.

–La Rosa... se fue la Rosa.

–¿Se fue? ¿Pero cómo? ¿Se fue sola?

–No. Sola no. Se fue con un hombre. Un joven. Yo le estaba cortando el pelo y de repente los dos se miraron por el espejo, se encontraron y...

–¿Y qué? –gritó Margarita.

–Se tomaron de la mano y se fueron.

Se quedó callada largo rato. Al final, con voz casi inaudible, murmuró:

–Él volvió y ella se fue con él.

IV
Formación de especialistas

En la casa apareció el borroso Recaredo para citarlo a una reunión. Le preguntó para qué y el mensajero sacudió la cabeza. Pero al irse, le dijo entredientes que era para seguir la conversa del otro día con el milico. Le resultó inesperado. El soldado no le había contado todo, pero Jaime se había quedado con la idea de que no volvería a verlo.

Era un edificio chato y gris. Nada lo destacaba entre los viejos chalets con jardines y los acacios mustios de la calle. Subió al departamento del cuarto piso que le habían indicado. Pulsó el timbre con toques largos y cortos según el código. Le abrió un hombre canoso y le hizo una reverencia de estilo europeo, sin decir una palabra. Respondió de igual modo. Por señas, el hombre lo hizo pasar. Entró a un living vacío, sin muebles, donde había un teléfono en el suelo. Luego, el hombre le hizo una seña con la pera para indicarle que subiera al piso superior por una escala interior. Arriba continuaba el vacío, sus pasos resonaban en el parquet recién encerado. Casi enfrente de la escalera había una puerta entreabierta. Dijo con permiso y entró.

No había nadie. Vio un atril con un libro grueso (¿sería la Biblia?), una mesita con dos sillas, una a cada lado y, en una esquina, un antiguo reclinatorio, la parte superior forrada en terciopelo morado.

Se detuvo junto a la mesa. Al cabo de dos minutos, se oyeron voces, la puerta se abrió y aparecieron Galvarino y un joven muy sonriente, de bluyíns y sandalias, que se presentó como Freddy. Sólo la pequeña cruz de madera en la solapa indicaba que era un cura. Venían conversando, muy animados, se reían. Lo saludaron de mano. Freddy trajo dos vasos y una botella con agua mineral que dejó sobre la mesa. Le dijo:

–Bueno, aquí se lo traigo de nuevo. Dice que quiere completar la declaración de la otra vez. ¿Cuánto tiempo será?

–No sé –dijo Jaime–, depende de él. ¿Tal vez una hora?

–Está bien, vengo a buscarlo en una hora.

Se sentaron a la mesa frente a frente. Galvarino estaba cambiado: su cabeza parecía una escobilla, le había crecido el pelo verticalmente y se le veía más claro que antes. Además tenía una sombra sobre el labio superior, un bigotillo incipiente. Parecía más tranquilo y más seguro.

–Bueno, bueno pues, je, je –dijo Jaime, y para qué mierda uno tendrá que decir frases que no significan nada y reírse como un imbécil–, me alegro de verlo de nuevo. Ya pensaba que ya no.

–Sí me doy cuenta. Yo tampoco estaba seguro de seguir con esto. Pero después –se quedó abstraído, rememorando– me di cuenta que si contaba algo, mejor contarlo todo. Si me agarran –hizo con la mano derecha el clásico gesto de cortar el cogote–, al menos quedará eso, para que se sepa. Además, tenía que entregarle los apuntes del curso, ¿se acuerda que le dije?

–Sí, me acuerdo. ¿De qué curso?

–Mire, le voy a contar del principio. Después que me regresé a la unidad volví al servicio. Me ascendieron a instructor asistente y me pusieron una "A" en la manga. Estuve dos semanas en eso, sacándoles la cresta a los nuevos que llegaron, igual como me la habían sacado a mí, que saltos, carreras, cuerda, avanzar arrastrándose, codo y rodilla, disparar corriendo, saltar de dos, tres metros y saber caer dando vuelta carnero, bayoneta, corvo, pasar debajo de los alambres de púa, todos los ejercicios. Y aguantar la corriente, los plantones, todo eso. Terminaba ronco de dar gritos y tan cansado que ya no pensaba en nada. Caía a la cama como muerto y me iba de un tirón hasta la diana, que era a las cinco.

–Estaría agotado.

–Sí. Pero además, ya no me perseguían los ojos.

–Los ojos del fusilado...

–Del que yo afusilé.

–¿Y usted qué pensaba?

–Pensaba harto poco. A veces pensaba que así es la vida militar.

–Y le gustaba...

–¿Para qué lo voy a negar? Me gustaba.

–Incluso torturar a los otros soldados.

–No se dice torturar. Es parte de la formación. Para ser duros. ¿Me entiende? No es que me gustara. Era el deber.

Jaime quiso decir algo, pero se detuvo. En fin de cuentas, se arrepintió, ¡desertó! Parecía increíble.

–Bueno, ¿y qué más pasó?

Galvarino se quedó un largo rato en silencio. Movía los labios pero no decía palabra, ningún sonido. Al final habló con esfuerzo:

–Me dieron una licencia de siete días. Era como un premio. Y yo quise ir a ver mi mamita porque hacía mucho tiempo que no la veía y un primo que trabajaba en una panadería, que me lo topé de pura

cazuela en Traiguén, me dijo que ella no estaba nada bien. Como un año que no la veía. O más todavía, desde antes de hacer el servicio.

–¿Dónde vive ella?

–Bueno, ella vive en una reducción, cerca de Cholchol.

–¿Es mapuche?

–Mapuche, sí.

–¿Y cómo se llama?

–Fresia Vargas Cayupil.

–O sea que usted es Klein Vargas –dijo Jaime (astuta deducción, estúpido)–, bueno, siga no más. ¿Cómo estaba su mamá?

–La encontré alentada, aunque muy viejita. Estuvo delicada del pecho pero se mejoró con los remedios de hierbas que conocen los viejos. Después que se murió mi papá, o sea, mi tata don Rodolfo, ella se quería volverse a su tierra, con los otros tres hijos que tiene y la hija, que es menor, y con el marido, que bien poco más le duró. Hasta lloró cuando me vio. Yo nunca antes la vide llorar. Estuvimos varios días juntos, comimos catutos y sanco y mote con soplillo, un día tomamos muday. Después, una tarde vino un compadre de ella, el Sixto Cayuqueo, traía chicha de manzana y nos tomamos como cinco litros. Esos días mi mamita no decía nada y yo también no le decía nada. Nos estábamos juntos, ella me apretaba la mano y no decía nada. Y a ratos suspiraba. Tampoco yo antes nunca no la vide suspirar así.

–¿Entonces nunca conversaron?

–Bueno, yo de a poco le fui diciendo de la vida militar. Cómo era dura la cosa. Al final, cuando ya me faltaba un puro día para volverme, de un repente empezó a hablar. Y me contó toda la cosa terrible que había pasado. Mi tío Lautaro era el Lonco de la comunidad.

–¿Lonco?

–Cabeza. El jefe.

–Ya, siga no más.

–Bueno, mi tío y otros más fueron a algunas reuniones con unos jóvenes que anduvieron por la zona hablando de la reforma agraria, decían que no hay que estar esperando lo que haga el gobierno, tenimos que tomarnos las tierras no más, para eso son de nosotros, los mapuche. Recuperarlas, decían. Contaban de muchas partes donde la gente se había tomado la tierra y si esto pasaba en todo el país ya no iban a tener de dónde sacar tantos pacos para sacarlos.

–¿Esos jóvenes eran comunistas, socialistas, miristas o del MAPU?

–Sí.

–¿Cómo sí? ¿Todo eso junto?

–Yo me creo. No sé. Hablaban de organizarse para recuperar las tierras que antes fueron mapuche y de empezar a juntar armas. ¡Armas, pf! Puras herramientas, como echona y horqueta, también chuecas o coligües largos como lanzas, todo lo que puede servir para pelear. Fuera de alguna escopeta vieja o alguna carabina o revólver, porque la gente de campo casi siempre tiene algún arma por si se ofrece, para cazar algún conejo o para matar al zorro o al culpeo, que todavía aparece y que hace tantísimo daño. O algún perro bravo.

–¿Y su tío Lautaro agarró papa con eso?

–Era desconfiado, pero fue algunas veces a escucharlos. Esos jóvenes llegaban por ahí cerca de Nehuentúe. Era cierto que los mapuches en muchas partes ya estaban de antes tomando tierras, lo decían los diarios y en la radio. Y por eso que el Presidente Frei tuvo que empezar con la reforma agraria. Pero de un repente, de un día para otro, me contó mi mamita, llegaron los del regimiento "Tucapel" de Temuco, es de Infantería de Montaña, vinieron en camiones y en yip y se desplegaron en una operación de cerco. También llegaron los helicópteros del Grupo 3.

–Pero dígame, ¿cuándo pasó eso?

–El 73, pues.

–¿Después del golpe?

–No. Antes. Tomaron mucha gente detenida. En Nehuentúe estaba el cepro, o sea, el Centro de Producción de la Reforma Agraria. Funcionaba en una casa patronal muy grande. Ahí mismo se instaló el cuartel general del "Tucapel" y el coronel Iturriaga declaró que todo se hacía por la ley de armas y que habían encontrado un campo de entrenamiento de los guerrilleros, una fábrica de bombas y granadas, un arsenal de armas largas y cortas y mucha munición. Allanaron las casas en los pueblos y en las reducciones buscando al Comandante Pepe y después le ordenaron a toda la gente que tenía que ver con el cepro que se quedaran al frente de la casa patronal y los iban llamando de a uno en uno, primero a los dirigentes, después a los otros. Los interrogaban a todos en el tercer piso y empezaron a pegarles y aplicarles la corriente.

–¿Eso le contó su mamá?

–Sí.

–¿Y cómo lo supo ella?

–Bueno, también la casa de ella la allanaron y después la tuvieron horas esperando afuera del cepro. Por la ventana del tercer

piso veían cómo los hacían desnudarse, se sentían golpes como cuando caen sacos, es que les pegaban y los costaleaban. De afuera se oían los quejidos y los gritos y los lamentos. Les echaban encima baldes de agua y se paraban encima de ellos. Eso lo vio mi mamita. Y afuera estaba el puro llanterío de los niños y de las mujeres. Después se supo, algunos contaron, que así empapados a los hombres les ponían la corriente en las partes para que confesaran. Y a uno, que era más tieso de mechas, lo azotaron con alambre de púa. Mi mamita me dijo que a uno de los dirigentes del Centro lo alacearon de la cintura, mismo como un animal, y lo llevaron en el helicóptero colgando en el aire y lo sentenciaron que lo iban a dejarlo caer de arriba encima de las araucarias si no confesaba. Ese era personal de la fach.

Jaime anotaba con desordenados garabatos.

–Bueno –dijo con rabia–, pero esos son los mismos métodos que a ustedes les enseñaban, ¿no es así?

Galvarino bajó la cabeza y apretó las mandíbulas hasta que le crujieron los dientes.

–Así fueron las cosas –dijo con voz sorda–, es que en ese tiempo yo estaba como atontado, ¿me entiende? y entre que creía y no creía, pensaba que yo no podía ser desleal ni traidor y a lo mejor sería cierto que los otros tenían armas y los mandaban los cubanos. En el ejército hay algunos que son buenos pero otros son muy brutos y las órdenes se cumplen no más. Después con el tiempo, bueno, yo quería que me olvidara.

De pronto, sufrió un acceso de tos y se le saltaron las lágrimas. Alguna vez Jaime había oído decir "se le saltaron las lágrimas" pero nunca había visto que las lágrimas saltaran verdaderamente hacia delante, como pulgas, de ambos ojos. El muchacho se ahogaba en un llanto convulsivo, trataba de hablar y sólo hacía un sonido quejoso, la cara empapada en lágrimas.

Le sirvió agua. Bebió un vaso tras otro. También sentía Jaime una sequedad terrible en la garganta. Pensó que el soldado no iba a poder seguir hablando. Empezó a decirle que tal vez, si quería... Pero el joven hizo un esfuerzo enorme, y al comienzo todavía sollozante, después más controlado, siguió su relato, una hora, dos horas más. Freddy se asomó tres veces a la puerta y le mostró el reloj. Galvarino seguía hablando. Jaime dejó de tomar apuntes, porque no podía seguirlo, pero estaba seguro de que nunca iba a olvidar lo que contaba.

Según su madre, un oficial se puso a retar a la gente al lado afuera de la casa, eran casi puras mujeres, porque los hombres que no alcanzaron a detener se fueron al monte y se escondieron. El oficial les gritó que los detenidos tenían un grupo armado, que las armas se las

mandaba Fidel Castro y que algunos se resistieron y hasta dispararon en contra de las Fuerzas Armadas de Chile. Dijo que dos fueron dados de baja. Las mujeres se pusieron a llorar pero después, junto con algunos viejos, le reclamaron que entregaran los cuerpos para enterrarlos. El jefe dijo que no y entonces en la tarde muchos de la comunidad se fueron a Temuco, los más viejos adelante, la Machi, las mujeres y hasta los niños y se pararon delante del regimiento sin decir nada, mirando no más. Sin moverse. El oficial les dijo que se dispersaran, con él vinieron unos soldados con armas largas. No le hicieron juicio. Los soldados les apuntaron. Y ellos no se movieron. Les seguían apuntando pero un oficial dio orden a su gente que los dejaran ahí no más hasta que se cabrearan, pero puso más guardia a las puertas. Así estuvieron horas y horas. Se puso a llover, se hizo de noche y seguían parados, los viejos, las mujeres y los niños, con los ponchos empapados. Al otro día todavía estaban ahí.

Al final, un capitán mandó llamar a tres, dos viejos y una mujer, los hizo entrar y los recibió en la oficina con la pistola encima del escritorio. Les preguntó qué deseaban. Le dijeron que querían los cuerpos para enterrarlos. El capitán dijo que no y los hizo salir. Pero la comunidad no se movió de donde estaba, frente al regimiento. Al tercer día seguían ahí mismo, sin moverse. Al fin, después de muchas vueltas, idas y venidas, les entregaron los cuerpos en unos cajones que venían cerrados y se pudo hacer el entierro.

Contestando una pregunta, dijo Galvarino que sí, en el regimiento hay muchos soldados mapuches. Tal vez por eso el coronel pensó que era mejor entregar los cuerpos. Por eso y por la porfía de la gente. Y se hizo el entierro.

Por la noche, unos mocetones fueron al cementerio, desenterraron los cajones, se los llevaron y los abrieron para ver. Uno de los muertos tenía un ojo vaciado, los dos cuerpos tenían cortes de corvo, algunos tan profundos que se veía el hueso y más encima, heridas de bayoneta y de bala. Estaban charqueados, hechos ñaco de tanto golpe.

Jaime abrió la boca pero no pudo decir ni una palabra. El soldado tenía la cabeza gacha.

De pronto entró el cura Freddy, muy serio.

–Ya está bueno –le dijo a Jaime–, no más preguntas. Él tiene que descansar. Vamos andando, Galvarino.

El joven no se movió.

–Oye, vamos. Mira que ya han pasado como dos horas. Tenemos que irnos a donde estás alojado.

–Ya voy a terminar ya –dijo Galvarino–. Ya no vamos a

embromar mucho, pero es mejor que hable ahora, después ni cuando.

–No, Galito, mejor nos vamos –dijo Freddy.

Galvarino agachó la cabeza y no se movió. Freddy lo miró, abrió los brazos y suspiró, mirando a Jaime:

–Por favor, trata de terminar, ¿quieres?

En cuanto Freddy salió, Galvarino se puso a hablar como si le hubieran dado cuerda:

–Ya le decía que yo volví al servicio. Quería que todo eso se me olvidara. Hasta que un día me llaman a la jefatura. Me hacen sentarme delante de una mesa, al otro lado un capitán y dos tenientes. Al capitán lo había visto alguna vez de lejos, a los tenientes los conocía porque había servido con ellos. El capitán se puso a revisar unos papeles y al final me queda mirando fijo y me dice que tengo una hoja de vida brillante, hemos pensado en usted para una misión en el extranjero, ¿qué le parece? A sus órdenes no más, mi capitán. Me dice: ¿se da cuenta que ésta es una misión de mucha responsabilidad? Va a asistir a un curso fuera del territorio nacional, con instructores de ejércitos hermanos, o sea, usted va a ser como un Representante del Ejército Chileno, que ahora se hizo cargo del gobierno. ¿Se da cuenta, le toma el peso? Sí, mi capitán.

–Ya. Y partió. Pero no solo, supongo –dijo Jaime.

–Salimos seis. Íbamos de civil. Muy pinteados, con ropa nueva, camisa blanca, corbata. Yo no sabía ni hacerme el nudo de la corbata.

–¿Fueron en un avión militar?

–No, era un vuelo de la lan. Iba muy poca gente y creo que todos eran militares aunque había dos no más de uniforme, un capitán y un mayor. Volamos varias horas. Llegamos a un aeropuerto militar. Después nos llevaron en un bus chico a otra parte, como dos horas de viaje. Era una base aérea. Nos chequearon, nos revisaron el equipaje, cada uno llevaba un bolso de mano y un saco de lona con la ropa. Nos hicieron subir a un avión, volamos como dos horas más y cuando llegamos nos estaban esperando dos oficiales chilenos, pero de paisano, y nos presentaron a dos mujeres que iban a hacer el curso con nosotros. Hacía un calor tremendo. Habíamos llegado al Brasil. Uno que era más viajado, dijo que estábamos en Río de Janeiro, pero el avión aterrizó en otra parte, era una inmensa base militar con mansos hangares y a lo lejos varios edificios de dos o tres pisos, era igual como una ciudad, corrían yipes por unas calles muy bien hechas, limpias, planitas, negras, pavimentadas con arfalto y con bordes blancos pintados y franjas amarillas y hasta había semáforos con luces verde, roja y amarilla en dos partes del camino que hicimos. Al final se agregó al grupo un oficial brasilero en tenida de campaña, me di

cuenta que era oficial aunque no tenía ninguna insignia ni estrella ni nada. Es que se nota. Nos saludó y nos dio la bienvenida al cuerpo de ejército z. Nos dijo que iba a ser nuestro guía. Hablaba castellano pero con ese tonito brasilero. En fin, de nuevo en avión, bastante lejos, varias horas volando por encima de un mar verde de puro árbol. Llegamos a otra parte, sería otra base militar, seguro, con centinelas muy armados, pidieron santo y seña y había una muralla todo alrededor y hacía más calor todavía y humedad, nos hicieron subir a un bus y vuelta a viajar como una hora y un guía que era negro y dijo que se llamaba Fabius, nos hizo bajar cuando llegamos y nos dijo: Ésta es nuestra escuela. Era una casa blanca, de un piso, con techo verde, entremedio de la selva. Al principio me pareció chica, pero era engañadora: por dentro era bastante grande y además tenía un subterráneo de todo el porte con un gimnasio y un polígono de tiro.

Jaime escuchaba con tal atención que se le había olvidado respirar. Inspiró profundamente, tosió un poco, le preguntó:

–Entonces en esa casa se desarrolló el curso. ¿Y cuánto duró?

–Estuvimos en total más de seis semanas. Nos hacían clases mañana y tarde, hasta seis horas diarias. Primero fue la parte teórica. Después hicimos la... práctica –le costó decir la palabra y la voz le tembló.

–¿Y vivían ahí mismo?

–Sí, cerca. Al comienzo nos llevaban en un bus a otra casa, que estaba entremedio de árboles y tenía una piscina y había dos soldados que nos atendían, no andaban de uniforme pero se les notaba, ahí comíamos y dormíamos. Después nos autorizaron para ir caminando. Era cosa de unos siete kilómetros. Una hora sin apuro. Después de las clases teóricas preferíamos caminar porque quedábamos medio embolados y hasta acalambrados y así nos despejábamos.

Jaime trataba de imaginarse la situación: esos ocho soldados chilenos, aislados, sometidos al esfuerzo mental de un curso...

–¿Y qué les enseñaban?

–Era un curso de información militar. Lo principal eran las técnicas de interrogar al enemigo. Sistemas para hacerlo hablar aunque no quiera.

–Técnicas de tortura.

–Nunca se decía esa palabra. Estaba prohibido. Nos decían siempre que la tortura es ilegal. Se llamaba curso de información, trataba de los métodos para sacar información, métodos mentales y métodos físicos. Además nos daban charlas. Dos veces vino un civil, pero se le notaba que era militar, hablaba con acento gringo. O sea americano. Él nos habló de la lucha del mundo libre contra el

comunismo, la guerra de baja intensidad, el enemigo interno y la guerra interna, la quinta columna comunista. Anotaba los puntos en el pizarrón. La otra charla fue de América Latina, la amenaza roja, la revolución cubana, de cómo los militares brasileros derrotaron a la guerrilla y también cómo era la cosa en Argentina, la insurgencia en Guatemala, Salvador y otros países. Y lo que pasó en Chile. Aunque dijo que de eso sería mejor que nos hablaran los profesores chilenos.

–¿O sea que también había profesores chilenos?

–Claro, pus. Había chilenos, brasileros y dos gringos.

–Ya. ¿Y cómo era la vida, cómo pasaron ese tiempo del curso? ¿Se lateaban mucho? ¿Podían salir?

–Estábamos como presos. No nos daban tiempo para echar de menos ni para pensar en nada. Después del desayuno venía una hora y media de gimnasia. Después las clases, el almuerzo en la casa y teníamos una hora para descansar. Algunos veían tele, otros jugaban pimpón. Otros leían algunos libros o revistas que había en un estante o echaban una siesta. Pero ligerito nos llamaban de nuevo para estudiar y contestar las preguntas.

–¿Las preguntas?

–Después de cada clase venían preguntas. Y había que contestarlas.

–¿Por escrito?

–Sí. Pero después había que contestar oral. Ahí el instructor metía otras preguntas y a veces uno se enredaba bastante.

–Ya. ¿Y qué tal las relaciones en el grupo? ¿Cuántos eran?

–Ocho, con las dos mujeres. Las relaciones eran bastante buenas. Nos reíamos, chacoteábamos un poco. Muy poco, porque el tiempo apenas nos daba para estudiar. Además todos los días teníamos una hora y media y a veces más, de ejercicios, trote, gimnasia con equipo completo, esgrima con bayoneta.

–Entonces, ¿cuántas horas al día estaban en eso?

–Todas las horas. Nos levantábamos a las seis. Después nos cambiaron a las cinco y media. La primera clase era a las ocho. No parábamos hasta la tarde.

–Me imagino que pasaban mucho calor. Brasil es un país tropical, muy caliente.

–Con los ejercicios en la selva pasábamos mucho calor pero en las clases no, porque tenían aire condicionado y a ratos se sentía hasta frío. Al comienzo algunos se resfriaron.

¿Tal vez preguntaba demasiado? Jaime deseaba imaginar cómo sería la vida del grupo de soldados en aquel encierro. Como vivir en

una cárcel. O en un satélite espacial.

–¿Y entre ustedes, los chilenos quiero decir, tenían alguna jerarquía?

–Sí. A lo primero me nombraron a mí jefe del grupo, porque tenía las mejores notas. Pero después pusieron a una de las mujeres y a mí no me dijeron nada. Era la Ilse. Le decíamos la alemana. Ella tiene que haber hecho el curso antes, porque se las sabía todas. Era grande, casi del porte mío, como fiera con la bayoneta y en el cuerpo a cuerpo.

–¿También las mujeres participaban en esos ejercicios?

–Igual que los hombres. Y eran bien de temer, le digo. La otra, la chica Bessy, también era muy buena soldada, parecía que volaba, daba unas patadas que daba miedo.

De nuevo apareció el cura Freddy, con cara de paco:

–Ya está bueno, Galvarino. Ni un minuto más.

Galvarino asintió. Se puso de pie, sacó de debajo de la camisa un envoltorio en papel de diario y se lo pasó a Jaime:

–Estos son los apuntes, ¿ve? Allá podíamos tomar apuntes pero nos tenían prohibido sacarlos, ¿ve? Había que devolverlos todos los días y hasta nos registraban antes de salir. Pero mi compadre Gómez, que también es del sure, los sacó escondidos no sé cómo, después me los pasó y yo los copié en el cuaderno al pie de la letra, no ve que él tenía que devolver esos apuntes porque estaban numerados hoja por hoja con números grandes, estaba prohibido sacarlos. Yo algunas cosas no las entendí bien. No están completos, pero... usted cuando vaya leyendo eso, yo creo que me va a entender por qué me deserté.

Jaime lo miró en forma interrogativa.

–Yo estaba muy mal, con los fusilados y después con lo que le hicieron a mi tío Lautaro y a los otros peñi. Todas esas cosas. Pero lo peor fue darme cuenta en ese curso... o sea, no fue tanto el curso, fue la práctica, las cosas tan feas que se hacen –bajó la voz–, ¿sabe, amigo? Los que dirigen esto es gente muy pero muy mala. Uno obedece porque... es que, para eso lo han enseñado, mire ve. Pero una cosa es pelear y matar por la Patria, ¿no? Se entiende que así es la guerra. Pero otra cosa es... la tot –se trabó– tot... tura.

Se atascó. No pudo seguir hablando.

Freddy parecía descontento por la demora pero no dijo nada más. Hizo una seca inclinación de cabeza a Jaime, tironeó del brazo a Galvarino y salió con él. Al llegar a la puerta se detuvo, dio media vuelta y mirando fijamente a Jaime le dijo:

–No vamos a seguir más con esto. Eso es todo. Tú respondes si

algo se filtra, ¿está claro? Puedes irte, pero no antes de quince minutos.

Salieron. Jaime miró el reloj y se dio cuenta que faltaban veinte minutos para el toque de queda. Esperó un rato y salió. No se veía a nadie. Bajó las escaleras corriendo de piso en piso y llegó a la puerta. La luz de la entrada estaba encendida. Pensó: ¿habrá que apagarla? Se acordó de su mamá: apague la luz mijito, o cree que la corriente la regalan. Se encogió de hombros y partió caminando a toda velocidad. Le pareció que escuchaba pasos a su espalda haciendo eco a los suyos. Aceleró la marcha y dobló por una calle lateral. Luego volvió rápidamente sobre sus pasos. Creyó percibir un vago movimiento. Sin embargo, la calle estaba desierta. Siguió caminando. Si lo detenía una patrulla y lo registraban, ¿qué explicación podía dar sobre el cuaderno? Ninguna, se respondió. Decidió no pensar en esa posibilidad y aceleró aún más el paso. Llegó a la casa diez minutos después de la hora del toque, con el aliento entrecortado y palpitaciones. No vio a nadie en el camino, tampoco vehículos.

El cuaderno era delgado, de tapas negras, estaba ajado, con hojas sueltas y otras con orejas. Daba la impresión de haber permanecido mucho tiempo entre las manos o junto al cuerpo de su dueño, tanto de día como de noche. Lo mantenía unido una amarra de cordel en cruz.

Jaime lo abrió y sufrió cierta decepción porque las páginas escritas eran poco más de diez. La escritura, a lápiz, era en letra muy chica, tupida, pero bastante clara, letra redonda, infantil. Había borrones negruzcos y grasientos y se perdían algunas palabras. Todas las páginas, incluso las que estaban en blanco, tenían un aspecto sucio, olor a humo, a sudor y a comida rancia.

Las leyó inmediatamente y a medida que avanzaba se iba sintiendo más y más alterado. A ratos lo invadía una ola de furia. Luego de náusea. Aquí hay algo que no es nuevo, han dicho que los torturadores son entrenados afuera, pero ésta es la confirmación y la clave de muchas cosas que pasaron desde el golpe.

En el centro de la primera página se leían las palabras “Apuntes de Curso”, escritas con lápiz azul y subrayadas con lápiz rojo. Los apuntes, en algunos casos eran bastante completos y estaban redactados de manera normal aunque el texto parecía por momentos una traducción del inglés. Otras veces había enumeraciones, frases truncas, tachaduras o abreviaturas.

Copió el contenido del cuaderno al pie de la letra en su maquinita de escribir, tres copias con calco, una para él, dos para los viejos. Pensó que sería bueno tratar de conservar el original. ¿Para qué? Para el futuro. ¿Qué futuro? No hizo ningún esfuerzo

imaginativo ni intentó ninguna respuesta. Hacía tiempo que había decidido vivir al día pero tal vez ahora... Brotó la imagen de Rosa y sonrió involuntariamente. Ahora todo tendrá que cambiar. Tuvo la visión súbita del Blanquillo reventado por el camión militar cerca de la Plaza Santa Ana pero la desechó cerrando los ojos, con un sacudón de la cabeza. Estoy vivo, estamos vivos y eso es lo que importa. ¿Será posible la felicidad? Pregunta de revista femenina. ¿Por qué no masculina?

Cuando la Elsa llegó dos días después, acezando como siempre después de subir la escalera, sacó de la bolsa sus camisas muy bien lavadas, ropa interior, calcetines y después metió la mano hacia el fondo hacia un costado y sacó, muy dobladas, las copias a mimeógrafo del último boletín, que Jaime guardó en seguida.

–Compa... –se detuvo, porque se había dado la orientación de terminar con el uso de la palabra compañero, era fácil que alguien la dijera de manera casual y alguna oreja la captara– Elsa, esto es lo de siempre –le pasó las hojas escritas a máquina del despacho– pero además quiero que usted le lleve esto otro a los amigos.

Ella tomó el cuaderno negro enrollado junto con los papeles, sepultó todo entre sus grandes pechos, asintió.

–Está bien. ¿Sabe qué más? Me dijeron que le dijera que en la Casa Grande se está recibiendo todo muy bien.

–Menos mal –dijo Jaime con su tono habitual, pero sintió un cosquilleo en el plexo solar. Quería decir que el conducto funcionaba y que el trabajo no era en vano. Tal vez.

–Otra cosa más –dijo ella–, me dijeron que vaya mañana, a la misma esquina que antes, a las tres y cuarto de la tarde en punto. Ahí va a pasar a recogerlo un auto. No se vaya a atrasar. Quieren hablar con usted.

–¡Qué bueno! –dijo Jaime–, si es lo que yo creo. Hace mucho que no canta Gardel.

Ella no hizo ningún comentario. Su silencio le pareció crítico: qué tenía que andar comentando el compañero.

Se tomaron el acostumbrado tecito con un par de sopaipillas frías y acartonadas y la mujer se despidió como siempre:

–Chao, compañero Tucapel. Cuídese, mijito.

V
Idilio

Primero caminaron largamente, mirándose en silencio. Más tarde, cuando estuvieron solos, se desnudaron y se miraron todavía más, se tocaron, se acariciaron y compartieron gloriosamente sus cuerpos. Luego rieron durante un tiempo que les pareció interminable. Sólo después hablaron. Así fue el reencuentro de la Rosa con el Jaime.

Desde que salieron de la peluquería “La Gilda”, caminan y caminan tomados de la mano, sin dejar de mirarse a los ojos, sin saber por dónde ni hacia dónde van. No sienten necesidad de decirse nada. Es un encantamiento sin palabras. El mundo exterior ha dejado de existir, sólo existen el uno para el otro. Rosa se deja guiar por Jaime y Jaime por Rosa.

Caminando largo tiempo de este modo recorren grandes distancias. Pasan junto a una plaza con juegos infantiles y grandes árboles, donde no hay ningún niño, por una calle angosta bordeada de casas de un piso, por delante de una iglesia color salmón, a lo largo de una muralla industrial amarillenta. Cruzan calles, avanzan junto a un muro bajo de ladrillos musgosos carcomidos, que continúa hacia arriba en una reja de fierro negro a través de la cual se ve una masa de follaje verde oscuro. En algún momento pasan frente a las murallas almenadas de ladrillo rojo de los Arsenales de Guerra, después delante de un regimiento cuyo portón de fierro fundido está flanqueado por antiguos cañones, caminan entre árboles sobre el pasto alto y despeinado del viejo parque. Se sientan sobre el césped a la orilla de la laguna, que a Jaime le parece disminuída, en su recuerdo era casi un lago por el cual navegaban, muy niños, en un bote muy pesado cuyos remos lograban mover a duras penas. Rosa ve todo aquello por primera vez y le parece precioso, sobre todo reflejado en los ojos de Jaime que no se despegan de los suyos. El pasto está húmedo, sienten frío, se levantan y se encaminan hacia el sur a lo largo de cuadras y cuadras de casas indistintas, sin color. Van por calles grises con casas de dos pisos de fachadas continuas, despintadas, pasan junto a pequeños almacenes de abarrotes, verdulerías derramadas hacia la vereda, talleres mecánicos negros de aceite, talleres de bicicletas, fuentes de soda, bares, boliches ínfimos, quioscos de puestos varios. Más adelante calles anchas y desiertas, sin pavimento, y peladeros incomprensibles en los que unos niños desanimados levantan polvo entre varios perros pateando sin ganas una pelota de trapo. Más tarde, ven flamear ropa blanca desplegada como el velamen de una embarcación, sujeta con perros de madera a un alambre muy

combado, así que la ropa roza el suelo terroso, junto a una hilera de viviendas humanas hechas con latas, cartones y algo de madera. A lo largo de la caminata las calles están extrañamente vacías. Poca gente. Un hombre inmóvil delante de una puerta los ve pasar sin mirarlos. Una mujer sentada en un banquito agita de vez en cuando una guagua llorona que sostiene en sus brazos envuelta en trapos sucios; cuando pasan, los mira fijamente de manera hostil. Más allá, en la confluencia de dos calles, tres niños de ojos muertos esperan que un cuarto termine de inhalar algo del interior de sus manos juntas.

Al doblar una esquina, ven que se abre ante ellos la doble calzada de la Gran Avenida con su palpitación y su estrépito continuo, microbuses humeantes, autos, camiones, una carretela tirada por un caballejo resignado, voces de mujeres, de niños, de vendedores, chirriar de fritangas de sopaipillas, olores de grasa estridentes.

Jaime se detuvo de golpe y miró a Rosa. Es decir, siguió mirándola, porque nunca había dejado de hacerlo, como ella a él desde el reencuentro. Quiso hablar pero sintió la garganta oxidada por la falta de uso y la voz se le estranguló. Carraspeó fuertemente y logró decir:

–Rosa.

Ella lo miró. Repitió con placer, demorándose:

–Ro... sa.

Ella inclinó un poco la cabeza para escucharlo:

–Debe ser muy tarde. Tengo mucho hambre. Vamos a comer algo.

Entraron a un boliche. Se sentaron frente a frente ante una mesita coja con una cubierta de plástico grasiento. Las sillas eran duras pero no lo notaron. Jaime ordenó pollo y papas fritas para dos.

–¿Y para tomar? –preguntó con total indiferencia la mujer gruesa que los atendía.

Jaime miró a Rosa en forma interrogante. Ella dijo con voz apenas audible:

–Una bilz.

Jaime pidió una cerveza.

Comieron con ansias y dieron cuenta de sus platos rebosantes en pocos minutos. Luego bebieron. Jaime preguntó a la garzona si había una fruta, algún postre, algo dulce. La mujer se encogió de hombros sin mirarlo. Salieron a la calle tibia, después de unas horas de sol.

La estación siguiente de su viaje fue un hotel celeste que lucía sobre la entrada una ampolleta en un plato de fierro enlozado, en la vieja calle Arturo Prat. Treparon al segundo piso por una escalera que

crujía y cambiaba de dirección describiendo un arco. En el descanso dos escalones se combaron peligrosamente bajo sus pasos. Era como ir por la cuerda floja. Jaime pensó que en caso de terremoto la escalera y la casa se vendrían abajo. Mirando a Rosa, levantó las cejas a manera de advertencia, ella asintió. Siguieron subiendo.

Arriba había un vestíbulo con un sofá floreado y una mesita baja. Se sentaron en el sofá, que resultó blando y agradable, y esperaron, sin dejar de mirarse. No se dieron cuenta de cuándo llegó la mujer de delantal blanco. Se sobresaltaron cuando habló:

–¿Qué se les ofrece?

–Una pieza –dijo Jaime.

–¿Momento o por la noche?

–¿Cuánto es momento?

–Hasta dos horas.

Jaime miró a Rosa, pero ella no dijo nada.

–Noche.

–Tendría que ser hasta después del toque –dijo la mujer.

–Sí, claro –dijo Jaime. Se había olvidado del toque de queda.

La mujer los guió por un largo pasillo, por delante de puertas blancas en hilera, que tenían números negros pintados en la parte alta, al centro. Se detuvo ante la número 8. Abrió con su llave, prendió la luz y se hizo a un lado.

El cuarto era de buen tamaño y de cielo muy alto, estaba empapelado de azul con unos florones también azules con líneas negras, que apenas se distinguían a la luz débil que daba la ampolleta desde lo alto. Vieron una gran cama matrimonial cubierta con una colcha de seda azul brillante. A ambos lados había pequeños veladores con sus respectivas lamparitas cubiertas de pantallas de tul con vuelitos rosados.

La mujer esperaba. Jaime le dijo:

–¿Pago ahora o...?

–Ahora –dijo ella.

Pagó.

–¿Me deja la llave? –preguntó.

–No –dijo la mujer–, la puerta tiene pestillo por dentro.

–Perdone... Si más tarde queremos comer algo, ¿podemos hacer un pedido?

–Si va a pedir algo, pídalo ahora. Más tarde no vamos a tener nada de servicio.

–Está bien. Tráiganos, a ver, unos sánguches de jamón con queso. En marraqueta. ¿Y qué podría ser para tomar?

–Bueno, pisco le tenemos. Vino embotellado. ¿Quiere el pedido ahora o después?

Miró el reloj y se sobresaltó: no imaginaba que fuera tan tarde.

–A ver, sería como dentro de una hora.

–¿No quiere que le traiga café o té con leche?

–¡Genial! –dijo Jaime. Consultó a Rosa con una mirada y pidió–: Un café y un té. Con leche. Además de los sánguches.

La mujer cobró.

–Ya –dijo–, en una hora más le traemos su pedido. Le voy a dejar la bandeja en la mesita que hay al lado afuera y le golpeo la puerta, ¿ya?

Jaime cerró, echó el pestillo y miró a Rosa. Pensó que correspondería decir algo como “al fin solos”, como en el chiste, pero no dijo nada. Se acercó a ella, la estrechó muy fuerte y se inclinó para besarla cuando ella levantaba la cara para recibir su beso, lo que produjo un choque breve e indoloro de sus frentes. Se besaron con una especie de vértigo, cerrando los ojos, sus labios se mantuvieron unidos mientras cruzaban imágenes a toda velocidad por las mentes de ambos, los encuentros en la fuente de soda Capricornio, en la radio, en la pensión de la calle Molina, en el hotelito. Él la empujó hacia la cama y ella cedió sin resistencia. Tendidos prosiguieron su beso hasta que sintieron la incomodidad de su postura y de la ropa.

Jaime comenzó a desvestirla, ella se puso muy colorada pero lo ayudaba levantando los brazos. Se apartó para sacarse los zapatos y comenzar a bajarse las medias, tarea en la que él colaboró convirtiéndola en una larga caricia. Ella empezó con impaciencia a desabotonarle la camisa. Él se aflojó el cinturón, luego dejó caer el pantalón y se sacó los zapatos en el mismo movimiento, mientras ella se sacaba el vestido por encima de la cabeza y luego liberaba del sostén sus senos fastuosos. Todo transcurría en una acción lenta pero sin pausas como una danza ensayada muchas veces. Al final, Jaime apartó la colcha con un gesto de elegancia caballeresca, como si se quitara una capa y los dos, desnudos, se tendieron lado a lado en la cama, mirándose a los ojos. Él descubrió en ese momento que los de Rosa habían cambiado, eran a la vez más claros y más oscuros y despedían una luminosidad inexplicable. Mantuvo largo tiempo sus ojos fijos en los de ella, con la sensación de un baño eléctrico o, quién sabe, de ondas magnéticas, trató de recordar la teoría de las ondas pero no pudo, nunca había tenido buena nota en física. Aquellos ojos emitían luz.

Se besaron de nuevo en los labios, en las mejillas, en las narices, en la frente, se lamieron, ella se estremeció cuando Jaime le introdujo la lengua en la oreja derecha y se apretó contra él, sintieron el contacto total de sus cuerpos desde la cabeza, los pechos, los sexos, las rodillas, los dedos de los pies. Se exploraron mutuamente con las manos, con aceleración febril y él sintió durísimos los pezones oscuros de Rosa y se detuvo un instante para admirar sus senos maduros de color marfil, apenas sonrosados, la mano de ella en su sexo erguido y su mano en la vegetación musgosa y húmeda de ella, luego rotaron sin necesidad de decirse nada, ella de espaldas levantó sus rodillas y le sonrió, él se colocó encima y entró reciamente en aquella abertura maravillosa.

Durante mucho tiempo desarrollaron tales actividades, con espíritu innovador, probando ángulos desusados y explorando posibilidades. Muy ocupados, no decían palabra, sólo se escuchaban sus respiraciones anhelantes, interrumpidas de pronto por un ramalazo de placer con un sonido como un sollozo, gemidos, ruidos roncos guturales de Jaime, ecos quejosos y agudos de Rosa, la música de los cuerpos concertados.

En algún momento alguien golpeó afuera. No prestaron atención. Mucho después Jaime se levantó, caminó desnudo como estaba hasta la puerta, la abrió y encontró sobre una mesita que había al lado afuera, una bandeja con dos tazas, azucarero, jarro metálico con tapa, el agua caliente sin duda, jarrito lechero de fierro enlozado, bolsitas de té, una pequeña lata de café, el plato con los sánguches, servilletas de papel. Todo lo miró atentamente, para grabarlo bien en su memoria pensando que no debía olvidar ningún detalle por si acaso, alguna vez... Entró trayendo la bandeja y cerró la puerta con el pie.

Se sentaron en la cama como en un picnic. El agua estaba vagamente tibia, la leche conservaba un poco más de calor. Comieron con apetito sus sánguches, esparciendo migas sobre las sábanas, sin dejar de mirarse y sonreírse, bebieron él su café, ella su té con leche y todo les pareció muy sabroso, exquisito, como si nunca antes hubieran gustado algo semejante.

Después reanudaron su ocupación anterior con gran contentamiento recíproco hasta que, en una pausa ineludible, Jaime comenzó de pronto a reírse. Olas y olas de carcajadas sucesivas, cada vez más intensas. Al comienzo, Rosa rió también, pero luego pareció asustada por la violencia estrepitosa de la risa de Jaime y comenzó a mirarlo con preocupación, lo cual redobló su hilaridad. Tocó su brazo como para detenerlo, pero él siguió riendo sin parar.

–Espera –le dijo–, ¿por qué te ríes así?

No sin dificultad, Jaime frenó sus accesos y le respondió con voz ahogada:

–Me río porque soy feliz.

Rosa siguió mirándolo con inquietud, lo que intensificaba aun más la sonora alegría de Jaime. Luego, de pronto ella se sintió contagiada y se sumó con abandono a sus explosiones. Ambos se miraban y reían, se sacudían, lloraban de tanto reír. Se detenían brevemente para respirar, para tomar más aire, les dolían los costados, pero reanudaban las andanadas de risa incontenible.

Se oyeron golpes a la puerta. No hicieron caso, rieron todavía más. Golpearon más fuerte, alguien trató de abrir. Una voz de hombre preguntó desde afuera:

–¿Qué pasa? ¿Está pasando algo...?

–No, nada –dijo Jaime–, nos estamos riendo.

El que estaba afuera hizo un chasquido de contrariedad y se marchó diciendo entre dientes algo que no se entendió.

No se sabe cuánto tiempo estuvieron riendo. En algún momento pararon, por agotamiento, con las mandíbulas fatigadas. No menos de una hora y media, estimó Jaime más tarde.

–Ay –dijo ella–, yo nunca me había reído tanto.

–Yo tampoco –dijo Jaime.

Sintieron frío y se metieron debajo de las tapas. Quedaba un rescoldo de risa que se reanimaba a ratos pero finalmente, poco a poco, lograron recuperar la calma. Entonces comenzaron a hablar.

–Jaime, Jaime –dijo ella–, Jaime, Jaime, Jaime.

–Rosa –dijo él–, Rosa, Rosa, Rosa, Rosa, Rosa.

–Qué lindo encontrarse de nuevo después de tanto tiempo. Yo tenía mucho miedo por usted, con todo lo que pasa, todo lo que los militares dicen de los comunistas.

–Lo peor no es lo que dicen –dijo Jaime.

–¿Y usted sigue siendo... comunista?

–Sí, claro. Con mayor razón.

Lo miró pensativa:

–Sí, eso mismo yo pensaba que me iba a decir. ¿Pero no lo han tomado preso? ¿No lo han?

–No me han. Solamente me dieron un golpe militar, lo que se llama un golpe en el hocico, en la madrugada del once. Eso pasó casi por casualidad, en el Hospital Militar donde yo estaba velando a mi papá. La saqué barata. A muchos compañeros, varios de mis amigos y amigas, los mataron. Otros están presos. A todos los han torturado.

Usted habrá oído de eso. –Pensó: por qué la trato de usted... bueno, es que ella me trata de usted, ¿es algo como una especie de respeto o de ternura antigua?

–Sí. Cuentan muchas cosas, al comienzo yo no creí que fuera tanto, pero después sí, es que ya sé. Mi hermano el Onofre, el más bueno y el más querido, casado con la Edulia, ¿se acuerda?

–Me acuerdo –dijo Jaime– aunque creo que nunca lo conocí –y recordó cuando la mujer le gruñó a través de la puerta que Rosa había quedado embarazada y que la guagua había nacido muerta.

–A él lo agarraron detenido y después no volvió más y no quieren dar noticia, dicen que ellos nunca, cuando allá en San Manuel todo el mundo vio cuando se lo llevaron los carabineros.

–Sí, eso es lo peor –dijo Jaime–, dicen: no sabemos nada, no lo hemos visto, detenido no está, quizás dónde estará, andará clandestino o se fue al extranjero. O, si llegan a reconocer que estuvo detenido dicen que después quedó libre, si no llegó a su casa por algo habrá sido, andará tomando o tendrá otra mujer...

Hubo un largo silencio. Luego siguieron hablando de lo que no habían hablado en tantos años. Rosa le preguntó si estaba casado, él le dijo que había estado, sí, pero se habían separado poco después del golpe. Alicia, así se llamaba ella. O sea, se llama. Junto con mi hija Alicita están en Francia y de allá me mandó con un abogado los papeles para anular el matrimonio, yo estuve de acuerdo y firmé, así que de repente voy a ser soltero de nuevo, o a lo mejor ya soy. Ella le preguntó si no echaba de menos a su hija y él dijo que sí, pero qué hacer.

–Ahora tiene que entrar a conocer a su hijo –agregó ella de manera repentina.

Jaime se sobresaltó:

–¿Mi qué?

–Su hijo.

–Pero cómo... qué, entonces... –balbuceó.

–Cuando usted se fue para la Argentina y me dejó botada –él esbozó un gesto de protesta–, yo estaba esperando.

–Bueno, sí, eso lo supe por la Edulia, su cuñada. Pero ella me dijo otra cosa: que la guagua nació muerta.

Rosa se sobresaltó:

–¡Por Dios! ¿Le dijo eso?

–Sí.

–¡Qué maldad tan grande!

–Pe-pero –tartamudeó Jaime–, esto es una enormidad. ¿Me estás diciendo que era mentira, que no era cierto que la guagua?

–No era nada cierto –dijo Rosa.

–¿Pero entonces por qué?

–Ha de haber sido cosa de la Margarita, la Edulia le hace caso en todo. Ella siempre estuvo en contra de usted. Se acuerda que se puso tan furia cuando le dijimos que íbamos a vivir juntos. Y después, lo que usted se fue y no se supo más de su persona, más me hablaba y me cancaneaba que ella siempre tuvo razón, que ella se había dado cuenta de los primeros comienzos, me decía, que lo único que usted quería era aprovecharse y a la primera me dejó botada y encima esperando, que toda la vida me había de pesar.

Jaime se estremeció: ¿cómo aclarar todo eso tantos años más tarde? ¿Qué decir?

–Pero yo –dijo angustiado– volví como a los tres meses y lo primero que hice fue buscarte por todas partes. Yo sé que procedí mal, muy mal. Era demasiado cabro y me emboliné con eso de ir a Buenos Aires y estar en la casa de ese militar amigo de mi papá. Era inmensamente rico, no te imaginas, y me recibió como a un hijo. Esa vida, los paseos, la tremenda casona de campo que tenía la familia, con piscina, con billar, con caballos, era para marear a cualquiera. Pero no me estoy justificando. El hecho es que me demoré demasiado en volver. Pero, en cuanto regresé, fui a buscarte porque yo nunca te olvidé.

–¿Usted me buscó?

–Sí, Rosa. Anduve buscándote por todas partes: en la fuente de soda, en la pensión. Fui a San Francisco de Mostazal y a San Manuel para saber de ti, para pedirte perdón, para decirte que yo nunca había querido a nadie así y que quería vivir a tu lado para siempre.

Rosa escuchaba absorta y muy callada. Después dijo:

–Así que me buscó.

–En San Manuel la Edulia me dijo...

–Pero no era cierto. La guagua no nació muerta. Fue un niño precioso, muy parecido a usted.

–Entonces, ahora... –con voz estrangulada.

–Ahora mi niño es todo un hombre. Se llama Jaime y anda en los dieciocho años.

Jaime se puso muy rojo:

–¡Qué me estás diciendo, Rosita!

Ella le habló de su gran pena por haber quedado sola y de cómo el niño pasó a ser su consuelo, de lo lindo y lo inteligente que era,

siempre tan cariñoso con ella y con sus tías, se sacaba las mejores notas en la escuela y después en el colegio Don Bosco, cantaba en el coro y jugaba fútbol y salió muy alto, paré que más que usted mismo. Jaime quiso saber si preguntaba por su padre.

–¿Preguntaba? –la voz estrangulada.

–Sí pues, preguntaba, sus compañeros del colegio tenían papá y mamá y él no, pero le decíamos que su padre se había ido a la Argentina y no había vuelto nunca. Por eso quedó inscrito en el Civil como Jaime Flores Flores. Teniendo los dos apellidos iguales ya entraban a saber todos que era hijo natural, no ve que la gente es tan. Pero yo le decía siempre que su padre era bueno y si no había vuelto era porque no podía. Ya muchacho, empezó a llegar tarde, pero no crea, nunca anduvo curado, que se sepa. Tuvo sus pololitas. Los últimos años entró a la Universidad, al Pedagógico, eran los tiempos de don Allende y ligerito empezó a meterse en la política igual que todos los jóvenes, andaba con el frente de los estudiantes revolucionarios. Me da mucho miedo porque todo se ve tan revuelto. La Margarita siempre me advertía, me decía que le dijera que mejor no, pero yo nunca quise decirle nada, si lo que él quería era lo mejor para el pueblo, yo me acordaba siempre que usted había sabido ser comunista, y eso que era hijo de un militar. Tendrá que venir el día en que lo conozca y él lo conozca a usted.

Hablaron todavía de muchas cosas. A Jaime le encantaba el modo de hablar de Rosa, su modo de pensar y de enfrentar la vida, como si todo lo supiera de antemano o, más bien, sabiendo tomar lo que viniera siempre con la misma naturalidad y la misma bondad. ¿Y cómo será, le preguntó ella, pero más bien se lo preguntaba a sí misma, que hoy hayamos hablado tantísimo los dos, cuando antes nunca, se puede decir, hablamos? Pero no, se rectificó, yo siempre en mis adentros he estado hablando con usted, pensando en qué debía hacer y qué sería lo que usted habría dicho. Qué raro, dijo Jaime, porque yo también, todos estos años, sentía de alguna manera tu presencia, tus ojos y pensaba en ti. Pero igual llegó y se casó con otra, dijo Rosa, con voz plana, como para dejar constancia. Sí, así fue, pero renunca... casi nunca, dejé de acordarme y de pensar contra toda lógica que nos íbamos a encontrar.

–Ya ve, pues que nos encontramos –dijo ella–. Pero ahora otra vez nos vamos a separar –agregó como algo establecido, aunque el tono interrogativo al final sugería una duda.

–No –Jaime, en tono muy seguro y a la vez extrañándose de su seguridad y de sus palabras–: No, Rosa. No nos vamos a separar nunca más. Renunca. ¡Cómo, después de haberte recuperado! No. Tenemos que vivir juntos. En este momento no sé bien cómo nos vamos a

organizar –la palabra le sonó muy política–, no sé cómo lo vamos a hacer, hay que ver las cosas prácticas, tenemos que pensarlas entre los dos.

–Sí –dijo ella.

–Creo que podríamos empezar por darnos una ducha, ¿no te parece?

–¿Los dos... juntos? –preguntó ella y se ruborizó de inmediato.

–¡Estupenda idea! –dijo Jaime.

Al comienzo el agua salía fría, luego apenas tibia, finalmente, los azotó un grueso chorro caliente que pronto llenó de vapor el pequeño cuarto de baño. Abrazados bajo el chorro se besaban, se jabonaban recíprocamente y volvían a ayuntarse.

Hablaron todavía en la cama, por mucho tiempo, de cosas prácticas y de otras menos prácticas.

–Vamos a vivir juntos –dijo Jaime con total seguridad– y eso es algo que debo organizar. Una casita, no sé, un departamento.

–Pero por mientras... –dijo ella.

–Por mientras... cierto. Por lo que me has dicho, tú vives con la Margarita. En una pensión.

–Sí.

–Me imagino que yo no podría irme a vivir contigo a esa casa.

–Mejor que no.

–Mientras resuelvo lo de la casa voy a buscar otra parte donde podamos irnos los dos.

Hablaron algo más del asunto, pero Rosa opinaba poco, dejaba al parecer que él decidiera. Callaron, pensativos. La vida práctica no era tan fácil.

Rosa se levantó de la cama. Friolenta, se echó encima una toalla y descorrió la cortina que tapaba la ventana. Él admiró una vez más la gracia de su cuerpo y de sus movimientos. El aire se sentía muy frío. Se dieron cuenta que había amanecido, escucharon unos chincoles cantando en el árbol, comprendieron que era la hora de partir.

VI
Apuntes de curso

MATERIAL RECIBIDO DE G.K.

(transcripción textual)

I^a clase: Introducción

Hasta II guerra mundial se decía “artillería reina de batallas”. Después se dijo cohetería. Actualmente, como materia de hecho, la reina de las batallas ahora y siempre, es la información. Plus la inteligencia.

Esto no significa disminuir la importancia del adecuado uso de las diferentes armas que, en debido curso, decidirá el resultado de la batalla. Pero sin información plus evaluación de inteligencia, la fuerza no tendrá exacto conocimiento del momento, el lugar y potencia del enemigo, determinantes factores para la selección de los más adecuados medios para obtener la victoria.

En situación de guerra antisubversiva esta verdad es todavía más evidente. En este tipo de guerra de baja intensidad (Low Intensity War, LIW), no hay campos de batalla definidos y rara vez se requiere el uso de armas de gran potencia. El enemigo no es un ejército regular, la mayor parte de veces no usa uniforme. La aviación y en especial los helicópteros son muy útiles cuando enfrentamos guerrilla en zonas boscosas o montañosas. Pero en las condiciones del país dado, donde se puede prever predominancia de lucha urbana y combinación de acciones militares individuales o de pequeños grupos con acciones político-militares de civiles con armas rudimentarias o sin armas e incluso demostraciones políticas sin armas, una decisiva parte del combate se da en el terreno psicológico. La guerra psicológica pasa al primer plano. Conquistar corazones y mentes.

En el país dado, el enemigo interno tiene larga experiencia de trabajo bajo tierra, con apoyo en sectores de la población. Él tiene militantes y cuadros de fuerte motivación, adoctrinados en ideología marxista o castrocomunista. En el último tiempo hay evidencia de grupos armados terroristas organizados con jerarquía militar, entrenados en países comunistas y provistos de pertrechos.

(Tomar en cuenta la existencia de diferentes grupos políticos, que mantienen diferencias y apoyos externos, político y otros.)

Para la fuerza militar del mundo libre, primer goal es juntar información, descubrir estructuras, sistemas de comunicación y abastecimiento del exterior y del interior. Negar a subversivos el soporte de la población civil, pero esto es materia que estudiaremos más tarde.

II^a clase: técnicas de Interrogatorio

Combinación de métodos: a) Mentales, b) Físicos. En esta clase se tratarán los métodos mentales (MM).

En etapa inicial el goal es producir ablandamiento físico y mental del prisionero/a. Objetivo: demoler la seguridad del sujeto en sí mismo. Usted no puede ni se debe entender nunca completamente separados métodos mentales de físicos.

Con el ablandamiento de la etapa inicial, incluyendo constantes injurias y manifestaciones de desprecio se busca de crear en el detenido sensaciones de fragilidad, desamparo, pérdida de valor como persona. Él debe comprender que sus interrogadores y guardias tienen poder absoluto sobre su vida, su integridad física y psíquica, y que pueden proceder en forma arbitraria.

En etapa MM ocasionalmente puede ser conveniente ejecutar alguna ocasional acción física violenta (golpe repentino de pies o manos, acompañado de nuevas injurias, de actos como escupos o manoseos en el caso de prisioneras). Será una advertencia: no estamos bromeando.

Medidas recomendadas según experiencia internacional:

- Retiro total de ropas.
- Desorientación del detenido en cuanto a lugar donde se encuentra, hora de día o noche, tiempo transcurrido.
- El lugar de detención debe ser desnudo, ojalá muros y piso de cemento, lóbrego. Es aconsejable mantenerlo desaseado, con manchas en las paredes, papeles sucios y restos en el suelo, etc. Esto contribuye a producir en el sujeto la sensación de ser objeto de desprecio, lo desvaloriza a sus propios ojos, le produce un efecto de depresión.
- Prohibición de ir al retrete. Si el sujeto orina y defeca en la celda, llamarle la atención duramente, insultarlo por su falta de aseo y ordenarle limpiar sus excrementos con elementos inadecuados (escobilla pequeña, trapos sucios, escoba vieja).
- Al autorizarlo a ir al retrete, llevarlo con guardia armado y darle tiempo escaso o insuficiente para descargarse.
- Amenazas a familiares cercanos. Uso de grabaciones de gritos de dolor de mujeres y hombres, según caso, para convencer al detenido de que su esposo/a, hijo/a, hermano/a hija están siendo interrogadas.

Privación sensorial

a) Ventajas. Este sistema produce mayor ansiedad en el detenido/a que métodos duros tradicionales, no deja cicatrices, sus efectos son más duraderos.

b) Desventajas. La principal es que, demanda más tiempo para producir información útil. Esto puede ser inconveniente si se buscan prontos resultados.

Normas básicas:

a) Los prisioneros/as serán mantenidos constantemente con la vista vendada o con su cabeza metida en capucha. Plantones de pie de diversa duración, según conveniencia y decisión del oficial a cargo (48 horas o más), con las piernas abiertas y las manos sobre la cabeza. Si se mueve o se deja caer, duro castigo.

b) Ellos/as serán sometidos a ruidos de gran intensidad (sobre 85 decibeles).

c) Privación total de sueño los primeros días. Después interrupciones del sueño en períodos arbitrarios.

d) Los prisioneros/as serán mantenidos en penumbra, con luz artificial permanente.

e) Sistemática alteración en ritmos de alimentación, para acentuar la desorientación. Además, es posible el uso de grabaciones de ambiente para dar ideas erróneas sobre lugar de detención, por ejemplo, ruido industrial de máquinas, tránsito urbano o entorno rural.

f) Alimentación: debe ser escasa. Si el sujeto da información útil puede dársele “premio”: extra alimento.

g) Temperatura en celdas, producir variaciones extremas: mucho calor en el día, mucho frío en la noche con insuficientes cobertores.

III^{a} clase: técnicas de interrogatorio (continuación)

Pasamos a examinar los métodos físicos (MF).

Como materia de hecho el uso de MF nunca está separado del uso de MM, puesto que su goal es producir cambios en la mentalidad o en la psicología del interrogado/a, inducirlo o forzarlo a colaborar y a dar a conocer la información requerida sobre el enemigo: sus planes, métodos, formas de organización y de enlace, estructura jerárquica, jefes y sus características personales, contactos con exterior, etc.

El uso de los MF no se basa en llevar de inmediato el dolor al máximo sino en obtener que el miedo al dolor alcance el más alto nivel posible (efecto mental):

1. El prisionero/a debe ser sometido a un aumento gradual del dolor a intervalos regulares. Él debe comprender que nada puede salvarlo de una eternidad de permanente y cada vez más agudo sufrimiento mientras no dé la requerida

información. Él debe saber, al mismo tiempo, que si mantiene su negativa a colaborar, el dolor siempre podrá ser mucho más intenso en el futuro. Operador debe evitar que el sujeto pierda el sentido.

2. Los MF comprenden una variedad de recursos, más allá de golpizas iniciales de ablandamiento, tales como inmersiones en agua u otras sustancias (fecales, por ejemplo), sofocación, aplicaciones de electricidad, golpes calculados con manos y/o instrumentos, uso de drogas.
3. Para electroshocks como para inmersiones, repentinos y repetidos golpes o inmersiones de corta duración serán preferidos. Acordando con experiencia así resultan más eficaces que prolongados en el tiempo.
4. Las inmersiones pueden aplicarse en agua extremadamente fría (procedimiento llamado "submarino") hasta crear la sensación de asfixia. También se ha experimentado con agua extremadamente caliente (hasta 60 ó 70 grados).
5. Las inmersiones en excremento u otros líquidos repulsivos y nauseabundos refuerzan la desmoralización de los sujetos. En algunos casos, extrema repugnancia lleva al quiebre de la resistencia del prisionero/a.
6. Se usa también con buenos resultados el procedimiento llamado "submarino seco" que consiste en provocar sofocación con una bolsa de plástico colocada sobre la cabeza del sujeto y firmemente apretada a su cuello.
7. Métodos eléctricos. Aplicar descargas de intensidad controlada en los genitales, en el ano, pezones en mujeres o tetillas en hombres, cambiando de lugar una y otra vez. Los servicios de inteligencia de las fuerzas armadas de Brasil han perfeccionado el práctico método así llamado "pau de arará", que consiste en sujetar al prisionero atado de las manos y los pies a una barra transversal horizontal, dejando al descubierto sus genitales y ano en forma cómoda para el operador.
8. Se obtiene efecto muy intenso al aplicar electroshock en la dentadura del detenido/a, sobre todo si ésta presenta obturaciones metálicas.
9. Indispensable: contar con presencia y colaboración de personal sanitario (médicos, paramédicos) para periódico control del estado del detenido y evitar accidentes cardíacos u otros que obliguen a interrumpir el trabajo o que ocasionen desenlaces prematuros (síncope grave o muerte del sujeto), frustrando el éxito de la tarea.

En el curso de estos tratamientos, el interrogador debe recurrir a diversos tipos de amenazas, en función del ánimo que evidencie el sujeto:

1. Uso de drogas. En general, su uso es efectivo o muy efectivo. Investigadores trabajan en varios laboratorios, desarrollando nuevas y más eficaces drogas.
2. Principales drogas en uso son: amital sólido, pentotal, escopolemia. Su efecto principal es reducir las defensas conscientes y facilitar la obtención de respuestas a las preguntas que se formulan. A veces esto se complementa con el uso de tranquilizantes.
3. Se experimentan y perfeccionan compuestos capaces de actuar sobre el sistema neurológico y producir espasmos musculares. Se estudia el SC3, desarrollado por rusos y usado en clínicas psiquiátricas. El prisionero inyectado sufre insoportable dolor, él tiene dificultad para respirar, siente que está muriendo por falta de aire. El efecto de esta droga no es de larga duración pero el tratamiento se puede repetir varias veces. Su recuerdo se demuestra muy efectivo para producir terror en el sujeto e inducirlo a hablar.

IV^{a} clase: el interrogatorio político

El interrogatorio político (IP) demanda especial preparación: el más completo conocimiento posible de estructura mental del militante subversivo, teoría y esquemas políticos que guían a su organización, técnicas conspirativas: nombres falsos, enlaces, buzones, compartimentación de información. Marxismo-leninismo básico y variante castrista. (Véase Manual M-3.) También historia org. subver. en el país.

Muy importante: capacidad teatral. Podemos considerar el IP como una comedia. Interrogadores desempeñan diferentes papeles según las necesidades. Resultado ideal: que el

detenido sea convencido de colaborar sin necesidad de recurrir a procedimientos duros.

En gran medida los métodos del IP coresponden a lo tratado en la segunda clase sobre MM. Objetivo inicial es también ablandamiento. (Ver procedimientos indicados.) Otros detalles:

El sujeto debe tener la vista vendada gran parte del tiempo. La sensación de aislamiento en el sujeto se puede acentuar llevándolo al lugar de IP por camino largo con vueltas y revueltas, escalones que bajan o suben, cambios de calor o frío, etc.

IP puede efectuarse con vista vendada o no, del prisionero/a. En caso de líderes de cierto nivel, según casos, sin venda. Reconocimiento de rango halaga ego del detenido y puede establecer un puente o un acceso a su mentalidad.

Eliminación de venda produce alivio. Puede usarse como recompensa si el prisionero/a muestra disposición a dar información. De preferencia, el lugar de IP será poco iluminado. Eventualmente un foco de intensa luz dirigido a ojos del interrogado/a. Él estará en incómodo asiento que produce molestia y lo obliga a cambiar de posición una vez y otra vez. Interrogador debe estar relajado, en sillón cómodo, en más elevado nivel. Se usa sistema premio y castigo. Si el prisionero habla del tema que interesa, mejorar alimento. En caso contrario, demora y hasta privación total de alimentos por largos períodos.

Fase 1: amistosa. Interrogador se muestra humano, profesional, comprensivo. Serie de preguntas obvias, que el sujeto puede responder sin problemas: edad, lugar de nacimiento, padres, estudios, ocupación, servicio militar. A cada respuesta simple el interrogador responde “Correcto”. En algún caso puede demostrar mayor interés y pedir más detalles.

Luego hará preguntas políticas de carácter general. Insinuar de manera muy indirecta que los dos están del mismo lado, capitalismo y comunismo no sirven a la persona. Él cumple tarea de interrogar por deber pero no es algo que le agrade. Dar a entender cierto descontento con jefes.

En algunos casos pueden plantearse preguntas absurdas. Ej., si la organización posee cohetes o armas nucleares. Si planea accciones terroristas contra el Metro de Santiago, colegios, iglesias, que pueden dañar a inocentes. Si se propone convertir al país en colonia soviética y/o cubana y reemplazar la bandera nacional por otra, etc. Dar respuestas negativas y declararse patriota produce cierta seguridad en el interrogado. Establece común terreno con interrogador.

Fase 2: no-amistosa. Entra alguien y entrega discretamente papeles al interrrogador. Después de leer tales papeles, él cambia bruscamente su actitud. Dice que su confianza ha sido traicionada. El prisionero ha interpretado mal el buen trato, ha tratado de engañarlo. Ha dicho una sarta de mentiras. El interrogador sugiere que uno de sus compañeros (uno real detenido en el mismo período) colaboró y contó muchas cosas. Le informará que desde ahora en adelante diálogo será diferente. Por su propio bien dirá lo que interesa. (Precisas preguntas siguen.)

Fase 3: agresiva. Entra en escena otro interrogador: arrogante, usa lenguaje grosero, insulta y amenaza. Él pregunta acercándose físicamente al sujeto hasta casi tocarlo, de frente o a su espalda. En algunos casos, un relevo de interrogadores puede ser útil. El agresivo sale y el amistoso entra. Incluso puede ofrecer un cigarrillo, un vaso de agua. Como amigo advierte al prisionero es mejor hable porque el otro interrogador es muy violento, salvaje.

Agotada esta forma de IP, que puede resultar lenta, sólo justificada con prisioneros/as de cierto nivel disponiendo de información útil, se pasa a los métodos duros, tema de siguiente clase.

V^{a} clase: técnicas físicas nivel 3

Para instrucción y aplicación de estas técnicas, el personal debe ser seleccionado, dando atención a cualidades personales, solidez de formación, tendencias, grado de agresividad y autocontrol. En ningún caso es recomendado

FIN DE LA TRANSCRIPCIÓN. Aquí terminan los apuntes. Última

página trunca. Faltan páginas.

VII
Complicaciones

Se detuvo en la esquina señalada a la hora exacta. Lo azotó una ráfaga de viento helado. El cielo estaba encapotado, con escuadrones de nubes negras que galopaban, se enroscaban y fundían como el humo de una enorme chimenea. Debería haber traído paraguas, pensó fugazmente, y ya estaba a su lado el Ford concho de vino que le habían dicho. Casi no se detuvo, una de las puertas traseras se abrió, Jaime había entrado a medias cuando el vehículo partió bruscamente. Cayó sentado en el asiento. A su lado había un hombre robusto, moreno, pelo duro. Le dijo: ya, apúrese, hombre, y cerró la puerta que aleteaba mientras el auto adquiría velocidad.

Hicieron un largo recorrido por un sector desconocido, pensó que podía ser Conchalí o El Salto. Su compañero de viaje no decía nada. Podía ser nortino por el aspecto. Proleta, sin duda: bastaba verle los zapatones.

–¿Usted sabe con quién va a hablar?

–No.

–Ya.

Cerró la boca firmemente y no volvió a abrirla hasta que llegaron a saltos por un pasaje de pavimento muy agujereado, a ratos ausente del todo, a una casa despintada y anónima en una hilera de casas iguales. Cuando salió del vehículo caían las primeras gotas, heladas, enormes. Su acompañante golpeteó la puerta con cierto compás y abrieron en seguida, como si hubieran estado esperando.

–Pase –dijo una voz.

La mujer que le había abierto la puerta desapareció sin ruido. El acompañante proleta volvió al auto, que partió en seguida.

Entró. En el centro del cuarto había un escritorio de pino desnudo y un hombre moreno y pequeño, de anteojos, con poco pelo, sentado frente a él. Lo reconoció aunque sólo lo conocía por fotos. Él lo miró a los ojos y le dijo:

–Tome asiento.

Obedeció. Por encima de la mesa el hombre le pasó una mano pequeña y cálida, estrechó la suya con fuerza y le dijo:

–Ignacio.

–Esteee... Tucapel.

–No está acostumbrado a la chapa –dijo Ignacio.

–Cierto. No la uso casi nunca.

–¿Por qué, camarada?

–Bueno, hasta ahora yo no estoy clandestino. Funciono con mi verdadero nombre. Otra cosa son las tareas.

–Mmh, sí. Está haciendo algo de frío, ¿no le parece? ¿Quiere tomar té?

–Sí, gracias.

La mujer reapareció con una bandeja en la que traía dos tazas, una tetera y un platillo con galletas de vino. Les sirvió y volvió a salir silenciosamente.

Ignacio revolvió pensativo el té con una cuchara:

–Los compañeros del exterior están contentos con el material que ustedes mandan de aquí, dicen que les sirve mucho, porque trae mucha información que por otras fuentes no llega, fuera de la orientación de la dirección en el día a día.

–Nos damos cuenta que están recibiendo lo que les enviamos. Pero además ellos dan muchas otras noticias que nosotros no les mandamos y que aquí ni se conocen.

–¿Y eso es bueno o malo?

Jaime rió:

–¡Muy bueno!

–Lo importante –dijo Ignacio– es que la gente oye la radio. Y mucho. Cuando salgo alguna vez de noche, me toca caminar por toda la hilera de casas de la cuadra en la población donde yo vivo y, qué quiere que le diga, de puerta a puerta, de ventana a ventana voy oyendo el programa. Una vez quedé escuchando casi completo un comentario de Volodia. Mi vecino sintoniza todas las noches y pone la radio con todo el volumen. Un día le dije que bajara un poco porque algún soplón podía escuchar. ¿Y qué quiere que haga?, me dijo, ¿no ve que mi suegra es sorda? –sonrió pero se puso serio en seguida–: Mire, camarada, ahora lo que se plantea es reforzar el equipo. Por eso lo llamamos. Se ha visto que usted se traslade para allá. ¿Qué le parece?

Jaime abrió la boca:

–¿Para allá? ¿A Moscú?

–Sí, pues.

Se sintió confuso, se rascó la nariz, bajó la cabeza, se quedó callado.

–No lo veo muy contento –dijo Ignacio mirándolo en forma severa–, ¿cómo es la cosa? Yo me imaginaba que usted iba a bailar en una pata. Hay muchos que en su caso... ¿Qué le pasa? ¿No quiere

salir? ¿O es que por algún motivo no puede?

–Bueno yo... Claro que me interesa, me entusiasma, yo me doy cuenta que es una gran oportunidad. Qué más quisiera yo que ir por un tiempo a trabajar allá en el programa. Pero.

–¿Cuál es el pero?

–Hay un problema: tengo que pensar en mi compañera, hablar con ella. Y no sé si...

Ignacio puso cara de extrañeza.

–Me habían dicho que usted vive solo, que está separado de su compañera y que ella está afuera.

–Mire, compañero, estoy un poco enredado con esto. Es verdad que estoy separado de mi compañera, o sea, mi esposa legal. Mi ex. Ella se fue con mi hija a Francia, la hija que tuvimos los dos. Nos separamos para el golpe, aunque la verdad es que la cuestión no andaba bien desde antes. Nada de bien. Bueno, yo estoy haciendo desde hace varios meses los trámites de la nulidad. Pero resulta que ahora, esteee, bueno, tengo otra compañera.

Ignacio parecía descontento:

–Esa es una novedad para mí. Me imaginaba que podría viajar solo. Y su relación con esta nueva compañera, ¿es algo permanente? ¿Hace mucho que está con ella?

–No mucho.

–O sea que no están casados.

–No.

–Mmh. Ése es otro problema.

–¿Por qué? –dijo Jaime, algo picado–, ¿acaso el Partido se preocupa de las normas... burguesas?

Ignacio dejó escapar una risa hueca y breve, sin alegría:

–Ja, ja, ja. No –dijo–, nosotros no insistimos en eso de la libreta, aunque siempre es preferible que los compañeros tengan una retaguardia sólida. ¿Me entiende? Los que insisten son los de allá, los dueños de la casa grande. No les gusta nada que llegue una pareja arrejuntada.

–Son iguales que los católicos –dijo Jaime con sorna.

–No es eso. Es una cuestión práctica. Ellos tienen mucha experiencia con los compañeros que llegan de afuera. Los "especialistas extranjeros", como los llaman. No quieren conflictos ni dramas pasionales, ¿me entiende? Y han tenido problemas con varias parejas. Sobre todo con las de latinos. Muchos problemas. Pero en todo caso, no son dogmáticos y tienen mucha confianza en nosotros.

Saben que si les proponemos a un cuadro es porque lo conocemos y además, que respondemos por él. Más bien yo veo que el problema, por lo que usted me dice, es su compañera, la nueva me refiero. Va a tener que hablar con ella, preguntarle si está dispuesta a viajar con usted y a estar allá un tiempo, digamos un año por lo menos. ¿Es militante?

–No.

Ignacio meneó la cabeza:

–Más embromado. A ver si la convence. ¿Y usted piensa casarse con ella?

–Sí, pues. En cuanto me salga la nulidad.

–Tropezando con la misma piedra –dijo y volvió a emitir su risa hueca en A–. Y dígame, ¿cómo se las arregla usted, para la subsistencia?

–Más o menos. Fuera del salario que me trae todos los meses la compañera Elsa, que no es mucho como usted sabe, hago algunos trabajos para una agencia de publicidad, donde trabaja un amigo. También me apuntala mi hermana de vez en cuando.

–Vamos a decir que se las arregla rasrrás, ¿no es así? A medio morir saltando. No como para pensar en matrimonio. Pero es verdad que en estos tiempos cada uno se rasca como puede. En realidad usted tiene mejor situación que otros compañeros. Y, dígame, si el salario que le pagamos como funcionario se cortara en algún momento, ¿qué pasaría?

–Sería harto fregado, pues compañero. ¿Por qué lo dice?

–Porque en situación de ilegalidad y con una dictadura como ésta pueden pasar cosas. En fin, siempre el Partido saldrá adelante.

Jaime asintió. Estaba preocupado: ¿le digo o no le digo de mi hijo?

Ignacio percibió al vuelo su vacilación:

–¿Alguna duda? ¿Algún otro problema?

–No. Nada. Voy a conversar hoy mismo con la Rosa, mi compañera. ¿Cómo le aviso a usted?

–Como siempre.

Jaime se levantó para irse, pero Ignacio lo detuvo:

–Espere un momento. Hay algo más. Algo muy serio.

Abrió un cajón del escritorio, sacó un sobre y extrajo varios recortes de prensa, unidos por un clip.

–¿Usted ha leído algo de esto? –le preguntó.

Jaime leyó el primer recorte:

Asesinaron a mujer de 23 años

Un cadáver semidesnudo de una mujer de aproximadamente 23 años de edad, presumiblemente estrangulada, se encontró en la playa La Ballena, ubicada en la Carretera Panamericana Norte, a la altura del kilómetro 182 en el sector de La Ligua. De acuerdo con la versión de Carabineros, el cuerpo corresponde a una mujer de aproximadamente 23 años de edad, 1.65 metro de estatura, pelo teñido color caoba, tez blanca, de la que se ignoran mayores antecedentes.

El cadáver vestía sólo ropa interior, constatándose que alrededor de su cuello tenía enrollado un alambre liso, presumiéndose que la muerte haya sido a causa de estrangulamiento. El cuerpo de la infortunada joven, víctima, al parecer, de un crimen pasional, fue levantado y enviado a la morgue local por orden del Juez del Crimen de La Ligua. Se iniciaron de inmediato las diligencias destinadas a ubicar a los autores de ese escalofriante homicidio.

–¿Había visto eso? ¿Qué le parece? –preguntó Ignacio mirándolo fijamente.

–Sí. Lo había visto. Lo dejé marcado con rojo porque pensé que podía ser alguien conocido.

–Mmh. En los diarios hay más de lo mismo, especulaciones, diversas versiones, jaita –dijo Ignacio hojeando los recortes–. Esas cosas que ponen los periodistas para llenar espacio, vender más, o para despistar. Todo eso no vale la pena. En cambio esto sí, es un telex interno. Me lo mandaron ayer.

EL MERCURIO PRIMERO OCTUBRE SECCION POLICIA:

+*FUNCIONARIA FISCAL ES LA MUJER MUERTA EN PLAYA LA BALLENA FUE IDENTIFICADA POR UN DENTISTA+ +MARTUGARTEROMAN RPT MARTA UGARTE ROMAN FUE RECONOCIDA EL VIERNES ULTIMO POR HERMANAS Y DENTISTA QUE LA ATENDIA+ BERTA Y ELIANA UGARTE HERMANAS DE MARTA UGARTE CREYERON RECONOCERLA EN EL MEDICO LEGAL +ELLAS TENIAN UNA HERMANA DESAPARECIDA Y EL DATO DEL COLOR DE SU CABELLO TENIDO COLOR CAOBA LAS HIZO REACCIONAR+ DECLARO EL DENTISTA LUIS CIOCCA QUIEN RECORDO QUE EN 1972 ATENDIO A MUGARTE +ME PARECE QUE ELLA TRABAJABA EN MINISTERIO DE ECONOMIA, ALGO ASI COMO DIRINCO+ DECLARO EL PROFESIONAL. LAS HERMANAS DE MUGARTE CONFIRMARON ELLA DESAPARECIO EL 9 DE AGOSTO +NUNCA SE RESPONDIO A RECURSOS DE AMPARO NO FIGURO COMO DETENIDA+ AGREGAN+* INVESTIGACIONES GUARDA HERMETICO SILENCIO RESPECTO A ESTE CASO QUE FUE CONOCIDO EL DIA 12 DE SEPTIEMBRE EN EL KM 162 PANAMERICANA NORTE.

–Hay más –dijo Ignacio–. El cadáver lo trajeron a Santiago, al Instituto Médico Legal, le hicieron una segunda autopsia y después autorizaron a algunas personas que habían llegado hasta la oficina de detenidos preguntando por parientes, que fueran a ver el cuerpo. Cuento corto: era la compañera Marta Ugarte. Las hermanas la identificaron. Y coincide el informe del dentista. No cabe duda que es ella. ¿Usted la conoció?

Marta Ugarte. Jaime recordaba que, en una de sus raras visitas a Comité Central en el caserón de Teatinos, Ramiro se la había mostrado al pasar diciéndole con su tono burlón habitual: "La novicia rebelde". Verdad que había algo de monástico en su apariencia: una mujer fina, agraciada pero muy seria, sin maquillaje, sin coquetería, vestida con gran sencillez.

–La ubico pero la conocí muy poco. Creo que nunca hablé con ella. Lo que usted me dice es tremendo.

–Es grave. Ella era miembro del Comité Central y estaba en tareas importantes. El hecho que el cuerpo haya aparecido tirado en esa playa cuando salió, o sea, al día siguiente del 11 de septiembre, no es casual: es un aviso. Lo cierto es que la dina anda detrás del Partido, eso está claro. Cuando cayó el compañero Víctor y cayeron otros compañeros de la dirección tuvimos que tomar medidas de urgencia. Había otro grupo de dirección preparado, ¿me entiende? Como relevo. Pero no es llegar y seguir como si tal cosa. Hay que revisar, ver dónde estuvo la falla, cómo se podrá evitar que se repita. Restablecer contactos con otra gente. Es un tremendo golpe, hay que cambiar muchas cosas, cuesta mucho. Algunos compañeros se nos pierden, desaparecen, se fondean. Es comprensible.

Jaime lo escuchó en silencio. Preguntó, sin preguntar:

–O sea que la dina anda cerca.

–Sí.

Ignacio lo miró:

–Se puso pálido. ¿Tiene miedo?

–Sí. No lo puedo negar. Tengo miedo. Más, paso con miedo todos los días. En la noche tengo pesadillas.

–Es normal. El que dice que nunca ha tenido miedo, miente. Y, si no miente, puede ser un irresponsable y un gran peligro. Lo anormal sería no tener miedo en estos tiempos. De lo que se trata es de que el miedo no nos paralice, compañero. Saber controlarse y cumplir las tareas, con la boca bien cerrada. Sobre todo, cumplir al pie de la letra las indicaciones que se dan. Sin iniciativas raras. ¿Usted dice que tiene pesadillas?

–Bueno, sí. Todas las noches. No por eso dejo de hacer lo que

hay que hacer.

–Ya lo sabemos –dijo Ignacio–, pero hay que tener más cuidado que nunca. Ojos muy abiertos. “Ojo, pestaña, ceja” como dice un compañero –sonrió fugazmente.

–Sí, de acuerdo. Lo más jodido es pensar en la tortura. No saber si uno podrá aguantar sin hablar que le saquen las uñas o una bola.

Ignacio lo miró con atención:

–Sabemos que hay situaciones en las que el ser humano no puede resistir. Nos ponemos en ese caso. Cuando cae algún camarada, tomamos medidas para cortar la cadena. Para que, si se quiebra y cuenta algo, ya la información que pueda dar no le sirva a la dina. Eso quiere decir cambio de enlaces, de casas, de contactos. Pero, ¿sabe usted?, de todas maneras lo más importante es la decisión. Elías decía que el militante que está compenetrado con su Partido, “afinado” con el Partido, le gustaba decir a él, ése no habla. No puede hablar. La conciencia se lo impide.

Jaime asintió, pero por dentro temblaba. Mantuvo silencio.

–¿Qué pasa? –preguntó Ignacio, algo molesto–, ¿alguna otra cosa?

–Estee, no. O sea, sí. Me pasa algo... ¿cómo decir? ¿Raro?

Ignacio no dijo nada, se limitó a mirarlo.

–Tengo la sensación, es decir, sensación no. Es algo que sé. Todo lo que sucede lo recibo de segunda mano, ¿me entiende? Me paso leyendo papeles, oyendo contar cosas, tratando de imaginarme lo que sucede realmente, lo que le pasa a los presos, lo que piensan los milicos. Pero no veo nunca las cosas con mis propios ojos, directamente, no las vivo. He hecho algunas salidas para mirar de cerca. En septiembre y octubre del 73 estuve varias veces en las colas al lado afuera del Estadio y hablé con algunas de las viejas, las mujeres de los presos, las madres. Incluso un día me encontré con una conocida. Después, el 74...

–¡Muy mal hecho! –cortó Ignacio–, usted no está autorizado para andar por ahí exponiéndose. No debe hacerlo. Su tarea es otra. Si se esfuerza mucho por saber directamente lo que pasa, de repente lo va a saber de veras: se va a encontrar en pelota, colgado o dando saltos en la parrilla con la corriente. No es chiste, compañero.

Jaime bajó la cabeza contrariado:

–Sí, compañero –balbuceó–, yo sé todo eso. Es que.

–Es que nada. No haga imprudencias. Hay algo más que debe saber: el joven que conversó con usted hace unos días, el soldado, desapareció de la casa donde estaba. No se sabe si decidió irse por su

cuenta, si salió y lo detuvieron en la calle o si lo sacaron. Eso nos preocupa. Y mucho.

Jaime sintió una fuerte contracción del estómago.

–Ya –balbuceó.

Ignacio se puso de pie y le pasó su mano pequeña, caliente y enérgica:

–Piense lo que le dije y déme una respuesta pronto.

VIII
Madre e hija

CHITA: Elena, mamita, mírame bien. ¿Cómo puedes preguntarme quién soy? Soy tu hija, Clara de las Mercedes, la Chita.

ELENA: La encuentro muy distinta. ¿Usted dice que vino a verme o vive conmigo?

CHITA: No, mamita. Vine a verte. Hace muchos años que no vivo contigo. Desde que me mandé cambiar para vivir sola. ¿No te acuerdas? La escandalera familiar. Cómo no te vas a acordar. Esa vez tú fuiste la única que me apoyó. Siempre te lo agradecí. Muchas veces me he preguntado por qué lo hiciste. ¿Tal vez te habría gustado a ti misma haberte rebelado cuando joven y no te atreviste, o no pudiste?

ELENA: Algo... me parece... (Pausa.) ¿Entonces, tú eres mi mamá?

CHITA: No, por Dios, Elena. ¡Soy tu hija! La Chita. Vine a verte porque estoy, mejor dicho estamos, con Jaime, preocupados por ti. Quiero que nos pongamos de acuerdo.

ELENA: Estoy con la cabeza tan mala, mamita. Me enredo. Me olvido de todas las cosas.

CHITA: Justamente, pues mamá. Se le olvidan las cosas. Supe que el otro día anduviste perdida dando vueltas cerca del Matadero y por suerte alguien se preocupó de llevarte a una Comisaría, y menos mal que andabas con el recibo de los gastos comunes del edificio, así supieron dónde vivías y te fueron a dejar en una cuca.

ELENA: Cambian todas las cosas. Los recorridos de las micros, una ya no sabe. Manuel ya no viene nunca a verme.

CHITA: Pero ¿no te acuerdas que él murió? Mi papá estaba en el Hospital Militar cuando murió. Fue la noche antes del 11 de septiembre. El día del golpe.

ELENA: Tanto tiempo que lo han tenido preso. Es que los militares no perdonan. Llegaron a buscarlo a la casa. ¿Tú has sabido algo de él?

CHITA: Te digo que no está preso, mamita. NO-ES-TÁ-PRE-SO. ¿Me entiendes? Se murió. Mi papá, el coronel Manuel Román está muerto. ES-TÁ-MUER-TO.

ELENA: Tampoco ha venido más la Emita, que me acompañaba tanto. ¿Usted ha sabido de ella?

CHITA: Lo siento mucho, mamá, pero la Emita murió. Fuimos juntas al funeral. ¿Cómo no te vas a acordar?

ELENA: Tanta gente que ha muerto… ¿Cuándo irá a terminar todo esto? Jaime, mi hijo, también ha estado muy ingrato. ¿Se habrá muerto también?

CHITA: No, mamá. ¡Qué idea! Está lo más bien.

ELENA: ¿Desde cuándo que no lo veo? Me acuerdo cuando hizo la primera comunión. Manuel no quería que la hiciera. Decía: No es más que un niño, que haga esa faramalla de los curas cuando sea mayor de edad y sepa de qué se trata.

CHITA: Elena, por favor. Jaime ha venido a verte por lo menos tres veces. Un día estuvimos juntas con él, tomando once en mi departamento. ¿Te acuerdas? Pero él no puede venir para acá. No es bueno que venga para acá porque este edificio es de las fuerzas armadas, está muy vigilado. A Jaime deben tenerlo fichado. El sargento Astete le recomendó que no se aparezca, ¡que no se acerque ni a tres cuadras, le dijo!

ELENA: A mí no me están diciendo las cosas como son. Tratan de engañarme. Jaime se fue a Europa con la Alicia y la niña. Nunca me ha escrito. No ha sido capaz ni de llamar por teléfono, nada.

CHITA: ¡Elena, Elena! Nadie trata de engañarte. Jaime viajó a Europa con la Alicia hace como diez años. Después volvió. Esa es la verdad. Ahora está en Chile, no se ha movido de acá. Pero ya no está casado con la Alicia. Se separaron después del golpe.

ELENA: Ay, mi niño. Usted se acuerda cómo era, Emita. Tan lindo, mi Jaimito. A los cuatro años, su cabecita como un canastillo, los ojos grandes y las pestañas crespas, en la calle se paraban las mujeres para mirarlo, comentar y hacerle cariño en la cabeza, aunque él no se dejaba y más se pegaba a mí. Si lo estoy viendo cuando llegaba a la puerta del dormitorio y me preguntaba: "¿Se pere, mamita?" Disculpe, siempre me tiembla la voz cuando… No debían crecer estos bandidos, ¿no cierto? ¿Usted qué dice? De veras que usted no puede decir nada, Emita. Pero no ponga esa cara, es una manera de decir. ¿Cómo se va a impedir que crezcan? Eso es lo terrible: que crecen y cambian y se van.

CHITA: Elena, por Dios, ubícate. No soy la Ema. Y Jaime ya no es un niño. ¡Creció! Está por cumplir 40 años.

ELENA: Tantos cambios. Todo lo cambian. Una ya no sabe cómo. Jaime ya no me trae nunca a la Alicita, tan linda ella. Me paso todo el tiempo sola. Si no fuera porque usted viene a veces a verme, mamá.

CHITA: No soy tu mamá. ¡Cuántas veces tengo que decirle, señora, por favor! Soy tu hija. La Chita. Bueno, pero para qué le damos más vueltas. No creas que no me preocupa que pases tan sola, aunque sola sola no estás, porque tienes a la Efigenia que está aquí

para cuidarte y hacer la comida y el aseo. La verdad es que el aseo no se nota mucho. Y la pobre tan sorda, que no oye el teléfono y si lo oye, no alcanza a llegar.

ELENA: El 11 nos hicieron salir de los departamentos y nos llevaron a todas al departamento del mayordomo en el subterráneo. Los bombazos en la Moneda se oían apagados, pero fuertes igual. La Ángela se puso a hacer empanadas. Todo tan enredado...

CHITA: Sí, mamita, es verdad que hay mucho enredo. Bueno, pues, por eso mismo, pensando en todo eso decidí, o sea, decidimos con Jaime, que lo mejor es que te internemos.

ELENA: ¡Ah, no! Yo no voy al Hospital Militar.

CHITA: Nadie ha hablado del Hospital Militar. Es otra cosa. Lo que queremos es que dejes este departamento donde pasas tan sola y te cambies a una casa, donde vas a tener compañía, vas a estar con otras personas, te van a cuidar.

ELENA: Me quieren dejar botada en un asilo de viejas.

CHITA: No, Elena, no. No es eso. Queremos que te vayas a vivir a una casita cómoda, con jardín. Donde vas a poder tener todas tus cosas y ninguna preocupación de nada. Yo te voy a ir a ver todas las semanas. Si tienes algún problema me puedes llamar por teléfono.

ELENA: ¿Y tú crees que se podrá conseguir por lo menos que suelten a Manuel antes de la Pascua? Es el colmo. Un coronel. Yo podría ir a hablar con el Auditor de Guerra o con Goyito Rodríguez, que ahora es general, Gregorio Rodríguez Tascón. Han sido tan amigos. Goyito puede hablar con Pinochet.

CHITA: Pero mamá, te digo que mi papá... No, mejor no te digo nada.

ELENA: ¿Has sabido de Jaime? Tan ingrato que se puso. Nunca viene a verme ni me trae a la Alicita. ¿Volvieron de Europa?

CHITA: ¡Pero si ya te dije, mamá, por la flauta!

IX
La casita

Estaba *aguitarrado*. Sonrió al pensarlo. Una palabra que usaba su padre. Una melodía o una canción que se queda pegada en la memoria y vuelve y vuelve aunque uno no quiera. Siempre resonando por dentro. Sentir la cabeza como el interior de una guitarra. Estar *aguitarrado*. La casita lo asediaba sin cesar:

ya tengo ya la casita
que tanto te prometí
y llena de margaritas
para ti, para mí

¿Sería una canción mexicana? En todo caso, más rumbera que ranchera: *con su ritmo tropical.* Y después:

que Dios nos dé mucha vida, negra
y mucha felicidad

Raro saberse la letra. De veras pegajosa. ¿De qué año será? Del año de la cocoa. La conozco desde siempre, ahora no la tocan nunca en las radios. Y otra vez:

ya tengo ya la casita
que tanto te prometí

Jaime y Rosa tenían ya la casita. Era de madera, de dos pisos, pintada de blanco marfil, tenía que pintarla de nuevo, ya estaba un poco negruzca la pintura, iba a pedirle ayuda a algún compañero de la Federación de la Construcción. La casita estaba en una calle corta que salía a la Avenida Perú, muy cerca del cerro. Escasa de muebles como estaba, resonaba con las pisadas. Como una guitarra. Era una casa aguitarrada. Y con ese olor a tablas aserradas. Claudio le había pasado el dato: el dueño era un exiliado que sólo aspiraba a conservarla para su posible regreso. La daba en arriendo a cambio de que el arrendatario se encargase de pagar las contribuciones. Muy barato.

Miró el reloj: mi Rosa ya debe estar en la casa. Hizo un juego de piernas bailarín, una especie de cabriola, porque sí, porque le dio la gana. Como un potrillo. O como Mastroianni en *8 y medio*, recordó. ¿Felicidad infantil, animal? Mientras ponía la llave en la cerradura se preguntó si había sido feliz, lo que se llama feliz, alguna vez en su

vida. Y qué es eso de la felicidad: ¿una entelequia, una sentida aspiración de las masas, una palabra? La felicidá jajá jajá. Súbitamente se interpusieron otras imágenes: el cuerpo de Marta Ugarte, oscuro, aceitoso, como ennegrecido por el fuego, tal vez fuera efecto de la fotografía oscura del diario, pero se alcanzaba a distinguir el alambre que le rodeaba el cuello, muy hundido en la carne. Las olas deben haberla revolcado en la arena mojada como un resto de naufragio. De pronto se le sobrepuso la visión de otro muerto, el barbudo del río Mapocho, su cara de Cristo, la camisa blanca. Sacudió la cabeza para liberarse. El futuro luminoso de la Humanidad no se ve tan luminoso.

La cerradura estaba demasiado nueva y la llave se atascaba. Con mayor presión logró hacerla girar. Seguramente con el uso se va a poner más suave, pero ayudaría un poco de lima. Se detuvo absorto un instante sin abrir del todo porque le pareció escuchar una leve música. Sí, Rosa estaba cantando. ¿Aguitarrada también? Tenía al cantar una voz muy fina y muy tenue, voz de niña. Se quedó paralizado escuchándola. Era una canción infantil como de otra época, una melodía vagamente conocida. ¿Mambrú se fue a la guerra? Pero el ritmo no era marcial. Hablaba de un doncel que esperaba que pasara la hija del capitán. Escuchó embelesado hasta el final.

Rosa estaba sentada cerca de la ventana del comedor, en una de las tres sillas que había en la casa, gentileza de la Chita, como la cama, la pequeña mesa del comedor y otros muebles y enseres de cocina. Con la cabeza baja, cosía muy aplicada el dobladillo de un visillo de gasa. Se sonrojó al ver a Jaime y aun más cuando éste se acercó para besarla.

–¡Mi amor! Estabas cantando. ¡Qué canción tan bonita! Nunca la había escuchado.

–Es una canción de las que cantaba mi tía Anguita, la más viejita de todas las tías. Decían que tenía más de cien años. Todas las canciones que cantaba eran muy viejas, de cuando ella era joven.

–¿Tía qué?

–Anguita.

–¡Anguita! Pero ese no es un nombre, es un apellido.

–A ella le decíamos Anguita.

–¡Qué raro! Dices que le decían, ¿y cómo se llamaba?

Rosa se mostró algo confusa:

–Tenía un nombre raro.

–¿Qué nombre?

–Angustias.

–¡Angustias! No lo puedo creer.

Rosa frunció la boca en un gesto de enojo infantil:

–Caso quiere me cree. Yo no ando nada diciendo mentiras.

–Lo sé, lo sé. Pero de veras es un nombre rarísimo. Nunca he sabido de alguien que se llamara Angustias. ¿Será un nombre español antiguo?

–¿No le digo que ella era muy antigua?

–Cierto, si tenía más de cien años. Pero llamarse Angustias, no me negarás que es una rareza.

–Bueno, pues, por eso le decíamos Anguita.

Jaime se atacó de risa, Rosa se mantuvo seria.

–Perdóname –dijo al final–, perdóname, me da risa porque es divertido, no me lo puedes negar.

Ella seguía algo enfurruñada.

–Ya, conforme, cambiemos de tema –dijo Jaime–, pero dime, ¿qué dice la canción?

–Si usted ya la escuchó, pues.

–Pero no pesqué mucho la letra. ¿Podrías repetirla? De veras que me interesa.

Ella enrojeció de nuevo:

–Me da vergüenza.

–¿Pero por qué, mi amor?

–No sé, me da cosa.

–Mira, ¿sabes lo que vamos a hacer? Me vas a decir las palabras de la canción, yo las anoto y así me la aprendo y después cantamos juntos.

Algo confundida, ella terminó por aceptar. Jaime se sentó a su lado y se dispuso, lápiz en mano, a tomar nota.

–Primero –le dijo– el título.

–La hija del capitán.

Jaime sintió de nuevo deseos de reír pero se contuvo:

–Debe ser pariente mía.

–¿Quién?

–La niña de la canción.

–No se burle, Jaime. ¿Por qué dice eso?

–Porque es hija del capitán. Yo soy hijo del coronel.

Ella sonrió de tal manera que Jaime no pudo menos que besarla. Pasaron algunos minutos.

–Ya está bueno –dijo Jaime, aunque sentía ganas de seguir

besándola–, ahora la canción.

Ella comenzó con cierta vacilación a canturrear en voz muy baja, como para sí:

Por aquel caminito llano
tres palomitas van
aquella que va en el medio
es hija del capitán
sobrina de un alférez
nieta de un coronel.

–Toda la plana mayor –musitó Jaime. Ella sacudió la cabeza, pero continuó:

Y antes que toquen la diana
voy derecho a mi cuartel.

Se detuvo, él la miró en forma interrogante.

–Ahí termina la primera parte –dijo ella–, así me la enseñó mi tía Anguita.

–¿Y después?

–Después viene la segunda parte.

–Lógico. Primero la primera, después la segunda. Como debe ser.

Rosa continuó:

Estaba la niña estaba
sentada en su balcón
esperando que pasara
el segundo batallón.
Estaba el doncel estaba
sentado en su diván
esperando que pasara
la hija del capitán.

–¿Y qué más?

–Nada más –dijo Rosa–, eso es todo. Fin.

–¡Qué lástima! –dijo Jaime–, me habría gustado que la canción fuera más larga.

–¿Por qué?

–Para saber qué pasó cuando se encontraron el doncel y la hija

del capitán. ¿Sabes qué es un doncel?

–Un doncel es un joven lindo.

–Plop –dijo Jaime–, qué precisión. Además, doncel es el masculino de doncella. O sea, un joven virgen.

Rosa enrojeció y Jaime no dejó de asombrarse de la rapidez con que se subía al guindo.

–Y dime, ¿siempre cantas esa canción?

–La cantábamos cuando éramos chicas. Las cinco hermanas cantábamos juntas y mi papá siempre decía: son mis florecitas que cantan.

–¿Eran cinco? No lo sabía. O no me acordaba. Yo conozco a la Margarita, no más. ¿Y cómo se llaman las otras?

–Margarita es la mayor –dijo Rosa–. A ver... no, la mayor es la Hortensia. Después viene la Margarita. Sigue la Violeta, endei la Camelia y yo al final.

–Las cinco hermanitas Flores. Claro, las florecitas.

En menos de dos semanas se había establecido cierta rutina. Rosa salía antes de las nueve de la mañana y estaba de regreso a las cinco de la tarde. Jaime salía dos horas después y se instalaba a revisar los diarios y los papeles que seguía trayendo la Elsa, junto con la ropa lavada, en una pequeña oficina cerca del cementerio que le había conseguido Claudio. Sólo podía usarla después del mediodía. Allí estaba la máquina de escribir sobre un escritorito, la radio, el teléfono, un estante cojo en el que guardaba temporalmente, no más de tres días seguidos, copias de los boletines del Equipo y, sujeto con un chinche a la muralla, un calendario de un lubricante en el que aparecía una morena lúbrica (¿lubricada?) casi desnuda. Gusto de clase obrera.

Escribía como siempre, sin parar, desarrollando sus apuntes, dando forma a los materiales que mandaban los viejos, que incluían alguna carta de afuera, alguna declaración, testimonios de mujeres o de presos y, raras veces, algún recado manuscrito, sin firma.

Llegaba de regreso a la casa alrededor de las seis o seis y media. Al llegar se anunciaba con un silbido especial que había usado alguna vez, en los tiempos de pololeo con Alicia. Ese detalle no lo mencionó.

Lo complicaba la proposición (¿o era una orden?) de Ignacio. Tenía que hablar del asunto con Rosa lo más pronto posible. Pero ya habían pasado cuatro días y no había existido la ocasión... No te engañes, Jaime: no has sido capaz de decírselo. En todo caso, tenía una buena noticia para empezar. La besó y ella respondió, como siempre, cálida y dulce.

–Te traigo una noticia, Rosa. Una buena noticia.

Lo miró amorosa y expectante:

–Me llamaron de la oficina del abogado que ve lo de la nulidad. Me dijo que ya salió. Antes de lo que se esperaba. ¿Te das cuenta?

–Sí –dijo ella.

–¿Te das cuenta de lo que significa? Significa que soy soltero. ¡Podemos casarnos!

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

–¿Te quieres casar conmigo?

–Sí, pues –dijo ella–, no quiero otra cosa.

Se besaron de nuevo, largamente. Jaime se sentó a su lado, de manos tomadas.

–Hay otra cosa, Rosita –empezó vacilante y sintió que ella se ponía alerta de inmediato, ¿tal vez por el diminutivo?, siempre la llamaba Rosa.

–Tenemos que hablar. Los compañeros me proponen que salga del país. Contigo naturalmente. Que salgamos los dos. Pero no por un tiempo muy corto. Tendría que ser un año o dos.

Ella se sobresaltó:

–¡Tanto! ¿Y cuándo tendría que ser ese viaje? ¿Y adónde?

–Cuándo, no lo sé exactamente. Pero lo más pronto posible. Lo que demoremos en sacar pasaporte para ti, porque yo ya lo tengo, y otros detalles.

–¿Detalles como qué?

–Casarnos, por ejemplo. Sería el ideal que nos casáramos antes del viaje, ¿comprendes? Que viajáramos casados.

–Sí. Me encantaría. Sería lo más –le tembló la voz– sería como un sueño. Pero, ese viaje... ¿adónde es?

–Iríamos –bajó la voz y la miró fijamente– a Rusia. Me piden que vaya a trabajar en la radio.

Rosa se quedó muy callada.

–¿No dices nada?

–Es que no sé, no sé... Tan de golpe. Y un viaje tan largo. Porque ha de ser muy lejos, ¿verdad?

–Muy lejos. Lo más lejos que puede haber. En avión, con las escalas, son como dos días de viaje. Pero hay otra cosa: nadie debe saber para dónde vamos. Eso no se habla con nadie. Vamos a decir que nos vamos a Europa. Y si preguntan más decimos que vamos a Alemania. ¿Qué le parece, mijita?

Ella se quedó mirando al vacío. Le pareció que su expresión era triste.

–¿Qué pasa? ¿Te asusta o te da pena?

–Sí. No. No sé. Tener que partir cuando recién estamos viviendo juntos, cuando por primera vez tenemos una casita para los dos...

Jaime sintió una especie de sacudida. El mismo pensamiento había pasado por su cabeza. La idea del viaje, de participar en la tarea de la radio lo entusiasmaba pero, por debajo, turbiamente, había un presentimiento de fatalidad: fuerzas ajenas, incontrolables, cambiaban su vida de manera imprevista cuando apenas estaba iniciando un proyecto de ¿felicidad? De nuevo esa palabrita. Pero, además, con la dictadura, ¿quién puede hacer planes, quién puede saber lo que va a pasar mañana, si vivirá hasta el próximo martes, o sólo hasta el lunes? ¿Y el deber? Con el Partido, con el pueblo, participar en la lucha. Miró a Rosa: ¿cómo explicarle todo eso?

–No crea que no he pensado que un día lo pueden detener, ni Dios quiera –dijo ella–, ya ve cómo agarran a tantos de sus amigos, que después no se sabe más de ellos, igual que mi hermano Onofre. Si lo detienen, ¿qué sería de mí? Creo que me volvería loca.

–No es buena idea.

–¿Qué?

–Volverse loca. Si me detienen, y eso puede ocurrir, hay que hacer muchas cosas, moverse, hablar con gente. Pero, ¿sabes?, creo que no entiendo totalmente adónde vas –dijo Jaime–, ¿entonces?

–Lo que yo digo es que viajar a otro país puede ser bueno. Y casados. Es un sueño... librarse del peligro. Aquí las cosas están tan malas. Tantos muertos.

–Correcto –dijo Jaime, algo sorprendido por la precisión del pensamiento de Rosa–. Así es.

–Pero también da mucha pena dejar la casita cuando recién, y encima, tener que dejar mi trabajo y más encima, irme lejos de mis hermanas, yo nunca hei estado alejada de ellas.

Jaime la escuchaba con extrema atención.

–Pero hay otra cosa más –dijo ella.

–¿Qué cosa?

–Jaime.

–¿Jaime? –repitió desconcertado–, ¿yo?

–No. Jaime mi hijo. Su hijo. El hijo de nosotros.

La miró con los ojos muy abiertos. Se había acordado de él al conversar con Ignacio pero ahora no, era como si lo hubiera olvidado.

O borrado. Claro, era inevitable afrontarlo.

–Jaime, sí –dijo lentamente–, hay que, debemos... Habría que preguntarle qué piensa. Tenemos que conversar con él. A todo esto, yo todavía no lo conozco, no lo he visto, a pesar que varias veces te he dicho.

Rosa bajó la cabeza:

–Él no quiso.

–¡No quiso!

–No, Jaime. Yo hablé con él. Le dije quién era usted, le dije que tenía que conocer a su padre.

–¿Y qué dijo él?

–No dijo nada. Creo que se enojó. O no sé. Se cerró y se fue no más.

–¿Y lo has visto desde entonces?

–Sí. Pero no hemos hablado más de eso.

–¿Dónde está viviendo?

–Por Chile-España. Arriendan unas piezas entre varios. Son todos estudiantes. La Margarita ayuda con el arriendo y yo también le paso todos los meses.

Y yo nunca he pensado siquiera en ofrecerle algo de plata, pensó Jaime.

Decidieron invitarlo el sábado por la tarde.

Era más alto de lo que se imaginaba, un par de centímetros más que él. Lo miró ansiosamente en busca de algo, ¿de qué?, una señal, un parecido, pero no lo advirtió con certeza. Tenía una mirada indecisa, entre interrogativa y desafiante, y un grano rojo a un costado de la nariz. Todavía adolescente. Sintió o imaginó sentir, sin embargo, por su manera de moverse, de mirar como desde abajo, torciendo un poco la cabeza, por ciertos ademanes, que sí, era sin duda su hijo. La continuación de mí mismo. Se sintió confuso, emocionado y culpable. ¿Qué debe hacer uno al encontrarse por primera vez con un hijo desconocido, que ha crecido lejos? Falta el manual de cortapalos de las relaciones familiares y del alma. No se sentía culpable, razonó para sí, por haber estado tanto tiempo sin conocerlo, no era finalmente su culpa, sino por no haber insistido más, desde su reencuentro con Rosa, en conocerlo. Flaco y desmañado, entró, se inclinó para besar a su madre en la mejilla y evitó mirarlo directamente. Tenía un gesto entre despectivo y enojado, los labios fruncidos, las comisuras hacia abajo.

–Jaimito –dijo Rosa–, éste es Jaime, su papá.

Jaime asintió, extendió la mano derecha. El joven la tocó apenas

con la suya y la retiró en seguida, como si se hubiera quemado. Se quedaron los tres parados, tiesos, sin mirarse. Al final, Jaime miró a Rosa y dijo:

–Bueno, pues, sentémonos un momento.

–Sí –dijo Rosa–, voy a servirles tecito. Compré de esos dulces que a usted le gustan –agregó mirando a su hijo. Éste no respondió, tenía los ojos fijos en el suelo.

Sólo el tintineo de la cucharillas girando en las tazas de té rompía el silencio, que se hacía espeso. Jaime carraspeó, quería decir algo pero no sabía qué. El muchacho lo estaba mirando fijamente.

–Me alegro de conocerte –dijo–. La verdad es que supe de tu existencia hace apenas un par de meses. No es culpa mía, así se dieron las cosas.

El muchacho hizo mmh.

–¡Por Dios! –dijo Rosa tapándose la boca con una mano y derramando de súbito abundantes lágrimas–, ¿qué les pasa? ¿Por qué se quedan callados? –agregó con desesperación.

El joven, que estaba sentado fente a ella, se puso de pie, se inclinó y medio la abrazó, poniéndole un brazo por sobre los hombros. Ella hundió la cara en el pecho del muchacho y sollozó con fuerza.

–Pucha, mamita –dijo él con voz quebrada.

–Rosa... –dijo Jaime– Jaime... –y sintió que también se le llenaban los ojos de lágrimas. Se acercó y encerró en un abrazo el abrazo de Rosa y el hijo. Sintió como temblaba el espinazo flaco del otro Jaime. De pronto los tres estaban llorando. Rosa se rehizo primero, se enderezó en el asiento, se enjugó los ojos con un pañuelito y se sonó con fuerza. El muchacho se pasó dos dedos por los ojos y murmuró entredientes:

–Puta la custión.

Jaime imitó a Rosa, se sonó y trató de sonreír:

–La familia que llora unida permanece unida. En fin, qué le vamos a hacer. Los sentimientos toman la palabra cuando uno no lo espera. Y sin embargo, era de esperar en este caso –se quedó un momento reflexionando–. Es una situación nueva para los tres. Debo decirte que nos vamos a casar con tu mamá. Entonces, debemos asumir que somos una familia y tratar de, tratar de eeeh, bueno, eso: asumirlo.

–No –dijo Jaime, el joven–, no somos una familia. No todavía, en todo caso. No sé si alguna vez. Tengo que acostumbrarme a la idea de tener... papá. Es como raro. Cuando era chico sufría porque en el colegio era el único que no tenía papá. Pero han pasado muchos años

y, no sé, creo que no me hace falta ahora.

–Bueno –dijo Rosa–, siempre hace falta. Sírvanse un dulcecito, éstos son muy ricos, los fui a buscarlos donde las monjitas de Recoleta. Ay, el tecito ya debe de haberse enfriado. Voy a poner más agüita a calentar.

–No te molestes –dijo Jaime, mordiendo un príncipe, y la cáscara de merengue azucarado le nevó la chaqueta azul. Bebió un sorbo de té tibio.

De pronto bajó sobre ellos y los envolvió una especie de nube cálida. Bebieron el té y comieron los dulces mirándose, Jaime y Rosa, sonriendo. El otro Jaime, terco, mordía un empolvado como a disgusto, pero los ojos se le iban sin querer del padre a la madre y de la madre al padre. Jaime lo miraba y también miraba embobado a Rosa, la veía preciosa, con los ojos un poco enrojecidos y una sonrisa más dulce que los alfajores.

–Tú eres del PC –dijo de pronto el joven mirando a Jaime y luego apartando la vista.

–Sí –dijo Jaime–, no lo niego. Y tú eres del MIR.

Rosa se puso tensa:

–Por favor, no empiecen.

–No, yo no soy del MIR. Yo estaba, es decir, eeeh, yo participaba en el FER.

–Frente de Estudiantes Revolucionarios –dijo Jaime.

–Sí, eso mismo. Pero, dígame, señor, ¿qué le parece todo lo que ha pasado y lo que está pasando?

–No me digas señor, huevón –dijo Jaime–, soy tu padre, te guste o no te guste. Yo te trato de tú, trátame igual. O, si eso te incomoda, trátame de usted.

El hijo se mostró desconcertado un momento, sus ojos se movieron erráticos, luego apretó los puños y los labios, se quedó mirando fijamente al padre, que estaba frente a él en la misma actitud. Rosa miraba a uno y a otro alternativamente y los encontraba iguales.

–Ustedes tienen la culpa del golpe –dijo el muchacho en tono agresivo.

–¿Ustedes quiénes?

–Los comunistas.

–Eso lo había escuchado antes. ¿Y por qué, dirías tú?

–Se sabía que venía el golpe, todos sabían. Y ustedes los del PC, andaban detrás del Cardenal con el No a la guerra civil y tratando de

llegar a un acuerdo con los democristianos que eran los peores de todos y estaban metidos en el golpe. Con eso hicieron que muchos se ilusionaran, que creyeran se podía hacer un arreglín. No ayudaron a movilizar y a armar al pueblo.

–Mmh –dijo Jaime, pensativo–, nos equivocamos en muchas cosas. Lo que dices habría que examinarlo y discutirlo a fondo. No sé cuándo, algún día. Pero de algo estoy seguro y es que, ya en marcha el golpe, no había nada que hacer frente a la tremenda maquinaria militar de las fuerzas armadas. La resistencia con unos cuantos riflecitos era una locura. ¿Con qué ropa íbamos a enfrentar al ejército, me puedes decir? No teníamos una organización militar, apenas unos cuantos militantes armados a medias y con tres sesiones de adiestramiento.

–El MIR sí tenía una organización militar.

–¿Sí? Lo que yo vi fueron intentos de resistir en algunas poblaciones, en algunas industrias o allá en el sur. Actos heroicos casi siempre suicidas. A esa altura ya estaba claro que la correlación de fuerzas había cambiado. Políticamente estábamos derrotados. La mayoría de la gente ya no quería más UP, no quería más Allende. Tampoco quería más MIR. No quería más guerra. Pienso que la mayoría de la gente no quería el golpe y menos una dictadura militar. Aunque en eso que llaman la clase media debe haber habido una buena cantidad que deseaba cualquier cosa, con tal de que hubiera orden. La clase obrera en su mayoría, ciertamente que no. Pero los que estaban dispuestos a luchar, a jugarse y hasta a morir por algo eran pocos. Francamente la minoría. Muchos habían perdido la fe.

El joven estaba rojo:

–Ustedes siempre tienen disculpas –dijo rabioso–, son los campeones del blablá y la huevá.

Jaime dejó caer la cabeza, se quedó silencioso un rato, después habló con cierta pesadumbre:

–En algún momento podremos discutir todo eso. Ahora, no queda más que unirse para resistir frente a las bestias desatadas. No hay otra. Y te digo: en los campos y en las cárceles la gente se entiende al margen de militancias. ¡Es de vida o muerte! El debate de lo que hicimos mal unos y otros puede quedar para después, ¿no te parece?

–Por favor –dijo Rosa con angustia–, no se pongan a discutir de política.

El joven se levantó y dijo:

–No puedo seguir aquí. Tengo que hacer.

–¡Hijo! –Rosa lo tomó de un brazo. Él se desasió y dijo sin

mirarla–: Disculpe, mamá, pero no puedo.

Los miró a ambos, entre retador y compungido. A Jaime le pareció que trataba de dominar un puchero.

–Espérate un momento –dijo–, un encuentro como éste es raro. No pasa a cada rato: que un padre se encuentre con su hijo 20 años después. ¿No te parece, hijo? Como sea, con todos los defectos que quieras y otros más, yo soy tu padre. Nos encontramos cuando ya eres un joven, un hombre en realidad. Y no quisiera, por ningún motivo que… no sé, que de nuevo estuviéramos separados.

Se le acercó de dos zancadas y lo abrazó. Sintió la rigidez del cuerpo flaco del muchacho. Lo apretó con más fuerza y dijo confusamente:

–Mi hijito.

Y de pronto estaban los dos llorando a sollozos, con tremendas sacudidas, abrazados, llorando. Jaime aproximó la cara y besó a su hijo en una mejilla. Seguían llorando. Rosa lloraba también.

Finalmente, ella dijo:

–¿Quieren tomar un poco más de tecito?

Se sentaron, mirándose en silencio. Jaime sostenía en su mano derecha la mano derecha del joven.

–Yo lo que quiero ante todo es un vaso de agua bien fría. Para la cardiaca.

Suspiraron. Bebieron agua y de nuevo té.

–Bueno –dijo Jaime–, hacía mucho que no lloraba. Aunque, no, miento. En los primeros tiempos después del golpe lloraba como una Magdalena. Pero en fin, no soy de los que creen que llorar no es cosa de hombres. Y no ha faltado motivo.

–Sí –dijo el joven–, a veces no queda otra. Bueno, ahora yo tengo que irme.

Se despidió con su torpeza de ternero. Besó a Rosa. Luego enfrentó a Jaime, le dio la mano y en un súbito arranque le dio un beso, apenas un roce evasivo, en la mejilla.

–Chao, papá. Nos vemos.

Rosa y Jaime se quedaron sentados frente a frente sin hablar. Al cabo de un largo rato, él dijo:

–Bueno, tenemos que hablar con él. Y ya luego. Plantearle lo del viaje, hacerle ver las posibilidades que puede significar en cuanto a estudios, por ejemplo. ¿Tiene alguna amiga, polola o lo que sea? No podemos obligarlo pero habrá que saber si está dispuesto a viajar con nosotros o no.

Rosa se puso llorosa nuevamente:

–Y si no quiere, ¿vamos a partir y dejarlo aquí, solo?

X
Chita y Gregorio

Rutilante, pensó Jaime. En seguida dudó para no perder la costumbre: ¿qué es eso exactamente? ¿Qué es lo que "rutila" aquí? Tantos brillos. Aquel enorme espacio, los sillones blancos cuadrangulares, la mesa baja de cristal, el alto carro de los licores, era algo así, rutilante. Resplandeciente. Pero era un resplandor frío, acerado o tal vez de platino. Los brillos venían de los cristales y el albo mantel de la mesa del comedor, allá lejos, con su cubierta de vidrio, de las copas, de las pirámides de las servilletas, de los cubiertos, de dos o tres cuadros con marcos plateados en los que aparecían manchas horizontales ovaladas, como dirigibles o nubes flotando en cielos de acero. Brillaban también en tono más grave las sillas de madera oscura con asientos blancos.

–Pasen, Jaime, Rosita –dijo Chita–, no se queden ahí parados como los pobres.

–Que somos –dijo Jaime.

Rosa se detuvo totalmente silenciosa e inmóvil ante aquel escenario de elegancia glacial con la sensación de riqueza incomprensible que transmitía.

Chita la tomó del brazo sonriente:

–Rosita –le dijo–, Jaime no me había dicho que eras tan pero tan preciosa. Suerte la de mi hermanito.

Ella enrojeció y se dejó llevar, algo tiesa, hasta uno de los sillones blancos, pisando con miedo la gruesa alfombra, un lago de cuero de cabra, con pequeñas olas formadas por bucles de pelo blanco.

–Siéntate, linda –dijo Chita y la empujó sobre el sillón–. Tú también, Jaime. Nos vamos a tomar un traguito, ¿ya?

De alguna parte brotó un mozo muy delgado y moreno, de chaqueta blanca, empujando un carrito tintineante repleto de copas y vasos de cristal y botellas de variados colores.

–¿Qué van a querer? –dijo Chita.

–Bueno –dijo Jaime, impresionado por la operación–, un vaso de vino.

–¿Tinto o blanco?

Dudó:

–Que sea blanco, para variar.

El mozo hizo aparecer una gran copa, con ademanes de prestigitador, sirvió en ella una escasa cantidad de un vino pálido, casi

exangüe, y se la tendió solemnemente a Jaime.

–¿Y tú, qué quieres, mi amor? –preguntó Chita.

–Yo... no sé... –balbuceó Rosa– ¿Coca Cola?

El mozo repitió su número y le hizo entrega de un vaso muy alto en el que tintineaban los cubos de hielo en el líquido color yodo.

–¡Qué alegría, ché! –se oyó una vibrante voz de tenor–, por fin esta mujer se ha dignado traerlos a casa.

Jaime se sintió estrechado por unos brazos atléticos.

–Así que vos sos Jaime. Tu hermana me habló mucho de vos, querido. Y ésta es Rosita, tu mujer. Señora, encantado.

Era alto y huesudo, bronceado. Una sonrisa blanquísima, una frente muy alta, comienzo de calvicie, cabellos negros, canas distinguidas en las sienes, unos lentes finísimos, intenso olor a lavanda, chaqueta a cuadros en tonos otoñales, camisa blanca abierta que dejaba ver un pañuelo celeste de seda anudado al cuello.

El hombre sacudió con energía la mano derecha de Jaime sin dejar de sonreír:

–Bienvenidos a esta casa, que es de ustedes.

–Te presento a mi... éste es Gregorio –dijo Chita.

–El dueño del bulín. Gregorio Aldebarán –lanzó otro relámpago de su sonrisa luminosa que produjo como un eco, un destello de los lentes–, el peor es nada.

Se sentaron a la mesa. El mozo trajo una botella de champán en un cubo metálico con hielo que colocó sobre una mesita. Sacó la botella, la manipuló con su estilo habitual e hizo saltar el corcho con un estampido seco, que hizo brincar a Rosa. Todos rieron. El mozo sirvió el champán. Gregorio se puso de pie copa en mano y declaró:

–Se les recibe en esta casa con afecto síncero, como dicen en la Boca. ¡Salud!

Jaime no sabía si ponerse de pie o no. Optó por seguir sentado. Bebió, bebieron todos. El champán tenía un sabor abstracto, eléctrico.

–Es un *Extrabrut* de la Viuda, ché –dijo Gregorio–. Más francés que Gardel. Vos sabés apreciar.

Jaime asintió aunque no sabía de qué viuda se trataba. Tenía una sensación de irrealidad y a la vez, de una vaga amenaza. Aparecieron los platos con la entrada: un timbal de centolla, flanqueado por unas hojas verdes muy rizadas y un haz de delgadísimos tallos verdes.

–En mariscos ustedes son imbatibles –dijo Gregorio.

–En fútbol no.

El argentino lanzó una gran carcajada. Chita conversaba en tono confidencial con Rosa, que sonreía y parecía muy animada. El mozo entró llevando con equilibrio milagroso cuatro platos de gran tamaño en los que había trozos de carne cubiertos de champiñones. Trajo además una gran fuente de madera con ensalada y sirvió vino tinto en copas diferentes de las usadas para el champán. Jaime advirtió que había subido el volumen de las voces y se encontró haciéndole a Gregorio un animado recuerdo de una cabalgata por Palermo, en Buenos Aires, donde había estado muchos años antes como invitado en la casa del mayor Franzani. Con el rabillo del ojo captó una mirada de alarma de Rosa, que estaba sentada frente a él. Entonces qué, pensó, ¿no se puede decir Buenos Aires?

–¿Franzani, decís? Debe ser el general Franzani, que pasó a retiro hace como mil años, cuando el golpe de Onganía. Creo que murió.

–Seguramente es el mismo –dijo Jaime-, ¿usted lo conocía?

–Sí, algo. Militares, he conocido muchos. No por cuestión de familia, como vos, sino por negocios. Un tiempo no se podía pensar en hacer cualquier negocio en la Argentina si uno no tenía alguna relación en el Estado Mayor. Vos me entendés.

–Bueno, ahora en Chile está pasando lo mismo, parece. Me imagino que también conoce a los milicos de acá.

–Ponele la firma. Yo, ahora... –empezó a decir algo y se arrepintió– de eso hablaremos luego.

Chita se esforzaba por hacer el ambiente grato, haciendo preguntas y conversando principalmente con Rosa. Gregorio sonreía y hacía uno que otro comentario ingenioso. Jaime trataba de seguir el amén. El mozo trajo un postre de helados con frutas. Luego tomaron café, Rosa dijo que prefería una agüita de hierbas.

–¿Vos fumás? –preguntó Gregorio.

–No –dijo Jaime–, un tiempo fumaba pero lo dejé.

–Está bien. Igual venite conmigo al privado para que probés unos habanos castristas que me acaban de traer. Y nos tomamos un bajativo, como dicen ustedes.

Lo siguió dócilmente a un cuarto iluminado por un gran ventanal, que se abría sobre un paisaje rugoso de cerros abruptos dominado por la Cordillera nevada. Había un escritorio blanco y una estantería en la que se alineaban archivadores de aspecto uniforme, con números. Se sentaron en unos sillones bajos tapizados de blanco con brazos tubulares de metal.

Gregorio le ofreció un puro de una caja que abrió en ese momento. Jaime vaciló y tomó uno. Imitando al argentino, mordió el

extremo redondeado y luego, no sin dificultades, lo encendió. Al aspirarlo sintió que se ahogaba. Tosió con desesperación, mientras Gegorio sonreía, benigno. Se echó hacia atrás en el sillón con el puro en la mano, y al hacerlo vio que desde la pared lo miraba frontalmente ¡Pinochet! Era una fotografía de gran tamaño, en un grueso marco dorado. Aparecía en uniforme de gala, muy serio, sentado ante un escritorio. A su lado, se veía una pequeña bandera chilena en un pedestal.

Jaime se ahogó de nuevo, volvió a toser.

–¿Qué pasa, ché? –dijo Gregorio con alarma.

No pudo hablar, señaló el retrato.

–Ah, sí, queride. Te sorprende, ¿verdad? Mirá, a vos puedo decírtelo: a mí el coso este no me gusta, que querés que te diga. Simpático no me cae. Para nada. Pero la necesidad tiene cara de hereje. Había que poner orden, ¿no te parece? En esta oficina yo recibo a gente de peso, ¿me entendés? Los tipos con los que se hacen los negocios. Algunos son civiles, algunos son gringos. La mayor parte no.

–¿No qué?

–No civiles. En activo o en retiro, todo el abanico de la Ema.

–¿De la Ema?

–Ejército, Marina, Aviación. A ellos, el retrato les da confianza, les da. Se sienten como en casa.

Jaime no halló qué decir. Chupó el cigarro, cuidando de no aspirar el humo y lo dejó salir en una nube azul.

–Eeestee, bueno –dijo al fin–, me tomó de sorpresa. No esperaba ver aquí a ese tipo.

–Qué querés. Gajes del oficio. Para hacer negocios en un país, tenés que bailar la milonga local.

–Negocios –repitió Jaime, inseguro–, ¿qué negocios? Yo tenía entendido, bueno eso es lo que me pareció entenderle a la Chita que usted... tú, te dedicabas a la compra-venta de propiedades, cosas así.

–Sí, también. Y a importaciones. Pero eso fue al comienzo. Vos no tenés idea del mundo de posibilidades que se abre con un gobierno como éste. Y sobre todo, después del desastre que dejó el dotor. A mí me caía simpático, te lo digo con sinceridad. Se la jugó por su idea. Tenía huevos. Pero lo suyo era un imposible, el sueño del pibe –subrayó sus palabras con una espesa bocanada de humo.

–Era un sueño... –murmuró Jaime. Chupó el puro una vez más, dejó salir el humo y luego lo dejó en un gran cenicero de cristal, que Gregorio había empujado hacia él.

–Bueno, ché. Así son las cosas. Hay que vivir en la realidad. Chita me dice que desde el Once has estado jodido. Sin trabajo estable. El ambiente muy cerrado. Decime con franqueza, ¿sos bolche?

No entendió:

–¿Bolche?

–Ah bueno –de nuevo la sonrisa–, es así como llaman en mi país a los comunistas. Los bolcheviques, ¿viste?

–No –dijo Jaime con una sonrisa forzada–, no soy bolche. Cuando joven, en la universidad, participé en algunas reuniones de la Juventud Comunista. Después en la radio yo estaba en el Comité de la Unidad Popular, el cup. Pero militante, lo que se llama militante, nunca.

–¿No estuviste detenido?

–No.

–¿Allanaron tu casa?

–Bueno, unos días después del golpe fueron a preguntar por mi padre al departamento de mi mamá. Fue un error porque mi padre ya estaba muerto y enterrado.

–Y en una de esas te buscaban a vos.

–Puede ser. Creo que no. Nunca volvieron. Yo creo que algunos milicos se la tenían guardada a mi padre. Por ese lado, me alegro que se haya muerto antes.

Gregorio se mostró muy interesado:

–¿Por qué? ¿Tu viejo era izquierdoso?

–No. Diría que era más bien conservador. Un oficial a la antigua. Muy contrario a los golpes militares. Eso lo sabían los oficiales que lo conocían, él nunca lo ocultó. Por lo demás, estaba retirado hacía años.

–Y, decime, por lo que entiendo, la de ustedes es una familia militar, ¿no?

–Hay o había varios militares en la familia. Mi padre, un tío, que murió hace poco. Dos primos, uno de la marina, otro de la fuerza aérea.

–¿Vos tenés buenas relaciones con ellos, te ves con ellos?

–Poco. Raras veces. Desde el golpe no los he visto.

Gregorio pareció algo decepcionado. Se quedó fumando su puro, pensativo. Al final se decidió:

–Bueno, pibe. Chita me pidió que te diera una mano. Uno siempre está dispuesto a ayudar a los amigos, tanto más a la familia. Mi giro de negocios ha crecido mucho, esa es la verdad, me hacen falta personas confiables. Yo traigo del extranjero equipos de

precisión. Cosas de comunicaciones, cibernética, cierto tipo de equipamiento militar. Se vuelven locos por los electrónicos. Para eso la guita está, no falta nunca. Cualquier cantidad. Lo que pasa conmigo es que yo a ellos les resuelvo problemas en varios aspectos. Logísticos, ¿entendés? También algunas operaciones financieras que le interesen en lo institucional. O en lo personal. Les resulto útil, porque tengo el nou-jau. Vos sabés que la Junta tiene muy mal ambiente en el exterior. De hecho hay embargo contra Chile. De Europa no llega ni un peine. En Estados Unidos, con lo de Letelier, la prensa está muy en contra. El senador Kennedy está empeñado en bloquear.

–Algo he visto en los diarios –dijo Jaime.

–Los diarios de acá, no me hagás reír. Hablan de la conspiración internacional, todo eso. *El Mercurio* da algunas noticias, pero tendrías que ver la prensa extranjera. Es de no creer el espacio que le dan a Chile. Después de todo lo que dijeron de la amenaza comunista, ahora los yanquis se dieron vuelta contra el gobierno que más duro le pega a los comunistas, andá a entender la política, vos. Claro que lo de Letelier fue mala idea.

–Sí –dijo Jaime débilmente–, es complicado. Y para sus... tus negocios tienes que saber lo que pasa, ¿no? Adentro y afuera.

–Cierto, pibe. Hay que saber cómo viene la mano. Si es posible, anticiparse a los hechos. Para eso se necesita saber de qué va la cosa. Adentro del país, te lo digo yo, el control militar es total. Estos de acá actuaron con método: primero le dieron duro al MIR, después a los socialistas y ahora le están dando a los comunistas. Leña gruesa.

La rabia de Jaime iba creciendo. Enrojeció al escuchar la metáfora futbolística. Gregorio siguió como si tal cosa:

–Yo creo que vos podés serme muy útil, queride.

–¿Yo? ¿De qué manera?

–Tu hermana me dice que hablás idiomas. Gran cosa los idiomas, ponele la firma.

Decidió continuar la conversación para ver en qué desembocaba:

–Yo conozco bien el inglés. Puedo leer, traducir, incluso redactar en inglés, una carta por ejemplo, aunque con alguna dificultad menor. Hablo y leo francés, puedo traducir. Italiano también, aunque algo menos.

–Sos un fenómeno. Lo principal en el mundo de hoy es el inglés. Es el idioma de los negocios, de la política, de las fuerzas armadas, de todo. Con el inglés, tenés un capital en las manos.

–¿Sí? No lo he notado. Fuera de un par de traducciones no me ha redituado gran cosa. No me han dado trabajo en ninguna editorial,

agencia de noticias o algo así.

Gregorio se inclinó y le puso una mano sobre la rodilla:

–Lo que pasa con vos es que te faltan los contactos. Ahí es donde entro yo. Se necesita formar un *tin*, ¿me captás? Un equipo que siga al segundo las noticias de Chile que se producen afuera, ¿me entendés? Sobre todo con los gringos. Las Naciones Unidas, las organizaciones internacionales, todo eso.

–También lo que hacen los exiliados, supongo.

–Seguro.

–Bueno –dijo Jaime–, no cuente conmigo.

–¿Pero por qué? –preguntó Gregorio, sorprendido.

–Porque me da asco.

Se puso de pie, dio media vuelta y caminó hacia la puerta.

–Esperá, che... ¡pero qué! –dijo el otro a sus espaldas.

Salió al enorme espacio del living. Chita y Rosa estaban sentadas en un sofá conversando muy animadas y sonrientes. Al ver entrar bruscamente a Jaime la sonrisa se congeló en los labios de Rosa.

–¿Qué pasó? –preguntó con cara de susto.

–Pasó que esta visita se acabó –dijo Jaime–. Nos vamos.

Rosa se puso de pie como encogida. Chita se levantó de un salto:

–¡Qué te dijo el desgraciado de Gregorio!

–No importa qué me dijo. Pero no quiero seguir aquí. Muchas gracias por el almuerzo pero chao no más, hermanita. Vamos, Rosa.

La tomó del brazo. Ella lo miraba asustada. Él la condujo hacia la puerta.

–Jaime, espera un momento –dijo Chita–, ¿y cómo se van a ir? Aquí estamos muy lejos, en la punta del cerro, por aquí no pasan micros. Ni taxis pasan. Esperen un momento y yo los bajo.

Gregorio miraba la escena con la boca abierta. Jaime le hizo una venia. Salieron.

Frente a la casa, en una calzada adoquinada bordeada de pequeños cipreses que se curvaba con elegancia desde el camino hasta la entrada de la casa, había tres autos de diferentes colores.

–El mío es el rojo –dijo Chita.

Durante el viaje de vuelta apenas hablaron. Chita manejaba con los labios muy apretados. De pronto guió el auto fuera del camino, hasta una especie de mirador que se abría desde lo alto sobre el valle. Detuvo el motor y miró a Jaime:

–Hermanito, hermanito –le dijo–, yo debía haber pensado que

podía pasar algo así. No se puede juntar el aceite con el vinagre. Trata de entender a Gregorio. Tiene, o debería decir tenía, la mejor intención de ayudarte. Ahora, no sé. Él es lo que es.

–Un gran hijo de puta.

Chita puso cara de enojo:

–No es mala persona. Tú no te ubicas.

–No quiero ubicarme.

Chita comenzó a decir algo, pero se arrepintió. Sacudió la cabeza:

–Jaimito, eres incorregible. No sé de dónde saliste así. Comunista incorregible. Bueno, supongo que también hacen falta, aunque sea para el saludo a la bandera. Lo malo es que a ustedes los están matando como moscas. No hace bien para la salud. Deberías pensar en Rosa, en tu hijo. En hacer una vida nueva y dejar de creer que entre tú y tus compañeros perseguidos como ratas o refugiados en Suecia van a poder cambiar algo. ¿No crees? Piensa por un minuto en ti mismo.

–Okey, gracias por el consejo. Ya conozco tu receta.

Chita levantó los brazos y los dejó caer en un gesto desmayado:

–Porfiado como burro –y le tembló la voz–. ¿No te das cuenta que lo único que quiero es ayudarte? ¿Cómo puedes ser tan? –se detuvo, de nuevo le salía la voz temblorosa–. Bueno, en fin, ya veo que es inútil. ¿Y qué es eso que me dijo Rosa, que piensan viajar?

–Nada. Por ahora no es más que una posibilidad. Se trata de una pega en una agencia de traducciones en Alemania. Vamos a ver si se concreta.

–Lo encuentro fantástico, Jaime. Ojalá que te resulte. El aire de este país te hace mal. ¿Tienen pasaporte?

–No. El mío está vencido. Rosita no tiene.

–Bueno, si quieres... –se detuvo, dubitativa–. En fin, si es necesario, Gregorio te puede ayudar.

–¿En qué forma?

–Él puede conseguir que le digan si hay algo, algún problema pendiente contigo, ¿entiendes? También te puede ayudar para que los pasaportes salgan más rápido. Él tiene una agencia de viajes.

–¡También!

–Sí. Tiene muchos negocios.

–Ya lo veo –dijo Jaime–, bueno, no quiero que le digas nada del viaje. ¡Nada! No abras la boca. Ya veré cómo resolver los problemas que surjan.

No dijo más. Chita, tras el volante, le dio una rápida mirada y asintió. Puso el auto en marcha. No habló más. No despegaba los ojos del camino. El viaje de regreso, más de una hora, transcurrió en completo silencio. De vez en cuando, Rosa suspiraba.

XI
El viaje

Sostenía en su mano la mano rígida de Rosa: era su primer viaje en avión. A Jaime el gran jet de klm le pareció mucho más moderno que los aviones que había conocido hasta entonces, enorme como una cancha de fútbol. Los asientos alineados en tres filas, la mitad vacíos, daban la impresión de un gran cine, pero no había pantalla, la película sólo podía ser imaginaria.

Lo asaltó la imagen de una sala vacía en la que varias bancas de madera alineadas enfrentaban una muralla blanca. ¿Dónde, cuándo? Praga, año 60. Turismo político pedagógico. El compañero Ota lo llevó a visitar el cuartel central de la Gestapo, que en los años de la ocupación nazi estaba instalado en un palacete venido a menos, parecido a otros muchos del centro de la ciudad desde los cuales solían caer trozos de estuco y algunos más duros, de piedra o de ladrillo, cuando uno iba pasando. El caserón de cuatro o cinco pisos no tenía en los años 40 ningún elemento que lo identificara y en 1960 conservaba su carácter anónimo. Ninguna placa antigua ni reciente revelaba lo que contenía, a pesar de que era sin duda un lugar histórico. Al entrar se sentía un olor indefinible a papeles viejos, sudores rancios, repollo cocido, ropa sucia, caca de ratones, olor a miedo coagulado. Más que horror producía asco, o las dos cosas, y una sensación de burocratismo sofocante. "El aire está lleno de nuestros gritos", recordó Jaime. ¿De dónde? ¿Tal vez de *Esperando a Godot*?

El sillón verdoso y desvencijado, de alto respaldo, que se usaba para los interrogatorios era como el de los dentistas, tal vez lo había sido originalmente. Estaba muy gastado y manchado. Los detenidos debían esperar, antes de ser "atendidos", en aquel recinto lateral con hileras de bancas duras frente a un muro que alguna vez fue blanqueado a la cal y ahora grisáceo. A intervalos, cuando se abría una puerta, se escuchaban fuerte los alaridos de los torturados. Luego, cuando la puerta se cerraba, quedaban en sordina. Pero no cesaban. En ese tiempo de espera, que podía ser una hora, tres horas, seis horas, o más, cada prisionero proyectaba su historia en aquella pantalla gris. A esta sala de espera la llamaban "el cine" (Ota le dijo que Fucik habla de esta sala en el *Reportaje al pie del patíbulo*).

Rosa lo miraba intensamente:

–¿Qué está pensando, Jaime?

–Pucha, no sé, muchas cosas al mismo tiempo. Me cuesta contarlo.

–Cuando está conmigo, muchas veces parece que está en otra parte.

Acusó el golpe. Pensó que era verdad. Había todo un mundo de recuerdos y escenas, pensamientos, voces que en esencia era incomunicable. Le contó aquel recuerdo de Praga, trató honestamente de transmitírselo, el lugar, la época, la carga emocional. Ella sabía de la guerra, de los nazis, había visto una película terrible, dijo, pero nunca había oído hablar de la Gestapo. Mientras Jaime se lo explicaba, abría los ojos con espanto.

–En Chile la dina usa métodos semejantes –agregó.

–Tengo miedo –dijo ella.

–Sí, mi amor –le tomó la mano–, es normal. Eso es lo que hacen, entre otras cosas: meter miedo. Pero puedes estar tranquila, vamos a estar lejos de Pinochet y de la dina.

Ella miraba hacia delante:

–Sí, te creo que a nosotros no nos va a pasar nada. Pero, ¿y Jaime, que se queda en Santiago solito? Él es tan niño, tan... valiente. No le tiene miedo a nada, eso es lo peor.

El rugido de las turbinas se aceleró y subió de tono hasta un aullido agudo inaguantable. Rosa se tapó los oídos. La nave avanzó tan lenta y pesadamente, que no parecía posible que se elevara, pero ganó velocidad y por fin se despegó como a desgano de la tierra. En pocos minutos se elevó y los motores adoptaron un ronquido más civilizado. Rosa tenía una expresión de sufrimiento. Jaime la abrazó y le aplicó el santo remedio de los besos.

El viaje no terminaba nunca. Hora tras hora se sucedían las escalas: Buenos Aires, Rio de Janeiro, Recife, Dakar. A ratos dormían y los despertaban trayéndoles bandejas con almuerzos, desayunos, once o colaciones no identificadas, no sabían qué hora era y qué comida tocaba. Rosa se quedó dormida y Jaime la contemplaba como tonto, sin poder pensar otra cosa que el estribillo tonto y obsesivo:

la felicidá ja-já ja-já
la felicidá ja-já ja-já
y todo gracias al amol

Miró por la ventanilla. Volaban sobre el mar, una enorme colcha gris que se hinchaba y se deshinchaba como la respiración de una gran bestia yacente. Se durmió también.

De inmediato apareció la mujer del manto negro y la cara blanca, que traía, colgando de la mano derecha, un arma metálica como un hacha o un gran cuchillo. Los pliegues de la capa ocultaban a

medias el arma. Esta vez se le acercaba y pasándole un brazo por la espalda lo atraía con firmeza hacia su cuerpo, hacia su seno, con aparente intención libidinosa. Se sentía atraído por ella y a la vez la temía, trataba de resistirse a su abrazo pero ella era más fuerte. Y de pronto todo había desaparecido y estaba hundiéndose en el mar con la boca abierta, tragando enormes cantidades de agua. Sentía que se ahogaba. Se estaba muriendo. A lo lejos escuchó una voz que decía: Jaime... Jaime...

–Jaime, mijito ¿qué le pasa?

Abrió enormemente los ojos y tosió con fuerza para superar el ahogo. Rosa le sujetaba las manos y lo miraba de cerca con angustia.

–¡Mi amor, mi amor! ¿Está soñando?

El avión volaba muy alto por encima de un colchón de nubes.

–¿Qué le pasó, mi lindo?

–Tuve una pesadilla horrible. Siempre vuelve. Me persigue. Tal vez quiere decir algo.

Tenía la respiración agitada. Tosió, trató de calmarse. Sonrió:

–Rosa, mi Rosita, no te preocupes. Era un sueño. Mi papá decía que todos los sueños tienen algún significado pero que casi siempre es lo contrario de lo que aparece. Siempre tenía en el velador un librito de interpretación de los sueños y lo primero que hacía al despertar era consultarlo. A veces prendía la luz en la madrugada para echarle un vistazo. Mi mamá se indignaba. Mi papá también decía que en el fondo, uno sabe lo que el sueño le quiere decir pero a veces a uno le cuesta aceptarlo.

–Mi tía Anguita decía hay que contar los sueños por la mañana, si una quiere que se realicen. ¿No me quiere contar su sueño?

Jaime se estremeció:

–No. Preferiría que no.

–¿Por qué?

–¿Y si se realiza?

–¿Usted sueña mucho?

–Sí. Pero no había vuelto a tener esta pesadilla desde que nos encontramos en el espejo. Últimamente soñaba poco. Desde que estamos juntos, mis sueños son rosados.

–¿Rosados?

–Color de Rosa. De Rosa Flores, mi amor.

Ella sonrió:

–¡Qué bonito lo que dijo! Le voy a dar un premio.

Tomó la iniciativa de besarlo. Lo besó con intensidad, con

dedicación, con pasión y él sintió que sus temores se disolvían en un bienestar extraordinario. *Y todo gracias al amol.*

En el aeropuerto de Amsterdam tuvieron que esperar dos horas para tomar el vuelo a Moscú. La sala de tránsito estaba repleta, no había dónde sentarse. Una joven de uniforme se acercó y les dijo en inglés que podían esperar al lado, en la capilla. Así lo hicieron. Era una pequeña sala desnuda, revestida de madera rubia, con bancas oscuras. Había un altar sin ninguna imagen ni símbolo, ni cruz, ni estrella de David, ni media luna. Era un lugar discreto y silencioso. Se sentaron en una banca, acomodaron a un lado los bolsos de mano y Rosa se arrodilló con toda naturalidad y rezó en silencio, moviendo los labios. Jaime la contemplaba.

Al cabo de un largo rato ella volvió a sentarse. Suspiró y respondió con una sonrisa a los ojos de Jaime.

–Mi niña de las monjas –dijo él con ternura–, ¿te hace falta la oración?

–Sí. Siempre. Y usted, ¿no reza?

–Nunca. Es que no me sale. Mejor dicho, no sé rezar. A mi papá le cargaban los curas. Mi mamá tampoco era creyente, aunque los últimos años, después que enviudó, ha empezado a ir a la iglesia. Una tía vieja y beata que me quería mucho, y yo también la quería mucho porque era como la abuelita que no tuve, cuando chico me llevaba a misa todos los domingos. A veces a San Lázaro, otras veces a San Ignacio o a la iglesia de San Vicente en la Alameda, todas cerca de la casa. Me hacía repetir el Padre Nuestro, el Ave María y el Credo pero yo no rezaba por decisión propia. Excepto el ángel de la guarda por la noche, pero cuando era mucho más chico. Yo no entendía mucho la misa, en latín, con esas mariguanzas de los curas pon el cáliz allá, pásalo para acá y toda esa faramalla de hincarse, sentarse y pararse varias veces. Eso sí, me encantaba la música del órgano. A veces los sermones eran interesantes, sobre todo cuando contaban los cuentos del Evangelio, los panes y los peces y otros eternos sueños de los pobres.

–Usted es muy hereje –dijo Rosa con ternura.

–Cierto. Mi tía me hacía rezar para que mi papá se salvara y no fuera al infierno. Y yo rezaba con mucha devoción. Era tan inocente, me creía el cuento.

Los llamaron de regreso al avión y se durmieron casi al mismo tiempo, de manos tomadas. De pronto el aparato se sacudió con fuerza, bajó o cayó de golpe muchos metros, despertaron sobresaltados, luego osciló de un costado a otro, fue sacudido por un temblor alarmante, luego se enderezó, las luces parpadearon y se

escuchó una voz femenina anunciando en ruso y en inglés: ligeras turbulencias, aterrizaremos en el aeropuerto Sheremiétievo de Moscú dentro de quince minutos, se ruega enderezar los asientos, ajustarse los cinturones, no fumar, temperatura exterior menos 35 grados Celsius. Jaime miró por la ventanilla. Abajo se veían árboles oscuros con ocasionales manchones blancos y una carretera nevada. El avión voló largo tiempo sobre un inmenso bosque antes de aterrizar.

Marcharon a compás por el túnel de desembarco en medio de muchos viajeros y llegaron a una especie de andén de techo muy alto, donde se precipitó sobre ellos, uniéndolos en un abrazo de oso, un hombre muy alto, con gorro de piel y un ancho abrigo oscuro. Por efecto de aquel capote parecía corpulento, pero luego advirtieron que era muy flaco. Bajo su nariz aquilina pendía un bigotillo negro y ralo. Les arrancó los bolsos de las manos y se lanzó a caminar y a hablar velozmente, en castellano, con pesado acento ruso:

–¡Compañeros! Son bienvenidas a Moscú. ¡Vamos! Por favor, dame tickets para equipaje, pasaportes. ¿Cómo largo viaje? ¿Bien? –no esperaba las respuestas. Llevó la mano al pecho–: Yo, Misha. En ruso, Mijaíl. En español Miguel, por favor.

Sin esperar respuesta continuó:

–Están fatigadas, ¿sí? Podrán descansar en hotel. Tenemos siete horas diferencia horaria con Santiago. Por eso, dormir. Hoy, sábado. Mañana el domingo visitarán a Moscú, lunes temprano visitemos Radio Comité. ¿Sí?

Caminaba tan rápido como hablaba. Apenas podían seguirlo.

–Compañeros, les esperamos mucho. Necesita periodistas chilenos Patria o Muerte. Jefe nuestra redacción pide dar vosotros caliente saludo, buena venida. Los espera lunes. En programas chilenos hay mucho gran trabajo. Chilenos saben cómo. ¿Y cuál situación en Chile? Matan mucho, miles de prisioneros, pero el partido están luchando, ¿es verdad? Venceremos. Yo Santiago conozca perfectamente bien, visitaba dos meses en 70 para estudiar el español, vivía en avenida Macul, Instituto Pedagógico. ¿Conozca?

–Sí –dijo Jaime–, conozco.

Rosa no despegaba la vista del ruso, mientras se esforzaba por caminar a su ritmo. Llegaron por fin, después de bajar por una escalera mecánica a la penumbra de un pequeño bar provisto de sillones afelpados, donde Misha los invitó a sentarse:

–Aquí esperar algunos minutos. Máquina vendrá.

–¿Y las maletas? –se inquietó Jaime.

–No necesito preocupar. Compañeros llevan directo al hotel. *Vot*. Eso es. Por favor, sentar. Posible piden que quieren: té, café, coñac,

vodka. Por favor.

Desapareció.

–¿Quieres tomar vodka? –preguntó Jaime–. ¿O té?

–¿A esta hora? –dijo Rosa con cierto reproche–. Tecito.

–¿Y cuál es la hora? Mi reloj marca las 5 y media, hora chilena. ¿De la tarde o de la mañana?

Se acercó a la barra. En la estantería del bar se veía una hilera de botellas, unas barras de chocolate, algunos envoltorios de colores. Nadie. Esperó. Dio unos golpecitos con los nudillos. Nada. Pensó silbar o golpear las manos como hacía su padre cuando demoraban en atenderlo. Tal vez aquí es mala educación. Se quedó de pie, incierto.

Detrás del bar se materializó una mujer rubia percherona, que sonreía con todo el oro de Moscú en los dientes. Pero mantenía el ceño fruncido. Les hizo un pequeño discurso con voz muy fina en un tono regalón, casi infantil. No entendieron ni una sola palabra. Jaime indicó por gestos que querían tomar té:

–Té, queremos té. ¿*Chai*? –aventuró. Ramiro le había dicho una vez que, en ruso, té se decía *chai*.

La mujer asintió y repitió:

–*Chai*.

A continuación, sin cambiar su gesto adusto, colocó en una bandeja, con calma extraordinaria, tazas, platillos y cucharillas, un azucarero y unas galletas en forma de roscas, que dieron un sonido metálico en el plato. Jaime comprobó que eran durísimas: no logró quebrar una con los dientes. Luego, tomándose su tiempo para cada acción, la mujer sirvió el té en las tazas, sacó agua hirviendo, mediante una espita, de un tanque de metal brillante parecido a una caldera industrial que estaba en un rincón, rellenó las tazas y colocó la bandeja en una mesita junto a los sillones.

Minutos más tarde reapareció Misha:

–Ya, compañeros. Nos fuimos. Máquina, aquí –se detuvo y los miró en forma crítica–. Más caliente ustedes necesitan vestir. Tenemos final de invierno en Moscú, pero hay frío, mucho viento. Pronto vendrá deshielo –tomó con dos dedos la solapa del abrigo de Jaime y la tironeó como si quisiera arrancarla, luego, con gesto despreciativo–: Aquí eso no sirve. Lunes comprar vestido caliente.

Salieron del edificio del aeropuerto a la intemperie. Había mucha nieve. Al llegar a la esquina un viento lobo atravesó sin obstáculos la ropa que vestían y les dio la sensación de que estaban desnudos a la intemperie. Los esperaba una limusina negra como las que salen en películas yanquis en funerales de gángsters. Caminaron

con rapidez, ansiosos, muertos de frío, hacia el vehículo. La cara de Rosa estaba al rojo vivo. Jaime sentía los labios insensibles y los pelos de las fosas nasales congelados. Le dolían los ojos y le costaba parpadear. El chofer, cuadrado militarmente, mantenía abierta la puerta. Por fin se encontraron sentados en las entrañas calientes del gran automóvil. Misha dio dos zancadas y se instaló adelante, junto al chofer. Volviéndose hacia ellos dijo:

–Esta máquina se llama Chaika, eso es Gaviota. Como teatro de Chejov, ¿conozca? *Gaviota*, muy buena obra. Esta, muy buena máquina. Marca zis, *Zavod ímini Stalina*, es decir, fábrica en nombre de Stalin. Ahora le dan otro nombre. Iremos al Hotel Octubre, como huéspedes del Comité Central.

El auto avanzaba a gran velocidad por la carretera nevada. El calor y el chasquido reiterado de los neumáticos producían una cierta modorra. Rosa tenía los ojos cerrados. Jaime miró hacia fuera. Ahora avazaban por una anchísima avenida solitaria. El único vehículo era aquel en que iban. Al parecer era un parque, con frondosos árboles oscuros, casi negros en contraste con la nieve. A ambos lados del parque había cuatro anchas calzadas bordeadas por bloques uniformes de ladrillo rosado de doce pisos, que cubrían cuadras enteras. No se veían letreros de tiendas ni de ninguna clase. Al pasar Jaime divisó un lienzo rojo con grandes letras blancas en el frontis de una construcción de aspecto industrial.

–¿Qué dice? –preguntó a Misha.

–Proletarios de todos países uníos.

El Hotel Octubre se llamaba *Oktiabr* en ruso, no suena tan diferente pero ¿cómo se escribe? Jaime se prometió aprender cuanto antes el alfabeto ruso. El hotel era un edificio de ladrillo de pocos pisos, moderno, cuya entrada estaba cubierta por una marquesina discreta, sostenida por columnas lisas. El ambiente, al entrar, se sentía cálido, cómodo y hogareño, a Jaime le recordó una residencial de Ancud. El personal estaba compuesto principalmente por unas mujeres acogedoras, carnosas, de gran tamaño. Rosa parecía maravillada por todo. Jaime trataba de mantenerse impávido, como siempre.

Rosa le dijo en voz baja:

–No esté tan serio.

En la habitación que les tocó no había una cama matrimonial, como esperaban, sino dos camas separadas, más bien anchas, cubiertas por chinescas sobrecamas de seda, con dragones dorados y rojos. Eligieron la que estaba junto a la ventana. La calefacción era intensa y reconfortante, sobre todo al mirar los techos nevados del exterior, a ratos teñidos de amarillo por unas pinceladas de sol tímido. La calle,

angosta y apacible, era el “Callejón de los Carpinteros”, según les informó Misha antes de despedirse. “Es viejo Moscú”, agregó.

Al día siguiente despertaron con hambre y con la sensación de haber dormido muchas horas. El reloj de Jaime marcaba las nueve y media, hora chilena. ¿De la mañana, de la noche? Sepa Moyof. Por la ventana se veía una bruma gris. Después de bañarse y jugar como niños con la ducha en forma de teléfono persiguiéndose y esparciendo agua en todas direcciones, se vistieron, se aplicaron un agua de colonia de perfume extraño y muy intenso, como claveles machucados o quizás qué, y bajaron al primer piso en busca de algo que comer.

Las horas siguientes fueron desconcertantes. El lunes apareció Valentina, una mujer menuda y flaca, vestida de traje sastre gris de corte severo, militar o monacal. Les comunicó que iba a ser su guía. Jaime le dijo que él tenía el deber de presentarse cuanto antes en la radio para comenzar a trabajar, a eso vine; pero ella tenía otra opinión:

–No, compañero. Radio no necesita ahora. Primero debemos a policlínica.

Los exámenes médicos, en una clínica de pasillos y habitaciones muy amplios, muy iluminada, bien equipada y moderna, modernidad años 40, pensó fugazmente Jaime, les ocuparon toda la mañana. Hubo radiografías, auscultaciones, controles de presión sanguínea, extracción de sangre, revisión de dentaduras y largos interrogatorios sobre enfermedades, operaciones, males crónicos en la familia, edad y causa de muerte de los padres, en caso de haber fallecido, todo traducido velozmente por Valentina y anotado a mano laboriosamente por un médico en un gran cuaderno. Cuando terminó por fin el proceso, Valentina los llevó de regreso al hotel y se despidió de ellos en la puerta del comedor, diciendo:

–Hora de comer. Mañana iremos al magazín a buscar abrigo del invierno.

–Pero ¿cómo? Necesito ante todo presentarme en la radio –declaró Jaime con firmeza–. Por favor, vamos ahora mismo a la radio, se lo pido.

–Se puede, después –respondió ella con igual firmeza–. Primero debemos al magazín, mañana a las diez horas.

–¿Y el resto del día de hoy?

–Pasear.

–Hace mucho frío para salir a pasear.

–En magazín recibirán vestidos calientes. Mañana.

–Muchas gracias –dijo Jaime, derrotado.

–¡Por favor, compañero! –respondió Valentina con fervor estrechándole las manos enérgicamente–, hasta mañana, buenas tardes.

Entraron al comedor, se sentaron. Rosa miró a Jaime con gesto interrogativo. Jaime se encogió de hombros y puso una cara indefinible, de confusión, frustración y burla de sí mismo. Rosa se lanzó a reír. Él rió también y le dijo:

–¿De qué te ríes?

–Puso una cara muy divertida, de niño taimado.

–Sí, pues, así nos tratan, como a cabros chicos. Pero, ¿qué podemos hacer?

–¿No tiene teléfono de algún compañero, o de la radio?

–No. Pero vamos a intentar algo.

Después de almorzar, una entrada consistente en una gran dosis de caviar rojo acompañado de pepinos salados y tostadas y luego un pescado sabroso de nombre enigmático, "lucioperca" (el menú estaba impreso en varios idiomas, incluso español), y de beber unos vasos de vino dulce de Tokaj, Jaime se puso a buscar a alguien que hablara en cristiano. Rosa esperaba sentada en el vestíbulo, hojeando la revista *La mujer soviética* en español.

A cierta distancia, hundidos en sillones, dos africanos vestidos con multicolores túnicas tribales les sonrieron y les hicieron venias amistosas. Más cerca, dos anglosajones, ¿ingleses?, que hablaban en su idioma, los miraron sin verlos. En un rincón, solo, leyendo un diario, había un hombre moreno que le pareció español, aunque también podía ser francés, italiano o de alguna otra nacionalidad latina. Se dirigió a él, le hizo una venia cortés y le preguntó:

–¿Habla español?

El hombre se puso de pie, se inclinó profundamente, hizo unas zalemas y prorrumpió en una tirada ininteligible que le sonó como árabe. Le dio las gracias. Nuevas reverencias. A continuación se dedicó a recorrer los corredores del hotel y a golpear puertas cerradas. En la primera se escuchó una voz que decía algo, por el tono lo interpretó como una invitación a entrar. Abrió y se encontró con una peluquería. Un peluquero de chaqueta blanca, bigotudo y de cabellos grises muy rizados en el contorno de una calva, un típico Fígaro de estilo italiano, estaba atendiendo a un cliente. Saludó a Jaime amablemente y le hizo señas de sentarse y esperar. Le dio las gracias y salió.

Al acercarse a la puerta siguiente escuchó voces femeninas. Golpeó discretamente. Las voces cesaron, y apareció una mujer joven y amable, que le dijo algunas palabras en ruso. Jaime repitió sus preguntas, luego poniéndose la mano en el pecho dijo:

–Yo chileno.

La mujer llamó hacia el interior del cuarto y apareció otra joven, muy parecida a la anterior, sólo un poco más voluminosa. Las dos tuvieron un rápido intercambio de palabras, mirándolo de vez en cuando, y finalmente la primera le dijo por señas que esperara y salió taconeando con energía. Regresó con un joven sonrosado provisto de una gran nariz en forma de papa.

–¿Qué queréis? –preguntó mirándolos fijamente, con fuerte acento español.

Le explicó en pocas palabras que venían de Chile. Deseaba comunicarse por teléfono con Radio Moscú, emisiones en español para América Latina. El muchacho asintió y los invitó a seguirlo a una pequeña oficina donde había un teléfono.

–Radio Comité –dijo el joven–, ¿sí? ¿Con cuál persona?

–No sé –dijo Jaime–, alguien que trabaje en las emisiones para Chile o para América Latina, alguien que hable español.

El joven marcó un número. Cuando le respondieron dijo varias palabras, entre las cuales se distinguía Chile. Luego de unos minutos de espera, le pasó el fono a Jaime y le ordenó:

–Hable.

Con inesperada emoción escuchó una voz en chileno:

–Soy Antonio. Locutor del programa Escucha Chile. ¿Quién es?

Respondió, explicó que estaban en el Hotel Octubre y que quería tomar contacto cuanto antes con la gente del programa porque venía justamente a integrarse al equipo. Antonio dijo que los esperaban, que informaría de su llegada y que irían muy pronto a verlos al hotel.

Las horas pasaron y nadie llegó. Al día siguiente apareció de nuevo Valentina y la actividad continuó según el orden inexorable fijado por ella.

Entraron a los almacenes gum, cuya fachada morisca de una cuadra de ancho enfrenta la Plaza Roja, entre multitudes de hombres y mujeres muy bien vestidos, con abrigos y sombreros. Una buena mitad de las mujeres llevaban largos y elegantes abrigos de piel, que le parecieron de corte antiguo. Casi todos los hombres tenían abrigos con cuello de piel y en la cabeza, las clásicas *chapkas*. Unos pocos llevaban gorros más elegantes, de *karakul*.

Valentina los condujo a través de una puerta lateral, a cuya entrada presentó una credencial, a una tienda atestada de ropa, maletas, sombreros y otros variados artículos, que estaba cerrada para el público general. Allí recibieron, sin pago ni formalidad de ninguna clase, gruesos abrigos de paño, guantes, gorros de piel, Jaime unos

recios bototos encerados, Rosa unas botitas forradas en piel de cordero. Se miraron al espejo y se vieron transformados en una pareja rusa.

XII
La radio

El auto negro se detuvo en una explanada delante de un enorme edificio de ladrillo de unos diez pisos, que cubría una manzana entera.

–Radio –dijo el escueto Misha.

Entraron al edificio subiendo una escalinata y atravesaron unas anchas puertas de vidrio custodiadas por dos hombres de uniforme color gris oscuro, con gorras militares de bordes rojos y pistolas al cinto. Misha les dijo algo y les entregó un papel. Los dos saludaron y les franquearon el paso.

Dejaron los abrigos en la guardarropía. Misha les enseñó a meter el gorro de piel, la bufanda y los guantes en una manga del abrigo, a la usanza rusa. Entraron en un ascensor que los llevó lentamente hasta el noveno piso, donde estaba la redacción latinoamericana.

Eran varias oficinas a lo largo de un ancho pasillo. En pocos minutos les presentaron a los chilenos y a los rusos y rusas que trabajaban en los programas para Chile. Nombres. Varias Natashas, una mujer llamada Asia. Caras sonrientes, apretones de manos, muchas palabras de bienvenida, en el tieso español de los rusos. Al parecer todos lo hablaban. Abrazos de los chilenos. Babkén, el jefe armenio, sus cejas oscuras, su voz gastada como de viejo actor, sus preguntas, traducidas velozmente por Misha: qué tal el viaje, cómo los recibieron. ¿En hotel? Pronto tendrán su *kvartira*. Departamento, tradujo Misha. De pronto pasó de los temas y el tono familiar al discursivo: “Hoy, día notable: llega para unirse al colectivo chileno nuevo redactor Jaime Román, periodista chileno, comunista combativo, ardiente revolucionario”. ¿Tan combativo, tan ardiente y tan revolucionario? Sintió que le ardía la cara. Luego, Babkén dio la bienvenida a Rosa y le preguntó si era periodista. Ella respondió que no, era peinadora en una peluquería de señoras. Le preguntó si quería aprender el ruso. Sí, claro, me gustaría mucho, pero debe ser tan difícil. No se preocupe, dijo el armenio, compañeras chilenas aprenden muy bien.

Luego, por fin, la primera reunión con los chilenos. Misha estaba como sin estar. Miraba fijamente hacia delante. Nunca abrió la boca. A veces asentía.

Eran seis en total. Se encontró de pronto frente a Edmundo, que sonreía con todos los dientes. Edmundo Pérez era su chapa. Alguna vez la había usado como seudónimo para firmar artículos, algo contrario a las normas conspirativas. Sus invariables anteojos también

cente- lleaban de alegría. Igual a sí mismo, como en los tiempos del viejo Siglo, cuando lo avistaba bajando de una micro en Plaza Italia y luego caminando a gran velocidad, con intenso bamboleo, pataleo y braceo, rumbo a la casona de Catedral 1377. Jaime hacía el tramo en tranvía mientras el compañero Pérez caminaba pero, al llegar, unos veinte minutos más tarde, lo encontraba ya muy instalado en su oficina, tecleando con fuertes golpes en la baqueteada Underwood negra, después de haber leído todos los diarios y de haber marcado párrafos con lápiz rojo en los editoriales de *El Mercurio*, *La Nación* y *El Diario Ilustrado*. Era como si la reunión fuera en Teatinos 416. Al levantarse para darle la mano, Edmundo echó el brazo atrás como para tomar impulso en un gesto muy propio de él.

El informe traía pésimas noticias, conocidas, pero al escucharlas en un informe que intentaba dar una visión de conjunto parecían tomar más peso.

En la reunión estaban además Antonio, el locutor, y los cuatro periodistas de Escucha Chile, a tres de los cuales conocía desde antes. Se habló de las "caídas": Mario Zamorano y la encerrona de la calle Conferencia, Uldarico Donaire. ¿Donaire? No le sonaba. Sí, se llamaba así. Lo que pasa es que nunca, en treinta o cuarenta años, usó su verdadero nombre, le explicó Edmundo cuando le preguntó más tarde. Para todos siempre fue Rafael Cortés. ¡Pero claro! Cortés, el hombre de cuadros, el misterioso que nunca daba conferencias de prensa ni salía en las fotos de los diarios, ni en los tiempos más legales. Moreno, tal vez nortino, siempre calmo, cortés como su chapa, sin subir nunca el tono de la voz.

Jaime imaginaba Santiago de noche, barrios con escasa luz y otros iluminados pero de una soledad lunar, a lo lejos un disparo, los autos con vidrios negros de la dina, dueños de la ciudad, asomando sigilosos en una esquina o corriendo a toda velocidad en sus misiones. La gente metida en sus casas, insomne, cuántos pensando si esta vez les tocará a ellos.

Edmundo habló largamente de la solidaridad internacional. La Asamblea General de Naciones Unidas acaba de aprobar por inmensa mayoría, una nueva resolución de condena a las violaciones de los Derechos Humanos en Chile. Sexto año consecutivo. El repudio a Pinochet es universal. Votan contra él todos los países europeos, varios latinoamericanos, muchos asiáticos, africanos. Sólo Estados Unidos y algunas dictaduras respaldan a la Junta.

El informante sonreía periódicamente de manera automática (¿nerviosa?) y dejaba algunas frases cortadas como si no pudiera o no quisiera desarrollar completo su pensamiento. El flash de sus sonrisas aparecía incluso cuando hablaba de los presos, del Frente Antifascista,

del papel del Cardenal y de la Iglesia, de los campos de concentración, de la tortura, de los salvajes allanamientos en las poblaciones con destrozos de casas y enseres, golpes y amenazas a mujeres y niños, arresto masivo de todos los hombres en la cancha de fútbol a los que hacían tenderse en la cancha de fútbol del barrio, tenderse como muertos, a veces días y noches enteros.

Luego hizo una descripción, que a Jaime le sonó algo abstracta, a ratos fantástica o exagerada, sobre todo acaso estimulante, del trabajo clandestino. El viejo triunfalismo y aquel lenguaje: se despliega la línea de masas que dio los mayores triunfos históricos, con el heroísmo callado y sin fanfarria propio del Partido de Recabarren.

En 42 países donde hay chilenos exiliados se han formado coordinadores con representación de los partidos de la UP, MIR e incluso democratacristianos en algunas partes, surgen en todas partes organizaciones solidarias. Este trabajo ha alcanzado una poderosa influencia en la opinión pública mundial, contribuye al aislamiento internacional de la dictadura.

Pero hay otro aspecto –la voz del informante tomó un tono confidencial lo que obligaba a prestarle mayor atención–, la solidaridad internacional puede ser la más poderosa fuente y el canal más eficiente de financiamiento de la resistencia y de la actividad de todos los antifascistas. Esto lo comprenden plenamente nuestros amigos en el exterior. Surgen las más diversas iniciativas: colectas, recitales musicales y poéticos con participación de artistas muy cotizados, se hacen y venden miles de empanadas en las grandes fiestas de los partidos hermanos, Fête de L’Humanité en Francia, Festa de l’Unitá en Italia y otras similares en Dinamarca, Alemania Federal, Austria, Alemania Democrática, fuera del apoyo permanente de la Unión Soviética y de todo el campo socialista. Este año el Partido se ha propuesto superar todas las campañas anteriores y reunir un millón de dólares.

La cifra le pareció asombrosa. Sabía algo de todo eso, pero ahora aparecía como una revelación la existencia de una organización central que coordinaba y “galvanizaba”, era una palabra que le gustaba al compañero Pérez, una red poderosa de alcance mundial. Sintió orgullo pero casi de inmediato lo asaltó la duda: todo eso está bien pero ¿significa que avanzamos hacia el fin de la dictadura? No parece que todo eso afecte gran cosa, hasta ahora, a la Junta, que sigue dándonos golpe tras golpe, los milicos se abanican con las resoluciones internacionales, hay miles de presos, la dina sigue deteniendo, torturando y matando. Y nosotros dejándonos matar.

Recordó el tono burlón de Sánchez Nora, un periodista cubano

de tipo muy español, patillas largas de torero, que hablaba como mulato. El día anterior habían conversado en el café del sexto piso:

–A esos señores con sus tanques no los tumban con papelitos, chico, ni con esa mied'da de la opinión pública internacional, estoh cabrone se ríen de los acuerdos escritos aunque los firme hasta el Papa, lo que hace falta es otra cosa: ¡cojones! Y una organización de combate capaz de enfrentar a lo militare, que los crímenes no le salgan de gratis, ¡coño! Hay que armar a la gente, compañero, dinamita, granada, capacidad de fuego, organización militar y gana de combatir, se acabó el tiempo del camino pacífico y de las ilusioneh parlamentaria, caballero, loh cubanos lo sabemos muy bien.

Hablando de sus primeras impresiones de Moscú, Jaime le dijo que había notado que muchos de los choferes de autobuses de la ciudad, unos muchachones muy jóvenes que parecían no tener ni 20 años, llevaban junto al volante, donde en Chile está el letrerito "Dios es mi copiloto", un retrato de Stalin. El detalle le había parecido curioso, después de las denuncias que los propios soviéticos habían hecho de las "deformaciones del socialismo" bajo Stalin.

–Por suet'te –dijo el cubano.

–¿Por suerte qué?

–Eso. Que la juventud mantiene la lealtad al camarada Stalin.

No se sintió convencido pero no entró en debate con el cubano. Pensó, sin embargo, que en la reunión debía decir algo del otro tema: "los tanques no se tumban con papelitos", en otro tono, naturalmente. Onda manifestar una inquietud. No era posible que el pueblo estuviera inerme. Que no se le cobrara algo siquiera a las bestias. En algunas poblaciones sin duda sería posible organizar grupos armados, aunque fuera de manera elemental. Pero de esto no se hablaba. Línea de masas, de acuerdo. Ese era el terreno en que era posible enfrentar a los milicos. Múltiples acciones en todos los planos. Ir tejiendo la resistencia. Pero, ¿no hacía falta de todas maneras algo más, ir desarrollando una autodefensa en escala local, pensar en enfrentamientos inevitables?

Sin embargo, al final de la reunión, cuando se examinaron las tareas específicas del programa radial, se limitó a decir automáticamente que estaba de acuerdo con el informe y que la radio sin duda podía contribuir a estimular la lucha adentro y afuera y también a cumplir la campaña de finanzas. Se sintió descontento de sí mismo, ¿por qué mierda me quedé callado, cuándo y dónde hablar de las dudas, cuál es el conducto regular?

Después de la reunión, participó con los periodistas, el locutor chileno y Katia, la locutora soviética, en la grabación de su primer

programa. Noticias de la solidaridad, denuncias de torturas y detenciones, música del Quilapayún y del Inti Illimani, canciones de Víctor Jara, todo el repertorio del tiempo de la UP con su carga de nostalgia y ánimo combativo y "Ánimo, negro José", en ritmo tropical, por el Illapu.

El caudal de noticias "del interior" era constante y abundante. Había quedado atrás el tiempo inicial de la sequía informativa, cuando los noticiarios casi no tenían noticias y se convertían en ristras de arengas o comentarios, citas de la prensa internacional y despachos sobre los eternos mítines de solidaridad por todas partes del mundo.

Katia tenía una voz muy musical, su castellano era excelente, sin rastros de acento ruso, pero la fuerza con que marcaba ciertos énfasis y algunas inflexiones agudas ocasionales le daban un toque de exotismo y acentuaban su encanto. Era una mujer alta, de formas generosas pero menos excesivas que otras, hermosa, de rostro despejado, muy blanca y con pómulos altos levemente sonrosados, cabellos negros. No usaba ningún maquillaje, eso le pareció, sólo un lápiz labial discreto. Tenía cierta manera pícara de mirar y pescaba al vuelo las alusiones y los dobles sentidos chilenos y de vez en cuando le guiñaba un ojo a Ernesto, que era el buenmozón del grupo.

Jaime abrió los ojos asombrado al ver, en el cuarto piso, la inmensa sala donde tableteaban al mismo tiempo cuarenta o cincuenta teletipos escribiendo sin descanso sobre largas franjas de papel en decenas de idiomas diferentes. Borís, que lo acompañaba, le indicó dónde estaban los servicios en español de las agencias internacionales, Reuters, France-Presse, Associated Press, Ansa. También Tass y ctk.

Se hizo un habitué de aquella sala, que visitaba tres o cuatro veces al día, a veces sin necesidad. Una credencial especial que le habían dado le franqueaba el acceso al lugar, que no estaba abierto para todos. La matraca, como decía el Viudo Barrientos (¿y qué será de él?) hacía vibrar el piso y le producía una sensación de euforia. Llegaba ansioso, lleno de curiosidad y se iba de cabeza a la máquina destinada al programa chileno, en la que se recibía cada día el boletín del Equipo del Interior, vía Tass de Buenos Aires. También llegaban allí las abundantes noticias de ips y el boletín que preparaban los de Praga, sobre la base de mensajes directos desde Chile. Llegaban también entrevistas y testimonios de compañeros y compañeras que habían estado presos y sometidos a tortura.

Misha les dijo un día a los periodistas que había encontrado, en el "Fondo de Oro" de la redacción, antiguas grabaciones de Pablo Neruda.

–Es que el compañero, cada vez que venía a Moscú pedía hablar por la radio. Decía que siempre hay en Chile gente que escucha, desde

los tiempos de la guerra o incluso antes, de cuando la guerra civil española.

–¿Y qué es el Fondo de Oro?

–Archivo que no se puede borrar nunca. Cosas unicales.

–Esas grabaciones de Neruda, ¿de cuándo son?

–Varias épocas. Las más antiguas, 1949.

–¿Son lecturas de versos?

–También. Pero más charlas, comentarios políticos o sobre escritores. Por ejemplo, muy interesante sobre nuestro Maiakovski.

–¿Y sobre Chile?

–Sí. Claro. Esto, muy bueno, de 1954. Aniversario muerte de Recabarren. Chilenos acostumbran celebrar fechas de muerte. Nosotros no hacemos eso. Sólo en casos muy especiales recordamos tales fechas.

Extrajo de una gran caja de cartón anaranjada de apariencia arcaica, una descomunal torta de cinta magnética, de color entre café y rosado, y la colocó horizontalmente sobre el gran aparato reproductor. Jaime llamó a Ernesto y a Rolando para que escucharan. La cinta comenzó a girar velozmente. En aquellos años se usaba una velocidad dos veces superior a la actual, dijo Misha. Esto daba mejor calidad de sonido, mayor fidelidad. La grabación quedaba registrada en una longitud mayor de cinta, por eso era más fácil editar el material, seleccionar o cortar. Censurar, pensó Jaime.

De pronto se escuchó la voz tan familiar del vate. En 1954 ya había superado, notó Jaime, el tono quejumbroso, demasiado agudo y nasal de los primeros tiempos. Gracias, seguramente, a las clases de impostación que le hizo la Blanca Hauser. Pero seguía igual a sí mismo: la misma manera única de encadenar y dejar caer las palabras con cierto ritmo haciéndolas poéticas tanto en prosa como en verso, pero la voz se había hecho más profunda y vibrante sin perder su monotonía hipnótica original. Escucharon en silencio. Rolando sonreía como un niño y Ernesto, advirtió Jaime, reflejaba sin querer una inconfesada emoción, a pesar del tono frío y crítico que usaba siempre. La voz hablaba del Norte, por donde Neruda había andado diez años antes en campaña con Elías Lafertte:

> Los arenales del desierto en las provincias del norte de Chile han visto muchas tragedias. Vieron bajar a miles de obreros del salitre en 1907 hacia la ciudad de Iquique, donde fueron masacrados. Aquellas arenas conocen la sangre del pueblo chileno vertida muchas veces por sus voraces enemigos. Pero también conocen las primeras victorias, las primeras organiza- ciones, el despertar de la

conciencia popular.

A este paisaje y a estas luchas está ligada la inmortal figura de Luis Emilio Recabarren. Muchas veces he recorrido la pampa con el discípulo y continuador de Recabarren, mi querido camarada Elías Lafertte. De las palabras de Lafertte, y de todos los rincones de aquel territorio desolado, surge nítida y gigantesca la memoria del maestro de la clase obrera chilena.

Él organizó las primeras reuniones, los primeros mítines, los primeros sindicatos y fundó el Partido Comunista chileno. Era difícil reunir a los obreros en aquellos tiempos, en aquellos sitios. A Recabarren no le importaba que hubiera pocos en la reunión. Él no dejaba de hablar por ello. Su lema era: "hoy dos, mañana cuatro".

Los recintos del trabajo del salitre, pertenecientes a empresas extranjeras, norteamericanas, alemanas e inglesas, gozaban del derecho de extraterritorialidad para aumentar así la explotación y la opresión de los obreros chilenos. No se podía entrar a las oficinas salitreras. Recabarren se introducía allí clandestinamente. Fue muchas veces detenido y expulsado de ellas.

Entonces hizo las reuniones lejos del terreno, en despoblado y, cuando allí también impidió la policía las reuniones, descubrió que éstas se podían hacer a lo largo de la línea férrea, entre los dos rieles, ya que esa delgada franja de tierra era considerada como territorio nacional y no pertenecía a las compañías.

Creo que la clase obrera en la historia de las persecuciones se ha reunido en sitios muy extraños pero hay que imaginarse a un grupo de hombres a lo largo de una línea de ferrocarril en aquellos desiertos de arena y sal sin un solo asomo de vegetación, parajes parecidos a la luna por su hostilidad terrible.

En este punto la cinta se interrumpió.

–Fantástico –dijo Rolando–, reuniones sindicales a lo largo de la línea del tren.

–El legalismo chileno –dijo Ernesto.

–Sí –dijo Jaime–, pero aquí hay algo heroico. El heroísmo de la tenacidad. Tú hablas de legalismo. ¿No será otra cosa?

–¿Por ejemplo qué?

–Bueno, patriotismo –le costó un poco decir la palabra, tan manida y tan entrañable en fin de cuentas–, pero además yo diría que aquí hay otra cosa: el sentido popular chileno de pertenencia a la nación. El espacio entre los rieles es territorio nacional. Por lo tanto, suelo sagrado. Es de nosotros, es de todos. Y hay aquí algo misterioso: estos obreros del salitre parten de la base que el aparato del Estado va

a respetar su derecho a reunirse en el suelo patrio. ¡Y así ocurre!

–Deberían pensarlo mejor, de acuerdo con su experiencia. Es una cosa extraña –dijo Ernesto–. Dicen que somos los ingleses de América del Sur. No sé si eso será tan bueno desde el punto de vista de la revolución. En todo caso, creo que eso pudo haber ocurrido en esos tiempos en circunstancias muy especiales. Después del 11 de septiembre, se acabó. Haz la prueba de hacer una reunión sindical en tu "suelo sagrado", entre las líneas del tren.

–El patriotismo de los rotos es subversivo –dijo Jaime.

Rolando se había quedado pensativo:

–A los cubanos toda esa tradición legalista chilena les cae mal.

–¿Y a los soviéticos? La parte proletaria, sí, es su fuerte y su retórica. Pero no practicar la violencia armada, no planteársela siquiera tampoco corresponde a su tradición ni a su experiencia. No tiene que ver con el leninismo.

Se quedaron silenciosos.

–Bueno –dijo Rolando–, creo que deberíamos poner en el aire este material. La voz de Neruda. Ahora, en diciembre, cuando es el aniversario de la muerte de Reca y también de la masacre de la Escuela Santa María.

Cada día aparecían nuevos personajes y ante Jaime se desplegaba un tapiz de voces, rostros y opiniones contradictorias.

–Soy Leandro –anunció haciendo una entrada torera en la oficina "chilena" un hombre delgado, agitanado, de pelo negro, largo para el uso soviético, que hablaba con fuerte acento español.

–Mucho gusto –lo saludó Jaime–. No tengo dudas que eres español, Leandro. ¿De dónde eres? ¿Castilla, Andalucía o vienes de las cuevas que hay en Graná?

–Pues, no soy gitano. Aunque no lo parezca, soy vasco. Y a mucha honra.

Traía un viento fresco, que desordenaba el naipe. Mostraba todo el tiempo el revés de la trama. Hablaba de manera rotunda y directa, cuando no brutal. Su manera contrastaba enormemente con la formalidad de los soviéticos. Álvaro, el más sectario y disciplinado de los periodistas chilenos, lo miraba con desconfianza. Lo veía como un agente provocador que decía a propósito cosas "antisoviéticas" para tirar lenguas. A Jaime, esa suposición le parecía absurda, Leandro lo divertía enormemente y encontraba razonable mucho de lo que decía aunque lo dijera de ese modo.

–Venid, chavales –invitó el español–, vamos a tomarnos unos cafés de los míos.

–¿Cómo son los tuyos, diferentes de los otros?

–Sí, los míos son sin cola.

Ya estaba iniciado Jaime a estas alturas en la cultura de las colas. Eran parte del sistema: las había en los cafés de la radio, en el comercio, en la calle, donde se formaban enormes filas en cuanto aparecía un vendedor de fruta o de cualquiera otra cosa. La gente hacía cola sin saber de antemano qué se vendía.

–*Yest tam ili niet chevó nibud interiésnava?* –preguntaba una vieja de pañuelo a la cabeza en tonos agudos. Leandro dijo que aquella era la principal pregunta del socialismo: ¿Hay ahí o no, algo interesante? Para comprar, se entiende.

La norma principal de la cola era preguntar al llegar: "quién es el último", para colocarse a continuación. Leandro hacía la pregunta sacramental y luego anunciaba con la mayor frescura:

–*Yá, piervi.* (Yo primero.)

Y se colocaba en el primer lugar de la cola, junto al mesón, donde lo atendían de inmediato. Nadie protestaba por esta evidente violación de la regla sagrada. A Leandro y sus amigos, les servían cafés "sin cola" y los demás de la cola guardaban paciente silencio. ¿Por qué: acaso el desparpajo de Leandro los desconcertaba? ¿Tenía alguna autoridad o fuero, o se lo creían debido a su descaro?

Leandro vivía en Moscú desde hacía más de cuarenta años. Había llegado cuando tenía cuatro.

–Yo soy uno de los niños españoles que la República mandó a la Unión Soviética en 1938, cuando ya Franco con sus moros estaba a las puertas.

–¿Fueron muchos?

–Varios miles.

–¿Y qué piensas, fue buena idea?

–Hombre, es que no se podía hacer otra cosa en ese momento. Éramos hijos de combatientes y seguramente habríamos muerto como moscas. Mi padre murió en el Frente, como corresponde. Mi madre trabajaba y apenas podía darnos qué comer a veces. Se quedó en España hasta el final, está viva, en Madrid. Mis dos hermanos, mayores que yo, murieron.

–¿Has ido a visitarla?

–Nunca. Pero iré el año próximo. Por primera vez me autorizarán para salir de "esto".

Contaba de los emigrados españoles.

–Había músicos, periodistas, metalúrgicos. De los periodistas el mejor de todos era Martínez. Un tío con toda la barba. Ya era gran

figura de la prensa en la República. Aquí resistió tres años. Después se murió.

–¿De qué murió?

–¡De asco!

No le hacían preguntas y él no entraba en detalles. El tiempo de la guerra había sido de hambruna en Rusia, pero los niños españoles sobrevivieron porque fueron enviados al sur, en viajes por tren que duraban semanas enteras, a Kazajstán o a Uzbekistán, las Repúblicas del Asia Central, a cinco mil kilómetros de Moscú, donde se criaron en casas cunas o jardines infantiles. Algunos profesores rusos hablaban español porque habían estado en España con las Brigadas Internacionales. Luego esos niños españoles fueron a escuelas rusas, más tarde a institutos técnicos, algunos a las universidades. Muy rusificados, pero la marca de fábrica española nunca se les borró.

Stalin no era de la devoción de Leandro. A Jaime le dijo que después del xx Congreso comenzó oficialmente un nuevo período. No tan nuevo en el fondo. Los méritos del Supremo como jefe de la Unión Soviética durante la guerra contra los nazis se celebran a cada rato. Nikita en su discurso habló de "deformaciones de la legalidad socialista". Muchos tipos han sido rehabilitados. Es que ya no le pueden hacer daño a nadie. Se habla contra el culto de la personalidad pero se practica.

–Así que no te equivoques –dijo Leandro–, el bigote persiste. ¿Has visto al cejudo ese?

–¿Cejudo? ¿Quién es el cejudo?

–Breznev.

Evocó aquella cara carnosa y afeitada que estaba todos los días en la televisión, con una vasta zona desnuda entre el labio superior y la nariz y las dos cejas negras, espesas y prominentes. Era harto "cejudo" en realidad. Sonrió.

–Pues mira –dijo Leandro–, el bigote de Stalin, este tío lo tiene arriba, entre ceja y ceja.

Muchas cosas le resultaban desconcertantes. Una sensación de modernidad socialista al observar los altos edificios del gótico staliniano, la Universidad Lomonosov, el Hotel Ucrania, el Ministerio de Relaciones Exteriores, que no eran tan modernos en realidad, y luego los esbeltos bloques grises de la Avenida Kalinina, el Metro atravesando el río por un túnel de cristal a gran altura, masas humanas desplazándose a paso rápido en filas ordenadas por las calles anchísimas, todos marchando velozmente a sus obligaciones. Todo daba la sensación de un ritmo acelerado. A la vez, advertía signos arcaicos. Sensación de aguas estancadas. En algunos barrios, incluso

en medio del centro había islotes de viejas casas campesinas de troncos, con ventanas de vidrios pequeños y marcos de madera afiligranados, de colores celeste, verde pálido o rosado. Eran como casitas de cuentos y le traían evocaciones imprecisas, como si las hubiera visto en alguna edad anterior. Las fachadas de los edificios de vivienda, pesadas construcciones de ladrillo, con gruesas cornisas rojas, daban a la calle pero las entradas a los departamentos estaban por detrás. Y allí había siempre grandes espacios arbolados, plazas con macizos de flores o de pasto: nunca césped recortado al estilo inglés sino un pasto campesino hirsuto, despeinado y abundante. En cada uno de los ingresos a los departamentos había escaños y en cada escaño una hilera de cuatro o cinco viejas con pañuelos color cáscara de papa atados a la cabeza. Estas viejas observaban atentamente a cada visitante, saludaban y eran saludadas por los conocidos y era evidente que desempeñaban un papel como informantes de las novedades en curso en el edificio, en el barrio y en toda la ciudad. En estas plazas interiores, detrás de los edificios, solía haber juegos infantiles, bancos, glorietas donde las tardes de verano había siempre varias parejas de jugadores de ajedrez, cuyas partidas eran seguidas por grupos de espectadores atentos y muy callados. Era un silencio religioso.

A Rosa le encantaban estos patios o plazas, que descubrieron juntos en su primer verano moscovita al ir a visitar a algunos chilenos o a rusos de la radio. Y luego, junto al departamento que les asignaron, a poca distancia del río. Cada vez que entraban o salían, las *babas* (abuelas) de turno los saludaban y les decían algo en tono amable. Todo daba la sensación de vivir en una aldea en la que todo el mundo se conoce, de una relación natural y familiar entre la gente.

Hacía un calor intenso y húmedo, a Jaime le parecía tropical, pero bajo los árboles se sentía un hálito de frescura. De pronto caían chaparrones de agua tibia que empapaban hasta los huesos. Todo el mundo usaba unos impermeables de plástico muy delgados que protegían del agua pero que daban a quien los vestía la sensación de un baño turco.

En las tiendas más modernas y elegantes de la avenida Kalinina, donde había cajas registradoras eléctricas, las cajeras sacaban las cuentas en viejos ábacos, moviendo de izquierda a derecha con soltura las bolas de madera alineadas en unidades, decenas, centenas, millares. Jaime no había visto ábacos desde sus primeros tiempos de escolar o desde antes, del kindegarten. Se usaban antaño para enseñar a sumar y restar. ¿También para multiplicar y dividir? No estaba seguro. Aquí las cajeras marcaban la cantidad de la compra en el teclado de la caja registradora pero a la vez verificaban el resultado con el ábaco. Evidentemente le daban más credibilidad que a la

máquina.

¿Y esta gente es la misma que pone satélites en órbita y fabrica misiles intercontinentales, aviones supersónicos, autos, televisores?, se preguntaba.

Los modales lo sorprendían constantemente. En el comercio las cajeras le lanzaban el vuelto al cliente con violencia y un gesto despectivo, así le parecía. Pero nadie se ofendía, era el modito establecido. A la bajada de la escalera mecánica en algunas estaciones del metro se formaban remolinos humanos, erizados de codos y cuerpos musculosos en tensión. Nadie cedía el paso, nadie sonreía. Tampoco nadie parecía sentirse atropellado. Lo mismo sucedía al subir a los autobuses. Le pasó más de una vez que alguna mujer lo tomara decididamente de la cintura y lo apartara a un costado del pasillo como quien aparta un mueble. Modales campesinos, se diría.

Rosa sufrió en los primeros tiempos. Cuando la empujaban, se le llenaban los ojos de lágrimas. Jaime cerraba los puños y la socorría, dando a su vez recios empujones, que los empujados recibían con toda naturalidad. Ésta es la sociedad de los empujones, le dijo un día a Leandro quien celebró la definición y la hizo suya de inmediato.

Por los pasillos de la radio desfilaban personajes de variadas nacionalidades. Jaime se encontró un día caminando detrás de un hombre escuálido que vestía una camisa flotante y unos pantalones de anchura extrema, que le llegaban hasta la mitad de las pantorrillas (hablar de pantorrillas sería exagerado, eran sólo unos pequeños nudos en mitad de unas piernas de hueso y piel renegrida). Los pantalones estaban sujetos a los tobillos por una especie de pinzas negras como las que en Chile usan (¿usaban?) los ciclistas. Luego de un espacio en el que estaban desnudas las piernas esqueléticas, venían unos zapatos polvorientos, sin calcetines, que le quedaban demasiado grandes, con los que este pajarraco chancleteaba sin avanzar gran cosa. Sin duda era hindú, aunque en Moscú aprendió que los habitantes de la India, en el español de España, se llaman indios. Hindú es la denominación reservada a los seguidores de la religión hinduísta. A medida que se desplazaba, este hindú “sonaba”. Producía un sonido continuado, quejumbroso y ondulante, como el de una flauta algo oxidada. A intervalos esta melopea se interrumpía por un instante y después se reanudaba en un tono más alto. El rostro del hombre, muy moreno y coronado por un turbante deshilachado y sucio, se mantenía imperturbable.

–¿Quién es ése? –preguntó Jaime.

–Es indio, trabaja en la redacción del sur de la India –le explicó Kiril, un ruso muy robusto que hablaba con acento argentino–, está muy buen traductor.

–¿Traductor? ¿De qué idioma a qué idioma traduce?

–Bien, él traduce del ruso al hindi y también al urdu, al tamil y no sé qué mas. Pero también traduce de esos idiomas al ruso.

–Pero, dime ¿acaso la radio tiene transmisiones en todos los idiomas de la India?

–No, solamente en seis.

–¿Entonces cuántos idiomas existen en la India?

–No se sabe. Cientos. Pero solamente dieciocho son oficiales.

Le presentaron redactores de las redacciones inglesa, francesa, canadiense (anglófona y francófona), alemana, de varias redacciones africanas y también latinoamericanos varios, una pareja brasileña, otra de cubanos, un peruano, una mujer guatemalteca y otra salvadoreña, tan parecidas entre sí que parecían intercambiables.

–¿Para cuántos países se transmite desde aquí? –preguntó.

–Unos ochenta –dijo Misha.

–¿En ochenta idiomas diferentes?

–No, idiomas, más. En América Latina tenemos, además de español y portugués, emisiones en guaraní y en quechua.

Poco después le presentó al locutor que leía los programas en quechua. Esperaba ver un peruano moreno y aquilino. Pero no, era un ruso de ojos claros y nariz chata de más de un metro noventa de estatura y un ancho proporcionado, que le estrechó la mano con gran fuerza y le dirigió algunas palabras que no comprendió.

–Perdone –le dijo–, pero no entiendo. ¿Qué idioma es ése?

–¡Cómo! –dijo el hombrón–, pero si es de su país, es lengua mapuche.

–Usted también habla mapuche –dijo asombrado.

–Sí –respondió con pesar–, pero no domino como para hablar por la radio. ¿Usted sabe si hay algún estudiante mapuche aquí?

–Puede ser. Trataré de averiguar. En todo caso usted habla bastante más mapuche que yo, que apenas sé unas cuantas palabras. Pero dígame, ¿usted ha estado en Chile?

–Tres, cuatro veces. Estaba con las delegaciones –enumeró con los dedos–: Temuco, Nueva Imperial, Puerto Saavedra, Angol, Traiguén, Colipuli.

–Collipulli.

–Corecto. Colipuli.

Más tarde, Jaime le comentó a Leandro:

–Esto es la torre de Babel.

–No –replicó–, es el zoológico.

–Dime, Leandro, ¿cuánta gente trabaja aquí?

–Trabajar, lo que se llama trabajar, no más de la mitad.

Pero en la redacción chilena, el trabajo era intenso: fuera de redactar los boletines, había que escuchar y transcribir los despachos de los corresponsales: Mario Gómez en México, Miguel Budnik en Ginebra, Miguel Lawner en Copenhague, Villegas o Cucamán en Berlín, etc. y las entrevistas. Los "dueños de casa", como se designaba habitualmente a los soviéticos, insistían en que se les entregaran los textos completos de cada material que fuese al aire. No bastaba un resumen. Rosa adquiría cada vez mayor destreza en la tarea de las transcripciones y había llegado a una velocidad de crucero aceptable en la escritura a máquina.

Una tarde, Leandro se le acercó misteriosamente:

–Oye, chileno, esta tarde te invito al Club Español.

–Gracias. ¿Hay algún mitin o algo así?

–¡Coño! Los chilenos no podéis vivir sin la política. Lo que hay es café. Buen café. Y sin cola.

–Bueno, vamos. Con Rosa, ¿sí?

Vaciló un instante:

–Está bien, que sea con la Doña.

Eran las seis de la tarde y ya estaba oscureciendo. La temperatura era agradable, el aire fresco y seco. Caminaron desde la radio hasta la calle Zdanova, nombrada así en honor de Andrei Zdanov, el teórico del realismo socialista, de los héroes positivos y de la disciplina férrea de escritores y artistas.

–Por todas partes se mantiene el recuerdo del que te jedi y de su gente –dijo Jaime.

–Eso no es nada –dijo Leandro–, ya verás.

Rosa escuchaba sin entender gran cosa. Con la mirada le imploró a Jaime una explicación. Ésta le resultó un poco larga y tal vez confusa. Rosa escuchó en silencio y no hizo comentarios.

Subieron interminablemente unas escaleras anchas y crujientes, con olor a polvo antiguo, hasta llegar al altísimo cuarto piso de la casona, idéntica a muchas otras del casco viejo de Moscú.

–En esta casa están las oficinas centrales de la Cruz Roja y Media Luna Roja de la Unión Soviética. Pero no iremos a ver a esos bichos ahora. Vamos al café.

Era una sala ancha como la estepa rusa, en una semi penumbra, con un escenario de madera, un gran espacio vacío al centro y una

docena de mesas agrupadas hacia un costado. Sentados ante ellas, tomando café, había varios hombres y unas pocas mujeres. Hablaban muy quedamente, para ser españoles. Los miraron con curiosidad sin disimulo cuando llegaron. El ambiente le pareció lúgubre.

–Sentaos, yo iré a pedir los cafés –dijo Leandro.

Regresó casi en seguida y se sentó junto a ellos. Parecía divertido por algo que sólo él sabía. Miró a Jaime con ojos risueños:

–¿Qué? Tú debes saber del asesinato de Trotski.

–Bueno, sí. Lo que he leído.

–¿Y qué te parece?

–Qué me parece qué, ¿el asesinato?

–Sí, eso.

–¿En qué sentido?

–Bueno, pues, si es un acto justiciero contra un enemigo de la causa de la revolución o un crimen político monstruoso.

–Lo segundo, sin duda alguna. Una salvajada. Un crimen horrendo. Uno de los peores crímenes de Stalin.

–¡Vaya!

–¿Qué, te sorprende?

–Sí, porque dicen que el Partido chileno es el más stalinista de todos.

–¿Quiénes dicen eso?

Se encogió de hombros:

–Pues. Lo dicen.

–Es falso. Que hayamos sido stalinistas, ¿qué duda cabe? Todos los comunistas lo hemos sido. Que queden algunos nostálgicos en el PC chileno y en otros, es normal. Pero son cada vez menos. Por razones políticas y por razones biológicas.

–Está muy bueno –dijo Leandro riendo–, razones biológicas, eso es.

–Pero, dime, ¿a qué viene todo esto de Trotsky?

–Pues a esto –Leandro se inclinó y giró la cabeza hacia un lado–. ¿Ves ese tipo que está por allá atrás, hacia el fondo?

–¿Cuál? ¿Ése de negro que está sentado solo?

–Sí. El mismo –y lo miraba con descaro.

Jaime se sintió incómodo:

–Oye, disimula un poco, se va a dar cuenta que estamos hablando de él.

–No importa, está acostumbrado.

–Bueno, pero qué, ¿quién es en fin de cuentas?

–Pues quién iba a ser: el asesino de Trotski en persona, Ramón Mercader y del Río.

Jaime sintió una sacudida:

–No me digas que ese tipo está aquí...

–¿Y dónde querías que estuviese? No te olvides que aquí lo condecoraron. Pero no estemos hablando pajas. Ven –y se puso de pie.

–¿Adónde?

–Ven –insistió imperativo Leandro–, vamos a mear allá atrás. Así, al paso, le miras de cerca. Perdón, señora –agregó, al captar la mirada desconcertada de Rosa.

Se levantó sin ganas y siguió a Leandro, que avanzaba muy decidido al fondo del salón, hacia donde estaba sentado aquel hombre. ¿Sería realmente Ramón Mercader?

Pasaron muy cerca de él. Leandro no le apartaba la vista. Era moreno, alto, corpulento. Estaba sentado con cierto abandono, algo reclinado hacia atrás y con la cabeza caída sobre el pecho, mirando su taza de café. Al pasar, Jaime le dio una ojeada rápida y se encontró de lleno con la mirada fija del hombre. Tenía unos ojos grandes, muy negros, ojerosos, inexpresivos. Ojos de pescado. De pescado español. ¿Qué pensaría? Sin duda sabía que lo identificaban, que sabían quién era y lo que había hecho. ¿Se sentiría seguro en Moscú o tenía miedo? Tal vez le daba lo mismo. Se había aguantado veinte años de prisión sin decir nada. ¿Recordaría el famoso piolet de alpinista hecho para perforar el hielo durísimo de las grandes alturas, que llevó escondido en el abrigo? ¿Y el momento en que lo alzó y lo dejó caer con tremendo impacto sobre la cabeza nevada de Trotsky, el chasquido del hueso al quebrarse, el grito terrible del viejo, su inesperada resistencia? ¿Recordaría ese momento con frecuencia? ¿Habría dudado, se habría arrepentido alguna vez?

Volvieron a la mesa, sin hablar. Jaime bebió su café, ya frío. De vez en cuando volvía los ojos hacia el fondo, donde seguía inmóvil aquella silueta negra. Le pareció que por momentos la penumbra se acentuaba y que el cielorraso oscuro bajaba con lentitud. Empezó a sentir un malestar difuso, angustioso. Miró a Leandro: tenía una sonrisa vaga. Miró a Rosa y vio que estaba llorando.

–¿Qué le pasa, mijita?

–Nada –dijo ella–, vámonos de aquí.

XIII
La noticia

Moscú estaba cubierto de nieve. Como en la vieja canción de Agustín Magaldi, que escuchaba todas las tardes, tantos años atrás, en la pensión Radovic de Punta Arenas:

No cantes hermano no cantes
que Moscú está cubierto de nieve
y los lobos aúllan de hambre
no cantes que Olga no vuelve.

Pero ahora no se veía lobo alguno. Desde los anchos ventanales del noveno piso del edificio de la radio, se veía una buena tajada de la Plaza Roja, con las cúpulas estilo Coré de la catedral de San Basilio, los colosales muros de ladrillo, el reloj con números romanos dorados de la Torre Spáskaia, el anchísimo espacio que evoca la pampa argentina o el mar, con una especie de loma o hinchazón hacia el centro como una gran ola congelada y empedrada y más allá, en la parte alta de la plaza, el mausoleo de Lenin en mármol rojo y negro y en forma de caja de zapatos, luego el declive en dirección al río.

Había una luz blanca bajo las nubes altas, y una atmósfera empavonada, un puntillismo nórdico de cristales microscópicos de humedad paralizados por el frío en medio del vuelo y un inexplicable matiz rosado y verde, muy diluído.

Y aunque el sol nuevamente ilumine
y aunque siga cayendo la nieve...

Sonó el teléfono. La voz seca de la telefonista dijo que el *tavarish* Román (dijo Ramán) tenía una llamada de Berlín. *Gavaritie!* (¡Hable!)

–Aló, compañero –dijo una voz que le pareció conocida–, lo estoy llamando de Berlín, por encargo de Ramiro. Él tuvo que salir por algo urgente, por eso me pidió que lo llamara yo.

–¿Sí? ¿Para qué sería?

–Este... su hermana llamó de Santiago y habló con él. Por lo de la enfermedad de su señora madre.

¿“Señora madre”? Se puso sobre aviso.

–Ya. ¿Y?

–Bueno, es que... era para decirle que... ella falleció. Ayer.

–¿A qué hora? –preguntó, y qué mierda importa la hora.

–La verdad es que no sé exactamente, en la madrugada parece.

–Bueno, está bien. Gracias.

Hubo un largo silencio. El maricón de Ramiro, no fue capaz de decirme él.

–¿Alguna otra cosa, compañero? –preguntó dubitativa la voz conocida.

–Eh, no creo. No hay más que decir. Gracias –cortó.

Se sentó delante del escritorio mirando hacia adelante, corrió a un costado la máquina de escribir y puso las manos sobre la cubierta, vacía de papeles por esta vez. Sin saber por qué, las puso abiertas, con las palmas hacia arriba, como implorando, a la manera árabe, como a veces hacía su padre cuando estaba meditabundo. Después levantó la mano izquierda en un gesto automático habitual y comenzó a rascarse la cabeza.

¿Qué siento? ¿Qué debe sentir uno en este caso? En su cabeza se había producido un gran vacío, la sensación de estar adentro de un tubo lleno de aire y de girar sobre sí mismo con extrema lentitud en medio de un espacio silencioso. Le pareció que el aire se estaba llenando de una niebla lechosa que impedía ver hacia arriba donde, por lo demás, no había otra cosa que el cielorraso. Era como si la niebla bajara y fuera llenando poco a poco aquel tubo. Sintió la garganta, los bronquios apretados, los ojos nublados, los cerró apretando mucho los párpados, volvió a abrirlos, volvió a cerrarlos. Como desde una gran distancia escuchó una voz entrecortada: ¿quet past tes mal?

De golpe desaparecieron la neblina y el tubo. Delante de él estaba Antonio repitiendo:

–Jaime, ¿qué te pasa? ¿Te sientes mal?

–No –dijo–, no me siento mal.

Seguía en la misma posición, sentado delante del escritorio, los brazos extendidos, las manos con las palmas hacia arriba.

–¿Te dieron alguna... noticia? ¿Quién te llamaba?

–Era de Berlín, por encargo de Ramiro.

–¿Pero, qué te dijeron? ¿Por qué estás con esa cara?

–¿Qué cara?

–No sé. Tienes una cara muy rara. Como si... como si estuvieras ido, como si te pasara algo.

–Debe ser la falta de experiencia. Es que se murió mi mamá –Antonio puso cara de susto–. Perdona, tengo que ir al baño.

Se puso de pie, salió de detrás del escritorio y al hacerlo volcó la silla. Antonio seguía de pie, mirándolo con los ojos muy abiertos. Caminando de una manera mecánica, un pie delante del otro, salió al pasillo y avanzó hasta llegar delante de la puerta donde un letrero decía: Hombres. En realidad decía *Muyi*.

Alguien salió en ese momento y al pasar le dio una palmada afectuosa en el hombro y le dijo algo, un saludo. No respondió. Entró al cuarto, que era angosto y largo. Había humo de cigarrillos pero no se sentía su olor, tal vez por el frío. Como siempre, los tres o cuatro rusos nostálgicos del Komintern fumaban en silencio pensando en Stalin delante de las tres ventanas abiertas de par en par, que daban a la calle, a un paisaje de viejos techos metálicos, cada techo con su respectiva cubrecama de nieve, gorda y blanca. A tres metros de distancia, solo, estaba Kompilin, fumando también, con su aspecto elegante de oficial zarista. No se acercaba ni se hablaba con los otros. Lo habían bautizado con desprecio "Marcusse", porque había cometido el desatino de citarlo en una reunión (¡lo que indicaba que lo leía!). En el recinto imperaban los mismos dieciocho o veinte grados bajo cero que había afuera. Es criminal tener que cagar bajo cero, pensó una vez más.

Alguien lo saludó, respondió con un sonido vago. Cuando llegó frente al lavatorio se detuvo y se miró al espejo. Era su cara de siempre, aunque por momentos tendía a borronearse para volver a precisarse después. Abrió la llave, dejó que corriera un poco el agua gélida sobre sus manos y luego se frotó la cara con fuerza. El frío le produjo una sacudida. Sintió que regresaba desde una gran distancia.

Los fumadores lo observaban unos metros más allá. Uno de ellos, a quien conocía, se encontraba con él todos los días, le dijo algunas palabras que no comprendió.

–Perdón, *izvinite* –respondió–, disculpe.

Dio media vuelta, salió y regresó por el ancho pasillo. Habían salido de las oficinas casi todos los compañeros latinos de la redacción y lo miraban fijamente mientras avanzaba. Le dieron ganas de saludar como un futbolista que entra a la cancha. Notó que nuestra Natasha, *Natasha nasha*, se mordía los labios y parecía a punto de llorar. Cuando llegó delante de la oficina chilena, le abrieron paso. Nadie dijo nada. Caminando como antes, con las piernas tiesas, llegó hasta su escritorio y se sentó en la misma posición anterior, los brazos extendidos abiertos sobre el escritorio, las manos con las palmas hacia arriba.

De pronto sintió una mano paternal que se posaba en su hombro. Babkén, el jefe armenio de la Redacción Latinoamericana, había entrado sin ruido:

–*Druyishi* –su voz gastada hasta la trama–, venga.

Era el único, entre todos los soviéticos conocidos, que usaba aquella palabra, tal vez antigua, tan familiar y cariñosa: *druyishi* (¿amigazo?). Lo condujo del brazo, como si estuviera enfermo, a su propia oficina, al otro lado del pasillo, unos metros más allá. Después de entrar ambos, cerró la puerta. Se instaló detrás de su escritorio y lo hizo sentarse enfrente.

–En estos casos, palabras sobran –susurró. Sus gruesas cejas negras fraternales sobre sus ojos oscuros.

Se inclinó y sacó de un cajón una botella de vodka y dos vasos reglamentarios de 100 gramos. Los llenó hasta el borde y le alcanzó uno. Se colocó la mano izquierda sobre el pecho y mirándolo a los ojos, según la norma, se llevó con la derecha el vaso a los labios. Jaime lo imitó. Retuvo la respiración unos segundos y bebió al seco, a la par con el jefe.

De alguna parte el armenio sacó un trocito de pan negro, pan Borodinski, reconoció, y lo olió, cerrando los ojos. Ritos del Frente, quizás. Le pasó el pancito. Lo olió él también, con los ojos cerrados. El aroma del pan se conjugaba a la perfección con el sabor del vodka. Involuntariamente, miró como siempre la gran cicatriz oscura y rugosa que Babkén tenía bajo la mandíbula y que bajaba formando un triángulo por un costado del cuello. “Souvenir de la guerra”, decía él. Se parecía al mapa de América del Sur.

–¿Qué piensa hacer?

–No sé. Por de pronto, llamar a Santiago. Tengo que hablar con mi hermana. Saber algo más.

–Haga todas las llamadas que necesite. ¿Piensa que podrá viajar a Chile? Puede contar con mi apoyo, esto es, del *Radiokomitet*. Pasajes, lo que sea.

–No estoy seguro de poder viajar. De todas maneras, muchas gracias.

Volvió a la oficina. Antonio y Ernesto escribían a máquina, cabezas gachas. Los dos lo miraron de reojo. En su escritorio del rincón, Sasha leía el diario. Jaime hizo una especie de venia general, se encogió de hombros y a la vez ladeó la cabeza al estilo francés, una manera de disculparse.

Tomó de nuevo el teléfono. En eso me paso, teléfono, máquina de escribir, micrófono, teléfono, etc. Escuchó la voz de Rosa, le dio la noticia. Rosa estalló en sollozos, con su envidiable capacidad de manifestar los sentimientos a todo chancho y sin demora. Le dijo que iba a llamar a la Chita a Santiago. Pero, ¿vas a ir, mijito? No sé, tengo que pensarlo.

La comunicación fue rápida. La telefonista chilena dijo con gran naturalidad: Señora Clara Román, de Moscú la llaman, puede hablar. Oyó la voz llena de su hermana y le pareció verla, con su facha y su cuerpada, *plantureuse* dicen los franceses, y sintió un inmenso deseo de abrazarla y de llorar en su cogote.

–¿Clara de las Mercedes del Sagrado Corazón de Jesús?

–La misma. Pucha, hermanito, ¡qué bueno que pudiste llamarme tan pronto! Se nos fue la Elena, ya lo sabes.

–Sí, me avisaron los amigos, me dieron tu recado.

–Bueno, ella murió ayer por la mañana. Quise llamarte antes, pero de Berlín no contestaban. Supongo que ese teléfono es de una oficina.

–Afirmativo.

–No hables como milico, Jaime, no hagas chistes en este momento. En fin, más vale que. La pobrecita estaba totalmente ausente los últimos días.

–¿Murió en ese asilo... casa de viejas, o como se llame?

–No, en el hospital. Se puede dejar en suspenso el funeral, a ver si alcanzas a llegar.

–De alcanzar, alcanzaría. Aquí me dan pasajes, todas las facilidades. Pero hay que ver otros aspectos. El panorama no se ve muy claro.

–Tienes razón. Nada de claro. En fin, piénsalo. Tienes que mantenerme informada.

–Claro. Sí. –¿Y qué más?, pensó.– Esteee...

–¿Sí, qué? –ella, siempre impaciente.

–No. Nada más. Si puedes ponle en mi nombre unas violetas. Yo siempre le llevaba un ramito cuando comenzaban a vender violetas en el centro. –¿Y para qué mierda pueden servir las violetas a estas alturas?, se preguntó.

–Sí –dijo ella con voz velada–, sí, Jaime. Le pondré violetas en tu nombre.

Colgó. También lo hizo Jaime y volvió a su postura contemplativa de la superficie de la mesa. En eso apareció Natasha:

–Dice Babkén que vayas a su oficina.

El armenio estaba más gangoso que de costumbre:

–*Druyishi*, creo que lo mejor es que no trabaje hoy. Tómese el día libre. Y mañana también, si lo necesita.

Aceptó. En la guardarropía, abajo, una de las viejas le tendió el abrigo, vertical y plegado a lo largo, esa especial manera rusa, el forro

y el cuello de piel hacia adelante. Lo recibió y sacó de la manga izquierda del abrigo su vieja *chapka* de conejo y la bufanda de lana chilota.

Estaba lejos la hora *pik*, así que en el Metro había asientos. En el viaje de cuarenta minutos con transbordos hasta Prospekt Vernadski cayó en una meditación retrospectiva. Desde el Once practicaba poco los ejercicios de memoria. Tal vez autodefensa. Ahora comenzó a recordar cosas que estaban por ahí, no del todo olvidadas, yacentes. Pensó que nunca más en su vida vería a Elena, ni viva ni muerta, y le pareció escuchar su voz más bien baja y por momentos un poco áspera, esa manera algo cortante, irónica, escéptica, la voz número uno como la llamaba para sus adentros desde chico. Porque, claro, había otra, la voz número dos, que era tierna, cristalina, cariñosa y lo hacía sentirse niño. Era la voz aniñada de las viejas canciones de la infancia:

yo soy la viudita del conde Laurel
que quiere casarse y no halla con quién

y sintió una repentina nostalgia de sus manos, de las caricias que con los años se fueron poniendo cada vez más escasas. ¿Culpa mía? Tan ingrato, tan desamorado, repetía cuando se encontraban. En fin, se fue la viuda, no del conde Laurel sino del coronel Román. Y aquí estoy huérfano de padre y madre. ¿Qué será de la Elena ahora? La vio tendida de espaldas en el cajón, el pelo más blanco que gris, muy bien peinado. Los ojos cerrados. De pronto pensó que era huérfano y le pareció escuchar al Niño de Utrera desgañitándose como de costumbre:

Yo no tengo ni pare ni mare
que calme mis penas
huérfano soy,
que no tengo pare
que no tengo mare
que no tengo a nadie
que me quiera a mí

decía la canción y lo asaltó un violento deseo de llorar. Trató de controlar, con un esfuerzo intenso, las lágrimas que pugnaban por salir.

XIV
Cartas

De Chita a Jaime

Querido hermanito,

Un amigo que viaja a Europa todas las semanas se comprometió a hacerte llegar esta carta cuanto antes. Espero que me contestes al tiro. Me siento rara escribiendo una carta: debe hacer mil años que no lo hacía. Te acuerdas que la Elena y también Manuel nos aleccionaban: nunca dejar una carta sin contestar. Eran los tiempos de la inocencia y de los calcetines blancos. Mundo muy antiguo, desaparecido.

Vamos al punto. Después de la muerte de Elena, puse un aviso en *El Mercurio* y vendí el departamento. El precio no fue muy bueno, tal vez me apuré mucho y no era el mejor momento para vender, según los entendidos. Era bueno para comprar. Esperá, me decía Gregorio. Pero yo sentía que me hacía falta la plata, aunque no sé por qué, de pura impaciencia, con Gregorio no me falta nada. Además, pensaba que te hacía falta a ti. No me puedo imaginar cómo vives con tu mujer. Costó encontrar interesados pero, en fin, la venta se hizo.

Yo me hice cargo de la plata y me dediqué ante todo a pagar las deudas. No eran tantas. Se debían los últimos tres meses de la Casa de Reposo, algo del hospital, el funeral, otros detalles y gastos. También le pasé algunos óbolos a los parientes pobres y a las viejas de compañía de la Elena, que están cada vez más viejitas y son cada vez menos. Lo que quedó es para nosotros dos, herederos legítimos y universales. Te adjunto aparte el detalle.

¿Cuándo, dónde y cómo te entrego tu parte? Tengo una idea: juntémonos en Buenos Aires en la primera mitad de noviembre. Yo tengo que viajar para allá por asuntos de negocios. ¿Podrás escaparte de la cortina? El encuentro serviría para darte la plata y además para vernos, conversar, qué sé yo. Te propongo el Alvear Palace, el martes 15 del mes que viene, a las siete de la tarde. Supongo que lo conoces. Es un viejo hotel, señorial, un poco fané, en la Recoleta. Sigue siendo muy cómodo. Y resulta mucho más económico que otros a la moda. Es la ocasión de verse y hay motivo. Porque si no nos encontramos ahora, no sé cuándo podría verte de nuevo. Tal vez nunca. Suena sentimental. A mí misma me extraña caer en tales infusiones familiares. Es que yo también tengo mi corazoncito.

Después de todo, Elena era nuestra mamá y descubrí que la quería mucho. No lloré cuando se murió, pero casi lloré mirando una

foto que le tomaron en esa Casa de Reposo. Está sentada mirando para adentro al lado de una vieja estaferma que sonríe. La Elena está mirándote, o sea, mirando al que mira la foto y eso es lo peor. Se ve tan pero tan triste que no pude aguantar. Me sentí más culpable que la mierda y metí la foto muy ligero en un sobre, porque no podía resistir esa mirada. Se me rompía el corazón. *Shit!* Nunca había escrito cosas como éstas. Te la llevaré, la foto digo, yo no quiero tenerla. Me hace mal, me duele mirarla. Tú sabrás si la guardas o la escondes o la quemas. ¡La Elena! Vieja chora, independiente, con ideas propias. Lo que más duele es verla desvalida, tan sola, tan abandonada, mirándote, sabiendo que se va a morir y que falta muy poco. Que va a morir sola. Lo que transmite no es miedo, creo que no es eso lo que sentía. Es la sensación del vacío. La terrible soledad que no tiene fin.

Cortemos eso. Revisándole los cajones de la cómoda encontré cartas y fotos antiguas. Voy a llevarte fotos donde está la Elena con Manuel y contigo, tú sales guatoncito, crespito y enano. En otras está Manuel de uniforme, solo y muy fachoso, a caballo y a pie. Hay una en que está con sombrero de copa y una huasca en la mano haciendo de cochero en una victoria de cartón, uno de esos telones que tenían los fotógrafos de la plaza Italia en Buenos Aires. En el coche vamos la Elena, tú y yo chicocos, mi tía Carolina y mi tío Manuel de hallulla. En todas las fotos el más repetido eres tú, el niño mimado, el lindo, el preferido, el principito.

¡Quién iba a pensar que te ibas a poner tan recontra comunista! Elena te comprendió mejor que Manuel y nunca te hizo ningún reproche. Era práctica, sabía que los niños, y las niñas, en algún momento hacen la vida a su pinta. Era incondicional de nosotros, aunque supongo que no le entusiasmó que yo me soltara las trenzas y me fuera a pasar el fin de semana con el gerente a Río de Janeiro. Tampoco le encantó que tú mandaras al carajo la universidad. Igual nos defendió desde el primer momento, no tanto de Manuel, que en realidad no se portó cuadrado y estuvo discreto aunque adolorido, sino de otros viejos y viejas de la familia y del gran inquisidor don Luciano que echaba espuma por la boca. La Elena nos entendía y nos respetaba. Creo que era porque hacíamos lo que ella nunca se atrevió. Además era izquierdista. No sé de dónde le vendría, tal vez del tío Demóstenes, que le decían “El Rojo”, porque era radical, masón y bombero. Manuel fue siempre muy cariñoso conmigo, aunque a veces suspiraba como diciendo “esta niñita, tan puta que me iba a salir”. Tal vez no lo pensaba en esos términos, pero así me sonaban sus suspiros.

La Rosita es cuento aparte. Tu mujer me encanta. Me produce ternura. Yo creía que ya no quedaban mujeres así, ni sabía que podían existir. Tan inocente en algunas cosas (en otras, menos de lo que tú crees), tan demasiado limpia que llega a dar rabia. La dama blanca.

Esa cosa fresca de campo que le brota. Y ese cutis precioso. Hasta Gregorio, que no es tan agudo ni tan sensible, por lo menos yo lo creo, sintió su clase de encanto y me lo comentó. La Rosita me da envidia. Aunque no, la verdad es que no. Lo que me produce es ternura, ya te lo dije. La envidia podría ser por la suertecita tuya que te encontraste la virgen amarrada en un trapito. Apuesto que era virgen cuando la conociste. Yo nunca me encontré un joven virgen. Debe ser rico. No, debe ser una lata. O a lo mejor, no tanto: enseñarle los primeros auxilios y sobre todo los segundos y los terceros puede resultar ameno. Ya te pusiste colorado. Tú también eres harto monjo. Ese lado católico de los rebanitos chilenos es algo que no he entendido nunca.

Con Gregorio las cosas están bien. Tenemos un contrato de conveniencia recíproca que funciona perfecto. Nos entendemos, nos respetamos nuestros espacios. Me da lo que le pido sin preguntar. Yo le doy lo que espera y lo secundo eficientemente en su vida social empresarial, que es bastante fome, y en algunos negocios. Soy buena dueña de casa, algo que jamás me habría imaginado. Tampoco es gracia, con cocinero peruano, mozo filipino, dos empleadas chilenas de primera, un jardinero japonés Special De Luxe, dos choferes Boinas Negras. Fuera del Carlos Alberto, que es el brazo derecho de Gregorio, su jefe de seguridad, su hombre de confianza, su chofer, etc. Mi gracia es dirigir la orquesta y hacer que todo funcione fluidamente. Yo misma no sabía lo buena que puedo ser para esto. Gregorio no dice nada, pero me admira y confía en mí.

Además a su lado he aprendido a moverme con la plata y poco a poco he formado mi propio negocio. Sé nadar en estas aguas. Él se da cuenta y no me dice nada, creo que más bien le gusta. Ahí está la conveniencia recíproca, ¿cachai?

Yo no le cuento nada de algunas de mis cosas, movimientos que hago, importaciones por ejemplo, tengo mi propio equipo de gente que me secunda y que gana conmigo. Así voy formando mi capital. Y no pongas esa cara de hermano Marx, trata de entender el mundo como es. Yo entiendo tus razones de guata, pero sigo pensando que la cagaste ese día con tu partida de roto. Eres demasiado asquerosiento y poco ubicatex. Podrías haber rechazado lo que él te proponía, pero sin cortar de esa manera. Gregorio me dijo: Y bueno, es bolche tu hermanito, vos me habías dicho que no. Le dije que yo no sabía, que no me daba cuenta. Lo aceptó aunque no me creyó. OK, no sigo con eso.

Me alegra que en fin de cuentas hayas seguido mi consejo y estés suficientemente lejos de aquí.

Bueno, pues, Jaimito: decide y contesta. Basta que me mandes un mensaje con la fecha. Yo te estaré esperando en el Alvear Palace,

como te dije, para el copetín de la tarde.

CHITA

De Rosa a Margarita

Mi querida hermana: espero que al recibo de la presente se encuentre muy bien. Nosotros, bien. Su cartita me llegó hace más de una semana, casi dos semanas en realidad, pero he embromado en contestar porque desde aquí el correo no es fácil. Pero me dice Jaime que ésta te va a llegarte ligerito.

Ya me voy acostumbrando, pero es todo tan tan distinto que usted no se imagina. Estoy aprendiendo el idioma y es harto difícil, pero ya puedo hacer compras y empecé hace poco a atender el teléfono. O sea, que entiendo y me entienden. Lo mas díficil es el clima. Nunca había pasado tantísimo frío. Si se lo digo no me va a creer. Hemos andado por la calle con Jaime con 19 grados bajo cero. No le miento. Pero por suerte aquí todo está hecho para que la gente no pase frío. Todos tienen botas gruesas, forradas y abrigos con cuello de piel y por dentro forrados enteros de corderito, guantes igual y gorros de piel. Y nosotros tenemos unas chalinas de lana gruesas, son chilotas y las dejó de regalo una chilena que anduvo por aquí, la tuvimos unos días alojada en la casa, chilota ella, de Castro. Con tanto abrigo una puede andar por la calle con todo el frío que sea, el suelo duro como fierro con el hielo apelmazado y no le da nada de frío.

Y en las casas, igual cosa. La calefacción es tan fuerte que llegando hay que sacarse toda esa ropa de abrigo porque de no, una se deshace. También tienen calefacción las micros y los troles y las tiendas. Al final el trecho que uno anda afuera no es tan tanto y ya le digo que con esa ropa de abrigo ni se siente.

Lo que una echa de menos es la luz. En el invierno, que todavía nos quedan como dos meses, amanece muy tarde, después de las diez de la mañana. Y muchas veces está nublado y por la tarde, a las cuatro, está oscuro de nuevo. Algunos días aparece el sol, muy brillante encima de la nieve. La gente aquí se alegra mucho y salen todos a la calle, pero pasa una cosa rara, cuando sale sol en el invierno se siente todavía más frío que cuando está nublado.

Esta ciudad es tan enorme que yo creo que nunca voy a poder conocerla entera. Está llena de palacios, hasta debajo de la tierra, las estaciones del metro son palacios también, es el tren que va por debajo, no puedes hacerte una idea. Sí ya sé que en Santiago hay metro pero éste de aquí es muy sumamente enorme y se puede ir de una punta a otra de la ciudad, muchas leguas, sin salir afuera. Y las

enormes cantidades de gente que se movilizan, no te puedo decir. Y todos tan bien vestidos. Nunca he visto a gente pobre, lo que se llama pobre, nunca he visto a nadie pidiendo limosna.

Jaime trabaja mucho mucho y siempre está tan preocupado de lo que pasa en Chile. Lo mejor es que ahora le estoy ayudando. Estoy aprendiendo a escribir a máquina, ¿te imaginas? Al comienzo pensaba que no iba a poder nunca, embromaba dos horas en copiar media página. Pero poco a poco ya me aprendí donde están las letras y ahora echo menos tiempo y ya no me equivoco tanto. Así es de que voy a poderle ayudarle a Jaime en su trabajo que es lo que más quiero. A veces me encarga que escuche unas grabaciones y anote lo que dicen. Al principio me costó acostumbrarme a los fonos tan enormes que acaloran las orejas pero ya no. Soy bien buena para eso, rápida y todo, pero claro que todo lo anoto a mano en lo que después Jaime o algún otro lo pasa a máquina. Me han dicho que tengo muy buena letra, en las monjas yo siempre me sacaba un siete en caligrafía, se acuerda. Después lo voy a poder hacerlo yo sola.

Con Jaime, que usted tanto le hizo la contra, se puede decir que somos felices. Él es cariñoso y amoroso. No se cansa de decirme que me quiere. Yo le creo porque también lo quiero mucho. No hemos tenido nunca un no ni un sí. ¿Sabes, Marga? Yo nunca pensé que iba a tener en mi vida un amor así. Lo único que me falta es tener otra guagüita con él. Me gustaría tanto que fuera una niña. Él no dice que no y ahora parece parece que puede ser que esté. Pero no estoy segura y no he ido al doctor. Quiera Dios y la Virgen que tanto me han dado favorecerme en esto. Lo que siempre es como una espina es no saber de mi Jaimito. ¿Usted lo ha visto? Yo voy a ver cómo hago para que Jaime le mande una dirección a ver si puede escribirme por otro país.

Aquí he ido una vez no más a misa, me llevó Jaime. Era una misa muy distinta, es la religión de aquí, los curas se llaman popes y todos usan unas barbas muy largas. La misa es con unos coros preciosos de hombres, que a uno le rompen el corazón, se me llegaron a caérseme las lágrimas. Me dijo Jaime que igual hay una iglesia donde dicen la misa católica y me va a llevar.

En la casa, igual yo todas las noches rezo. Los sábados rezo el rosario. Rezo por usted hermanita, por mi Jaimito, por la Edulia y sus niños que ya deben ser unos tremendos chiquillones y chicuelas, rezo por la Violeta, la Camelia y la Hortensia, que hace tantísimos años que no las veo pero nunca las olvido. Y siempre rezo por el Onofre, pan de Dios mi hermanito, yo no pierdo la fe. La última vez que hablamos, la Edulia me dijo que le queda poquita esperanza de hallarlo con vida, pero yo le dije que nunca hay que perder la esperanza. Cuando vaya al cementerio llévele unas flores a mi mamita y a mi papá.

Espero que le esté yendo de lo más bien con la “Gilda”, cada vez con más clientes. Usted es tan buena peinadora y tan buena para dirigir las cosas. ¿Sigue con el Robertito con usted? Dele un saludo cariñoso. Creo que es un buen hombre.

Con todo el cariño de su hermana

ROSA

XV
Buenos Aires

Había poca gente en el bar silencioso del gran hotel. Jaime esperaba hacía pocos minutos cuando la vio entrar como una gran dama, toda vestida de blanco, con un pañuelo azul muy fino prendido a un lado del cuello, caminando con elegancia y seguridad.

Seguridad de clase, pensó Jaime, ¿pero de qué clase, de nuestra clase media rasca? No, debe ser la seguridad que da la plata.

Se levantó a recibirla. Se abrazaron. Sintió una emoción inesperada mientras la besaba en la mejilla y ella le devolvía el beso. Al separarse de Chita para mirarla de cerca, vio que tenía los ojos llenos de lágrimas, ella la dura, la que nunca lloraba.

–Güen dar que se llora en estos tiempos –dijo Jaime con la voz algo temblona.

–Y bien poco que sirve –dijo ella.

Caminaron del brazo hasta la mesa y se sentaron frente a frente, de manos tomadas.

–Te he descubierto como hermana en estos tiempos –dijo Jaime, y agregó como a su pesar–: Te quiero mucho.

–Yo también. Qué bueno que me hiciste caso y saliste de Chilito. No te imaginas cómo están las cosas allá.

–Me lo imagino muy bien. Creo que estoy más o menos al día. Pero no con la estadística de los muertos. Esa no la tiene ni la cni.

–Yo sí que no me imaginaba cómo iba a ser esto. Creía que los conocía, de visita en la casa y después en otras casas, siempre correctos, tan atentos, tan galantes… ¿Puedes decirme de dónde salieron estos monstruos?

–Salieron del subsuelo nacional –dijo Jaime, la frase le sonó hueca, pero siguió–: ¿De dónde quieres que vengan? En nuestra Patria querida hay mucha violencia acumulada. Basta leer un poco la historia. Es un mar de sangre. No hablo de la historia del colegio, con batallas heroicas y fiestas de guardar.

Chita lo escuchaba pensativa.

–Me doy cuenta del odio que les tienen a los comunistas. Con Gregorio he conocido a muchos militares del régimen. Por eso te insistí tanto que salieras del país. Pero no me daba cuenta, no se me pasaba por la cabeza que podía pasar todo lo que pasó. Y que sigue pasando. En fin, por lo menos ahora te veo más tranquilo y más repuesto.

–Por no decir más guatón.

–Menos flaco. Hubo un tiempo que parecías un fantasma y andabas como loro en el alambre. Te hace bien el amargo caviar del exilio.

–A palabras sordas, oídos necios.

–Pensándolo mejor –dijo Chita sentenciosa–, lo que te ha hecho bien es esa belleza que te sacaste en la lotería. El poto tiene grandes virtudes curativas para el espíritu. Cuéntame cómo está, cómo le va por esos mundos.

–Fantástico. Se adapta mucho mejor de lo que yo esperaba. Está aprendiendo el idioma más rápido que yo. Se ha acostumbrado hasta al clima, y no es fácil.

Un mozo moreno y corpulento, vestido de negro, con la semicalva y la cara triste y amarilla propia de los mozos de Buenos Aires, les trajo sus bebidas en una bandeja. Para ella un Campari con jugo de naranja y tajada de naranja en el borde del vaso. Para él un whisky con mucho hielo. Años que no tomaba whisky. Su padre lo desdeñaba y prefería un buen coñac, aunque lo cierto es que tampoco lo bebía con frecuencia, a menos que fuera el Tres Palos en la Cabeza, como llamaba al producto nacional. El mozo colocó además unos platillos con aceitunas, maní, papas fritas.

Se tomaron sus tragos lentamente. Hablaron de Elena.

–En el funeral aparecieron varios de sus antiguos pretes –dijo ella–. Hasta el famoso Honorio, el más durable, que fue algo más que prete.

–¿De veras? Nunca supe de eso.

–Te felicito. Eres el repórter Essonosupe. Igualito que un marido. Los hombres no las paran renunca. O a lo mejor es un pacto de silencio entre patas negras. En fin, todo eso es pasado y bien pasado. Honorio no ha envejecido bien. La cabeza le tiembla su poco, tiene un párpado a media asta pero mantiene el espinazo tieso, como corresponde a un milico al día con sus tiburones, aunque sea R. Caballero de fina estampa. De lejos todavía la pega. Elena se mantuvo mucho mejor que él hasta el final. De la carrocería, digo. Lo malo es que decidió ausentarse a *finish*.

Jaime guardó silencio sorbiendo su whisky con extrema lentitud:

–Dime, Chita, te voy a preguntar algo. Si no quieres conntestar no me contestes.

–Qué será eso –dijo ella sonriendo, pero alerta a lo que venía.

–Me pregunto, o sea, te pregunto, si fuera de los negocios de Gregorio, que no quiero saber, tú haces tus propios negocios con

Chile.

–¿Cómo qué? –preguntó ella fríamente.

–No sé. Alguna exportación o importación. No me imagino que estás mano sobre mano, convertida en la señora de la casa preocupada del encerado, de las compras y de la ropa limpia.

–No. Para eso está el personal dependiente, querido. Ya te he dicho que no es poco. Entonces, tengo tiempo y hago uno que otro negocio, modestamente. ¿Pero por qué me preguntas esto? ¿Qué buscas? ¿Buscas algo?

–No nada. Pura curiosidad femenina –dijo Jaime–. Yo soy malazo para los negocios.

–Como Manuel.

–No tanto.

Se celebraron riendo. El mal ojo del coronel para los negocios era proverbial en la familia. Chita aguardaba.

–¿Entonces?

–Mira, no sé –Jaime parecía indeciso–, de repente, a lo mejor, se presenta alguna situación. Que se necesite alguna gauchada.

–Demasiado misterio –dijo Chita–. En fin, tú sabes que puedes contar conmigo. Te diré –dijo de pronto–, lo que he estado haciendo el último tiempo es mandar cueros a Chile. No los que te imaginas, huevón –dijo anticipándose a la expresión de pillería de su hermano–, gamulanes, casacas, abrigos de mujer. Todo eso se vende como pan caliente. Los precios de mi mercadería son increíbles. Los márgenes de ganancia son buenos, más que buenos.

–Sí, pero ¿cómo mandas eso a Chile? ¿Matute?

–Esto no –dijo ella–, y si lo hiciera no te lo diría. Tengo mi sistema, y no falla.

–Bueno –dijo Jaime–, me imagino que tus negocios van por carriles separados de los de Gregorio...

–Sí, lógico. Pero...

–¿Pero qué?

–Nada. Y ya basta. Eres un preguntón inaguantable. Me has hecho decirte cosas que no pensaba ni tenía por qué decirte. Mucho cuidado, Jaimito, que no se te caiga el casete.

–Clarito, Clarita. Y a propósito, dime, ¿de dónde salió tu nombre? No me negarás que esa combinación, Clara de las Mercedes, no es corriente.

Ella no contestó de inmediato:

–Me dejaste cachuda con tus preguntitas –dijo mirándolo

fijamente–. En fin. Lo de Clara es por mi madrina, la Clarita Gacitúa. ¿Te acuerdas? Una chicoca acelerada de voz ronca, que era como de la *family*. Estaba todos los días en la casa y hasta fuimos a veranear con ella varias veces.

–Sí. Pero más me extraña eso de "de las Mercedes".

–Según la Elena, me pusieron así por seguirle el amén a la tía Zoila que practicaba mucho el amén, el rosario y el Ave María Purísima sinpecadoconcebida. Fue ella la que insistió en lo de las Mercedes, tal vez tenía alguna manda. Al final cedieron.

–Es como nombre de monja.

–Un vaticinio de lo que sería mi vida –dijo Chita riendo–. Salud por eso.

Bebió de su vaso y Jaime hizo otro tanto.

–Bueno pues –dijo–, hablemos de negocios, que a eso vine.

–Okey, hablemos.

–Yo traje la plata del departamento en dólares, en un documento bancario. No quiero entrar en muchos detalles ahora. Te propongo que nos juntemos mañana en el despacho de don Carlos Roberto de los Ríos, en la avenida Santa Fe que, como sabés, es la calle más larga del mundo.

–¡Cómo! ¿Y en qué queda Corrientes?

–Corrientes es la lleca que canun muerde. ¿Entendés?

–No domino el lenguaje al vesre, propio del hampa. Lleca es calle, pero ¿lo que sigue?

–La calle que nunca duerme, querido. Te noto lento.

–Bueno ya. ¿Y quién es ese caballero?

–Es el escribano que se ocupa de los negocios de Gregorio en el Río de la Plata. Además son amigos de la infancia. O de la infamia, no sé bien.

–¿Y cuál es el sentido, objeto, propósito, intención de reunirnos con él?

–Mira, Jaime, yo quiero que la transferencia de la plata sea lo más precisa y legal posible. No es cuestión de andar acarreando billetes de un país a otro. Además, tú tienes que tener toda la documentación de la venta, la liquidación de la parte que te corresponde, con los gastos y demases, la autorización del Banco Central para sacar divisas, etc.

–Todo eso me marea y me aterroriza un poco.

–Me lo imagino. Pero como no eres idiota...

–No del todo.

–...te darás cuenta que es necesario. Sobre todo, tomando en cuenta las circunstancias de lo que llamas tu Patria.

El escribano parecía un insecto sabio, un palote (nombre científico: *mantis religiosa*), con anteojos de marco casi invisible. Su cabeza, muy escasa de pelo, emergía al extremo de un cogote filiforme del interior de un ancho cuello blanco almidonado, cerrado por una corbata negra que desembocaba en un chaleco gris como el resto de su vestimenta.

–¡Señora de Aldebarán! –dijo con una sorprendente voz de fagot, baritonal y melodiosa, saliendo a la antesala a recibirla con los bracitos abiertos, mientras una secretaria mustia sonreía al vacío sentada delante de un escritorio en miniatura con una máquina de escribir.

–Carlos Roberto –dijo ella y con su habitual desenvoltura, convirtió el flojo abrazo simbólico del escribano en un apretón franco acompañado de un beso en la mejilla, que lo sobresaltó y lo dejó medio turulato, le pareció a Jaime.

–Éste es mi hermano Jaime Román –dijo ella–, un gran periodista chileno. Vino por el asunto que usted sabe.

–Encantado, señor.

Siguieron apretones de mano, venias, zalemas, frases de cortesía gaseosa.

–Pasemos al privado, haganmé el favor.

Era un gabinete muy amplio, con artesonado de roble hasta el cielorraso y grandes anaqueles con hileras de libros severos empastados de manera uniforme.

Sin comprender gran cosa de la conversación técnica entre su hermana y el escribano, se vio afectado por una gran somnolencia. Sonámbulo, firmó una cantidad de documentos de aspecto financiero-jurídico.

–Lo que te toca a vos –dijo finalmente Chita, a quien se le acentuaba por minutos el acento rioplatense– son unos cincuenta mil verdes, aprox. Decime qué prefieres.

–Esa suma se podría trasferir a su cuenta bancaria –dijo el escribano de los Ríos.

–No tengo cuenta bancaria, no la he tenido nunca –declaró Jaime.

–Mi hermano es un excéntrico –dijo Chita a manera de explicación.

–El señor podría llevar consigo un documento bancario convertible –dijo el palote.

–No –dijo Jaime en tono categórico–, mi idea es llevar no más de

tres mil dólares en la forma que usted propone y unos mil o mil quinientos más en billetes.

–¡Cómo! ¿Y el resto?

–Lo dejo aquí, en un depósito registrado a mi nombre y a nombre de mi esposa Rosa Flores. Para retirarlo más tarde, gradualmente, o para enfrentar alguna emergencia.

–Depositado dónde, cómo –preguntó Chita con impaciencia.

–No sé.

–Don Nosé –remedó Chita con un resoplido–, es típico, la respuesta que esperaba de vos. ¿En qué mundo vives?

–En el de siempre.

–Yastá, bueno –dijo Chita–, yo haré un depósito con el saldo, a nombre tuyo y de Rosa, como quieres. ¿No será poco tres mil para tu viaje de vuelta?

–¡Poco! En mi vida he tenido tanta plata.

Después de la entrevista con el notario, se sentaron en un café con mesitas en la vereda. Estaba nublado y soplaba un viento húmedo y frío. Una voz en una radio declaró: Temperatura en la Capital Federal, 17 grados. Sensación térmica 13 grados. Chita pidió un capuchino, Jaime una cerveza.

–¿Con este frío?

–Sí –dijo con sobriedad gauchesca.

–¿La querés con ingredientes?

–Con qué?

–Ingredientes.

–Será, pus.

El mozo que los atendía colocó junto a la mesita otra de igual tamaño o tal vez algo mayor, cubierta de pequeñas bandejas o pocillos con aceitunas, queso en cubos, trozos de atún, monedas de salame, papas fritas, maní, huevos duros, etc. Luego puso delante de él un copón gigante de cerveza muy rubia.

–Oye, pero esto es un almuerzo.

–Ingredientes, querido.

Bebió un largo trago de cerveza heladísima y sintió que el frío le penetraba dolorosamente el cerebro. Combatió la sensación comiendo aceleradamente de los diversos entremeses. Chita masticaba con desgano una aceituna verde.

–¿Cuándo te vas? –preguntó.

–Pasado mañana. Quiero dar una vuelta por la ciudad y

comprarle algún engañito a la Rosa.

–¿Quieres que te acompañe?

–Por ningún motivo.

No le dijo a Chita que iba a hacer una pasada por Chile. ¡Quizás qué habría dicho!

Ella le dio una mirada escrutadora, luego se encogió de hombros.

–Está bien, vos sabrás lo que hacés, por dónde y con quién paseas. Si te parece, podríamos vernos mañana por la tarde en este mismo lugar. Para despedirnos.

–De acuerdo.

Pasear por las callecitas de Buenos Aires era lo que menos le interesaba. Tenía que llegar a determinado café cerca de la Avenida Rivadavia, donde un compañero argentino llamado Dante del Ferro iba a entregarle el encargo para Chile.

XVI
El Balurdo

En Moscú se había reencontrado con Ramiro. Paquete como siempre, de terno, corbata de seda y zapatos brillantes como carabinero de civil, su eterna cara impávida, las manotas colgando a los costados a continuación de los puños blancos de la camisa, que sobresalían de las mangas de la chaqueta, cortas para sus brazos simiescos.

Lo había citado por teléfono al hotel del Partido soviético, el hotel “Spasiba” lo llamaba Leandro, porque allí no se pagaba con dinero sino con puras *spasibas* (gracias). Llegó a la hora exacta y de inmediato emergió Ramiro de uno de los sillones del vestíbulo. A manera de saludo le dijo:

–Veo que no te suicidaste.

–No he tenido tiempo, he estado muy recargado de costura –replicó Jaime.

Con abrupto cambio de tono, Ramiro le preguntó afectuosamente por Rosa (¿cómo supo?), por los cambios en su vida, por el trabajo de la radio.

Ramiro lo condujo a una oficina donde había dos o tres sillas, una mesa pegada a la pared y un pequeño refrigerador. Lo hizo sentarse junto a la mesa y él se sentó a su lado. La puerta se abrió y apareció don Ignacio, que le dio la mano con su seriedad habitual y se sentó frente a ambos. Jaime lo miró, luego miró a Ramiro sin saber qué decir. Los dos, impenetrables.

–Un compañero que presida –dijo Ramiro.

Ignacio hizo su conocida risa jo jo jo:

–No es necesario.

Hubo un silencio incómodo, le pareció que no se sabían el libreto.

–Sabemos que usted viaja a Buenos Aires este sábado –dijo Ignacio yendo al grano, según su costumbre.

–Sí, voy a encontrarme con mi… –se detuvo, para qué seguir, eso también lo saben.

–Sí, claro –dijo Ignacio como si hubiera leído su pensamiento–. Después de ver a su hermana, usted regresará directamente para acá, ¿no?

–No tan directamente. Me hicieron un recorrido algo raro: Buenos Aires, Roma, escala con noche; cambio de línea, Amsterdam,

Moscú.

–Sí –dijo Ignacio, al parecer también sabía eso–. La Dirección quiere encargarle una misión.

No usó la palabra tarea. Misión debe ser algo más. Algo peor.

–Queremos pedirle que antes de partir de vuelta reciba un encargo en Buenos Aires y lo lleve a Chile.

Sintió un fuerte impulso de decir no, que no, no, por ningún motivo. Pero no dijo nada. Dio un vistazo lateral a Ramiro cuyo rostro se mantenía inexpresivo, luego se quedó mirando a Ignacio, quien emitió una breve tos y dijo:

–La Dirección conoce su trayectoria, sabe que usted es un compañero muy responsable y que asume sus tareas con mucha seriedad. Confía en usted.

¿Qué querrán?

–Se trata de hacer una pasada por Chile de no más de unas horas para que haga llegar a quien corresponde el encargo que se le entregará en Buenos Aires.

Otro largo silencio.

–¿Qué le parece? –dijo Ignacio con cierta impaciencia.

–Me gustaría saber de qué se trata.

–Es el derecho de todo condenado a muerte –dijo Ramiro con toda seriedad.

–¡Compañero, córtela! –le dijo Ignacio–, estamos hablando de cosas serias.

Ramiro inclinó la cabeza. Ignacio continuó:

–Usted va a recibir en Buenos Aires una cantidad de dinero. Es –dudó– una gran cantidad. Luego usted viaja a Chile y la entrega a la persona que se le indicará. Eso es todo.

Demoró unos instantes en encajar el golpe. Estoy perdido, pensó. Dijo:

–Siempre estoy dispuesto a hacer lo que el Partido determine. Pero no soy un autómata. Me gustaría saber por qué motivo se me elige a mí para cumplir esta tarea. Debe haber otros que podrían hacerlo tan bien o mejor que yo.

–¿Tiene miedo? –preguntó Ignacio.

–Sí –dijo Jaime–, pero no se trata de eso. Viendo la cosa en términos racionales, es verdad que no he sido detenido, la casa donde vivía y otras en que viví antes no han sido allanadas ni están vigiladas, que sepamos. Lo único que podría afectarme es el incidente del Hospital Militar, con una patrulla el día del golpe en la madrugada.

Eso lo debe tener registrado en alguna parte la inteligencia militar. Lo más probable es que a estas alturas tengan antecedentes de mis años de militancia en el Partido y no me extrañaría que sepan que estoy aquí trabajando en el programa de la radio, por más que use chapa y nunca hable por el micrófono. Se me ocurre que debe haber otros compañeros con menos currículum.

–Todo eso se ha visto –dijo Ignacio–, no crea que no se ha tomado debidamente en cuenta. Hay riesgos. En estos tiempos y en estas condiciones siempre hay riesgos. Pero, créame, si se ha pensado en usted es porque se considera que usted es quien mejor puede cumplir la tarea. Por lo que el Partido ha logrado establecer, el enemigo no sabe que usted está en Moscú. Su leyenda alemana funciona bien. Pero hay otra cosa... –se detuvo y lo miró a los ojos intensamente–, éste es un asunto muy delicado, de mucha responsabilidad. Y creemos, cree la Dirección, que usted nos garantiza, como nadie, el éxito de esta misión.

–Mmh –dijo Jaime.

–Por lo menos da las gracias después de tantas flores –dijo Ramiro.

–Bueno, gracias. ¿Podría preguntar algo?

Ignacio asintió con un parpadeo.

–Usted me dice que se trata de una gran cantidad de dinero. ¿Como cuánto?

–Es una suma del orden de doscientos mil, algo más.

–¿Doscientos mil... qué?

–Dólares.

–¿En qué forma?

–En billetes.

–Magnífico –dijo Jaime con una especie de risa que terminó en un hipo–: Acepto.

Hablaron de otros detalles. Ignacio le dijo:

–Mañana a las diez va a venir un auto a buscarlo para llevarlo a la oficina del Comité Coordinador del Partido aquí en Moscú. Allí tendremos una reunión con usted para ver todos los aspectos de su misión.

Se despidió de mano y salió. Acto seguido, Ramiro le preguntó:

–Dime, ¿por qué aceptaste?

–No lo sé. Por costumbre, creo. Por disciplina.

–Me lo imaginaba –lo miró fijamente–. Te felicito por tu disciplina militar.

–Partidaria, dirás.

–Es más o menos lo mismo. La diferencia, se supone, es que la nuestra es consciente. Y como dijo el camarada Stalin, que en paz descanse –Ramiro esbozó el signo de la cruz–, sólo la disciplina consciente puede ser de acero. ¿Cómo estuve?

–Brillante.

–Bueno, tomémonos un trago.

Sin esperar respuesta, abrió el refrigerador y sacó del congelador una botella de vodka de medio litro cubierta por fuera de una delgada capa de hielo, y dos vasos lisos y empañados, de cien gramos. La dosis oficial. Tomó la botella con la mano izquierda y la abrió con un rápido movimiento de la derecha. Era una tapa de metal delgado, desechable.

–Como ves –dijo Ramiro– nadie en este país concibe que sea necesario o posible tapar una botella de vodka después de abrirla. Su contenido se consume siempre hasta el fin. Como en Stalingrado: ni un paso atrás.

Llenó los dos vasos hasta el borde y le acercó uno, él tomó el otro.

–Entonces –dijo–, *na zdarovie*.

Jaime vaciló, con el vaso helado en la mano:

–Es mucho para mí. No sé beber a lo cosaco, Ramiro.

–Aprende, huevón –dijo Ramiro. Dio una especie de resoplido y, aproximando el vaso a los labios, lo vació de un solo trago y luego lo dejó con un golpe sobre la mesa.

Jaime vaciló.

–Me falta *training* –dijo, y bebió de una vez casi un tercio del contenido de su vaso. Tuvo una repentina y violenta sensación de asfixia, como si le hubieran tapado de golpe nariz y boca, se le desorbitaron los ojos mientras buscaba ansiosamente aire con la boca abierta. Luego se le desató un violento acceso de tos. Tenía los ojos lacrimosos y la garganta raspada.

–Tecnología –dijo Ramiro–, antes de tomar hay que vaciar de aire los pulmones con un soplido fuerte. Entonces el vodka pasa como una seda.

–Eres una bestia –dijo Jaime. Pero obedeció, resopló con fuerza y bebió el resto del vaso. El vodka muy helado era como una crema. Era verdad, pasaba sin dificultad. Al comienzo sintió apenas la fuerza del alcohol, aunque un minuto más tarde su impacto se le hizo evidente.

Hablaron del panorama político internacional. Le llamó la atención su escepticismo sobre los éxitos de la Unión Soviética

(estadísticos, según él), el conflicto con los chinos y la guerra fría.

–Veo que has dejado de lado el optimismo histórico de los comunistas –observó Jaime.

–Histérico –dijo Ramiro.

–Ahora te pasaste al pesimismo histórico. Pero lo que llama la atención es que sigues como si tal cosa, recitando la línea y cumpliendo las tareas. ¿Cómo enfrentas esa dicotomía?

–La tuya, por si acaso. Mira, todo se resuelve con esto.

Tomó la botella demostrativamente y volvió a llenar los vasos. Jaime contempló el suyo con inquietud:

–No soy capaz de seguir tomando así.

–Te equivocas. Haz la prueba y verás que puedes. ¡Salud! –bebió de nuevo su vaso hasta el fondo y lo dejó boca abajo sobre la mesa. De su interior no cayó ni una sola gota.

Jaime bebió un trago corto con una sensación de violento rechazo.

–No, realmente no puedo. No sé cómo tú puedes tomar de este modo. Pronto vas a tener el hígado destruído.

–No creas –levantó un dedo sentencioso–, el pesimismo histórico se enfrenta con el optimismo hepático, como dijo el camarada Gramsci.

Jaime se rió de la ocurrencia, pero tras el humor negro de Ramiro creyó percibir un fondo de escepticismo total. Si no de angustia. Lo recordaba mientras viajaba al día siguiente más de una hora en el colectivo 95 por la Avenida Santa Fe. Bajó donde le habían dicho, en la calle A. J. Carranza, y se sintió desconcertado. Delante de él había, por un lado, una muralla de ladrillo muy alta y al otro lado una tapia de madera, luego, al avanzar más, una hilera de casas de un piso con pequeños antejardines floridos. Una radio tocaba un tango de los años 40. Miró el reloj: 11 y cuarto. Caminó dos cuadras con naturalidad, sin ver a nadie. Se sintió observado pero no se veía ni un alma. Desechó la sensación, no pasarse películas. Al llegar a la esquina vio el Café del Inglés, que le habían indicado. Había mesitas en la vereda y algunos parroquianos sentados, tomando café pese a que el aire se sentía muy frío. Luego advirtió que dos de ellos acompañaban el café con vasitos de un líquido blanco, probablemente grappa o ginebra.

Entró, caminó hasta el fondo y se sentó en la mesa del extremo izquierdo. Pidió un café con leche con facturas. Tenía un poco de hambre, el desayuno en su hotelito de la calle Reconquista había sido magro.

Iba en la segunda medialuna cuando apareció un joven menudo, moreno y muy elegante, como un mafioso italiano, pensó. El joven le hizo una venia y se sentó a su lado diciendo:

–Permiso. Me pidieron que le entregara esto.

Le pasó un pequeño sobre con algo duro en su interior.

–¿Qué es esto? –preguntó Jaime, desconcertado.

–Es la llave de una casilla en la custodia de la estación Retiro.

–¿Estación del Metro?

–Y no, de Ferrocarriles. Usted va y retira la valijita.

–¿Y qué más?

–Nada más. Me dijeron que usted ya sabe. Bueno, encantado, ché –en un susurro agregó–: Companiero.

El joven se esfumó. Jaime miró la llave, vio que tenía un número. Pensó que debía ir de inmediato a buscar el encargo. Le quedaban pocas horas en Buenos Aires. Había quedado de encontrarse con Chita en la tarde.

Pagó, salió y tomó el primer taxi que pasó por Santa Fe. La "valijita" no era tan pequeña. La examinó de regreso en su hotel. Era un maletín blando de cuero color café oscuro, que daba una sensación de opulencia. Pensó que no era lo más adecuado. ¿Comprar otro? Lo abrió y encontró un paquete envuelto en un papel grueso y amarillo. Lo desenvolvió con cuidado. Contempló largos minutos lo que contenía, los mazos de fajos de billetes usados, sujetos con elásticos. Cerró el maletín.

Se sentó en el borde de la cama con los codos apoyados en las rodillas y el mentón apoyado en los puños. En esa posición caviló durante más de una hora. Llegó a la conclusión de que existía una sola posibilidad de hacer llegar el "balurdo" a su destino con relativa seguridad. La palabra "balurdo" se le presentó espontáneamente. Era el nombre que daban los cacos a un falso envoltorio de dinero, que se usaba para esquilmar a los incautos. Éste no era falso. Pero mentalmente siguió llamándolo "balurdo". Si esa posibilidad era imposible, qué contradicción, ché, tendría que llegar él personalmente a Santiago con el billullo a cuestas y sea lo que Dios quiera.

–¡Tú estás completamente loco, Jaime! –dijo Chita alzando la voz.

A unos metros, en una de las pocas mesas ocupadas del café, un hombre levantó la vista.

–Te digo que estás loco –dijo Chita en voz más baja–, ¿cómo puedes imaginar una cosa así? Es demencial.

–Ese tipo nos está mirando. Creo que está escuchando lo que

hablamos –dijo Jaime–. Vámonos de aquí.

Ella movió la cabeza negativamente y se amurró. Después de un rato dijo:

–Ya, vamos a otra parte, ¿qué propones?

–Vamos al parque Retiro. Ahí podemos hablar sin que nadie nos oiga.

–No sé para qué voy a seguir hablando contigo. Ya te lo dije: estás loco, Jaime.

Sin embargo, unos minutos más tarde iban en un taxi, ella con los labios apretados mirando hacia delante, él mirándola a ella.

Llegaron a la laguna del parque y arrendaron uno de los botes. Jaime movió los remos y el bote luego de apartarse del embarcadero comenzó a virar hacia la orilla.

–Eres pésimo para remar –dijo Chita–, déjame a mí.

Cambiaron de lugar, el pequeño bote se cimbró violentamente. Con varias remadas vigorosas ella lo condujo hacia el centro de la laguna. Luego dejó los remos horizontalmente sobre la embarcación y miró a Jaime.

–Vamos a ver, ¿qué mierda es lo que pretendes?

–No quiero darle más vueltas –dijo Jaime–. Para qué perder el tiempo. Me dirás que sí o me dirás que no y punto. Tan hermanos como siempre.

Ella no dijo nada. Esperó.

–Bueno, para hacerla corta. Tengo que llevar algo a Chile.

–¿Algo como qué?

–Un paquete. Ya te lo explico. Es algo muy necesario para la pelea que se da en Chile.

–Si pretendes que yo transporte armas o algo así, no cuentes conmigo.

–No –dijo Jaime–, no son armas. Es plata.

–¿Plata? ¿Qué clase de plata?

–Dólares en efectivo. *Cash*. ¿Cachai?

–¿Dólares? –repitió lentamente, como si no lo creyera–. ¿Me vas a decir que son tan subdesarrollados que quieren mandar dólares en billetes de aquí a Chile? Hay muchas formas de transferir dinero de un país a otro. ¿Has oído hablar del sistema bancario?

–Sí. El problema es que la dictadura puede rastrear cualquier envío que se haga y a las personas o empresas que lo reciban.

–¡Porla! –resopló Chita–. Entonces andan acarreando maletas

con plata como en las películas. Es de locos. ¿Y de cuánto se trata, aprox?

–Unos 200 mil loros.

–¡200 mil! –dijo sobresaltada subiendo la voz–, eso es mucha plata.

–Sí. Puede ser un poco más. No la he contado. No sé la cantidad precisa –dijo Jaime.

–Estás enfermo del mate si crees que me voy prestar a eso.

–Mira, hermanita querida: tú misma me has dicho que te repugna lo que hacen en Chile esos milicos bestias. Los crímenes, la tortura, todo eso.

–Repugna... es poco decir.

–Cierto, poco. Estamos de acuerdo. Ésta es la buena causa.

–Claro, tu causa, la causa comunista.

–No sólo comunista. ¿No quieres contribuir a que arreglemos ese Chilito nuestro, a que recuperemos una manera de vivir más decente, donde por lo menos no maten a cualquiera cuando se le ocurra al Pinochet?

–Bonito discurso –dijo Chita cabizbaja–, ¿por qué te imaginas que yo podría hacer algo así? ¿Piensas que soy huevona, una tonta útil? ¿O crees que soy todopoderosa?

–Ni lo uno ni lo otro. Creo, sí, que tienes un poder. El poder que viene de la plata y de la posición de tu marido con el régimen. Estoy seguro que puedes hacer llegar el balurdo sin problemas, tal vez en algún envío de tus gamulanes. No me cabe ninguna duda que tienes todo controlado para evitar aduaneros o policías intrusos que sólo crean problemas a la libre empresa.

–Eres un bellaco, un pillo, un malandra –dijo Chita.

–Favor que usted me hace –respondió Jaime inclinando la cabeza.

Chita sonrió sin querer. Luego se puso seria y lo miró fijamente y repitió:

–¿Qué te hace creer que yo iba a aceptar meterme en semejante aventura, arriesgándolo todo?

–No sé. La intuición femenina. Te conozco desde chica. O sea, creo conocerte. Tú sabes cuál era el pensamiento de la Elena.

–Ese es un golpe bajo.

–Perdona.

Ella bajó la cabeza y meditó un tiempo larguísimo en silencio. El bote derivaba y giraba con lentitud acercándose a la orilla verde y

barrosa.

–Dime –dijo finalmente–, pensemos que lo hago y que surge un imprevisto. ¿Se podrá disponer de alguna cantidad para enfrentarlo?

Jaime se rió:

–Pregunta inocente. La guita va a estar en tus manos. Tú decides según las necesidades. Nadie te va a preguntar nada, entre otras cosas, porque nadie va a saber nunca que estuvo en tu poder.

–Bueno ya –dijo Chita, tomando resueltamente los remos y comenzando a remar hacia el embarcadero.

–¿Bueno ya? –repitió Jaime sin querer creerlo.

–Ya –dijo Chita sin mirarlo–. Y cuando tu encarguito esté en Santiago, ¿qué?

–Yo también voy a estar allá pero, claro, no voy a ir personalmente a buscar el balurdo. Pero tenemos que hablar de los detalles.

–¿Cuándo?

–Hoy mismo. Ahora. Mi vuelo a Santiago es mañana a primera hora.

Sin dejar de remar, Chita dijo entre dientes:

–Tú estás completamente loco. Y yo también.

Se alargaba la espera en el aeropuerto de Ezeiza. Por los altoparlantes dijeron algo de mal tiempo en la Cordillera, el avión a Santiago de Chile viene con cuarenta minutos de retraso. Se levantó. Había entregado su maletita, muy liviana, que sólo contenía algo de ropa, un abrigo de gabardina color gris petróleo que había comprado en el aeropuerto de Amsterdam y que le parecía muy elegante y una chaqueta de cuero corta, de color azul, para Rosa. La había comprado en Florida el día antes ya bastante tarde, después de su conversacion con Chita. Primero había pedido que le mostraran una chaqueta rosada pero después de observarla le pareció que el tono era muy subido, la encontró entre picante y putanesca. Se decidió por la azul.

Se paseó con el bolso, que contenía algunos diarios, una revista *Newsweek* y dos cajas de chocolate artesanal, del blanco y del otro. Se detuvo junto al bar. Estuvo tentado de tomar una cerveza. O tal vez un coñac y un café. Al final desistió. Caminaba aburridamente por la sala, mirando sin ver a los pasajeros que esperaban, cuando de nuevo se escucharon los parlantes:

–Al señor Jaime Román, repetimos, al señor Jaime Román, se le solicita que se presente en la oficina de policía del aeropuerto.

Ya está. Las trompetas del Juicio Final.

Balanceando el bolso, caminó con el máximo de tranquilidad hacia el mostrador más cercano y preguntó dónde estaba la oficina de policía. Le señalaron una puerta con vidrio empavonado en la parte superior, junto a la zona de embarque.

Golpeó con los nudillos:

–Pase –dijo una voz.

Entró:

–Soy Jaime Román. Me llamaron recién por los parlantes.

–¿Chileno? –preguntó un hombre de civil, canoso y muy bien vestido.

–Sí.

–Pase por acá, hagamé el favor. Acompañálo –ordenó a otro civil, más joven.

Larga caminata por pasillos que doblaban en ángulo recto. Una puerta, otra.

–Entre –dijo el acompañante.

La puerta se cerró a sus espaldas. Era un cuarto desnudo sin más que una silla, un mesón ancho y una especie de camastro con una colchoneta. ¿Ya habrá partido mi avión? Se sentó en la silla. Miró el reloj. El tiempo transcurría con una lentitud enervante.

Advirtió una sombra delante de él. Levantó la vista.

Otro hombre de civil. Éste era muy alto y corpulento, cejas gruesas, gran bigote. Hablaba de manera breve y seca.

–Levantesé.

Obedeció.

–Pasaporte.

Lo examinó detenidamene, hoja por hoja, tomándose su tiempo. Luego se lo guardó en un bolsillo. Le dio una mirada a Jaime. Parecía aburrido.

–Desnudesé.

–¿Cómo?

–Que se desnude. Totalmente.

–¿Pero por qué? –preguntó Jaime–, ¿de qué se trata? Creo que me confunden. Mi nombre es Jaime Román. Yo soy chileno y voy a Chile. ¿Creen que soy traficante de drogas?

–Cállese. Desnudo. Rápido.

Comprendió que no tenía otro camino que obedecer.

Se sentía incómodo, desnudo, de pie junto al camastro.

–Los zapatos también.

El bigotudo, sin duda el jefe, observaba en silencio mientras los otros dos registraban su ropa: calzoncillos, camiseta, camisa. Uno de ellos, con una hoja metálica muy fina descosió totalmente el forro de la chaqueta, primero el de la espalda y el frente, luego los forros de las mangas. El otro, entretanto, examinaba el contenido del bolso con exasperante minuciosidad. Jaime tuvo un movimiento de protesta cuando descosió el forro de la chaqueta de cuero de Rosa y a continuación, el de su abrigo nuevo de gabardina.

–Ésta es una arbitrariedad. Ustedes tendrán que responder por este abuso y por los daños –les dijo.

–Cállese –le dijo el jefe–, póngase en cuatro patas.

–¿Cómo dice?

Lo obligaron a arrodillarse y luego a inclinarse hacia delante, apoyado en las manos. Uno de ellos le introdujo un dedo enguantado por el ano y hurgó larga y dolorosamente en su interior.

Mientras tanto, el otro policía registraba con el mismo cuidado extremo el contenido de la maleta, que habían traído del avión, sin duda.

–Póngase de pie –dijo el jefe.

–¡Hasta cuándo! –dijo Jaime–, ¡qué se creen ustedes! ¿Qué andan buscando? ¿Creen que traigo una bomba en el culo o qué? Yo soy conocido en mi país. Soy periodista. Además, le advierto que mi padre es coronel del ejército de Chile.

El bigotudo pareció algo confundido:

–Senior –dijo–, nosotros cumplimos órdenes.

–Fuera del trato abusivo y humillante que ustedes me han dado, me están causando un grave perjuicio económico. No sé cuánto tiempo ha pasado pero creo que ya he perdido mi avión. Y yo necesito estar en Chile hoy mismo.

–No se preocupe. Falta poco.

En ese momento entró un militar argentino de uniforme. Le pareció que era un mayor. Los tres hombres de civil se pusieron firmes.

–Pueden continuar –dijo el militar. Luego le hizo un gesto al jefe y le dijo algo. Éste se acercó a él y en voz muy baja, casi al oído, le habló unos minutos. El oficial lo escuchaba con gesto pétreo. Hizo una breve pregunta y el de los bigotes le respondió. Jaime alcanzó a distinguir o le pareció que decía "está limpio" o algo así. Conversaron algo más, en voz baja. Luego todos salieron y lo dejaron solo. Esperó un tiempo indeterminado, tal vez quince minutos. O media hora. Decidió vestirse. Al ponerse los zapatos, descubrió que a uno le habían

sacado el taco, que estaba botado por ahí. Tuvo dificultades para ponérselos. No sé cómo voy a caminar, la cojera es inevitable. Se preguntó si iban a seguir interrogándolo. Se sentó en el camastro y se sintió invadido por una ola de sueño.

Despertó con una sacudida. Frente a él estaba el oficial. A cierta distancia el bigotudo.

–Señor –dijo el militar–, debo hacerle algunas preguntas. Le pido que comprenda que actuamos por razones de seguridad que son comunes para nuestros dos países.

No respondió.

Siguió un largo cuestionario: de dónde había viajado a Buenos Aires, por qué, con qué propósito, por qué volvía a Chile ahora, ¿llevaba algún material de cualquier tipo o fondos destinados a actividades subversivas? El tono del oficial era rutinario. Daba una sensación de aburrimiento y de cierta impaciencia. Como si dudara de la utilidad de lo que hacía.

Respondió cada pregunta con calma y precisión. Dijo que se había reunido con su hermana por motivos familiares. Explicó. Habló del dinero y el documento bancario que traía. Dijo que iba a Chile precisamente para resolver algunas cuestiones personales. Que tenía su residencia en Bielefed, Alemania, etc.

El oficial no discutió, ni le hizo objeciones. Por último le dijo:

–No tengo más que preguntarle. Usted recibirá ahora sus documentos y sus cosas y podrá continuar su viaje. Debe comprender que vivimos tiempos duros. La amenaza subversiva está presente aquí como en su país y es nuestra obligación estar alerta.

–Yo no soy ningún subversivo –dijo Jaime–, lo que ha ocurrido aquí no sólo es un abuso incalificable, además es un disparate. Llegando a Chile voy a pedir que se presente una queja formal ante el gobierno argentino. Nada justifica el trato que se me ha dado.

El oficial lo escuchaba impertérrito:

–Usted es dueño de quejarse, señor. Nosotros cumplimos con nuestro deber. Eso es todo.

Calló. Bajó la cabeza. Luego giró y salió.

El de los bigotes, que se había mantenido a cierta distancia, se acercó y le dijo:

–Puede salir. Si no me equivoco todavía hay un vuelo a Santiago.

–Pero debe ser por otra línea aérea.

Se encogió de hombros.

Uno de los hombres de civil que habían participado en el

registro lo acompañó mientras él discutía en la ventanilla de la línea aérea para que respetaran su pasaje, explicando que había sido retenido por causas ajenas a su voluntad.

Una hora más tarde, partió hacia Santiago en un avión boliviano que había llegado a Buenos Aires con gran retraso.

Subió llevando el bolso y la maleta consigo a la cabina. Nadie le puso objeciones. El avión tenía asientos desocupados. Se instaló en uno y en el vecino puso su equipaje. Se sentó con una sensación de agotamiento extremo. Llamaron a ajustarse los cinturones. Cómo irá a ser el recibimiento en Santiago, pensó mientras el avión tomaba velocidad para iniciar el despegue. Se durmió de pronto. Solía sucederle cuando viajaba en avión, en los despegues y en los aterrizajes. ¿Mecanismo mental para afrontar el miedo o baja del oxígeno?

Cuando despertó, volaban plácidamente por encima de las montañas gigantescas de piedra desnuda y feroz, con escasos manchones de nieve. Jirones de nubes los esperaban y se desplazaban hacia atrás a gran velocidad cuando pasaban junto a ellos. Habían pasado veinte minutos desde la partida, comprobó al mirar el reloj. Iba a llegar a Santiago cerca de medianoche. Tal vez sea mejor. O peor. ¿Le habrán avisado los argentinos a la cni que voy en un avión boliviano? Al llegar se sabrá. Da lo mismo. Se encogió de hombros mentales. Lo invadía un extraño fatalismo. Se durmió de nuevo.

Los policías del aeropuerto de Pudahuel estaban o parecían medio dormidos. Debe ser un trabajo de perpetua lata. El tira que le tocó, con bigotes lacios y muy negros, bigotes de tira, lo miró con ojos turbios y timbró el pasaporte.

Salió extrañado por la facilidad del trámite. Recién se dio cuenta que había tenido todo el tiempo el estómago contraído y los puños apretados. Pasó junto a los mesones de aduana donde un funcionario le hizo desde lejos un gesto de seguir adelante y salió al aire frío de la noche santiaguina. Decidió que debía estrenar su abrigo de gabardina. Lo sacó del bolso y lo examinó. El forro interior estaba descosido de alto a bajo, luego de la inspección argentina, pero abotonado no se notaba. No mucho.

Un taxi lo dejó en un hotelito de la calle Miraflores. Pensó llamar a Claudio pero era demasiado tarde. ¿Qué estará pasando con Rosa en Moscú?

mientras en Moscú Olga tal vez
a otro amor se entregó…
no cantes, hermano,

¿Existirá todavía la residencial Radovic en Punta Arenas? Se acostó. Las sábanas frías le parecieron deliciosas. Pensó que le iba a costar dormirse. Debería haber tomado un trago, comer algo. Sintió hambre. Había dejado pasar la comida del avión. Vagamente pensó que podría salir a algún boliche. El sueño pudo más.

–¿Dónde estás? –preguntó alarmado Claudio. Éste debe creer que lo estoy llamando de Moscú.

–En Santiago de Chile. En un hotelito del centro.

–Ah, ya. ¿Y en qué andai?

–Estuve en Buenos Aires y decidí hacer una pasada por esta capital.

–Ah, bueno. Allá tú –sintió el tono de reprobación.

–No te preocupes. El martes parto de vuelta a Alemania. Te llamo porque me gustaría quedarme estos días en tu departamento, el de Nevería. Si se puede.

Como demoraba en contestar agregó:

–Supongo que todavía lo tienes. ¿O hay algún problema?

–Sí. O sea, no. Problema no. Lo uso como oficina. A veces. Desarmé la cama que había. No sé si... tal vez podrías usar un saco de dormir que está en el closet. No es muy cómodo.

–Por mí, perfecto.

–Bueno, paso mañana temprano a tu hotel a dejarte la llave. ¿Necesitas algo más?

–Nada.

Claudio se veía igual a sí mismo. Elegante, deportivo, con su eterno bronceado andino. Pero parecía algo nervioso. Salieron y se tomaron un café de pie, hablando poco, aunque Claudio hervía de curiosidad contenida.

Una hora más tarde, Jaime iba en un taxi hacia una bodega en una calle desconocida del barrio Estación, donde debía esperarlo Segundo, al parecer un hombre de confianza de Chita. Era lo que habían acordado. Llevaba una maleta de plástico nueva, vacía, que acababa de comprar en el Portal Bulnes.

El trámite fue rápido. Golpeó la puerta metálica y le abrieron en seguida. Segundo era ahuasado y hermético. Le hizo una inclinación sin decir palabra y sin darle la mano. Lo llevó a una oficina que estaba ocupada en su mayor parte por rumas de cajas de cartón y paquetes envueltos en papeles aceitosos. Repuestos, supuso. Sin más trámites le entregó el balurdo en su envoltura original. Jaime procedió a

guardarlo en la maleta.

–Además le dejaron esto –dijo repentinamente el mudo Segundo. Su voz sonaba herrumbrosa por falta de uso. Le entregó un gran envoltorio.

–¿Para mí? –preguntó sorprendido.

Silencio. Decidió que debía abrirlo. Apareció un elegante gamulán color manjarblanco, con cuello de piel un poco más oscuro.

–Estupendo –dijo. Decidió probárselo. Le quedaba perfecto–. Con esto puedo ir al polo –dijo sonriente.

Segundo no sonrió.

–¿Cómo se va a ir? –preguntó después de un largo silencio.

–En un taxi.

–Por aquí no encuentra. Lo mando dejar en la camioneta.

El conductor era sonriente y servil:

–¿Para dónde lo llevo, mi caballero?

Dudó y luego se decidió por el departamento. Fue un viaje de casi una hora en que el conductor le metía conversación sobre variados temas: qué calamidad la U, ¿no le parece, mi señor?, ¿supo del joven que ve a la Virgen?, se juntan miles de personas.

A solas por fin, abrió la maleta y la envoltura del balurdo. Parecía que estaba todo. Tampoco iba a ponerse a contar billetes. Estaba haciendo calor. Salió en cuerpo, con su maleta y esperó un taxi en Apoquindo. Quince minutos más tarde, llegó a la dirección que le habían dado los viejos en la calle El Aguilucho. Era una casa de dos pisos, gris, opaca. Golpeó dos veces. Esperó un minuto por reloj. Golpeó de nuevo tres veces, pausa, tres veces, pausa, dos veces. Escuchó unos pasos. Apareció una mujer viejona, de anteojos.

–Diga.

–Venía a dejar un encargo para don Ignacio.

–Ya.

La mujer recibió la maleta, más bien se la arrancó de la mano de un tirón y cerró la puerta de inmediato.

Se sintió aliviado y en cierto modo, decepcionado. ¿Qué querías, huevón? ¿Que te recibieran con banda de música?

Regresó a Nevería. Durmió una hora de siesta. Eran más de las siete de la tarde. Marcó el teléfono de Chita. Voz femenina.

–Dígale a la señora que la llama su hermano.

Se hizo esperar.

–¿Para qué me llamas? –impaciente.

–Nada. Para saludarte y darte las gracias por el regalo. El gamulán me quedó estupendo.

–No es nada –dijo ella con voz algo dulcificada.

–Me vuelvo a Alemania el martes.

–¿Estás bien?

–Sí. Muy bien.

–Bueno, que te vaya bien.

–En fin –dijo inseguro–, ya nos veremos un día de estos.

–Tendrá que ser a mi vuelta. Mañana parto a Cancún con Gregorio, que no ha tenido vacaciones. No volveré antes de tres semanas.

–Sí, claro. Esteee, bueno Chita, hasta la vista.

Ella colgó sin más. Se sintió algo picado. Si te he visto, no me acuerdo. Pero, por otra parte, tiene razón.

Siguieron dos días de aburrimiento mortal. Al tercero sonó inesperadamente el teléfono, que había estado mudo todo el tiempo. Se acercó y dudó antes de tomar el fono. Debe ser Claudio. O una llamada equivocada, pensó.

–Aló, Tucapel –dijo la familiar voz de Recaredo.

XVII
Interrogatorio

Mientras esperaba en la esquina que le había indicado Recaredo, pensó que algo estaba mal. Recontra mal. Miró el reloj: faltaban 15 segundos para la hora de la cita. Sintió un fuerte impulso de dar media vuelta y arrancar. ¿Pero por qué?, trató de ser racional. ¿Qué es lo que está mal? De pronto lo comprendió: Recaredo lo había llamado por teléfono a Nevería y *él nunca le había dado ese número*. Sintió un sudor frío en la frente. Miró el reloj: las 11.59, sólo faltaban 45 segundos para las 12.00. El segundero avanzaba dando saltitos irreversibles, había pasado los 10, los 11, los 12... 15 segundos. ¡Pum! 12 horas. Mediodía en Chile.

Al parecer no pasaba nada. Miró a un lado y otro. Un auto blanco asomó cautelosamente por la calle de la izquierda y se aproximó sin ruido. Se detuvo a su lado y en ese instante percibió que tenía vidrios negros, alcanzó a pensar: esto ya lo viví. La puerta posterior se abrió. Quiso apartarse, gritar, pero del auto brotó una mano que lo cogió con fuerza de un brazo y lo hizo entrar de un tirón. No alcanzó a hacer ni a decir nada. Cayó sentado cuando el auto partió bruscamente, acelerando. La inercia lo acható contra el respaldo.

El hombre sentado a su lado le dio sin más trámites un golpe brutal en el estómago. Se dobló hacia delante y una mano pesada lo cogió de la nuca y lo obligó a bajar la cabeza y a inclinarse más y más, hasta que su frente quedó casi en contacto con sus rodillas.

El auto corría a gran velocidad. La presión sostenida de aquella mano lo obligaba a mantenerse doblado sobre sí mismo. Le dolía el cuello, el hombre que lo atenazaba tenía olor a sudor y una respiración ruidosa, como si fuera asmático, pensó.

–¡No abras la boca, mierda! –dijo una voz gangosa. Quiso protestar que no lo había hecho. Además no podía. Siguieron tres o cuatro puñetazos rápidos, asestados con gran fuerza, aunque la falta de espacio entre su cuerpo y el del hombre determinaba que la trayectoria del puño antes de chocar con sus costillas fuera muy corta, lo que tal vez les restaba intensidad. Aun así, cada impacto lo sacudía.

–¡Callado! –reiteró la voz. ¿Por qué? ¿Para que no lo escucharan? No tenía idea de por dónde avanzaba el auto. Con la cabeza dolorosamente aplastada y torcida no veía más que una sombra confusa y a ratos, candelillas, culebrillas, celajes luminosos erráticos y muy breves que no venían de afuera, sino del interior de su

cabeza, de la retina, pensó.

El viaje duró largo tiempo más. ¿Cuánto? ¿Media hora, una hora? Trató de precisarlo de algún modo contando segundos mentalmente, con ritmo, pero perdió la cuenta y cayó en una especie de sopor.

El auto hizo un viraje brusco y luego de una breve pausa, en la que se oyó rechinar el cambio y luego los neumáticos derrapando en un declive sobre arena gruesa o ripio, se enderezó y entró dando tumbos y acelerando por un camino áspero y en ascenso, por la ladera de un cerro. El motor rugía y a intervalos emitía una especie de quejido. Era una pendiente muy escarpada, lo sentía con su cuerpo. De manera vaga pensó que iban tal vez hacia el norte, hacia Colina; o no, por el Cajón del Maipo. Sentía dolores por todas partes pero por sobre todo, ansiedad. Flotaban preguntas: ¿qué me va a pasar, qué me van a hacer, resistiré, qué saben, qué me van a preguntar, adónde me llevan? Tenía miedo y a la vez una especie de curiosidad extraña, la sensación de que algo culminaba. La imagen de Rosa se le apareció muy viva, la vio angustiada, sin saber dónde estaba, qué hacer.

Entraron a un terreno llano, luego a una carretera asfaltada. El auto describió una curva y paró en seco. Lo sacaron en vilo entre dos hombres. Alcanzó a ver a cierta distancia una construcción gris de cemento con techo metálico. El terreno junto al camino estaba cubierto de malezas y pasto amarillento. No pudo ver más porque su acompañante, cuya voz rasposa ya identificaba, le colocó en los ojos una venda muy apretada, operación acompañada de insultos y de un doloroso puntapié en un tobillo. Se encogió pero no gritó. Mantuvo la boca muy apretada y sintió un pequeño orgullo porque callar era algo decidido por él.

–¡Ya! –gritó otra voz–, ¡date vuelta comunista culiao! –con un empujón y unos tirones lo hicieron girar. Recibió un golpe de puño muy duro en la boca del estómago. Sintió violentas arcadas. Se dobló hacia delante y en el mismo momento un golpe en la espalda lo obligó a enderezarse. Entonces vinieron alternadamente otros golpes de puño en el estómago y con un objeto duro, luma o laque en la espalda, de modo que su cuerpo se doblaba y se enderezaba como el de un pelele. El juego se repitió varias veces hasta que cayó de bruces, sus dientes chocaron contra la tierra y ésta penetró en su boca. Sintió su sabor húmedo, su aspereza, piedrecillas entre los dientes. Risas muy cerca, voces más lejos. Una sucesión de patadas en los costados lo sacudía de un lado a otro, sintió las respiraciones agitadas de los pateadores. ¿Cuántos eran, dos, tres?

Una mano lo levantó del pelo. Se le doblaban las piernas.

–¡Ya, mierda! –gritó otra voz–, enderézate. Párate aquí. ¡Párate

firme, huevón! Con las manos apoyadas adelante.

Estiró los brazos y apoyó las manos en una superficie metálica caliente. El auto, pensó. Y no pensó más: un puntapié feroz en los testículos lo hizo sentir que se elevaba en el aire y a la vez que lo atropellaba un tren, lo asaltó un indescriptible dolor de quemadura y náusea, una llama roja y negra recorría todo su cuerpo. Me muero, alcanzó a pensar antes de la oscuridad total.

¿Dónde estoy? Se dio cuenta que estaba firmemente amarrado, de brazos, tronco y piernas a una silla. ¿Cuánto tiempo hace que estoy aquí? Era una especie de oficina, no muy grande. Hacia su derecha, había un hombre sentado ante una mesa, escribiendo algo a mano en un gran libro de contabilidad. Se escuchaban llantos o lamentos lejanos. De pronto se abrió una puerta metálica y se destapó un pandemonium de aullidos, gritos, golpes y música de bandas militares tan estridente que ensordecía. Trató de mirar hacia el interior de aquel espacio pero no alcanzaba a percibir nada claro: sólo figuras imprecisas en movimiento. Por momentos se escuchaban gritos que subían hasta convertirse en alaridos, imprecaciones, golpes y chasquidos, en cierto momento, sollozos. Luego la puerta se cerró y el ruido volvió a quedar en sordina, sólo se escuchaban las marchas militares.

Repentinamente, el hombre que escribía lo miró y se dio cuenta de que lo estaba mirando.

–¡Este carajo está sin venda! –gritó, poniéndose de pie de un salto.

Percibió que había alguien a sus espaldas:

–No importa –dijo una voz que le pareció conocida–, que mire hasta que le dé puntada.

–Sí, migmnm –dijo el hombre confusamente, Jaime no entendió la palabra.

Que no le vendaran los ojos le pareció un mal síntoma. No les importa lo que yo pueda ver. O sea... apartó el pensamiento. Qué estará pasando con Rosa, ojalá me haya hecho caso. Le había dicho con insistencia que si él no regresaba de alguna salida se fuera de inmediato al campo. Ojalá, ojalá, ojalá me haga caso. Era como un ruego, pero no sabía a quién iba dirigido. Oj-alá. De pronto recordó con inmenso alivio que ella no estaba en Chile sino en Moscú. Segura, protegida.

Detrás, la misma voz de antes dio una orden. Un soldado le desató las piernas y lo hizo ponerse de pie de un tirón. Se sentía muy inseguro, acalambrado, se balanceaba.

–Ya, muévete, basura.

Lo hicieron avanzar, luego el que lo empujaba abrió la puerta metálica y se sintió inundado por los lamentos, un olor nauseabundo y dominándolo todo, ensordecedoras marchas militares. Lo empujaron hacia delante. Había poca luz. En medio de la penumbra distinguió uno, dos, tres, cuatro cuerpos desnudos, colgados como reses en una carnicería, escuchó lamentos, estertores, luego alaridos agudos que provenían de un hombre desnudo, atado a un camastro de metal sobre cuyo cuerpo se afanaba alguien, inclinado, que vio a contraluz.

–¡Hagan callar a ese maricón! –gruñó una voz ronca.

Casi de inmediato, los alaridos se convirtieron en quejidos apagados.

Jaime trataba de distinguir, abriendo mucho los ojos, aquellos cuerpos colgados. El más cercano era una mujer gruesa y de edad avanzada, completamente desnuda, cuyos brazos, atados por las muñecas, estaban sujetos a una cadena horizontal por un gancho metálico. Su cuerpo, lívido, blando, con los pliegues propios de la edad, estaba cubierto, le pareció al principio, por una red, hasta que comprendió que eran regueros de sangre seca que bajaban desde los brazos y el rostro, caído sobre el pecho y semioculto por la mata de pelo gris, y se extendían por los grandes senos fláccidos, por los costados, hasta la zona gris del pubis y los muslos. La conozco, yo sé quién es, pensó con creciente angustia. En ese momento la mujer se quejó y su cabeza se inclinó hacia un costado.

Jaime supo entonces con certeza que era verdad lo que no se atrevía a creer: aquella mujer, aquel cuerpo martirizado, era Elsa, la señora de las camisas, la que llevaba y traía mensajes, el enlace entre el Equipo y los viejos.

–Muy bien –dijo la voz reposada a sus espaldas–, saluda a tu compañera. Ésta es comunista porfiada, de hueso colorado. Es dura como gallina vieja esta bruta, se necesita mucho hervor para ablandarla, pero tenemos tiempo. Ya sabes que a qué atenerte, camarada Jaime Román.

Quiso girar la cabeza, ver de quién era esa voz, enloquecedoramente familiar, pero no le dieron tiempo, dos hombres lo arrastraron hasta uno de los camastros, le arrancaron a tirones la escasa ropa que lo cubría y lo pusieron de espaldas sobre el somier metálico, con las piernas y los brazos abiertos. Muñecas y tobillos firmemente atados con alambres a los cuatro ángulos de la estructura. Sentía frío y miedo.

–Te vamos a poner esto en el hocico –dijo uno. Y le acercó a la cara una especie de tapón del grueso de un puño, viscoso, apelmazado, con manchas sanguinolentas, prolongado hacia los lados por dos trozos de soga. Comprendió que era una mordaza, usada sin

duda muchas veces en otros prisioneros. El que la sostenía la escupió y con una risotada procedió a metérsela en la boca, abriéndosela a la fuerza, a pesar de su resistencia y a atársela muy apretada en la nuca. Tuvo un espasmo de asco y a la vez sintió que no podía respirar. El enorme bocado de la mordaza le llenaba la boca y el labio superior, atrozmente levantado, le obstruía la nariz. Hizo esfuerzos acezantes por respirar. Se ahogaba. Esto va muy rápido, pensó.

El hombre que se ocupaba de él se aproximó y acomodó la mordaza de manera muy profesional para que la nariz no le quedara del todo obstruida. Respiró con ansias. Sintió que el corazón le latía con violencia. Luego le pusieron una capucha sobre la cabeza y todo fue oscuridad, dolor de quemaduras, salvajes sacudidas de todo el esqueleto, sensación de ruido ensordecedor, convulsiones.

La sesión se interrumpía periódicamente.

–Espere –dijo alguien. Notó que lo auscultaban con un estetoscopio–, sí, puede continuar.

Se repitió el procedimiento. Ahora le aplicaban un electrodo en puntos precisos: ano, tetillas, dientes, bajo las uñas, en el pene. Cada vez, inagotablemente, surgían nuevos dolores.

Perdió el conocimiento.

Tiempo después, no pudo precisar si habían pasado minutos, horas o tal vez un día entero, se encontró tumbado de espaldas sobre una colchoneta y cubierto por una pequeña frazada. Tiritaba hasta entrechocar los dientes y por momentos caía en un sopor, lo asaltaban imágenes y pensamientos confusos, recuerdos de los golpes eléctricos, destellos verdes y morados o anaranjados cuando el dolor se hacía intolerable. Se esforzaba por recuperar algún orden mental, ¿dónde estoy, cuánto tiempo dura esto: horas, días, semanas, sabrá alguien que estoy detenido y dónde, sabrán los compañeros que cayó la Elsa? ¿Y Rosa, qué estará pasando con ella, le habrán dicho por qué no vuelvo? Y Jaime, mi hijito, recordó con súbitas ganas de llorar. En la radio seguramente ya se sabe, hablarán, el Partido… ¿Cómo me agarraron, quién habló?

Pasaba largos períodos en un estupor que le impedía pensar. No sentía dolores determinados, o tal vez es que todo le dolía todo el tiempo.

Lo llevaron a tirones y lo hicieron sentarse en una silla delante de una mesa metálica. Le colocaron en ambas muñecas brazaletes de hierro oxidado, que estaban unidos a la mesa, de manera que sus manos quedaron con las palmas hacia abajo. Pensó con el estómago contraído que le iban a arrancar las uñas como había soñado muchas veces. Tengo que aguantar.

Le pusieron una capucha. Sintió la presencia de un hombre sentado delante de él. Luego, éste procedió a golpearle sistemáticamente los dedos, uno tras otro, con un delgado martillo de acero. Se retorcía y gritaba con todas sus fuerzas pero sus gritos eran ahogados por la mordaza. Sentía que se asfixiaba.

El individuo siguió sin modificar su ritmo, golpeándole un dedo tras otro y cada golpe le producía un nuevo dolor lancinante que parecía irradiar a todo el cuerpo y que se sumaba a los anteriores. Había un orden en el procedimiento, probablemente un reglamento, y Jaime lo seguía: ahora está levantando el martillo, lo mantiene en el aire un momento, no, ¡por favor no más!, y lo deja caer. Y un nuevo estallido de dolor. Perdió el conocimiento.

Se encontró de nuevo tendido en la colchoneta y semicubierto por una frazada. Escuchó voces. De algún modo, por debajo de la capucha, vio que se acercaba alguien y le aplicaba un estetoscopio al pecho. Pasó un tiempo indefinido.

Lo llevaron nuevamente a la parrilla. Ahora las sesiones de electricidad se alternaban con preguntas. Cuando lo interrogaban le sacaban la mordaza, lo que resultaba siempre un alivio. Eran siempre las mismas preguntas:

¿A qué viniste a Buenos Aires? ¿De dónde viajaste? ¿Qué contactos tienes en Buenos Aires? ¿De dónde sacaste los dólares?

Respondía siempre lo mismo: viajé para encontrarme con mi hermana, que me trajo plata de Chile, era mi parte por la venta del departamento de mi madre, que murió hace unos meses. Viajé a Argentina desde Alemania donde vivo.

–¿Alemania federal o Alemania comunista?

–Alemania Federal, Bielefeld.

–¿Qué haces ahí, comunista mentiroso de mierda?

–Hago traducciones para una agencia de prensa.

–¿Traducciones del ruso, del alemán?

–No, del francés. A veces del inglés. No sé ruso, alemán muy poco.

–¿Cómo se llama la agencia?

–*Deutsche Übersetzungs Agentur*.

–¿Qué es esa huevada?

–Agencia de Traducciones Alemana.

–Dirección en Bielefeld.

–Schillerstrasse 27.

–Confiesa, hijo de puta, viajaste de Moscú, trajiste plata para el

PC.

–No.

–¿Qué otros chilenos dirigentes comunistas viste en Moscú?

–No estuve en Moscú.

–Sigues negando, comunista cabrón –le gritó exasperado el interrogador. Tal vez no era chileno, cuando hablaba le parecía percibir un acento diferente.

Le abrió la boca a la fuerza y dio un grito:

–No sacas nada con seguir negando, hijo de puta. Tienes dos obturaciones de acero. Sólo las hacen en Moscú.

El hombre volvió a encajarle la mordaza. Aplicó los electrodos precisamente en las tapaduras de acero, ambas en el maxilar superior. La nueva descarga fue más larga e intensa que las anteriores. Una especie de barrena iba desde su boca hasta el cerebro. Su cuerpo arqueado saltaba violentamente sobre el catre metálico. De pronto, sintió una punzada agudísima en el pecho. Perdió el conocimiento.

Nubes, figuras blandas y vagas que se deforman, caen y se levantan, una especie de danza de globos fofos. Todo algodonoso, impreciso. Vibración constante en los oídos, vértigo, como estar en la cumbre de una torre de inmensa altura. De nuevo negro total.

Despertó. Estaba en un cuarto pequeño. Una ventana al fondo. La típica cama blanca de hospital. Cerró los ojos. Se sentía débil. ¿Me estoy muriendo o tal vez ya estoy muerto? Sentía que su cuerpo estaba lejos, se veía a sí mismo desde arriba, acostado de espaldas, debía esforzarse para bajar y acercarse y recuperar su cuerpo entrando en él. Tuvo la sensación de que la cabeza le giraba.

Escuchó voces y vio imágenes de la infancia. Uno de los niños más grandes grita: ¡Vamos a tirarle piedras al Chumay!

Parten todos corriendo. Él no tiene idea de quién o qué puede ser el Chumay, pero corre, como todos, por la calle sin pavimentar que pasa delante de la casa. Doblan en tropel levantando tierra, hacia el lugar prohibido y anhelado, el río. Cerca del puente, entre matorrales y dos grandes rocas, hay una caverna de poco fondo que visitan a menudo, aunque por poco rato, porque su fetidez es difícil de resistir. Desde cierta distancia lanzan piedras hacia la entrada. La mayor parte llega con poca fuerza lejos del blanco, sin causar daño alguno. Pero uno de los más grandes, un chascón de trece o catorce años, lanza desde más cerca dos piedras, una tras otra, las que rebotan en la roca y entran a la cueva. Efecto terrible. Se escucha un rugido y luego una serie de maldiciones. Palabras prohibidas que él conoce por cierto. Pero lanzadas en serie por aquella voz bronca, casi inhumana, le

producen angustia y miedo. Los demás niños, sus compañeros, dan algunos pasos atrás, disponiéndose a arrancar pero luego, envalentonados por los más grandes, comienzan a gritar en tono burlón:

–¡Chu-may! ¡Chu-may! ¡Chu-may!

De la caverna emerge un hombre harapiento, con una cabeza enorme coronada por una champa negra y terrosa que le oculta la frente y parte de la cara. Entre los pelos brillan unos ojos negros como carbones. Este monstruo avanza hacia ellos a grandes zancadas. Gritan y se dispersan, corriendo en diversas direcciones. Jaime tropieza con una piedra y cae de bruces. Siente que las zarpas del Chumay lo agarran y lo elevan por el aire hasta una altura inconcebible. Lanza un alarido de terror porque siente que el monstruo va a lanzarlo de cabeza contra las rocas. Pero éste echa unas maldiciones más con voz sorda y después lo deposita sobre el suelo mientras le dice:

–¡No joder más al Chumay, cauro hueón! Si no, les va a ir mal conmigo.

Vuelve a la caverna y Jaime se pone en marcha hacia la casa, llorando a gritos, seguido por sus valientes camaradas, que no han abierto la boca durante su terrible experiencia. Cuando llegan, el padre, de uniforme, está ante la puerta de la casa, conversando con alguien. Jaime redobla la intensidad del llanto. El militar sale a su encuentro y lo toma en brazos:

–¿Qué le pasó, mijito?

Se lo dice entre sollozos, omitiendo algunos detalles. La cabrería corrobora y dramatiza las palabras de Jaime: el Chumay amenazó con matarlo. Otro agrega:

–Amenazó con matarnos a todos.

–Nos sacó la madre –dice uno de los grandes.

El padre se pone serio, se pone la gorra, se tironea la guerrera hacia abajo y mueve la hebilla del cinturón unos milímetros hacia el poniente, para que esté perfectamente centrada. Se mira los zapatos, entierrados, y sacude la cabeza con resignación. No es posible mantenerlos impecables en las calles polvorientas de Traiguén. Luego parte hacia el río, llevándolo de la mano, la otra mano apoyada en el sable, y toda la banda marcha detrás.

Llegan al río y a la caverna. El Chumay no está, pero lo avistan unos veinte metros más allá. Está encuclillado sobre una gran piedra plana, con el torso desnudo y lava un trapo blanco, una camisa, en la corriente del río. Al ver al padre, a Jaime y al tropel de niños que los sigue, se endereza y recoge una especie de chomba que se echa encima, mientras deja la camisa estirada sobre la roca.

–¿Usted es el Chumay? –pregunta el padre.

–Sí, mi teniente –responde él, con marcialidad, y se cuadra, juntando los talones renegridos de sus pies descalzos.

–Me dice mi hijo que usted amenaza a los niños y los insulta. ¿Es cierto?

–No, mi capitán. O sea, depende.

–¿Cómo es la cosa, hombre? –pregunta severamente el militar.

–Puede que sea cierto y puede que no sea cierto –dice el hombre entre pocos dientes–, yo no ai menazado nadie, los cauros me tiran piedras y no tienen por qué, pus.

El padre se pone muy serio, se vuelve hacia él:

–¿Es verdad que ustedes le tiran piedras?

Gran silencio. En el grupo alguien dice sin mucha fuerza:

–Mentira.

El padre lo mira fijamente, insiste:

–Dime, pues. ¿Es verdad que le tiran piedras?

Dice "sí" en un soplo.

–¡Ah! ¡Muy mal hecho! –dice él. Luego, volviéndose al Chumay–: No lo van a hacer más, se lo aseguro. Dígame, ¿usted hizo el servicio militar?

–¡Sí, mi capitán!

–Bien. ¿Y usted quiere trabajar o prefiere seguir vagando?

El hombre vacila:

–Yo... trabajar me gustaría, mi capitán, pero.

–Bien. Preséntese mañana a primera hora en el regimiento. Eso sí, trate de asearse un poco. Voy a hacer que le den algo de vestuario.

Lo saluda llevando la mano a la visera, da media vuelta y parte marchando acompasadamente. Lo siguen todos, Jaime a su lado, los otros un poco más atrás. Al doblar la esquina se detiene de manera brusca y todos los cabros paran en seco, chocando unos con otros. Los mira uno por uno, sin pestañear. Casi todos bajan la vista.

–Ya oyeron, ¿no? Se acabó eso de ir a tirarle piedras al Chumay. El primero que le haga burla o le tire piedras va a ir a parar al calabozo a pan y agua. ¿Entendieron?

Dicen que sí. Mientras siguen caminando hacia la casa, él de la mano de su padre, la tropa empieza a dispersarse. Algunos van quedándose atrás. Otros, de a uno, de a dos o de a tres, se desvían y toman diferentes direcciones. Cuando llegan, sólo quedan Jaime y su papá.

¿Por qué ahora recuerdos de Traiguén?

Es extraño, esos recuerdos lo alentaban, en medio de todo el desastre, los dedos de sus manos destrozados, de los dolores múltiples que al final se suman o se funden en un estado general de desamparo. La Elena lo llevaba en brazos, después de sacarlo de la cama tibia y envolverlo en un chal para salir al frío del amanecer. Manuel caminaba al lado. Quería seguir durmiendo pero a su pesar sus ojos iban abiertos. Qué edad tendría entonces: ¿dos años? Al pasar, divisaba manojos de pasto teñidos de blanco por la escarcha. No sabía adónde lo llevaban, pero iba caliente y tranquilito en brazos de su madre.

Llegaron al establo, pasaron una tranquera, luego un portón muy ancho. En una luz incierta, vio las manos morenas de una mujer que se afanaban en la ubre de la vaca rojiza y el chorrito de leche espumosa y humeante que iba llenando un pequeño jarro de fierro enlozado que luego le pusieron en la boca. Sintió en el recuerdo la tibieza de esa leche y pensó en la palabra calostro. "Éste es el apoyo", le habían dicho, la leche que la vaca reserva para su ternero y él la reclama dando topetazos con el testuz contra la parte alta y posterior de la ubre, empujones y topones fuertes, que la vaca acoge sin protestar, porque es su obligación y porque le sabe a caricia. Y viene la gran traición de los humanos, que apartan al ternero cuando se dispone a recibir su leche sagrada y la desvían y la reciben en un jarrito para dársela a beber al niño delicado del pecho.

Nada de eso supo entonces. Lo único que supo fue la ternura, la tibieza y la espuma de esa leche. Tal vez por eso he podido aguantar hasta ahora, pensó Jaime, el apoyo me apoya.

Abrió los ojos y vio que una mujer muy alta se acercaba a la cama. Su cara era de un moreno oscuro o tal vez muy bronceada. Estaba vestida de blanco, con traje de enfermera y una capa blanca.

Comprendió de golpe que era ella, la mujer de su pesadilla. Pero en negativo: la cara, que en el sueño veía blanca, en la realidad era oscura, casi negra en la contraluz, el manto negro era blanco. Sintió una oleada de miedo que vino, subió y se alejó. Se quedó inmóvil, siguiéndola con los ojos mientras ella hacía algo en una mesa blanca. Se escuchaban ruiditos metálicos, un pequeño recipiente brilló de pronto.

La mujer se acercó a la cama. Traía, vertical, en la mano derecha, una jeringa para inyecciones, la aguja hacia arriba. Se sorprendió al verlo despierto. Dejó la jeringa a un costado sobre el velador. Se inclinó hacia él y le dijo:

–Parece increíble que estés vivo, tuviste un infarto.

Reconoció de inmediato la voz, pero se le borraba el nombre. Ella se inclinó aun más, le tomó el brazo izquierdo profesionalmente y le hizo un torniquete con un elástico ancho y negro, muy apretado. Notó con algo de pena que sus brazos estaban muy delgados, poco más que huesos y piel, además tenían unas líneas rojas longitudinales cuyo origen no recordaba. Se distraía, no podía pensar en eso al mismo tiempo que en el lugar donde se encontraba, una clínica u hospital, eso era seguro, y en Rosa y los compañeros y en Jaime hijo y en el infarto que había tenido, según decía esta mujer. ¿Sería cuando perdió el conocimiento? Ella levantó la jeringa, hizo salir unas gotas de líquido y luego se la clavó decididamente en la vena central de la muñeca, aflojando luego el elástico. Tuvo una sensación de quemadura, luego una ola de calor que se extendía por todo su cuerpo. La mujer terminó de inyectar el líquido y sacó la aguja de la vena dejando en su reemplazo una mota de algodón con alcohol que aseguró con un pequeño trozo de tela emplástica.

–Bueno –dijo en tono opaco–, a ver si con esto te reanimas y mejoras la memoria.

Quién es quién es quién es, pensó Jaime, sé que la conozco. Empezó a sentir fuertes palpitaciones. Cerró los ojos. Al abrirlos de nuevo, vió que la mujer lo miraba intensamente. Sé que la conozco, sé que la conozco. Le llegó como un destello la imagen de una mesa del café de la Escuela de Derecho, estaban sentados los dos frente a frente, sobre la mesa había dos vasos de malta con huevo, en el cenicero humeaba el cigarrillo que ella estaba fumando, su boquilla enrojecida por el lápiz labial. Brotó otra imagen: delante de sus ojos, en un paño de pared color durazno surgió una fotografía de gran tamaño, enmarcada, en la que aparecía un caballo montado por un militar muy inclinado sobre la montura, la foto registraba el momento en que se iban despegando del suelo los cascos de las patas traseras del caballo, casi vertical, el instante en que iba iniciando su vuelo por sobre las varas del obstáculo, tan alto como él. Parecía imposible. La mayor hazaña militar del siglo XX.

De pronto lo supo: ¡Erika! No lo dijo porque estaba tiritando, le castañeteaban los dientes y no podía hablar, pero supo que era ella, su antigua compañera de la Escuela, la misma con quien se encontró en Providencia la madrugada del 11 de septiembre después de recibir el golpe militar en el hocico.

Le trajeron una taza de caldo tibio. No pudo sostenerla con sus dedos vendados. Entonces el soldado que lo había traído la sostuvo delante de su boca para que pudiera tragar el líquido. Sintió un calor bienhechor, comenzó a sudar. Era su primer alimento en mucho tiempo. ¿Cuánto? No tenía idea. Recordó los apuntes de curso que le

entregó el soldado Klein. Los había memorizado:

Medidas recomendadas según experiencia internacional:

Desorientación del detenido en cuanto a lugar donde se encuentra, hora de día o noche, tiempo transcurrido.

Le habían dado ropa interior, una camiseta de algodón gris, unos pantalones y unos bototos sin cordones. Los bototos y la ropa le quedaban grandes. De pronto estaba delante de una mesita. Un hombre de rostro impasible, vestido de civil, que estaba sentado enfrente de él, le dijo:

–¿Quiere tomar un café, fumar?

–No –le costaba hablar, sentía la garganta apretada, adolorida–, no fumo. Café, sí.

De alguna parte apareció una taza grande de café y junto a ella un pequeño sobre con azúcar. Recordó los apuntes: *Fase I Interrogador se muestra humano, profesional, comprensivo. Serie de preguntas obvias, que el sujeto puede responder sin problemas. A cada respuesta simple el interrogador responde* "Correcto". Bebió un trago de café, sosteniendo la taza entre sus manos vendadas.

–Usted ha sido sometido a castigo. Tal vez nos excedimos un poco –dijo el tipo–. Es el riesgo que se corre. Por otra parte, si ha habido algún exceso, es producto de su empecinamiento. Esperamos que usted colabore, así se acaba su sufrimiento y salva su vida. Se lo digo en serio.

El hombre esperó. Jaime no dijo nada.

–Contumaz, ¿eh? Bien, aunque creo que va a ser inútil, voy a hacerle algunas preguntas. –Inclinó la cabeza.– ¿Para qué viajó de Moscú a Buenos Aires?

–No, de Moscú no. Yo viajé desde Alemania.

–No siga mintiendo. No debe ocultar nada. Es inútil. Sabemos positivamente que usted viajó desde Moscú. Lo que nos interesa saber es el motivo de su viaje a Buenos Aires.

–Viajé desde Bielefeld. Una ciudad alemana. Fui a Buenos Aires a petición de mi hermana. Mi madre murió hace unos meses, mi hermana se encargó de sus cosas y vendió el departamento en que vivía. Me escribió y me propuso que nos reuniéramos en Buenos Aires para entregarme la parte que me correspondía.

–¿Por qué en Buenos Aires?

–Ella es casada con un ciudadano argentino. Supongo que tiene negocios o asuntos personales en Argentina.

–Correcto. ¿Cuánto dinero le entregó su hermana?

–Menos de 50 mil dólares.

–Al ser detenido usted no tenía en su poder más que… –miró un papel– unos 200 dólares. Fuera de eso un documento que acredita un depósito bancario por tres mil dólares más. ¿Correcto?

–Correcto.

–¿Qué pasó con el resto del dinero?

–Lo dejé en un depósito a interés en el Deutsche Bank de Berlín.

–Berlín Oriental.

–No. Berlín Occidental.

–Mmh. Eso se puede verificar.

–Tal vez. No sé cómo opera el secreto bancario en Alemania.

–Mire, quiero serle franco. Nosotros sabemos que usted nos oculta algo. Nos oculta lo principal. Usted sirvió de correo para traer a Chile armas o dinero para el Partido Comunista.

–No. Ya le dije todo. No traje nada más.

–Podemos interrogar a su hermana.

–Háganlo, ella va a confirmar lo que le he dicho.

El hombre impasible se echó hacia atrás:

–Usted es porfiado. Su comportamiento es típico del comunista entrenado.

–No soy militante comunista.

–Bueno, basta. Aténgase a las consecuencias.

Se puso de pie, dio media vuelta sin mirarlo y salió.

Ahora le toca el turno al duro, pensó Jaime.

Pero no fue así.

Lo dejaron solo largo rato. Ayudándose con los dientes se sacó el vendaje de los dedos de la mano derecha. Sentía dolor y una intensa picazón. Logró liberar el pulgar. Miró de cerca el desastre que había dejado el martillito del interrogador. Sangre seca. Una parte de la uña estaba ausente. El trozo que quedaba tenía la forma de un pequeño estilete. Tal vez pueda servir para algo. Se me van a infectar los dedos, pensó con indiferencia. Era como si el cuerpo entero le fuera ajeno.

De pronto apareció una enfermera. No Erika. Esta era baja y rechoncha. Traía una palangana de acero brillante en forma de riñón.

–¿Y tú, por qué estás sin venda? –le preguntó abriendo los ojos.

–No sé.

Ella se encogió de hombros:

–Bueno, a mí qué. Me mandaron a hacerte una curación.

Colocó un rectángulo de plástico sobre la mesa e hizo que

pusiera las dos manos sobre él. Le sacó a tirones primero las vendas de una mano, luego de la otra. Algunos dedos comenzaron a sangrar. Le tomó la mano derecha y la sostuvo sobre el riñón mientras le lavaba los dedos con un algodón empapado en agua. Luego repitió el procedimiento con la otra mano. Jaime sintió que aparecían nuevos dolores, sus dedos palpitaban, cada uno por separado. Sintió ganas de gritar. La mujer volcó sobre los dedos abundante yodo. Ardor, ardor, ardor. Examinó un momento el pulgar de la mano derecha y observó el corte caprichoso de la uña. Cogió firmemente con sus dedos el trozo agudo que quedaba y le dio un fuerte tirón. La uña se mantuvo firme. Meneó la cabeza:

–Haría falta una tijera. Pero qué, da lo mismo.

Con mucha rapidez volvió a vendarle las dos manos. Luego retiró el plástico, tapó el recipiente metálico, donde había agua sanguinolenta mezclada con yodo, lo tomó y salió.

Jaime se dio cuenta que las vendas habían quedado flojas. Siguió otra larga espera. A ratos dormitaba pero lo despertaban los dolores de las manos y de otras partes del cuerpo que se activaban con diferentes tonos en diferentes momentos. Dormitaba de nuevo.

Sintió voces a su espalda. Alguien dijo:

–La capucha.

Se la pusieron. Olor a sudor y a tierra. Olor a miedo. Alguien lo tomó de un brazo y lo hizo levantarse. Estuvo a punto de perder el equilibrio.

–Párate firme, mierda –dijo una voz sin mayor énfasis.

Lo llevaron caminando a ciegas, sujeto de un brazo, un largo trayecto. Le pareció que era un pasadizo. Atravesaron una puerta, lo hicieron bajar dieciocho escalones, luego avanzar de nuevo. Lo empujaron y lo hicieron caer sentado en una silla blanda.

–*Well well well* –dijo una voz muy conocida–, nos encontramos de nuevo. Sáquele esa capucha.

Parpadeó tratando de ajustar la vista. Estaba en una sala de muros blancos, alfombrada, entre oficina y consulta médica. Frente a él, a poca distancia estaba el capitán Trivial con sus anteojos negros. Le pareció más delgado de como lo recordaba. Tenía el pelo muy corto, *crew cut,* vagamente rubio. ¿Se lo teñirá? Era la misma cara de antes, plana, inexpresiva, pero había cambiado. ¿Estaba más angulosa? Su gesto era duro, más militar. Daba la idea de que se forzaba para hacer sobresalir el mentón y, a la vez, por mantener el ceño fruncido, como si estuviera enojado. Pero a ratos, sus músculos faciales se relajaban y volvía a aparecer la antigua expresión de papa cocida. Se sacó los anteojos negros y los dejó sobre una mesa. Cerca de

la puerta un soldado de uniforme sostenía una metralleta.

–Nos encontramos de nuevo, don Jaime Román –dijo el oficial. La misma voz de lata–. Yo lo conozco a usted desde hace muchos años, desde cuando era niño. Con su padre fuimos amigos, muy amigos, cuando yo era teniente. Gran oficial de otros tiempos. Y dígame, ¿cómo está su señora madre, doña Elena? Una gran dama, siempre tan gentil, tan fina, tan distinguida.

Jaime tenía cierta dificultad para hablar. Carraspeó:

–Murió.

–Cuánto lo siento. Reciba mi condolencia más sentida.

Jaime no dijo nada. Estaba seguro que Trivial sabía perfectamente que Elena había muerto.

–Lo hice traer porque quiero conversar con usted. Debe comprender que en este momento se le ofrece una oportunidad excepcional. La última –pausa. Como un vendedor de sitios en el cementerio, pensó Jaime–. El Ejército necesita determinada información y usted la tiene. Cambie de conducta. Ésta es su última chance. Hasta ahora su conducta ha sido negativa, como era de esperar en un comunista.

–No soy militante comunista.

–Se obstina. Con esa actitud contumaz no saca nada, convénzase. Usted fue militante activo del Partido hasta 1973. Por lo menos. Suponemos que después siguió en lo mismo.

–No soy comunista. Sus informes están equivocados.

Trivial sacó unos papeles de una carpeta y los ojeó.

–Usted afirma que viajó de Moscú a Buenos Aires para reunirse con su hermana. ¿Es efectivo?

–No, señor. Viajé desde Bielefeld, no desde Moscú. Fui a juntarme con mi hermana, así es. Por asuntos familiares y de dinero a raíz de la muerte de mi madre y la venta de su departamento.

Parecía aburrido:

–Ya, ya. Hemos chequeado. Pero usted nos está ocultando algo que es importante. Necesitamos saber qué trajo de Argentina, armas, dinero, mensajes, lo que sea.

No dijo nada. Sentía un vago dolor en la nuca y a ratos una sensación de náusea. Cerró los ojos un momento.

–Debo informarle, por si no lo sabe, que usted está hablando con el general Trizano Vial. Inteligencia Militar. Un oficial general no acostumbra perder el tiempo con los prisioneros. En su caso, se está haciendo una señalada excepción –se calló en espera de algún comentario u otra reacción que no se produjo.

–Entiéndame, señor Román. Esto lo hago sólo por un motivo personal, por consideración a su señor padre. Yo le tenía mucho respeto. Un hombre que dedicó su vida al ejército y que lo amó –su voz tuvo un leve trémolo oratorio–, por sobre todas las cosas. Me imagino cuán doloroso habrá sido para él tener un hijo comunista, empeñado en destruir al ejército, en escupir la bandera, en entregar la Patria a la barbarie oriental rusa.

Se detuvo y esperó:

–¿No dice nada?

–¿Qué puedo decir? –luchó contra el mareo–. Usted me atribuye co-cosas. Tengo un sentimiento de respeto por el ejército, por algo soy hijo de mi padre. No soy de los que creen necesario eliminarlo o destruirlo, ni escu-escupir la bandera –sentía cierta tendencia a desvane- cerse–. Entiendo que un país como éste, en esta época, debe tener sus propias fuerzas armadas. Es una cuestión de soberanía –terminó con voz débil.

Trivial se sobresaltó:

–Cuando oigo a un comunista hablar de soberanía sé que me miente. Porque esa es la dialéctica y la perfidia comunista –cambió bruscamente de tono–: Pero, dime, *you fucking communist*, y espero que ahora digas la verdad: tú apoyabas al gobierno marxista de Salvador Allende. ¿Sí o no?

–Sí.

–Ese gobierno pretendía establecer el comunismo en nuestra Patria, entregar bases de submarinos nucleares a los rusos, reemplazar la estrella de la bandera nacional por la hoz y el martillo. Todo eso lo sabes muy bien. El señor Allende con los forajidos que lo rodeaban planeaba desatar un baño de sangre asesinando en masa a la oficialidad de las fuerzas armadas. El Plan Z. Tenemos pruebas. Todo eso está documentado.

Jaime dudó. ¿Le contesto, tiene algún sentido? Hablar le exigía cada vez un esfuerzo enorme. Se quedó callado.

El general se mostró molesto.

–¿No dices nada? *Fuck, fuck*. No entiendo. Te lo digo alto y claro: ¿cómo puede alguien como tú, hijo del coronel Román, participar de un proyecto criminal, antipatriótico, criminal? *It's crazy*, man. Como periodista, tendrás una idea de lo que sucede en el mundo. Los planes del señor Allende eran criminales, ajenos totalmente a la realidad.

Sintió un vahido, cerró los ojos.

Escuchó que Trivial daba una orden. Se acercaron pasos. A su

lado había una mujer. Una de sus manos sostenía un vaso de agua. En la otra una tableta blanca.

–Tómate esto –dijo la voz de Erika.

Obedeció. Escuchó la voz de Trivial que decía:

–Tráigale un café.

Entreabrió los ojos y vio frente a él, sobre una mesita, una taza de café.

–¿Te sientes mal?

–Algo –dijo Jaime–, es efecto de la inteligencia militar.

–Es resultado de tu porfía –dijo Trivial.

–Me han torturado salvajemente.

–El ejército no tortura, *you dirty communist liar!* Lo que hacemos es buscar información. Los métodos pueden ser *rough,* este... duros. Pero no hay tortura. Lo desmiento terminantemente. Eso de la tortura es una de las mentiras de la Radio Moscú y de algunos curas marxistas. Es la conjura internacional contra Chile.

Estaba agitado. Hizo un esfuerzo para serenarse:

–Bien, esto lo pregunto por última vez, y quiero decir: por última vez. ¿Entendido?

–Sí.

–¿Qué material trajiste de Argentina?

Jaime bebió un poco de café tibio y muy azucarado. Calló largo rato. Finalmente dijo:

–Nada.

Trivial se echó hacia atrás. Se sostenía la pera en una mano y parecía meditar. Habló con un énfasis que sorprendió a Jaime. Tal vez quería convencerse a sí mismo:

–¿Cómo no lo entienden, digo yo? ¿Cómo una persona educada como tú, hijo de un oficial, que ha pasado por la universidad, cómo no vas a entender que estamos en el patio trasero de Estados Unidos, ah? Dependemos de Estados Unidos, económicamente, políticamente y militarmente. *This is a fact.* Y en buena hora –hablaba como dirigiéndose a una audiencia invisible–. No se trata sólo del material de guerra. *No, sir*. En los últimos tiempos prácticamente han cortado las ventas a Chile, debido a la influencia de marxistas-leninistas como el señor Kennedy y otros. Pero tenemos la razón y a su debido tiempo América comprenderá su error. El ejército y las fuerzas armadas bajo el mando del general Pinochet, están en la primera línea de defensa del mundo libre contra el comunismo ateo. Ésta es la base de nuestra doctrina. Es la realidad geopolítica. ¿Cómo es posible que gente

preparada, como el señor Allende, pueda haberse imaginado que podía aplicar una política marxista en un país como éste para convertirlo en satélite de Rusia?

–No era eso –dijo Jaime con voz débil. Intentó un alegato–: El gobierno de Allende buscaba la independencia económica de Chile. La segunda Independencia. Hizo grandes reformas sociales y económicas, con apoyo del pueblo, con sentido nacional.

–*Hell! Fuck!* Eso es *nonsense* –chilló–. Reformas... Estados Unidos no está en contra de reformas sociales. Pero dentro de un *frame*... ¿marco? Chile forma parte del mundo libre y nunca dejará de formar parte de la estructura militar y política continental. *Is that clear?*

–*Yes* –dijo Jaime.

–¿Hablas inglés? –preguntó Trivial, sorprendido.

–*Of course*. No tan bien como usted, seguramente.

–¿Has estado en *the States?*

–No. Inglés aprendí en el colegio. He estado en Inglaterra.

–¿Te gustaría vivir en un país así?

–Cuando estuve en Londres pensé que me encantaría vivir ahí por un tiempo.

–*I see*. Pero, piensa un poco –bajó la voz y adoptó un tono confidencial–, América es un país superior en todo sentido. Pero tú no has estado nunca. *Pity*. Si hubieras estado, comprenderías.

Se le acercó aun más. Su cara lisa, muy bien afeitada, estaba a pocos centímetros de Jaime. Lo veía como con una lupa, los ojos chicos y algo protuberantes, sin pestañas, de color neutro, la piel blanca con pequeños poros, la sombra de la barba casi invisible en su cara ovalada. Gradualmente, sin dejar de mirarlo, sin pestañear, Jaime logró desprender la venda del pulgar derecho y dejar el dedo libre.

–Es la civilización, *the real thing, man.* Es otra cultura. ¡Cómo vas a comparar con esos bárbaros, *those dirty, smelling, bearded Russians!* Una persona como tú –bajó aun más la voz, casi no lo podía escuchar–, tendría grandes oportunidades de vida. ¿No lo comprendes? –su tono se hizo evocativo, casi soñador, su cara había perdido de nuevo la severidad militar–: Si vieras los almacenes px en Fort Benning no lo podrías creer. Esa maravilla de técnica, refrigeradores, bicicletas, motos, *scooters*, lo que quisieras al alcance de los soldados. A precios increíbles, te digo. Cierto que esos eran almacenes militares pero en Columbus, el mall más grande, el *Peach Tree* tenía aun más variedad de todo lo que pudieras imaginar y también a precios increíbles. Y esa elegancia, esos colores, esa presentación, hasta la música que se escuchaba. ¡Esa cultura! Y luego,

los *shows* en Victoria Drive. El personal subalterno se volvía loco, te digo. El *strip-tease* es vulgar a veces, no lo niego. Depende de la artista, del ambiente, de la calidad del *show*. Un espectáculo típicamente americano. Pero un hombre de buen gusto puede encontrar lo que desee y hasta lo que no se imagina. Mujeres que son un sueño.

Jaime guardó silencio. Por momentos la vista se le desenfocaba. La cabeza le pesaba. El dolor de la nuca era permanente.

–¿Qué pasa?

Cerró los ojos y dejó caer la cabeza sobre el pecho. Cuando el oficial se aproximó para mirarlo de cerca, levantó la mano derecha y con la uña aguzada del pulgar logró pincharle un ojo. Así le pareció.

Trivial dio un grito muy agudo y se llevó la mano al ojo izquierdo del que había saltado sangre. Dos hombres armados se lanzaron sobre Jaime. Hubo gritos, alarma general, enfermeras y personal militar uniformado se aglomeraron. Se escucharon órdenes y contraórdenes: que no se mueva, qué pasó, llevarlo al pabellón, ¡qué, qué, cómo! el detenido tenía un cuchillo tenía una daga, ¡atacó a mi general!, tenía un punzón ¿un cuchillo? Le reventó un ojo ¡pero cómo puede ser! Apareció Erika, lanzó una voz de mando y todo se ordenó.

Quisieron poner a Trivial en una camilla, pero él se resistió:

–Déjenme, puedo caminar.

Salió inseguro, sostenido por una enfermera a cada lado, con la cara levantada y la mano en el ojo herido. Pero Jaime no alcanzó a verlo salir: un soldado lo había golpeado en la cabeza con la culata de su arma.

Abrió los ojos. Estaba en un camastro metálico sin colchón, amordazado y atado de pies y manos. Una voz dijo:

–Te llegó tu última hora, comunista rechuchas de tu madre. Trataste de matar a mi general.

Cerró los ojos como si hubiera perdido el conocimiento, pero estaba alerta. ¿Le habré reventado el ojo? Algo es algo. Me van a matar, pensó, ojo por ojo.

XVIII
La escena

El general Trivial baja el vidrio del lado derecho y se lleva los binoculares a los ojos. Le molesta el parche, un apósito sujeto con tela adhesiva sobre el párpado superior izquierdo. La visión en los anteojos es muy nítida. Están a unos cincuenta metros, calcula, del lugar hasta donde ha sido llevado el prisionero, al centro de un espacio vacío de unos 100 metros por 100. Está semidesnudo, sólo viste un calzoncillo manchado de sangre. Tiene los ojos vendados pero no las manos atadas. Su cuerpo se ve muy delgado, casi esquelético. Es un mapa de hematomas y puntos rojos. Camina con dificultad, se tambalea, lleva las manos a medias levantadas como para protegerse de algún obstáculo.

[05:30] Erika Esmert, capitán de inteligencia, en tenida de campaña de tonos grises muy claros, se coloca sobre el uniforme una especie de capa de plástico de color blanco. Gira la cabeza y dice algo al soldado que la acompaña. Éste asiente. Se acerca al prisionero desde atrás y le arranca la venda de un tirón. El prisionero da un respingo y se lleva las manos a los ojos para defenderse de la luz.

[05:33] Ya está saliendo el sol. El aire se siente frío. Las respiraciones forman nubecillas de vapor. El rostro del prisionero aparece hinchado y amoratado, observa el general. Una herida de trazo grueso dibujada en sangre seca baja como un canal desde la mitad del cuero cabelludo hasta el pómulo derecho. El prisionero mira en dirección de Erika, probablemente sin verla. Luego ella le habla. Él se queda mirándola con fijeza. Su cabeza tiene un temblor. Oscila hacia atrás y hacia delante, pero se mantiene de pie. El general mira la escena con gran interés, es como ver una pieza de teatro o una película en vivo. Ella dice algo más y después de una larga pausa, el prisionero responde. Desde donde está, el general no puede escuchar las voces.

[05:40] A unos seis metros del prisionero y de la capitán Esmert, que ocupan el centro, están formados en semicírculo ocho egresados del curso especial, en tenida de servicio.

[05:41] Erika se acerca al detenido, le rodea la cabeza con el brazo izquierdo y lo atrae hacia sí, en un gesto maternal, casi amoroso. De este modo, no puede ver el momento en que ella levanta el corvo, como en un saludo. La hoja desnuda produce un resplandor. Luego baja el arma y la mantiene pegada a su cadera y muslo derechos. La sostiene de la empuñadora, con el filo hacia adelante.

Ella aprieta un poco más el brazo izquierdo y obliga al prisionero a inclinar la cabeza hacia su pecho.

[05:43] En ese momento, éste dice algo. Ella afloja un momento su abrazo para mirarlo. Le dice breves palabras en respuesta y en seguida vuelve a estrecharlo. Pero a continuación lo aparta poniendo la mano izquierda sobre el hombro derecho del prisionero y estirando bruscamente el brazo.

[05:44] Su mano derecha con el corvo se mueve como por impulso propio abajo y hacia atrás y luego, en un solo movimiento muy veloz, sube, relampaguea en el aire y baja hundiéndose con fuerza en el cuerpo desnudo del prisionero. El profundo corte va desde el pecho hasta el bajo vientre. Al mismo tiempo, la mujer desvía su propio cuerpo en un ágil movimiento de torsión, para evitar que la sangre la salpique.

[05:46] Afloja el brazo y deposita al prisionero muellemente sobre el suelo.

[05:47] El cuerpo, abierto en canal, sufre tres convulsiones y parece estallar en sangre, que mana a borbotones en oleadas sucesivas. Comienza a extenderse un gran manchón negro sobre la tierra. En la fila de los egresados se registra un estremecimiento o temblor. El que está en el extremo izquierdo, el más cercano a la escena, se tambalea y cae. Dos de sus compañeros salen de la fila para socorrerlo. Un oficial les llama la atención. Vuelven a formar y el caído queda en el lugar.

[05:49] El soldado escolta le entrega un trapo a Erika. Ella limpia cuidadosamente la hoja del corvo antes de volver el arma a su vaina, que lleva colgada del cinto. Luego, volviéndose hacia el jeep donde está el general, se cuadra y saluda llevando la mano derecha al gorro de infantería sin visera que usa.

[05:51] El general inclina la cabeza en signo de aprobación. Luego le hace seña de acercarse. Ella camina hasta el vehículo y se cuadra.

General: A discreción, capitán. Una demostración perfecta. ¿Qué pasó con nuestros educandos?

Erika: Uno de ellos, el soldado Gómez, se desmayó.

G. No apto para el servicio.

E. Otros dos se mostraron alterados y vomitaron.

G. Habrá que ver sus casos. Pero, ¿sabe?, hay algo que me despertó curiosidad. ¿Qué le dijo el prisionero en el momento final, cuando usted lo tenía... em, abrazado?

E. Me preguntó si el corte con el corvo se hace de arriba hacia

abajo o de abajo hacia arriba.

G. (Sorprendido, guarda silencio; luego, a desgano:) Mantuvo la presencia de ánimo, el carajo. Comunista fanático. No hay nada que hacer con estos bandidos.

E. Sí, mi general.

G. Usted sabe en qué forma me agredió. Medio centímetro más abajo y me deja tuerto. ¡Y con una uña! Muy poco viril, hay que decir. Técnica de los bajos fondos. O tal vez extranjera, vietnamita o algo así. Esta gente no conoce la gratitud, no tiene ningún sentimiento humano.

E. Sí, mi general.

G. Y pensar que era hijo del coronel Román. Yo lo conocí mucho. Un militar anticuado, sin una visión geopolítica. Un hombre algo confuso. En muchas cosas pensaba como paisano.

E. Sí, mi general.

G. ¿Usted lo conocía? Digo, al prisionero.

E. Sí, mi general. Estuvimos un tiempo juntos en la universidad.

G. *Well*. A propósito, ¿cómo se aplica el corte del corvo, hacia abajo o hacia arriba?

E. Depende.

G. (Espera, no hay más.) Bien, muchas gracias, capitán. Un diez, como siempre.

[05:58] Erika se cuadra, da media vuelta y se aleja. El general se inclina y le da al chofer un golpecito en la espalda:

–Bien, podemos irnos.

Mientras se aleja el vehículo, mira hacia atrás y ve que la mujer avanza con los largos pasos de sus largas piernas mientras dos hombres se afanan, primero atando las extremidades del hombre caído, luego todo su cuerpo con varias vueltas de alambrón grueso hasta convertirlo en una especie de salchichón. Al extremo inferior agregan y amarran un riel oxidado. A continuación meten este atado con dificultad, porque es resbaloso, en un gran saco de arpillera.

[06:06] El helicóptero se posa a un costado, a unos diez metros del saco. La operación de cargarlo se completa en 8’30”. El aparato despega, describe un semicírculo y enfila hasta el este.

[06:16] El general Trizano Vial mira su cronómetro. Sincronización perfecta. Los americanos nos aprecian porque somos como ellos. Bueno, casi.